



ANTONIO CAMOU | OSMAR GONZALES (coordinadores)

# Revolución, exilio y democracia

Debates político-intelectuales en América Latina



derechos  
humanos

# **Revolución, exilio y democracia**

Debates político - intelectuales  
en América Latina

# **Revolución, exilio y democracia**

Debates político - intelectuales  
en América Latina

**ANTONIO CAMOU**

**OSMAR GONZALES**

(Coordinadores)

Universidad Nacional de La Plata  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
*Departamento de Sociología*



Camou, Antonio

Revolución, exilio y democracia : debates políticos : intelectuales en América Latina durante los años 70 / Antonio Camou ; Osmar Gonzalez. - 1a ed. - La Plata : EDULP, 2017.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4127-29-7

I. Historia Argentina. I. Gonzalez, Osmar II. Título

CDD 982



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina

+54 221 427 3992 / 427 4898

[edulp.editorial@gmail.com](mailto:edulp.editorial@gmail.com)

[www.editorial.unlp.edu.ar](http://www.editorial.unlp.edu.ar)

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

Primera edición, 2017

ISBN 978-987-4127-29-7

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

© 2017 - Edulp

## **Conversaciones con**

Roger Bartra, Jorge Luis Bernetti, Arnaldo Córdoba, Francisco Delich, Liliana de Riz, Julio Labastida, Ernesto Laclau, Norbert Lechner, Soledad Loaeza, Ludolfo Paramio, Juan Carlos Portantiero, Edelberto Torres-Rivas, Carlos María Vilas y Francisco Zapata

*A la memoria de Norbert Lechner*  
(KARLSRUHE, ALEMANIA, 1939 – SANTIAGO DE CHILE, 2004)

## Sumario

<b>Presentación</b>	<b>8</b>
<b>Entrada</b> <i>El exilio como campo del debate de ideas latinoamericano</i>	<b>11</b>
<b>Entrevista a Norbert Lechner</b> <i>“Descubrimos la democracia cuando dejamos de tenerla”</i>	<b>36</b>
<b>Edelberto Torres Rivas</b> <i>Trascender lo privado - qué es la vía de Narciso - para volver a Maquiavelo</i>	<b>69</b>
<b>Liliana De Riz</b> <i>Pancho Aricó me decía Rosa Luxemburgo; no por revolucionaria, sino por demócrata</i>	<b>90</b>
<b>Ludolfo Paramio</b> <i>Nos convertimos en socialdemócratas</i>	<b>113</b>
<b>Carlos Maria Vilas</b> <i>En Nicaragua aprendí que la idea del cambio acelerado es un mito</i>	<b>132</b>
<b>Juan Carlos Portantiero</b> <i>Lo que nosotros hicimos fue una reivindicación de los valores de la democracia liberal</i>	<b>151</b>
<b>Julio Labastida</b> <i>De una democracia con adjetivos a una democracia con contenidos</i>	<b>176</b>

<b>Arnaldo Córdova</b>	<b>201</b>
<i>La democracia ha vuelto a cobrar un vigor formidable</i>	
<b>Roger Bartra</b>	<b>227</b>
<i>Soy un exiliado permanente</i>	
<b>Francisco Zapata</b>	<b>250</b>
<i>Para entender la política democrática en su nueva versión, hay que ser contador</i>	
<b>Soledad Loaeza</b>	<b>281</b>
<i>Las clases medias no son necesariamente agentes de la democracia</i>	
<b>Jorge Luis Bernetti</b>	<b>303</b>
<i>En el exilio aprendimos el respeto activo al otro</i>	
<b>Francisco Delich</b>	<b>326</b>
<i>Contribuimos a instalar la cuestión de la democracia</i>	
<b>Ernesto Laclau</b>	<b>342</b>
<i>La democracia es la expansión del espacio público sobre la base de la incorporación de los de abajo</i>	
<b>Salida</b>	<b>366</b>
<i>De la revolución a la democracia</i>	

## Presentación

Al cumplirse cuatro décadas del último y más cruento golpe militar de la historia argentina, los lectores y las lectoras encontrarán en estas páginas los fragmentos de una historia entremezclados con los cambiantes itinerarios de una búsqueda. La historia se refiere a la construcción intelectual, política e imaginaria de la democracia como horizonte de sentido para la convivencia social en América Latina. La búsqueda –conjugada en plural– nos remite al derrotero de las biografías de un conjunto de científicos sociales que participaron activamente en esa elaboración polémica, compleja y siempre abierta: “conflictiva y nunca acabada”, para decirlo con las recordadas palabras de Norbert Lechner.

Habrá que ser indulgente con la imprecisa referencia a los “años setenta” del subtítulo, que correspondería leer no tanto como una estricta delimitación cronológica, sino más bien como la difusa estela de una memoria. Que buena parte de esa historia y de esas derivas personales hayan discurrido por tierras ajenas –por los azarosos, dolidos o venturosos territorios del exilio, particularmente del exilio mexicano–, es una parte fundamental de los relatos que hay que contar.

Visto a la distancia, y para tomar dos puntos de referencia emblemáticos, entre el golpe militar perpetrado por el General Pinochet en Chile, el 11 de septiembre de 1973, y la elección del Doctor Raúl Alfonsín como presidente constitucional de la Argentina, el 30

de octubre de 1983, se abre una larga década de reflexión, autocrítica y renovación del pensamiento político latinoamericano en torno a la democracia. En ese convulsivo lapso, la idea de “revolución” fue lentamente desplazada a un segundo plano en el seno del campo “progresista”, para dar lugar a una remozada estimación de las virtudes institucionales de la democracia como núcleo constitutivo de reglas, principios y valores para pensar la política y para actuar en el ámbito público.

A su manera, este libro pretende reconstruir esa historia entresacada del proceso de producción y circulación de saberes, mediados por diferentes espacios institucionales (universidades, centros de investigación, jornadas académicas, fundaciones, editoriales, etc.), y en un constante contrapunto con las vivencias personales y experiencias políticas de los entrevistados y entrevistadas. En definitiva, es nuestra intención rescatar del pasado una parte de la historia intelectual de la construcción democrática en América Latina, que es a la vez una historia institucional y política de las ciencias sociales, y una biografía en primera persona de los científicos y las científicas sociales de la región.

Este trabajo fue iniciado hace ya varios años en México, a partir de la común vinculación académica que los coordinadores tenían por ese entonces con la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Por diversos avatares las entrevistas originalmente realizadas no pudieron publicarse, y debieron aguardar una ocasión más propicia. Posteriormente, se fueron incorporando otros entrevistados y el volumen comenzó a tomar su formato actual. Sin duda, somos los primeros en reconocer que esta selección de autores es una muestra parcial que no pretende colmar ningún afán exhaustivo o de representatividad regional. Es apenas un ramillete de historias parecidas y distintas a las de tantos otros, pero a través de las cuales es posible reconocer voces, modulaciones y circunstancias más o menos comunes. En todo caso, nos gusta imaginarlo como un libro

abierto, inconcluso, al que querríamos seguir agregándole en el futuro nuevos testimonios.

Si este volumen ha sido posible, fue gracias a la enorme gentileza, paciencia y comprensión para con nuestro proyecto de todos los entrevistados y entrevistadas. Este es el lugar para destacar nuestro agradecimiento, y para eximirlos de cualquier error u omisión que pudo haberse deslizado en la edición de los materiales (esto incluye los títulos que elegimos para cada entrevista), de los cuales somos únicos responsables.

Un reconocimiento muy especial corresponde al recuerdo de Norbert Lechner, quien falleciera durante la elaboración de este trabajo. Norbert no solo fue nuestro primer entrevistado, también nos alentó en el proyecto y nos enseñó a desentrañar los hilos que se tejen entre subjetividad y política recorriendo los patios interiores de la democracia. Nos sentimos privilegiados por haber disfrutado de su calidez humana y de su lúcida inteligencia, y dedicar este libro a su memoria es apenas una manera de continuar nuestro diálogo con él.

Asimismo, los coordinadores agradecen muy especialmente a la Editorial Universitaria de la Universidad Nacional de La Plata (EDULP), a su Director Facundo Abalo, y a todo su personal, quienes con entusiasmo y profesionalismo hicieron realidad este proyecto que esperó largamente para verse concretado.

También queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a aquellas personas que, en distintos momentos y lugares, colaboraron efectuando diferentes tareas de asistencia técnica: Daniela Atairo, Diego Galeano, Patricia Malca y Kelvin Mitchell Tejada.

Al fin y al cabo, todos fuimos cómplices voluntarios con idéntico y módico afán: salvar estas historias del olvido.

ANTONIO CAMOU Y OSMAR GONZALES  
LA PLATA (ARGENTINA) Y LIMA (PERÚ), MARZO DE 2016

# El exilio como campo del debate de ideas latinoamericano

POR OSMAR GONZALES

Es diferente vivir *el* exilio a vivir *con* el exilio. Me explico. Entre quien vive fuera de su lugar de origen y quienes lo acogen se establece una serie de relaciones, armoniosas o tensas, que contribuyen a marcar la experiencia íntima del sujeto dando nuevos contornos a su identidad que, a su vez, proyecta al panorama social. Es decir, la vivencia de ser exiliado, de manera forzada o voluntaria, no queda solamente en el plano individual, sino que modifica las relaciones sociales, culturales y políticas de la nueva sociedad a la que arriba. Al mismo tiempo, el exiliado recibe la influencia de su entorno así como contribuye a darle nueva forma. En estas nuevas relaciones influyen las razones del exilio, la prolongación en el tiempo de esta experiencia, la densidad numérica de los exiliados, el prestigio o los estigmas que portan los mismos, la adaptabilidad del sujeto desplazado ante la nueva situación o, por el contrario, su constante inconformidad, la mucha o poca disposición que puede existir para acoger al exiliado, entre otras.

En el caso particular del intelectual, su nueva condición de exiliado nos obliga a prestar atención a aspectos que son innatos a su oficio: las instituciones académicas y el debate de ideas. Las entrevistas que componen el presente volumen nos ilustran sobre ambos temas,

incidiendo en lo que podemos llamar el redescubrimiento de la democracia. En las páginas que siguen a continuación deseo detenerme en el aspecto vivencial del exilio.

## **Los intelectuales exiliados: tipología y cuestiones generales**

### *El exilio y los sujetos de pensamiento*

Una verdad de Perogrullo: la del exilio siempre es una experiencia concreta y dolorosa. Según Pablo Yankelevich, “el exilio [...] es ser arrancado del suelo patrio, es haberse lanzado fuera y haber salido saltando” (1998: 9). Pero, como señala María Luisa Tarrés, agregando más significados, el exilio “no sólo se asimila con la expulsión forzada o la salida involuntaria sino con el entierro, la muerte, y con el hecho de borrar a un ser humano de su mundo habitual” (1998: 20). Sin embargo, esta nueva situación, de exiliado, por ser inédita precisamente, también puede ser un terreno en el que se nutren nuevas experiencias, incluso positivas.

Específicamente, en cuanto a los “sujetos de pensamiento”, estas nuevas experiencias positivas se relacionan a que su influencia puede traspasar las fronteras territoriales gracias al intenso intercambio de vivencias e ideas originado por dos razones principales:

1. Por el diálogo-polémica natural entre los intelectuales de diferentes países. Esto se puede dar mediante dos formas:
  - a) la que no requiere del desplazamiento físico, pues la influencia de algún autor más allá de las fronteras nacionales puede darse por el impacto que tienen sus publicaciones (libros o artículos), por la actividad de algún divulgador (sea gracias al empeño individual o al

de las editoriales) y, ahora, por los avances de las comunicaciones, especialmente la internet, y

b) por el desplazamiento físico del intelectual, es decir, aquel que llega a otro país por un tiempo más o menos definido. El *intelectual visitante* lo es por su propia voluntad, porque tiene que cumplir labores profesionales muy precisas (como dictar una cátedra, una conferencia u organizar algún seminario, entre otras actividades) y, por ello, su estadía es más organizada. Se le invita porque tiene un conocimiento especial o particular que vale la pena ser transmitido.

2. Por el traslado de los intelectuales a países distintos a los suyos. A su vez, este traslado puede deberse a dos circunstancias:

a) por razones propias del oficio, como salir a seguir estudios, ofertas de trabajo, alguna estancia académica, expectativas de realización académica y profesional, entre otras. En cualquier caso, el resultado es un contacto directo del intelectual que se traslada con otra realidad, a la cual contribuye con sus conocimientos, al mismo tiempo que incorpora a su bagaje personal la cultura del país que lo recibe. Muchas veces, lo que empieza teniendo un carácter transitorio termina adquiriendo definitividad. En este caso se trata de una “salida” voluntaria. A este tipo de intelectual lo denominaré *intelectual migrante*; o

b) por razones políticas, cuando es perseguido por las autoridades y debe salir de su país buscando refugio. A este tipo lo llamaré *intelectual exiliado por razones políticas*. Como su estancia es indeterminada, este intelectual trata de integrarse, en alguna medida, a la sociedad que lo protege para reconstruir su mundo de vida que ha sido quebrado. Una vía para conseguir esa integración es la difusión de sus conocimientos y la participación en el debate político-intelectual que es, simultáneamente, una manera de demostrar(se) que mantiene su creatividad y que puede influir. De alguna manera, es como un

juego de representaciones: trasladar lo que sería su actividad en su propio país a otro que no es el suyo.

En cualquiera de las dos modalidades del segundo caso, es decir, sea la decisión de salir de su país voluntaria o forzosa<sup>1</sup>, está presente la experiencia del exilio. De cualquier modo, sea quien sea el sujeto (intelectual o no), según Serge Moscovici, se produce un mismo efecto, el desarraigo: “Para los otros, él [el exiliado] se encuentra fuera de los confines de la humanidad, entre los seres que no son completamente ‘nosotros’, que no son completamente ‘hombres’” (1996: 147)<sup>2</sup>.

Con respecto al exiliado forzoso, Hugo Neira insiste en el papel del poder para expulsar a los intelectuales incómodos: “Al exiliado lo alejan los potentes, sus enemigos. Por lo general el que cae en desgracia suele ser un rebelde, como Maquiavelo, que tuvo que irse a sus tierras de San Casiano, donde escribió sus grandes obras políticas. Lo mismo ocurre en tierras sudamericanas con casi todos nuestros héroes civiles: Sarmiento, Martí, Haya de la Torre” (2001: 38).

El exilio tiene varios momentos. En primer lugar, la salida del país de origen, con todo lo que ello significa –además del sentimiento de desarraigo y desasosiego–, como el dejar afectos, lo querido, el ser arrancado del entorno inmediato. En segundo lugar, el tratar de acomodarse al nuevo lugar donde se arriba, lo que significa, a su vez, varios procesos, como el de ir adecuándose a una nueva forma de socia-

---

1 Entre lo voluntario o forzoso existen zonas crepusculares que complejizan el acto de decisión. Si bien en última instancia salir del país puede ser una decisión individual y racional, en esta influyen también los constreñimientos exógenos que no tienen que manifestarse necesariamente en violencia física (falta de trabajo, poner en peligro a familiares y amigos, la alta probabilidad –que puede tornarse realidad o no– de ser apresado, entre otras posibilidades). De esta manera, la decisión voluntaria no carece de condiciones externas que la explican, ni la decisión forzosa inhibe la afirmación personal.

2 De manera similar, pero teniendo como referencia a la sociedad pluralista, Giovanni Sartori alude a la situación de exterioridad que a veces buscan los inmigrantes: “Entrar en una sociedad pluralista es, a la vez, un adquirir y un conceder. Los extranjeros que no estén dispuestos a conceder nada a cambio de lo que obtienen, que se proponen permanecer como ‘extraños’ a la comunidad en la que entran hasta el punto de negar, al menos en parte, sus principios mismos, son extranjeros que inevitablemente suscitan reacciones de rechazo, de miedo y de hostilidad” (2001: 54-55).

bilidad, acostumbrarse a nuevas prácticas en la vida cotidiana, buscar nuevos referentes y reconstruir el mundo dividido. En tercer lugar, si el expulsado ha conseguido manejar el nuevo entorno e instalarse –y si han cambiado las condiciones del país de origen que lo obligaron a salir–, debe decidir si ha de volver o no. Finalmente, quienes deciden el retorno –quienes optan por el “*desexilio*”– intentarán recuperar las claves que faciliten su reincorporación, con una experiencia vital enriquecida por la estancia fuera de su país, aunque, paradójicamente, este enriquecimiento también puede hacer más compleja y difícil la reinsertión.

### *El intelectual exiliado, entre otros*

El flujo de los intelectuales hacia otros países, su recorrido –voluntario o forzoso– más allá de sus fronteras nacionales, es un hecho –entre otros– que marca el inicio de la intelectualidad moderna. Dichas fronteras son el resultado de la correspondencia entre las demarcaciones geopolíticas y las identidades culturales. El marco político y jurisdiccional se materializó en los Estados-nación, un producto típicamente moderno.

El Estado-nación se caracteriza por compartir –al menos en el discurso que le dio origen– lengua, religión, memoria colectiva y otros elementos que se sintetizan en la llamada historia patria, y de la cual los intelectuales buscaron ser representantes y guías morales.

Es necesario advertir que la de exiliado es solo una “representación de intelectual” (Said, 1996) entre muchas otras. Ya he mencionado al intelectual migrante que busca nuevos horizontes para su realización profesional. También existen aquellos *intelectuales peregrinos* que se convierten en funcionarios de caudillos o en transmisores de algún proyecto o programa. Como muestra, señalo tres casos.

El primero es el del pensador social argentino, Manuel Ugarte, uno de los principales dirigentes del histórico movimiento por la reforma

universitaria de 1919 en Córdoba, Argentina. La lucha de los jóvenes universitarios cordobeses fue inspiración de numerosos y posteriores movimientos universitarios que surgieron en las décadas siguientes en América Latina. Ugarte fue uno de los primeros intelectuales americanos del siglo XX en hablar de la necesidad de la unidad de los países iberoamericanos y de oponerse al imperialismo estadounidense. Difundió su prédica como un peregrino, precisamente, visitando todos los países de América Latina dictando conferencias y aceptando entrevistas para atraer a las nuevas generaciones a su causa.

El segundo caso es el del poeta peruano José Santos Chocano, quien le escribía las proclamas al revolucionario Pancho Villa en los años turbulentos de la Revolución Mexicana. Una vez enemistado con el caudillo del norte, Chocano fue asesor de Venustiano Carranza, con quien también terminó distanciándose. Pero la experiencia como asesor de gobernantes y caudillos latinoamericanos del poeta peruano se extendió a sus colaboraciones con los autócratas Juan Vicente Gómez, de Venezuela, y Manuel Estrada Cabrera, de Guatemala<sup>3</sup>.

El tercer caso es el del escritor colombiano, José María Vargas Vila, quien desde los 25 años de edad salió de su país y vivió en diferentes ciudades de Europa, Estados Unidos y América Latina. Vargas Vila tuvo una manera de relacionarse con el poder diferente a la de Chocano. Si este fue un consejero o asesor, aquel actuó como panflelista. En efecto, en las páginas de su revista *Némesis* publicaba encendidas apologías de los gobiernos post-revolucionarios de Carranza, Obregón y Calles respectivamente, a cambio de una compensación pecunaria que Vargas Vila, hasta el final de sus días, insistiría patéticamente para que se mantuviera, y no lo dejaran en la pobreza absoluta (Yankelevich, 1998b).

La diferencia del intelectual peregrino con respecto del exiliado reside en que la decisión del primero de salir a recorrer países, sea como divulgador, asesor de gobernantes-caudillos o como panfletis-

---

3 Véase la biografía escrita por Luis Alberto Sánchez (1940).

ta, no es tomada por razones de persecución de ningún tipo, sino que se trata de una opción personal<sup>4</sup>. En cambio, el intelectual exiliado por razones políticas debe emigrar forzosamente de su país e instalarse en otro, con todas las consecuencias personales y profesionales que ello implica.

El intelectual exiliado tampoco se parece a aquel sujeto que Zygmunt Bauman ha llamado “nómada”, que es un producto característico del proceso globalizador actual: como turista que recorre el mundo por la simple sensación del placer. Esta carrera en pos de deseos nuevos, más que de su satisfacción, no tiene una meta evidente. El concepto mismo de “límite” requiere necesariamente dimensiones témporo-espaciales. La consecuencia de “quitarle demora al deseo” es que se le quita deseo a la demora. Una vez que, por principio, se puede allanar toda espera hasta volverla instantaneidad, de manera que una acumulación infinita de sucesos temporales cabe en el tiempo de una vida humana, y una vez que toda distancia parece estar en condiciones de ser comprimida de manera que ninguna escala espacial excede las ambiciones del explorador de sensaciones nuevas, ¿qué sentido puede tener la idea del “límite”? Y sin sentido, no hay manera de que se le acabe el impulso a la rueda mágica de la tentación y el deseo (Bauman, 1999: 105).

Por el contrario, el intelectual exiliado carga una impronta de dolor y angustia. Una experiencia íntima que muchas veces se traduce en sus obras de creación. Por ello, Said afirma que la condición de exiliado es una de las más tristes para el individuo:

El exilio es uno de los más tristes destinos. Antes de la era moderna el destierro era un castigo particularmente terrible, puesto que no significaba únicamente años de vagar sin rumbo lejos de la familia y de los lugares familiares, sino que además lo convertía a uno en una especie de paria permanente, siempre fuera de su hogar, siempre en desacuerdo con el entorno, inconsolable respecto del pasado y amargado respecto del

---

4 Esto, sin embargo, no impide que el intelectual exiliado sea a su vez un peregrino.

presente y del futuro. Siempre ha existido una asociación entre la idea del exilio y los terrores de ser un leproso, un intocable social y moral. Durante el siglo XX el exilio ha dejado de ser un castigo exquisito –y a veces exclusivo– de individuos especiales –como el gran poeta latino Ovidio, que fue desterrado de Roma a una remota ciudad de Mar Negro– y se ha convertido en un cruel castigo de comunidades y pueblos enteros, a menudo como resultado inadvertido de fuerzas impersonales como la guerra, el hambre, las epidemias (1996: 59)

En términos de Tzvetan Todorov, quien reflexiona sobre su propia experiencia, cuando se habla de un exiliado se hace referencia a lo que él denomina “un hombre desplazado”. Todorov, búlgaro de nacimiento, pero con muchos años viviendo en Francia, se encuentra en una encrucijada. Ya no es totalmente búlgaro, pero tampoco ha llegado a ser íntegramente francés o, por el contrario, es ambos. Su existencia se desarrolla en medio de dos realidades, la de los recuerdos y la del presente. El regreso al lugar de origen, siempre anhelado, puede desembocar en cierto descolocamiento, pues ya nada es como antes, o quizás se deba decir que ya nada se vive igual. Se trata de un estado intermedio, como partido en dos y, peor aún, con la imposibilidad de que las dos mitades se vuelvan un todo. En otras palabras, estamos frente a un hombre escindido. Sensaciones ambiguas invaden su espíritu: por un lado, la extrañeza; por el otro, el sentido de pertenencia a anclajes no siempre bien definidos: la cultura propia, los recuerdos, la nación, pero también los familiares, los amigos, el barrio. En propias palabras de Todorov:

Por muy francés y búlgaro a la vez que yo fuese, no podía estar sino en París o en Sofía; la presencia simultánea en dos lugares diferentes no estaba a mi alcance [...] El contenido de mis palabras dependía demasiado del lugar en el que las enunciara para que el hecho de encontrarme aquí o allí fuese indiferente. Mi doble pertenencia tenía por

único resultado privar de autenticidad, incluso para mí mismo, a cada uno de mis dos discursos, puesto que cada uno de ellos sólo podía corresponder a la mitad de mi ser, que era doble. Así me encerraba de nuevo en un silencio opresivo (1998: 20)

Por el contrario, el escritor Amin Maalouf, de origen libanés y que también radica en Francia, señala que el exiliado por más que albergue en su ser diversas experiencias, siempre mantendrá su identidad como una unidad:

Por eso a los que me hacen esa pregunta [si es más libanés o más francés] les explico con paciencia que nací en Líbano, que allí viví hasta los veintisiete años, que mi lengua materna es el árabe, que en ella descubrí a Dumas y a Dickens, y los Viajes de Gulliver, y que fue en mi pueblo de la montaña, en el pueblo de mis antepasados, donde tuve mis primeras alegrías infantiles y donde oí algunas historias en las que después me inspiraría para mis novelas. ¿Cómo voy a olvidar ese pueblo? ¿Cómo voy a cortar los lazos que me unen a él? Pero por otro lado hace veintidós años que vivo en la tierra de Francia, que bebo su agua y su vino, que mis manos acarician, todos los días, sus piedras antiguas, que escribo en su lengua mis libros, y por todo eso nunca podrá ser para mí una tierra extranjera. ¿Medio francés y medio libanés entonces? ¡De ningún modo! La identidad no está hecha de compartimentos, no se divide en mitades, ni en tercios o en zonas estancas. Y no es que tenga varias identidades: tengo solamente una, producto de todos los elementos que la han configurado mediante una ‘dosificación’ singular que nunca es la misma en dos personas (1999: 11-12)

Desde una mirada socio-histórica, Alvin W. Gouldner (1980) sostiene que la condición de migrante forzoso, que caracteriza al intelectual exiliado, es parte, al lado de otros procesos (como el declive del latín, la decadencia de la influencia de la iglesia, las reformas educativas, la alfabetización y la aparición multinacional del sistema político europeo que permitió que los intelectuales migraran cuando eran acosados por sus respectivos gobiernos y establecieran contacto con otras culturas e intelectuales), de la formación del intelectual moderno. De esta manera, los intelectuales exiliados están en las mejores condiciones para convertirse en *intelectuales cosmopolitas*<sup>5</sup>, para poder trascender sus circunstancias originales y transmitir y recibir conocimientos simultáneamente, más allá de sus fronteras nacionales. La interacción del exiliado con el nuevo lugar da paso a un enriquecimiento y complejización tanto de la cultura como del propio sujeto exiliado (Blank de Cerejido, 1999). Néstor García Canclini lo expresa de la siguiente manera: “Los exilios son, a veces, ocasiones en que un destino impuesto puede dejar de ser una fatalidad: si uno se deja instruir por lo diferente, puede así expandir lo propio y contribuir a que el lugar de origen y el nuevo se comuniquen” (1998: 72).

### *¿Retornar del exilio o no?*

El intelectual exiliado por razones políticas se aloja en un país ajeno al suyo por la presión que ejercen sobre él, contra sus convicciones ideológicas, opciones políticas e ideas. Pero, aprovechando justamente de esa misma condición, puede fundar instituciones, en virtud de que no sabe cuán larga será su residencia en el país que lo ha acogido.

Bajo ciertas condiciones, el intelectual exiliado puede convertirse en un *intelectual arraigado*, y desde esa nueva condición dependerá de su voluntad o de ciertas circunstancias, la valoración que haga so-

---

5 Según Jürgen Habermas (2000), las ideas cosmopolitas son aquellas que quieren borrar todas las fronteras o diferencias de los pueblos.

bre qué es más beneficioso para él: quedarse en el país que lo recibió o decidir volver al propio.

Con respecto a la decisión de no retornar, Tarrés menciona cinco condiciones que pueden explicarla, aun cuando las posibilidades para el regreso estén abiertas: 1) los ciclos vitales del exiliado (edad, familia); 2) los tiempos políticos (la permanencia de las condiciones que lo obligaron a partir); 3) el motivo de la salida del país de origen (que genera marcas en la dignidad personal, o sentimientos de miedo-rechazo, por ejemplo), 4) la ruptura de los partidos donde militó (que puede condicionar la reintegración al país de origen), y 5) el origen social y de clase (que explica en gran medida su reconocimiento y movilidad social en la nueva sociedad)<sup>6</sup>. En otras palabras, cuando el *outsider* –que es el exiliado– se transforma en un *insider* –que es el arraigado–, la posibilidad de que el regreso –que exige también un enorme esfuerzo psicológico y emocional– aparezca en el horizonte de opciones se vuelve más lejana.

### *El extranjero de dentro*

Hasta aquí me he referido a aquellos intelectuales que debieron salir de sus países. Sin embargo, para vivir la experiencia del desarraigo no es imprescindible la expulsión física, a veces puede bastar la pertenencia a una cultura diferente o dominada para ser un extranjero en el propio país. Tal es el caso del escritor peruano José María Arguedas, quien señalaba que quería vivir sin egoísmos todas las patrias que componían su país, caracterizado por la diversidad y la fragmentación, y que no quería ser un forastero en su propia patria.

---

6 La autora se refiere específicamente al caso chileno o, en todo caso, a la experiencia conosureña. Específicamente, con respecto al cuarto punto, señala que, en Chile, aquellos que decidieron regresar y no eran militantes han encontrado mayores dificultades para la reincorporación en su país (1998: 24).

Otro caso es la experiencia vivida por los judíos en Alemania, y cuyo ejemplo casi paradigmático es Walter Benjamin, como lo analiza Irving Wohlfarth:

La lógica de *der Fremde* [el extranjero], como la describe Simmel, no es diferente de la del “suplemento peligroso” elaborado por un pensador judío posterior, Jacques Derrida, en relación con las reflexiones de Rousseau sobre el lenguaje. Si se continúa con la analogía, el extranjero sería a la comunidad lo que la escritura es al habla. Al mismo tiempo fuera y dentro de la sociedad y por lo tanto, impidiendo que sea el cuerpo orgánico cerrado en el que sueña, él es incluso mucho más extranjero por no ser un extranjero. Él es, en efecto, el extranjero de dentro (1999: 50)

Los extranjeros de dentro (a los que también se puede incluir a los negros del sur de Estados Unidos, o a los gitanos, por ejemplo), partiendo de su situación de marginación, tienen una ventaja: al salir de sus países en los que son dominados cuentan con mejores condiciones para convertirse en intelectuales cosmopolitas, más universalistas, y con capacidad de relacionarse con los otros en términos de igualdad. Como los extranjeros de dentro ya vivieron la condición de exiliados en sus propias sociedades cuentan con mayores recursos para integrarse a las nuevas a las que arriban.

### *El intelectual exiliado: entre la celebración y el recelo*

No todo es oscuridad para el intelectual exiliado, pues también puede obtener ciertos beneficios. Por su nueva condición, la sociedad lo recibe con cierta admiración, pues personifica –o así lo ven, al menos– al intelectual que no se dejó subyugar por el poder, que no se envileció ni corrompió, que se mantuvo firme en sus convicciones, aun

cuando ello le significara el destierro. Por eso, a veces se le permite “saltar” ciertos pasos, lo que el intelectual originario no puede hacer.

Al intelectual exiliado también se le puede tratar bien, y cuando mejor le va y amenaza con convertir lo transitorio en permanente, se vuelve objeto de miradas recelosas, regresando así a su condición de paria. En consecuencia, el intelectual exiliado es celebrado mientras la posibilidad de que regrese a su país permanece; cuando no es así, y comienza a integrarse en la sociedad que lo acoge, esta comienza a observarlo como un ser que ha perdido su razón de ser, sin justificación para mantener su condición de refugiado.

Así, el intelectual exiliado enfrenta una terrible paradoja, que lo hace vivir en una permanente zozobra: mientras persista su condición de exiliado podrá gozar de ciertos privilegios, aunque en un país que no es el suyo. Pero cuando esa condición desaparece y empieza a integrarse, esos privilegios se trastocan, en muchos casos, en desprotección y vulnerabilidad. No obstante, también está presente la otra estrategia: aceptar los códigos de la sociedad recipiente, integrarse de la mejor manera a ella, jugar su juego, hablar su lenguaje y mimetizarse para obtener beneficios, no únicamente el reconocimiento.

### *América Latina, las dictaduras militares y los intelectuales críticos del poder*

Un momento fundamental en la expulsión de los intelectuales, aunque no inédito en la historia de nuestros países, ocurrió en los años setenta del siglo XX. Es el tiempo en el que se extienden, como una mancha de aceite, las dictaduras militares en América Latina, sobre todo en el Cono Sur, como en Brasil en 1964; en Argentina y en Uruguay en 1976; en Chile en 1973; pero también en los países andinos como Perú (1968), Ecuador (1972) y Bolivia (1971); y en

---

7 Véase, por ejemplo, Girona y Mancebo (1995); Vargas Llosa (1998) y Barros-Limez (1985).

Centroamérica, como Guatemala (1954), Honduras (1972), El Salvador (1979); además de algunas dictaduras de larga data, como las de Stroessner en Paraguay y la de los Somoza en Nicaragua. Muy pocos países gozaban de una estabilidad político-institucional, como Venezuela, Colombia, Costa Rica o México.

Los intelectuales críticos, socialistas o marxistas en su mayoría, se vieron obligados a abandonar sus respectivos países. Especialmente, arribaron a Santiago de Chile, donde instituciones como la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), el Centro de Estudios para América Latina (CEPAL), el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES)<sup>8</sup>, entre otras, se constituyeron en los principales centros de ciencias sociales en el subcontinente. Sin embargo, cuando se instala la dictadura de Augusto Pinochet, brasileños y chilenos, al igual que argentinos y uruguayos, tuvieron que escapar, principalmente hacia México, el más importante país-refugio; al menos dentro de los países latinoamericanos.

México ha sido siempre un albergue para los intelectuales exiliados. Quizás la experiencia más importante es la de los intelectuales españoles en tiempos de la guerra civil, en los años finales de la década del treinta. El Colegio de México ha documentado en varios volúmenes esa migración. Inclusive, el propio Colegio es un producto cultural de esta<sup>9</sup>. También aquí se cobijaron miles de centroamericanos que huían de sus represivos gobiernos.

Más allá de la visión homogénea que se pueda tener del fenómeno, y cuando uno se acerca a los procesos individuales, puede darse cuenta del microcosmos del exilio. Cada exiliado sale de su país por-

---

<sup>8</sup> cepal e ilpes estaban bajo la dirección o inspiración de Raúl Prebisch. Pero también, como recuerda Norbert Lechner, existió el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (ceren) –que pertenecía a la Universidad Católica–, y que estaba dirigido por Manuel Garretón. A pesar de los densos debates que se producían en su seno, Lechner considera que tenía un ambiente muy provinciano, al dirigir sus preocupaciones solo en la situación chilena y no contemplar las circunstancias latinoamericanas en su conjunto.

<sup>9</sup> Entre otros textos, se pueden consultar: Martínez Gutiérrez (1995), Mateo Gambarte (1997), Lida (1991 y 1999).

tando su propio cúmulo de experiencias, sus tradiciones y expectativas rotas, pero siempre buscando rehacer su identidad y reencontrar sus esperanzas. Por ello, tiene razón Tarrés cuando afirma que la del exilio es una experiencia heterogénea, advirtiéndonos que “[...] más allá de un dolor compartido debido a la pérdida, existen matices y rasgos distintivos porque los exiliados han tenido una vida anterior que pesa o interviene en los caminos que eligen para enfrentar la ruptura, la incertidumbre y la determinación para reconstruir su vida” (1998: 25).

### *Algunos ejemplos de intelectuales exiliados*

Algunas experiencias nos pueden permitir acercarnos a la variedad de las razones y las múltiples trayectorias seguidas por los intelectuales exiliados latinoamericanos, y que están recogidas en los testimonios ofrecidos. Por ejemplo, Francisco Zapata, sociólogo chileno, ahora investigador del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, tuvo que salir de su país cuando fue despedido de la Compañía de Cobre Chuquicamata y, luego, apresado a fines de 1973. Pasadas unas semanas en las que estuvo desaparecido, por gestiones de algunos amigos, especialmente de Rodolfo Stavenhagen, para entonces investigador del Colmex, llegó –junto a su esposa, María Luisa Tarrés y su primera hija– a dicha institución en febrero de 1974, no sin antes pasar unas semanas en Perú, en tiempos del reformismo militar del general Juan Velasco Alvarado (1968-1975). Toda la vida académica de Zapata ha estado ligada al Colmex y ha publicado numerosos trabajos sobre el movimiento obrero y sobre las ideas políticas en América Latina.

Otro caso es el del guatemalteco Edelberto Torres Rivas quien luego de estudiar derecho y con una amplia formación en ciencias sociales, tuvo que salir de su país en 1964. Torres Riva llegó a México, en donde solo se dedicó a trabajar –incluso de vendedor ambulante–

para sostener a su familia. Posteriormente, viajó a Chile para estudiar en FLACSO, en donde fue alumno de Cardoso. Regresó a México, al Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, y siguiendo una carrera ascendente, llegó a ser Secretario General de FLACSO.

Un caso particular es el de Norbert Lechner. De origen alemán, se traslada a América Latina a principios de 1965: primero a Brasil, luego a Argentina y, finalmente, a Chile para realizar una investigación sobre el movimiento estudiantil gracias a una beca de una institución alemana que quería conocer el proceso de formación de las nuevas élites latinoamericanas. Luego del golpe militar de 1973, pudo optar por buscar refugio en su patria, pero en ese momento crucial juega un papel determinante lo azaroso: se había enamorado de una mujer chilena, Paulina Gutiérrez, y el corazón pesó más que el cálculo racional. De este modo, Lechner se afincó en un país que no había imaginado que iba a ser su morada establecida. Abandonada su condición de intelectual migrante, se transformó en un intelectual arraigado en un país que no era el propio. Desde su establecimiento en Chile, entró en contacto con los intelectuales (y el entorno) del país que lo había acogido y, desde ahí, empezó a ejercer una importante influencia en el debate intelectual e ideológico, primero chileno y después latinoamericano. Lechner, siendo un hombre que llegaba de afuera, vivió, a través de sus compañeros, el impacto del exilio forzado por razones políticas: un hombre desplazado que observaba el desplazamiento de los otros mientras él se quedaba en la tierra propia de los que partían al exilio.

## **II. Un caso específico de exiliados: el grupo de *Pasado y Presente***

Con toda seguridad, el micro universo del exilio puede enriquecerse mirando cada caso particular, por ello, del conjunto de intelectuales exiliados sudamericanos, y a modo de ejemplo, me interesa

tomar el caso de un grupo de intelectuales argentinos que trasladaron sus “raíces” y las “implantaron” en México, con importantes consecuencias en sus perspectivas, puntos de vista y, sobre todo, en el esfuerzo de repensar la política<sup>10</sup>.

El grupo al que me refiero, el de *Pasado y Presente*, se aglutinó en la Universidad de Córdoba a inicios de los años sesenta. En su mayoría fueron integrantes del Partido Comunista Argentino y eran comandados por José Aricó<sup>11</sup>. Además, estaban Juan Carlos Portantiero, Óscar del Barco, Emilio de Ipola, Aníbal Arcondo, Francisco Delich, y algunos más. A mediados de la década del sesenta, comenzaron a editar los *Cuadernos de Pasado y Presente* –de evidentes reminiscencias gramscianas–, que adquirieron gran importancia en la difusión de nuevas líneas de debate en América Latina. Cuando adviene la dictadura militar, algunos de los miembros de este grupo tuvieron que huir de su país<sup>12</sup>, hacia México, en donde continuaron publicando, esta vez en cooperación con la editorial que había fundado otro argentino –Arnaldo Orfila–, la famosa Siglo XXI<sup>13</sup>. Esta editorial la creó Orfila luego de dejar la dirección del Fondo de Cultura Económica por los problemas que tuvo al publicar *Los hijos de Sánchez*, de

---

10 Estas preocupaciones fueron parte de una agenda de un gran sector de la intelectualidad latinoamericana de aquellos años –setenta y ochenta–, y se traduce en importantes publicaciones como las representadas por las obras de Pablo González Casanova (1977), Henry Pease García (1981), Norbert Lechner (1982, 1984 y 1988) o Fernando Calderón (1988), entre muchísimos otros.

11 La politóloga argentina Liliana de Riz grafica así la importancia de Aricó: “una cosa era con Pancho [Aricó] y otra sin Pancho, para todo”.

12 Por ejemplo, Francisco Delich nunca partió al exilio e, incluso, fue secretario general de CLACSO y, desde esa posición ayudó, por medio de un tipo de beca, a muchos intelectuales argentinos para que no se vieran obligados a salir de Argentina.

13 Es necesario mencionar que el exilio argentino en México estaba dividido. Por un lado, existía el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA) y, por el otro, la Comisión Argentina de Solidaridad (cas). A esta última pertenecían, justamente, Aricó, Portantiero y otros intelectuales, como Oscar Terán y Sergio Caletti, entre otros, algunos provenientes de las canteras socialistas o de las montoneras: “Bueno, –recuerda Portantiero– nosotros estábamos en el cas, que eran, digamos, los reformistas”.

Oscar Lewis, libro en el que se ofrecía una visión negativa –según las autoridades de entonces– de los mexicanos<sup>14</sup>.

Una vez instalados en México, los miembros del grupo Pasado y Presente, ejercieron la docencia en FLACSO y en la UNAM, entre otras casas de estudio, para luego adquirir protagonismo en el debate de ideas en México<sup>15</sup>. Y desde aquí irradió su influencia a gran parte de América Latina. Además, fundaron una revista muy importante, *Controversia*, de la cual salieron trece números. Desde sus páginas y las de los libros que editaron, alentaron un debate teórico sobre la relación entre democracia y marxismo, así como sobre la “latinoamericanización” de este. Entre otros trabajos, dos textos de Aricó ejemplifican este esfuerzo. Por un lado, el grueso volumen que editó y prologó, titulado *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, publicado por Siglo XXI en 1978, por otro, *Marx y América Latina*, editado en Lima por el Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación (Cedep) en 1980, prologado por Carlos Franco, quien fuera asesor del reformismo militar velasquista en Perú.

Otros de los aportes de este grupo fueron su contribución a introducir y reencontrar el pensamiento de Antonio Gramsci (Aricó, 1988), y a releer autores estigmatizados como herejes por el comunismo oficial, y a recuperar críticamente a pensadores “de la otra orilla”, como Carl Schmitt<sup>16</sup>.

---

14 Un listado completo de los títulos publicados por Pasado y Presente se encontrará en la documentada investigación de Burgos (2004).

15 Solo a manera de dejar constancia de un hecho, señalo que un grupo importante de exiliados chilenos se estableció en el Centro de Investigación para el Desarrollo (cide), como Luis Maira, José Miguel Insulza y Juan Gabriel Valdés, quienes, luego del retorno a la democracia en su país, han tenido un importante protagonismo en la escena pública como integrantes del gobierno posdictadura. Otro caso, y para la contrastación puede ser –como me lo ha sugerido Paulina Gutiérrez– el de aquellos intelectuales que, a pesar de las dictaduras, se quedaron en sus respectivos países.

16 Aricó prologó la reedición del libro de Carl Schmitt (Aricó, 1984), poniendo a este autor en la mesa del debate.

## *El arribo, el debate de ideas y la política*

Las reflexiones de este grupo de exiliados argentinos, e indudablemente del conjunto de los intelectuales exiliados sudamericanos, están marcadas por sus condiciones y circunstancias: las dictaduras militares.

Juan Carlos Portantiero llegó a México a la sede de FLACSO, en donde le habían ofrecido un puesto de profesor. En ese sentido, tuvo una ventaja con respecto a sus compañeros, quienes tuvieron que empezar prácticamente desde la nada. Por otro lado, los vínculos rotos en Argentina fueron de alguna manera reproducidos a escala en la ciudad de México, y con la suerte de poder compartir, además, un mismo espacio para vivir: la Villa Olímpica, ubicada al sur de la ciudad. Esta oportunidad de reproducir la sociabilidad, de trasladarla desde tantos kilómetros de distancia, sirvió como un amortiguador a la desventura de estar lejos de su país. Por otro lado, el desarraigo se compensó de alguna forma con el recibimiento que les ofreció México, según lo ha reconocido Portantiero en su testimonio.

El exilio también fomentó y consolidó amistades. Arnaldo Córdova<sup>17</sup>, por ejemplo, se refiere a ello:

A Aricó no lo conocí sino hasta que vino a México. A Portantiero lo conocía desde el '73 más o menos, cuando se llevó a cabo el Congreso Latinoamericano de Sociología en Santiago. Y luego con Rolando Cordera fuimos a Argentina y ahí volvimos a ver a Portantiero y nos hicimos amigos, pero no pude ver a Pancho [Aricó] porque creo que andaba en Europa, no sé. Pero cuando empezó la represión militar, ya conocería a muchos de ellos, muchísi-

---

17 Arnaldo Córdova estudió derecho, posteriormente, realizó estudios de Filosofía de Derecho en la Universidad Studi di Roma. Sus trabajos son fundamentales para el estudio del poder político en México. Entre ellos podemos destacar (Córdova, 1972, 1973 y 1989). El testimonio lo he reproducido de la entrevista que le hiciera en la Ciudad de México, el 2 de septiembre de 1998.

mos. A [Julio] Cotler también lo conocí en Chile, también a Aníbal Quijano.

La experiencia mexicana que tuvieron los exiliados latinoamericanos los enriqueció, pero no solo profesionalmente, sino también humanamente. A su vez, el estar lejos de los conflictos inmediatos de sus propios países significó la posibilidad de revisar el pasado de cada uno y de realizar un balance de lo realizado de una manera más objetiva, sin tanta pasión, o al menos con una pasión que no podía incidir en el proceso político concreto de su país. Mirada desde México, esta experiencia aparece igualmente como algo enriquecedor para el debate de ideas y para ambas partes, según la evaluación de Julio Labastida Martín del Campo que hemos conocido.

Asimismo, la experiencia del exilio contribuyó a reformular aspectos conceptuales y políticos, como el tema de la democracia, denostada anteriormente como formal o burguesa. En esta coincidencia de procesos de los exiliados de diferentes países de América Latina se forma un espacio común para discutir cómo mirar ahora a la democracia. Y al lado del tema de la democracia y de cómo reubicarse frente a ella, otra preocupación fundamental fue la de la nacionalización del marxismo, que fue impulsada, como recuerda Labastida Martín del Campo, por José Aricó, Carlos Franco y Héctor Béjar, entre muchos otros. En esta configuración del debate latinoamericano es indudable que influyó la edición de los Cuadernos de *Pasado y Presente*.

La situación de exiliados les brindó la oportunidad a los integrantes de este grupo de renovar sus claves teórico-conceptuales y, en consecuencia, a variar sus formas políticas, aunque vista desde una diferente tradición intelectual y política a la de la izquierda en la que se ubica Soledad Loaeza, el balance adquiere un carácter muy distinto. Para esta investigadora, si bien enriquecieron el debate ideológico no observaron ni criticaron el autoritarismo que marcaba a fuego al sistema político mexicano y, al no cuestionarlo, fueron funcionales a él. Quizás se trate de una imposibilidad intrínseca de los exiliados

de trascender sus propias circunstancias, pues ¿cómo iban a criticar al gobierno que les tendió la mano en esos momentos de desgracia? Es posible que la autocensura haya funcionado en este caso. Pero al mismo tiempo, se observa un aprovechamiento de las autoridades para ofrecer una cara al mundo de democracia y tolerancia. Para Loaeza, una manera que encontraron estos intelectuales de evadir sus circunstancias –quizás inconscientemente– fue transferir las consecuencias de sus ideas al mediano o largo plazo, para así no tener que enjuiciar el presente como sus claves teórico-políticas hubieran aconsejado. Otra forma de evadir, siempre según Loaeza, el presente autoritario del gobierno mexicano fue privilegiar el análisis sobre la democracia en términos muy generales.

Evidentemente, la exterioridad de los intelectuales exiliados –en general– con relación al poder político en México, les permitió desarrollar sus propuestas teórico-políticas con cierta libertad y hasta –diría– impunidad. Si bien su reproducción social se anclaba en una experiencia nacional concreta –la mexicana–, resultaba claro que más allá de una preocupación latinoamericanista, cobijaban el íntimo deseo de volver a sus respectivos países a influir en sus procesos políticos como actores relevantes.

Ese papel de críticos del poder en México lo asumieron –como debía ser– los propios intelectuales mexicanos, aunque luego de recorrer un proceso contradictorio y retardado por las eficaces formas con las que el Estado supo neutralizarlos. El papel de los intelectuales exiliados no fue, evidentemente, crear temas de discusión, sino de potenciarlos y enriquecerlos, trayendo y comunicando sus experiencias, lecturas y proyectos políticos para contrastarlos con sus pares latinoamericanos. Como consecuencia, se dio forma a un campo de discusión y diálogo muy fructífero.

## *El regreso*

Este grupo de intelectuales exiliados argentinos decidió regresar a su país, y lo hizo cuando el gobierno castrense ya había sido derrotado militarmente en la Guerra de Las Malvinas, socialmente por la presión de amplios sectores de la sociedad civil, así como diplomáticamente en el ámbito internacional. Los militares tuvieron que volver a sus cuarteles y permitir el regreso a un régimen representativo. Pero, además, los intelectuales exiliados decidieron volver por algo que estaba inscrito en su identidad: el ser intelectuales-políticos. No es difícil imaginar que pensaron que la hora de aplicar su forma de ver la política a las acciones concretas desde el Estado había llegado, pues sus reflexiones estaban marcadas por la urgencia de la acción. Solo las considerarían útiles si contribuían a cambiar las condiciones en las cuales se había estado ejerciendo el poder hasta ese momento en su país. No buscaban solamente interpretar el mundo, también querían cambiarlo. Por ello, además de fundar una nueva revista, *Ciudad Futura*, que canalizaría y ofrecería a la opinión pública lo que estaban pensando, y el Club de Cultura Socialista como centro de aglutinamiento de intelectuales que estaban en un proceso ideológico y político similar al de ellos, participaron directamente en el Estado con cargos importantes. Su éxito o no en esta nueva tarea puede ser un motivo de análisis que rebasa los objetivos de este texto.

### **III. El exilio y el campo intelectual latinoamericano**

#### *Los estrechos vínculos*

La condición del exilio genera oportunidades para una comunicación fluida y directa entre muchos intelectuales, comunicación que en otras circunstancias no hubiera sido posible. Además del conocimiento de las obras y de las ideas, se hizo posible el contacto

personal, la discusión cara a cara, el intercambio de experiencias sin mediaciones.

Santiago de Chile de fines de los años sesenta e inicios de los setenta era –según Carlos M. Vilas–, lo que después sería la ciudad de México durante un buen tiempo: la capital de las ciencias sociales en América Latina. Allí coincidieron, como estudiantes, profesores o investigadores, Aníbal Quijano, con quien trabajaba Liliana de Riz, también estaban Francisco Weffort, Norbert Lechner, Antonio Garretón, Tomás Moulián, Armando Matelart, Franz Hinkelammert, Atilio Borón, Fernando Calderón, Gunther Frank, Theotonio Dos Santos, Emilio de Ipola, Edelberto Torres Rivas, José Luis Reyna, Octavio Sunkel y Pedro Paz, entre otros.

Torres Rivas recuerda que todos los jueves tenían un seminario, de cuyas discusiones saldría el libro de Cardoso y Faletto, pero “que fue, sin ninguna duda, obra de la genialidad de Cardoso”: *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Además, también fue fundamental el papel que cumplieron algunas revistas que alimentaron –con diverso impacto– la discusión latinoamericana, como *Punto de Vista*, *David & Goliath* (de CLACSO), *Socialismo y Participación* (de Cedej, Lima), *Nueva Sociedad* (de Venezuela), *El Machete* (dirigido por Roger Bartra, del Partido Comunista Mexicano), *La Revista de la Cepal* (Chile), *Revista Mexicana de Sociología* (UNAM), y la española *El Viejo Topo*, entre otras.

Es curioso constatar que una situación de derrota –como es la del exilio–, haya sido un motor para el reconocimiento entre sí de los intelectuales latinoamericanos, pues el diálogo que se estableció entre ellos –exiliados y no exiliados– fue de una riqueza e intensidad como no se había visto antes y, se puede asegurar, no ha ocurrido después. Nunca el intelectual latinoamericano fue más cosmopolita que entonces. Trataron de pensar problemas comunes y con una cierta mirada que los identificaba o los hacía confluír en algunos espacios y reconocerse como dialogantes. Las diferencias, especialmente de tipo

político, no fueron un obstáculo para el intercambio de ideas, por el contrario, fueron un estímulo.

El enriquecimiento ideológico y teórico, pero también el conocimiento de diferentes realidades de América Latina, antes solamente supuestas, fue otra de las consecuencias positivas de las numerosas reuniones que se realizaron durante los años del exilio. Estos encuentros coadyuvaron a construir nuevas miradas sobre asuntos comunes, más allá de las fronteras geopolíticas. En este sentido, el papel de los intelectuales exiliados latinoamericanos fue el de traspasar las fronteras culturales que, de manera simbólica, los habían aprisionado en sus realidades nacional-estatales.

Al mismo tiempo, y como el otro lado de una misma medalla, hay que mencionar que las repercusiones e influencia que obtuvieron estos intelectuales en aquellos años fueron posible por dos razones más: por un lado, por la existencia de ciertas instituciones con mucho prestigio que fungieron como caja de resonancia que amplificó la voz de los intelectuales y, por otro, la existencia de partidos que canalizaban las opiniones de estos sujetos de ideas con voluntad política.

Hoy parece que, y a pesar de los avances tecnológicos, este espíritu dialogante establecido entre los intelectuales latinoamericanos en los años setenta y ochenta se ha perdido. Las circunstancias adversas (dictaduras, migración forzosa, precariedad de todo tipo) azuza la necesidad del reconocimiento de los otros. El talante cosmopolita pareciera haber decaído, justamente cuando más se necesita de él y cuando el proceso de globalización en marcha debería traer consigo mejores condiciones de intercomunicación. Esta es una de las tantas paradojas que afronta el intelectual latinoamericano contemporáneo.

Quizás, la no resolución de esta paradoja explica que el lugar del intelectual en el debate de ideas esté siendo cubierto por el experto o tecnócrata, o por el escritor que se reviste de ideólogo. ¿Estamos ante el fin del intelectual general?, ¿este será reemplazado por el sujeto del conocimiento específico? Son preguntas-inquietudes que solo podrán ser respondidas en el futuro; mientras tanto, nos queda

una responsabilidad: repensar las condiciones de sociabilidad en nuestros países que los protejan de las múltiples crisis que secularmente los han acechado.

## ENTREVISTA A NORBERT LECHNER:

---

*“Descubrimos la democracia cuando dejamos de tenerla”<sup>18</sup>*

Norbert Lechner es Doctor en Ciencia Política (Freiburg, 1969), ha sido profesor-investigador de FLACSO-Chile entre 1974 y 1994, de la que también fue su Director, y profesor visitante de FLACSO-México entre 1994 y 1997. Entre sus obras se destacan, *Estado y Política en América Latina* (México, Siglo XXI, 1981), *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado* (Santiago de Chile, FLACSO, 1984), *¿Qué es el realismo en política?* (Bs. As., Catálogos, 1987), *Cultura política y democratización* (Santiago de Chile, CLACSO/FLACSO/ICI, 1987), *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política* (Santiago de Chile, FCE, 1988), *Capitalismo, democracia y reformas* (FLACSO, 1990). Su último libro es *Las Sombras del Mañana. La dimensión subjetiva de la política* (Santiago de Chile, LOM, 2002). En los últimos años trabajó en los Informes del PNUD sobre Desarrollo Humano en Chile. En agosto de 2003 el Parlamento chileno le otorgó la ciudadanía por gracia; falleció en febrero de 2004.

---

18 Entrevista realizada y editada por Antonio Camou. México DF, 20 de febrero de 1998.

**Antonio Camou: Comenzamos, Norbert, con algunos datos de tu biografía: ¿dónde y cuándo naces?, ¿qué hacían tus padres?, ¿cómo fueron tus estudios y cómo llegaste a las Ciencias Sociales?**

Norbert Lechner: Yo soy de la víspera de la Segunda Guerra Mundial, nací en 1939, dos meses antes de la guerra. Paso los dos primeros años en Alemania y luego cuatro años en Portugal, en Oporto, luego cinco años en Madrid, luego dos años en Valencia. Mi padre era profesor de Física y Matemáticas en el Liceo, y en esa época –en la época de la guerra– era profesor del Instituto Goethe, enseñaba alemán para extranjeros; había estado antes en Irak y en Irán. De hecho mi madre se fue de Irak a Alemania para que yo naciera ahí en Alemania. Mis padres eran de Karlsruhe, una ciudad en el sur de Alemania, en la Selva Negra, que hoy es la Sede del Tribunal Constitucional y de la Suprema Corte de Justicia, es una ciudad del Derecho. Bueno, después de ese recorrido volví a Alemania en el 52, tenía 13 años. Hice la escuela secundaria en Alemania, en Karlsruhe, y terminé en 1959 el Bachillerato. Ahí estaba a punto de entrar a estudiar pintura, que era lo que en realidad me gustaba, las Bellas Artes. Pero un pintor amigo me aconsejó, diciéndome que solamente el 5% de los egresados de Bellas Artes, terminan viviendo de su pintura; por tanto, lo más probable es que yo terminara como profesor de dibujo en algún Colegio. Y dado que mi padre era profesor de Colegio, pues yo dije “no”. También tenía un tío hermano de mi madre, que era profesor de inglés y alemán. Estuve a punto de entrar a estudiar Literatura Alemana, me gustaba estudiar literatura. Pero finalmente mi padre me recomendó que estudiara Derecho y yo acepté. Era el estudio típico de aquellos que no saben qué quieren hacer, y era también una buena formación que se suponía que servía para todo. Y bueno, efectivamente, estudié Derecho y lo pasé pésimo.

### **AC: ¿Dónde estudiaste?**

NL: Estudié en München, tres semestres. Luego fui un año a París, donde obviamente no estudié Derecho, pero ahí aprendí francés y lo pasé muy bien. Y el luego me fui a Freiburg y ahí terminé en dos años lo que no había estudiado antes. Así que en el 64 terminé mi Licenciatura en Derecho, pero ya sabía ahí mismo que no iba a seguir con el Derecho. Pasé todos los exámenes bien, que son un sistema muy brutal: tienes pequeños exámenes de seminario con trabajos, y luego tienes un examen final, que es como los juegos olímpicos, tienes dos semanas de exámenes y luego un oral, y ahí te juegas los cinco años de estudio, es muy duro. A mí no me venía el Derecho, pero *ex post* me hizo bien. Igual que el estudiar Latín, yo estudié nueve años latín en el Colegio. Siempre fui malo en latín, pésimo, siempre estaba a punto de fracasar. Pero al final te da una disciplina mental y lo mismo el Derecho; eso me hizo bien. Después de eso, como me gustaba el Derecho Político, el Derecho Público, y era bueno en eso, entonces me metí en Ciencia Política, a hacer el Doctorado en Freiburg.

### **AC: ¿Y sobre qué trabajaste?**

NL: Bueno, allí había un Instituto (el *Arnold Bergstraesser-Institut*) que era de un famoso cientista político alemán, emigrado antifascista, que cuando volvió tuvo el mérito de ser uno de los introductores de la Ciencia Política norteamericana a Alemania. Cuando yo entré, él ya se había retirado, e ingresé al Centro de Estudios del Tercer Mundo, donde el Director del Instituto era al mismo tiempo catedrático de Ciencias Políticas; entonces yo entraba con él para la tesis, y paralelamente entraba como ayudante de investigación en el Centro. Y ahí entonces de inmediato, a los pocos meses de estar allá, tuve la posibilidad de viajar a América Latina. Había un proyecto grande del gobierno alemán para estudios de caso sobre el movi-

miento estudiantil en América Latina; y como ya sabía español, tenía esa ventaja, me enviaron de inmediato y entonces salí a comienzos de 1965. Fue mi primera salida a América Latina. Paso la Pascua en Río de Janeiro, luego el año nuevo en Sao Paulo, y los primeros días de enero conozco Buenos Aires, que me horroriza.

### **AC: ¿Por qué?**

NL: Porque no entendía a la gente, yo hablaba español-español, y no entendía el “porteño”, entonces estaba desconcertado, y decía, bueno qué pasa: yo hablo español, entonces si van a hablar todos así, no voy a entender nada, y me empezó a agarrar la angustia. Pero además, no sé por qué, los primeros contactos que me dieron de Alemania no fueron muy auspiciosos. Conocí gente que pertenecía a los sectores clericales, conservadores, no digamos fascistas, pero muy conservadores. Me quedé muy impresionado con eso, no era el ambiente mío. Bueno, el hogar mío era católico, católico liberal, políticamente indefinido, mi padre votaba como demócrata cristiano, pero luego, en los últimos años, se fue a los verdes. En fin, el 6 o 7 de enero llegué a Chile, yo había escogido Chile. ¿Por qué? Porque en el 64 fueron las grandes elecciones en Chile: Frei contra Allende; y como había un fuerte apoyo de la Democracia Cristiana Alemana a la Democracia Cristiana Chilena, salía mucho en los diarios, se hablaba mucho de la revolución en libertad, etc. Y bueno entonces esa era una cosa que me interesaba; ya que no podía estar con el Che Guevara, por lo menos algún tipo de revolución, y entonces ahí escogí Chile, sin conocer a nadie... ¡ni sabía dónde quedaba!

**AC: Era realmente curioso, porque era un estudio sobre el movimiento estudiantil, pero antes de que el movimiento estudiantil hiciera eclosión, porque recién en el 67 comenzarían las revueltas en los campus...**

NL: Sí, bueno, seguramente hubo allí algún tipo previsor... Pero más bien eran estudios de élite. El gobierno lo que quería saber era hacia dónde soplaban los vientos de América Latina, digamos, y cuál era la nueva élite que iba saliendo de la Universidad, era más bien en esa perspectiva digamos. Además fue la época en que Nixon o Eisenhower habían hecho un viaje a Caracas, creo, y los estudiantes lo habían atacado. Los estudiantes ya eran un actor social, pero lo que interesaba al gobierno Alemán yo creo que era saber por dónde venía eso hacia el futuro: cómo estaban, qué pensaban las nuevas élites. Entonces me dediqué tres meses a hacer el estudio que necesitaba hacer, recogiendo datos para el informe. Y luego me quedé buscando material para mi tesis que en el inicio iba a hacer sobre Reforma Universitaria en Chile, pero luego en el camino fui cambiando y tomé el proceso de democratización. Entremedio volví a Alemania, y ahí me ofrecieron irme como funcionario de la *Fundación Adenauer* a Chile. Entonces volví a Santiago en el 66 hasta mediados del 67, como funcionario de la Fundación, donde colaboraba con un gran amigo mío, Franz Hinkelamert. Él era el jefe y yo su segundo. Era una colaboración política para la Democracia Cristiana Chilena, ahí me hice de muchos amigos en Chile. Buena parte de ese sector que luego salió y creó el MAPU. Eran los jóvenes.

**AC: ¿A quiénes recuerdas entre esos jóvenes?**

NL: Bueno, ahí conozco a Juan Enrique Vega, que luego con Allende es embajador en Cuba, y a José Antonio Vera Gallo, que no

sé si estaba en la Democracia Cristiana, pero luego con Allende fue Subsecretario de Justicia, y ahora ha sido electo Senador. Bueno, ahí vuelvo a finales del 67 a Alemania, y me meto al movimiento estudiantil, y me pongo a terminar la tesis...

### **AC: ¿Cuál era el título?**

NL: “El Proceso de democratización en Chile”. Sale luego una parte resumida como libro, *La democracia en Chile*, por la editorial Signos que dirigía Pancho Aricó en Buenos Aires. Terminó en 1969 la tesis, doy el oral; en ese momento ya se estaba desinflando el movimiento estudiantil, yo estaba como muy embroncado con Alemania, y siempre tenía como más bien vocación de viaje y de salir. Entonces se me ofrece la posibilidad de una beca, de la *Fundación Adveniat*, de los obispos alemanes, para el Cono Sur; entonces como ya conocía Chile, escogí Córdoba, porque había sido el Cordobazo el año anterior, y quería saber cómo había sido eso. Entonces estuve allá, en la Universidad Católica, iba a dar un curso como parte de la Beca, y propuse “La Teoría Crítica: La Escuela de Frankfurt”. Eso duró quince días y me echaron de la Universidad. Estaba intervenida, era el año 70. Igual como tenía la beca –pues– me quedo en Córdoba todo el año, y ahí conozco a dos grandes amigos, muy importantes para mí, a Pancho Aricó y a Pancho Delich (el gringo). Entre medio, viajo a Chile, estoy para las elecciones allá, gana Allende y entonces José Antonio Vera Gallo me ofrece ir allá. Yo había vuelto a Alemania y tenía dos ofrecimientos: la invitación de Vera Gallo para irme a trabajar con él al Ministerio de Justicia sobre la Reforma de la Justicia en Chile, y la otra invitación era de Franz Hinkelamert, que había entrado en un nuevo centro creado por la Reforma Universitaria en Chile en 1968, que se llamaba *Centro de Estudios de la Realidad Nacional* (CEREN), cuyo Director era Manuel Antonio Garretón. Entonces estamos ahí un grupo; había dos grupos grandes de pensamiento, dos

*think tanks*, en Santiago en la época de la Unidad Popular: uno es el CEREN, de la Universidad Católica, dirigido por Manuel Antonio, y donde están Armand Mattelart, Mabel Piccini, Franz Hinkelamert, otro sociólogo, Jorge Larraín, Tomás Moulian, y otra gente que no recuerdo. Y el otro centro, que era de la Universidad de Chile, se llamaba el CESO, *Centro de Estudios Económico Sociales*, o algo así, y ahí estaba la Marta Harnecker, André Gunder Frank, Theotonio Dos Santos y otros.

### **AC: ¿Tenían contacto con la gente de CEPAL?**

NL: No, esos ya se habían ido, digamos el grupo fuerte ya se había ido. Yo conocí a Fernando Henrique Cardoso en el 67, a Enzo Faletto, a Aníbal Quijano, en el ILPES. Teníamos contacto con la FLACSO, allí estaban, Maria Conceisao Tavares, estaba José Serra, que fue Ministro de Planificación en Brasil. Había estado –pero cuando yo llegué ya no estaba– Adam Przeworski dando clases ahí, eran junto con Fernando Cortés, los “metodólogos”. Estaba Faletto, con él estaba más en contacto, mi contacto en FLACSO en esa época era Enzo. Creo que estaba como Secretario General Ricardo Lagos y como director José Sulbrandt, que luego se exilió en Caracas, en el Centro Latinoamericano de Administración para el Desarrollo (CLAD). Había muchos extranjeros en esa época de FLACSO, sobre todo brasileños. Había estado Alain Touraine, también había estado Johan Galtung. Ahora en el 70 ya no me acuerdo quiénes estaban. Lo curioso de todo esto es que después la gente me preguntaba, “debe haber sido una vida intelectual intensa, con toda esa gente ahí, qué formidable, se armaban grandes discusiones, grandes debates”. Pues no, porque cada uno estaba metido en sus cosas, en términos políticos, entonces lo que dominaban eran los partidos, era la vida política, la agitación política, y bueno... sí hacíamos reuniones, grandes asados en la casa

de Gunder Frank, que luego repartía marihuana. Y ahí estábamos, pero era de vez en cuando.

**AC: ¿Y las vinculaciones con los partidos políticos chilenos eran fluidas?**

NL: Sí, todo el mundo estaba militando, aun siendo extranjeros. No había ningún problema de que uno fuera extranjero, uno venía, se insertaba y ya estaba adentro. Ya ese era el año 70 o 71, y luego después se hizo todo un tipo de “turismo político” que tuvo lugar más tarde en 72. En esa época hubo mucha gente que se vino y que se incorporó a una cosa de trabajo, había otro profesor alemán conocido, de Hannover, Claus Meshkat, que trabajaba en Concepción, con el MIR... todo el mundo estaba metido. Sobre todo en la izquierda... ¿no?

**AC: Quería preguntarte por tus lecturas de época, digamos, o las que sirvieron para la elaboración de tu tesis, o del trabajo intelectual de esos años.**

NL: Bueno, tengo una mezcla, la formación mía en Ciencia Política es norteamericana, en términos básicamente del “Political Development”, esa línea: Almond, Verba, Apter, Pye, etc. Luego, obviamente los profesores también tienen formación filosófica, entonces también había otras cosas más filosóficas, pero como yo ya tenía Licenciatura, no entraba a todos los cursos, entraba directamente al Seminario de doctorado, y a escribir mi tesis. Y después, llegando a Chile, ahí descubro a Marx, antes no lo conocía, en particular a través de Hinkelamert, que había estudiado Marx en Berlín, él venía de una universidad con una influencia marxista muy fuerte; en cambio en Freiburg eso no pasaba; no quiero decir que hubiera una presencia de Heidegger o de Husserl (que eran de allí), pero sí era una Univer-

sidad mucho más filosófica. Bueno, de hecho, yo alcanzo a asistir a algunas conferencias de Heidegger, que por entonces ya era profesor emérito de la Universidad. Además, era una Universidad... y una ciudad chica, más bien agradable y conservadora, digamos, en términos de mentalidad, esas ciudades pequeñas de provincia, universitarias, donde en los años 60 ganaba el partido demócrata-cristiano. También se estaba dando una especie de “fin de época”, estábamos en la guerra fría, que después se va amortiguando algo, era la época de la “gran coalición”, entre demócratas-cristianos y Willy Brandt, como Ministro de Relaciones Exteriores. Bueno, entonces ya con la tesis hecha, viene el 68, y ahí viajo a París, viajo a Berlín, voy a ver las discusiones entre Rudy Dutschke con Herbert Marcuse. Luego hay una famosa discusión en Freiburg, entre Dutschke y Darhendorf, que Darhendorf en ese momento era alto miembro del partido liberal, entonces fue una buena época, una época agitada. Pero yo ahí me formo en el ambiente –digamos– entre una formación “formal” norteamericana y luego una formación “informal” del 68, que es una mezcla de todos los textos piratas de Adorno, de Lukács, algo de Marx, Wilhelm Reich. Todos los autores del 68, y también estaban los franceses, como Lucien Goldmann. En cambio de Althusser nada, nunca me gustó Althusser. Cuando llegué a Chile la gran cosa era Althusser, yo nunca lo leí, tampoco me gustó Poulantzas, nunca me gustó esa línea. Entonces tengo esa mezcla, de un poco de formación formal y otro poco de una formación *ad hoc*, dictada por los eventos, y por lo que me podía robar de las librerías (que yo no me atrevía a robar, le decía a un amigo mío y él me los robaba). Bueno, ahí llego a Chile, y entonces a través de Franz Hinkelamert me pongo a estudiar a Marx, y en el 70, cuando voy al Centro de Estudios de la Realidad Nacional, doy clases sobre “Estado y Derecho en Marx”. Esa era mi clase, con un colega que es Víctor Farías, un chileno que en el 73 se exilió en Berlín y que luego se hizo famoso porque sacó un libro muy crítico de Heidegger, donde muestra la vinculación de Heidegger con el nazismo, con una introducción de Habermas... Y bueno, allí dábamos clases,

era un centro interdisciplinario que daba algunas clases, y la gente de la Universidad podía tomar esos cursos y eso le servía para su carrera. Entonces yo daba esa clase sobre Marx, pero también doy un curso sobre “Lucha de Clases y Sexualidad”. Tomaba como materiales libros, películas (como *Investigación sobre un ciudadano por encima de toda sospecha*, de Elio Petri, con Gian María Volonté). Bueno trabajaba con esas cosas, y claro, que me miraban un poco raro, como un tipo extraño y extranjero. ¿Quién podía hablar de sexualidad cuando estaba en cuestión la toma del poder?

**AC: O sea que este interés tuyo por las relaciones entre subjetividad y política, que después va a ser una línea de tu reflexión, ya tiene antecedentes por esa época...**

NL: Bueno, sí, pero también de antes, de una veta más literaria, más de arte, porque me gustaba eso, y luego le doy el giro para incorporarla al quehacer profesional. Y por ahí viene el Golpe de Pinochet, me acuerdo que yo estaba trabajando en una investigación sobre la Comuna de París, qué cosa tan extraña, pienso hoy en eso, y me parece completamente surrealista. Estábamos en plena debacle, todos esos meses, y yo estaba preparando un curso ese semestre sobre la Comuna (trabajaba con textos de Marx sobre la Comuna y otros textos de la época); porque quería estudiar cómo podía ser un gobierno auténticamente popular y revolucionario, de base, y quería ver cómo habían sido los orígenes de todo eso...

**AC: Una pregunta antes de que se nos venga el Golpe encima, y que se refieren a la relación que tenían con los cepalinos y los dependentistas: ¿había un debate con ellos sobre los tópicos del desarrollo económico?**

NL: Bueno, yo soy extranjero en esa situación, así que estaba metido en la política pero no al mismo nivel que los nacionales. Por otra parte, siempre he ido por caminos propios en cuanto a mi trabajo, nunca he sido de escuela, de pertenecer a una escuela determinada o seguir a un autor determinado, siempre he tratado de abrir mi propio camino. En todo caso, lo que te cuento son mis apreciaciones personales sobre ese momento, y quizá no sea representativo de otra gente o de la época. Pero lo que sí puedo decir es que no había una discusión mayor con la gente de la CEPAL, la gente de ahí venía y discutíamos. Por ejemplo, Pedro Vuskovic, el Ministro de Economía de Allende, era cepalino. Y lo que había un poco era una cierta división del trabajo. Nuestro Centro era un ámbito de análisis político, y salvo Hinkelamert, que venía de la Economía Política, nosotros no teníamos economistas profesionales, gente que se dedicara al análisis de políticas económicas. Tal vez había más relación, en términos más de discusión y de polémica, entre la gente del CESO y la CEPAL. Lo mismo FLACSO, en esa época María Conceisao Tavares o José Serra seguramente estaban en polémica con la CEPAL, o con el gobierno, pero estaban en polémica “desde la izquierda”, es decir, desde esos lugares se criticaban los límites del “estructuralismo”. Ahora, por otro lado, ya en la Universidad Católica se había formado el grupo de pensamiento neoliberal. Ellos habían tenido un apoyo de la *Fundación Ford*, y se monta el programa de intercambio con Chicago.

**AC: Bueno, claro, el llamado “Plan Cuyo” había empezado en 1962, y a finales de los 60 y principios de los 70 ya están los**

## **primeros graduados en Chicago, de vuelta en Chile, en el Departamento de Economía de la Universidad...**

NL: De hecho el programa económico de la Junta Militar de Pinochet es un programa que tiene su origen en el que tenía Alesandri en el año 70, cuando pierde contra Allende. Es decir ese programa económico ya estaba desde antes, no es algo nuevo...

**AC: Y qué pasaba del lado de la relación entre estos centros académicos y el gobierno de la Unidad Popular. Durante el período de Allende ¿esas vinculaciones político-académicas o político-institucionales, se habían transformado en una colaboración más activa con el Gobierno?, es decir, ¿alguna de los investigadores que trabajaban en esos centros participaban en el gobierno en la elaboración de política?**

NL: Con respecto a las relaciones con el Gobierno, yo diría que muy poco, algo colaboro en el Ministerio de Justicia. Porque las preocupaciones del Gobierno de la Unidad Popular tenían como dos grandes áreas: una era la transformación económica, y la otra era la transformación de Estado y Derecho, y yo personalmente me meto en esa área. Cuando estudio esta cosa de la relación entre Estado y Derecho en Marx, trato de ver cómo se puede aprovechar el Derecho para la transformación social. Por esa época organizamos un gran Seminario Internacional, en enero o marzo del 73. Ahí viene Leilo Basso de Italia, también viene Berlinguer, el hermano del político; vienen como cuatro o cinco italianos, sobre todo jueces, también traemos gente de Francia, y jueces para ver cómo podíamos cambiar la justicia. Esos son los debates: cómo cambiar el Estado dentro de un proceso democrático; cómo hacer una reforma del Estado, y en particular, cuál era el uso alternativo del Derecho. Para mí nunca estuvo en discusión esta cosa del proletariado, yo había estudiado la

Comuna de París, y era como una cosa exótica, pero lo que nos preocupaban eran problemas legales más concretos. Claro que esta discusión quedó un poco opacada por el debate económico, que pasó a un primer plano. Ahora en lo que se refiere a la relación entre académicos y gobierno, yo diría que la comunicación fue escasa, lo que más bien se daba era la discusión a través de los partidos. Era más bien la relación entre académicos y partidos, eran los partidos los que vehiculizaban esa discusión, tanto del lado de la Unidad Popular como de la Democracia Cristiana. Y era una academia muy politizada, era una academia militante, en la Universidad eran todos de grandes peleas políticas. No solamente los estudiantes, los estudiantes estaban todos metidos en su militancia, pero los profesores también.

**AC: Entonces, bueno, el Golpe te encuentra escribiendo sobre la Comuna de París, ¿y ahí qué haces?, ¿qué pasa?**

NL: Bueno, claro, ahí viene el Golpe... y yo personalmente bueno –tu sabes– lo tomo con cierto alivio... porque la situación era cada vez más insoportable, el clima de confrontación, de conflicto, de tensión, era cosa de todos esos días. Como esos días de tormenta que uno dice “ojalá ya comience a llover porque si no la sangre se hace espesa”. Entonces por una parte, el primer momento es una especie de alivio, y luego –claro– es el terror... Yo ya me había emparejado con Paulina, y nos fuimos a vivir en la casa de Franz para estar más cerca, para apoyarnos entre nosotros. Muchos amigos se asilan los primeros días, comienza el toque de queda permanente, toda esta situación brutal, sobre todo porque paralelamente uno ve cómo los vecinos están festejando con champagne, y empiezan las delaciones en las familias, es una situación muy, muy jodida. En un momento se la agarran con los extranjeros, se dice que hay 13000 extranjeros a sueldo de la Unidad Popular y de Moscú, y no sé cuántas cosas más. Entonces a los extranjeros se nos empieza a poner pesado. En un momento nos llega el ru-

mor de que estaban haciendo rastrilleo por el barrio, y entonces con Franz nos vamos a la Embajada Alemana, pasamos la noche allí. Yo al otro día quiero salir, pero me dicen que no. Si nos quedábamos en la Embajada, el Gobierno alemán responde por nosotros, por nuestra seguridad, pero si salimos es asunto nuestro. Pero yo obviamente quería salir, estaba enamorado, Paulina estaba en la casa de Franz, y bueno, decido quedarme en Chile. Franz Hinkelamert y otros amigos alemanes deciden irse, y toman el primer vuelo de Lufthansa, como a la semana, y regresan a Alemania. En esos momentos las embajadas están repletas, miles de gentes en la Embajada Argentina, en la Embajada Sueca. Las embajadas en ese momento se portan muy bien, incluso la alemana que era más conservadora ayudó a mucha gente a salir del país.

### **AC: Había gente refugiada en FLACSO...**

NL: Sí, alguna gente estaba refugiada en FLACSO y en ese período matan a dos estudiantes de FLACSO, dos alumnos bolivianos, que los secuestran, los llevan al Estadio Nacional y después los fusilan. Pero los militares no pueden entrar a FLACSO, porque es una institución internacional, la Sede tiene rango diplomático, y el Estado Chileno no tenía jurisdicción allí. De hecho en la entrada del edificio se colocó un cartel que decía que era una “zona extraterritorial”, y esto estaba firmado por algún funcionario de Cancillería, y allí entonces se refugió mucha gente. Recuerdo que había brasileños y de otros países que estaban dentro del edificio. Mientras tanto, a los dos o tres días del Golpe, los militares intervienen todas las universidades nacionales, y entonces los Centros de investigación como en el que yo trabajaba (CEREN), son disueltos, y la gente que estaba allí es echada. Así que todos perdemos nuestro trabajo y nos quedamos en la calle.

## AC: ¿Y qué hiciste?

NL: Bueno, aquí se dio una cosa muy curiosa, y que tiene que ver con la tradición “legalista”, de respeto a las formas jurídicas, que tienen los chilenos, incluso los militares. El que era el Director del Centro, Manuel Antonio Garretón, se jugó por muchos de nosotros y dio una gran pelea legal con el nuevo Rector –que era un Vicealmirante– para demostrar la ilegalidad del acto; y entonces en algunos casos, en el caso mío por ejemplo, los militares tienen que reconocer que no tienen ningún antecedente contra mí, y me vuelven a recontratar, adscrito directamente a la rectoría, sin tener clases, sin nada, pero quedan obligados a pagarme, así que cada fin de mes recibo un cheque. Y esto también tiene que ver con lo específico de la Universidad Católica, a la que pertenecía el CEREN, que era más como un lugar de “gentlemen”, donde todo el mundo se conocía, todos formaban parte de conocidas familias de Santiago. De todos modos, mucha gente quedó fuera. Garretón, que generosamente dio la pelea por nosotros, se quedó afuera, y Tomás Moulian, también. En general a los chilenos los echaron, aunque después recontrataron a algunos. Fueron meses muy duros, donde seguía la persecución, y donde de vez en cuando aparecían rumores que nos iban a agarrar a nosotros por extranjeros. En una de esas, en las que me había llegado un aviso en ese sentido, salgo de Chile y paso a la Argentina, a Córdoba, donde me alojo por un mes en la casa de unos amigos; y cuando veo que no iba a pasar nada, vuelvo otra vez a Chile. Este tema de quedarse o irse era una cuestión muy complicada, se discutía mucho, en pareja, con los amigos, políticamente, los que tenían una militancia orgánica. Yo personalmente (y muchos otros amigos) insistimos en que había que quedarse. Mi punto de referencia era la experiencia de Alemania, bajo los nazis, y lo que significaba eso para el desarrollo intelectual; todo el desangramiento de gente que había tenido que huir era algo que creía que no tenía que suceder. Pero cada decisión era individual, porque cada uno finalmente decidía con su conciencia, en el sentido

de que cada cual se jugaba su pellejo. Claro que en otros casos había decisiones de Partido. En mi caso yo había estado militando en un momento dado en el MAPU, pero me había salido antes del Golpe, en marzo del 73, cuando hubo una escisión dentro del MAPU, y yo me retiro de la política militante. Pero otra gente tenía orden del Partido de quedarse, y esa era otra cuestión. Mientras tanto, en esos meses a mí me llega una invitación de Habermas, para pasar tres meses en una estancia de investigación en el *Instituto Max Plank*, en Starnberg, donde había un amigo mío que trabajaba con él. Y entonces en marzo del 74 salimos con Paulina rumbo a Alemania. Estuvimos un mes allá, y después nos fuimos un mes a Roma, eso ya por gusto propio, aunque pagado por Habermas, y luego otros quince días a París. Era ya el mes de julio, y allí se concreta mi pase a FLACSO Chile. Yo antes había hablado con la gente en FLACSO, pero todo se termina de arreglar en la UNESCO, porque ahí se acuerda que yo vaya a Santiago como experto asociado de la UNESCO asignado a FLACSO.

### **AC: ¿Quién era el Secretario General de FLACSO en ese entonces?**

NL: Creo que estaba Luis Ramallo, un paraguayo de origen español, que ahora está en España, pero en ese momento hay un cambio de Secretario, y asume Arturo O'Connell. Entonces yo llego en agosto a FLACSO-Buenos Aires, y ahí me aconsejan esperar, porque yo estaba calificado como *Persona Non Grata* en Chile. Pero ahí la UNESCO se porta muy bien, porque le pide al gobierno chileno que lo diga por escrito, pero el Gobierno nunca lo hace, y entonces finalmente me dan la vía libre y por Septiembre de 74 me incorporo a FLACSO-Chile.

**AC: Bueno y ahí empiezas a estudiar y a trabajar. El trabajo sobre la Comuna se interrumpe, me imagino...**

NL: Sí. Habían allanado el CEREN y barrido todos los libros, todos los manuscritos, cualquier tipo de cosas. Pero en esa época había esas cosas legalistas: Garretón peleando en la Católica por contratos, yo haciendo un reclamo a la policía porque habían tirado mis libros. Mira... había una mezcla de horror y tú lo veías, porque mataban a la gente, también a los amigos muertos, y al mismo tiempo uno daba batallas totalmente surrealistas, que yo creo que era la única manera que tenía uno como instrumento para defenderse. Entonces en la impotencia total en que uno estaba todo el día en la casa, porque había toque de queda, había dificultades para verse con los amigos, los teléfonos podían estar intervenidos, que hacías, era una gran ansiedad...

**AC: Era una cosa muy loca, muy ambivalente, de un Estado que en parte era “terrorista”, en el sentido de que había una cúpula que tenía un plan de exterminio, pero por otro lado había rutinas burocráticas que se seguían respetando...**

NL: Exacto. Muchos años después, mientras yo era director de FLACSO, un amigo me pasa las actas de la Junta Militar, del año 73 o 74, donde se plantea el caso de cerrar FLACSO, y ahí un personaje entonces dice “no”, pues no se puede porque es un organismo internacional. Lo ven en la Junta y quedamos todavía vinculados por cinco años, porque tienen que respetar ese acuerdo. Ya, entonces Pinochet dice “ni en sal ni en agua... estos tipos son todos comunistas”. En fin, está claro que nos visualizan claramente como subversión, pero se ven impedidos a cerrarlo por ese tema legal. En FLACSO, los extranjeros que estaban –cuando pudieron– salieron en los últimos meses del 73. Entonces van quedando cada vez menos gente,

digamos, del viejo equipo quedan dos, Enzo Faletto y Ángel Flisfisch (que son de la FLACSO anterior digamos). Flisfisch se va a FLACSO Argentina, cuando la abren en 74 y Enzo se queda en Santiago. Ahí en el año 74 comienza a haber un reemplazo paulatino, la gente anterior va saliendo de a poco, incluso los chilenos que estaban ahí, y entra un equipo nuevo que son los expulsados de la Universidad, y el fuerte núcleo que era el CEREN (Garretón, Moulian y yo), viene Augusto Varas... Es toda una reagrupación de expulsados de la Universidad que entran a FLACSO. En la FLACSO en ese momento no se trabaja, sino que es juntarse con los amigos, hablar con los amigos acerca de lo que hay que hacer. Creo que no se estaban dando clases, se habían suspendido en la Escuela de Sociología. La verdad no me acuerdo bien qué pasó, creo que había una rama que seguía (una clase sobre población), lo demás estaba todo cerrado. No había nada más... nadie podía pensar, digamos, había un tipo de obnubilación total, y haciendo planes de qué se podía hacer. Ahí pasamos discutiendo todo el 74 y 75; aunque personalmente ahí lo que hago es tener un grupo de discusión sobre el Estado con Faletto, Rodrigo Baño y Julieta Kirkwood. Creo que en ese momento, en el 74, se da el contacto con Guillermo O'Donnell, que estaba en Buenos Aires, organizando lo que luego sería el CEDES, y montando una cosa sobre el Estado. Entonces ahí nosotros, con similar preocupación también, entramos a la discusión sobre el Estado.

### **AC: ¿El financiamiento que tenía en ese momento FLACSO era básicamente UNESCO?**

NL: Claro, pero eso era mínimo, porque FLACSO ya se había independizado. Era de tres Estados en ese caso, Cuba, Panamá y Chile. Entonces había un aporte del Estado Chileno, que lo mantenía, porque era parte del acuerdo, pero además porque estaba en juego

la imagen de la Junta, que quería respetar los Convenios Internacionales, por eso ahí eran cuidadosos. Luego entró muy rápido el apoyo de la *Fundación Ford*, que jugó un rol fundamental en el desarrollo de las Ciencias Sociales en Chile. Estaba Nita Manitzas, desde Nueva York, que la representante para América Latina en el Cono Sur, y Kalman Silvert, que era un poco la eminencia gris que la apoyaba a Nita (ella aparece en la película *Missing*, de Costa Gavras). Ella hacía un trabajo muy activo y en su momento –en el fondo– era una extensión de la embajada norteamericana. Entonces a partir de ahí lo que se logra un poco es articularse, también ayuda a articularse a las ciencias sociales. Garretón va a poder hablar mucho más sobre todo lo que es, en ese momento, el gran trabajo con CLACSO, en la época de Enrique Oteiza, donde hay todo un sistema de becas para sacar a gente amenazada en Chile, para poder sacarla a Argentina y al resto del mundo.

**AC: Y esta vinculación con Ford, ¿se traduce en proyectos específicos? ¿Se va formando una agenda de investigación a partir de las discusiones que ustedes tenían dentro de FLACSO? ¿Cómo es ese proceso?**

NL: No, yo creo que eso estaba bien planteado. La cosa era la *Fundación Ford*, no sé si había un proyecto formal, creo que rápidamente –en todo caso– se trasladó a un apoyo institucional, un *grant* institucional de apoyo a FLACSO. Hay que decir que nosotros habíamos tomado antes contacto con la *Fundación Ford*, para este Seminario Internacional sobre Estado y Derecho. O sea que ya había un primer contacto previo y eso nos facilitó todas las cosas. Ellos lo hacen como un apoyo institucional, y en el fondo es un apoyo a mantener un pensamiento crítico en Chile, y ellos saben que es eso. El apoyo no es a un proyecto en el sentido de calidad del proyecto (con hipótesis, marco

de referencia, etc.), sino que quiere mantener un tipo de pensamiento crítico en Chile con un grupo de gente que parece sensata, razonable, académicamente sólida con estos antecedentes, y que no están metidos en la lucha armada, etc. La *Fundación Ford* apoya eso. Ese es el proyecto de la *Ford*, más adelante (fines de los 70) hay un proyecto sobre democracia. Ellos me apoyan para una antología sobre Estado y Política en América Latina, que es lo que luego se publica aquí en la editorial Siglo XXI. Pero ahí yo tengo grandes problemas para explicarle a Nita Manitzas de que el Estado es un tema, porque no lo entiende. Porque ella siendo Cientista Política educada en la ciencia política norteamericana, donde no había una noción de Estado, entonces le parece como que el Estado no es un tema, y bueno ahí me dan apoyo para pagar 500 dólares a los autores. Es el inicio de eso y aparte estaba el programa de Guillermo O'Donnell sobre el Estado, que había hecho una dupla con Delich en CLACSO, para montar un Grupo de Trabajo. Cuando Delich asumió la Secretaría General de CLACSO, se arma el área de trabajo sobre Estado y Política, y yo ahí voy al Congreso de ALAS en Quito en 1977, creo. Esa es una de mis primeras salidas al extranjero, porque –salvo en el 74– yo me había mantenido en Chile.

### **AC: Ya estabas estudiando temas del Estado...**

NL: Después en lo que me meto personalmente es en Gramsci. Ya había una traducción hecha en Chile y –no se por qué– de pronto nos interesó Gramsci. Bueno, porque justamente ese mes en Roma veo un poco el debate italiano, ya había una fuerte colonia de exiliados chilenos allá, y conozco al famoso escrito de Berlinguer, sobre el caso Chile que es el gran manifiesto del eurocomunismo. Entonces con esa influencia vuelvo a Chile. Básicamente en esa época mis dos grandes autores son Gramsci y Hannah Arendt, y trabajo la línea del

Estado. Entonces ahí hago contacto con O'Donnell, él me invita en el 78 un mes al CEDES, y voy a trabajar allí sobre esa línea. En esa época saco el primer libro: *La Crisis del Estado en América Latina*. Aquí en América Latina, dentro de los amigos, debo ser de los más productivos, me disciplino mucho con el trabajo, entonces comienzo relativamente temprano a escribir. Otra gente, por ejemplo, Garretón hace un gran trabajo con la denuncia de derechos humanos, y juntos Garretón y Moulian hacen un trabajo en tres tomos de Balance de la Unidad Popular, digamos, un conjunto de textos, todos de análisis crítico de la Unidad Popular. El desarrollo de las Ciencias Sociales, después del Golpe, comienza como tiene que comenzar, con un tipo de autocrítica.

**AC: ¿Y cómo comienza –según tu recuerdo– la discusión en torno a la democracia? En el artículo “De la Revolución a la Democracia” señalas que en el año 78 hay una reunión de CLACSO, en San José, sobre las condiciones sociales de la Democracia. Y un poco lo señalas como una especie de parteaguas, o al menos de un hito fundamental de lo que es la discusión latinoamericana sobre la democracia. ¿Cómo recuerdas eso?**

NL: Había cosas de antes que obviamente estaban operando, digamos, la misma cosa eurocomunista, o leer a Gramsci. Pero la democracia la descubrimos porque no la tenemos, es como la salud. De pronto descubrimos el tema de la democracia cuando ya no la tenemos, cuando antes la democracia no nos gustaba, o la dábamos como algo obvio. Nadie estaba por eliminar la democracia, el tema era el poder popular, los soviets, hacerlo más representativo, etc. Ni siquiera creo que era la discusión entre democracia formal y substantiva. En fin... luego comienza el debate de la democracia en términos de experiencias concretas, de seguridad, de estado de derecho y de

todo lo que se perdió: partidos, derechos ciudadanos, opinión pública. Ahí comienza una primera preocupación por la democracia, pero por caminos muy sinuosos, alguna gente en términos de crítica, lo que puede ser el sistema o partido anterior.

**AC: En ese momento se forma en FLACSO una especie de grupo de discusión, ¿es allí la democracia un punto de discusión colectiva?**

NL: Eso es muy difícil de determinar, porque son tiempos acelerados, uno se pasa el día discutiendo. Íbamos a sacar una revista, pero después no podemos. Yo creo que en un momento dado se arma todo un grupo en FLACSO, y cómo se forma ese grupo es notable. Ahí los más conocidos son Rodrigo Baños, José Joaquín Brunner (que viene un poco más tarde, porque cuando vino el Golpe él estaba en Oxford), Faletto, Garretón, Flisfish, Moulian, más tarde viene Carlos Portales, Julieta Kirkwood (la única mujer), Augusto Vargas y Jorge Chateau, que vienen de la Universidad Católica. Hay un predominio de la Católica; de la Universidad de Chile son solamente Rodrigo Baños, Faletto, Flisfish y Portales. Esa es la discusión permanente, digamos, casi no hay grupos. Se arma un pequeño grupo con Enzo Faletto, con quien nos juntábamos todas las mañanas, yo iba a buscarlo y caminábamos juntos a la FLACSO media hora, y ahí discutimos de todo. Enzo me pregunta sobre la socialdemocracia alemana y de cómo era la vida bajo Bismarck. Bueno, ahí vamos conversando a la manera de tertulia, y seguimos durante la mañana en la oficina; entonces es una mezcla de discusión de coyuntura (qué es lo que ha pasado, qué está pasando, qué se sabe, qué es lo que no se sabe, qué se supone, los rumores últimos, los chismes...), y luego a veces nos vamos a almorzar a un restaurante muy conocido, que había al lado del edificio de FLACSO en Santiago (El Parrón), que hoy ya no existe

y que era muy de FLACSO, frecuentemente nos quedamos ahí hasta las seis de la tarde, tomando y conversando. Son tertulias, largas tertulias intelectuales, académicas, políticas y de permanente discusión.

**AC: Me imagino que hubo como dos momentos. Algo así como una primera percepción del Golpe, como algo coyuntural, transitorio, y después se empieza a percibir la propia naturaleza fundacional del Golpe. Incluso durante la primera etapa, cuando uno ve las políticas económicas –por ejemplo– de Pinochet, parecen muy pragmáticas y de acomodo, pero un tiempo después se comienza a percibir que llegaron para quedarse...**

NL: En la política económica se ve claramente que recién en el 75 comienzan a hacer un programa consistente, pero se sabía de antemano, por su declaración de principios, que era una cosa fundacional, o por lo menos pretendían hacer eso. Estaban con muchos problemas, la inflación no bajaba, la cosa económica estaba con muchos aprietos. Pero se notaba que la pretensión era de anclar y a las pocas semanas se vio eso. De todos modos ahí hay una diferencia, porque en el caso de Enzo y mío, no estábamos en un partido, discutíamos, pero otra gente (Moulian, Garretón, etc.) eran militantes de partido. Nosotros estábamos tomando nuestro vino mientras ellos estaban con sus tareas militantes, que algunas eran cosas irrisorias. Uno sabía ya de antemano desde una semana antes cuando venía la información de los partidos. Los partidos en el fondo rápidamente desaparecen hasta el 83. En ese período del 74 al 83 los intelectuales fueron la voz no oficial.

## **AC: Pero una voz que se hacía oír a través de qué medios ¿podían publicar, escribir en periódicos?**

NL: No, nada de eso, lo hacíamos afuera. Algunos viajaban mucho, Garretón se dedicaba a viajar, incluso los que no estábamos viajando escribíamos mucho hacia afuera, algunas cosas pequeñas para diarios, para comisiones que había sobre Chile o para grupos en solidaridad con Chile. Bueno, en el caso mío fue para periódicos de Europa. Otra gente lo habrá hecho para Estados Unidos. Luego había dos grandes revistas: la *Revista Mexicana de Sociología* de la UNAM y *David y Goliat*, de CLACSO. También salían en *Crítica y Utopía*, que era una revista que dirigía Delich. Esas dos revistas eran como los principales referentes, y había otra gente que publicaba en cualquier parte, había mucho hacia fuera. La cosa era informar a la opinión pública mundial y a los que estaban interesados en el análisis sobre Chile.

## **AC: ¿Y relaciones con la clase política chilena?**

NL: La mayoría estaban asilados, toda la gente de la Unidad Popular estaban asilados, o muertos. Con la Democracia Cristiana había grandes heridas por su posición en el pre-Golpe; entonces en esos primeros años todavía no había contacto. Un aglutinador fue otra vez la *Fundación Ford*, que hace muchas cenas en casa de Nita Manitzas, donde se juntaba gente a la manera de bolsa de información, de contacto y de discusión. El otro era la Iglesia, la Vicaría de Solidaridad, que primero empezó como un Comité Pro Paz; y luego los Jesuitas, que tenían la *Revista Mensaje*, que no sé si todavía existe, pero que en ese momento jugaba también un rol importante, porque era crítica, era intelectual y estaban bajo el ala de la Iglesia. Ellos eran muy cui-

dadosos por la autocensura, pero dentro de todo era lo más avanzado que se podía publicar.

**AC: Por lo que vas contando, uno se hace una imagen mucho más fragmentaria que la lectura lineal que muchas veces se hace acerca de los tópicos de discusión de aquella época: revolución-autoritarismo-democracia. En realidad fue una mezcla donde se superponían líneas y preocupaciones diferentes...**

NL: Exacto, todo más mezclado... Había un debate sobre la democracia, pero lo que pasa es que no hay que identificarlo con que aparezca en los títulos de los artículos, porque son abordajes diferentes. Justamente cuando la gente en la Argentina, por ejemplo, cuando O'Donnell escribe sobre el estado burocrático autoritario, también está presente la democracia. Digamos, con todo esto de la dictadura tratamos de entender qué es esa dictadura, si la vía Bonaparte del *18 Brumario*, etc. Me parece que entender el régimen autoritario *sui generis* es también una manera de hablar de la democracia, aunque sea hablando de *lo que no se quiere*.

**AC: Esa discusión es un poco paralela a la discusión europea sobre la crisis del marxismo. ¿Cómo vivieron esto o cómo aparecía eso en la discusión?**

NL: Sí, aunque eso creo que es muy relativo. Digamos que había un gran debate sobre el marxismo, pero en Chile lo que dominaba era el leninismo. Ninguno de los comunistas había leído jamás *El Capital*, digamos, menos los *Manuscritos*. Lo que se leía era Lenin. Moulian era un gran conocedor de Lenin y estudioso del leninismo. Entonces las discusiones eran esas, eran de política, lo marxista era demasiado abstracto. Cuando yo trabajaba todas estas cosas de Marx,

lo que me interesaba era ver si se podía dar un soporte teórico a lo que estaba haciendo Allende, digamos, en términos de un sostén más teórico –concretamente marxista– que justificase eso. En la época de la Unidad Popular creo que hay un proceso de racionalización donde se usan autores para legitimar la nueva posición de políticas. Primero se tiene una posición política y después se utilizan los textos, porque están orientados por un interés político y una estrategia política.

### **AC: Pero llega un momento en que citar a Lenin no era tan legitimador...**

NL: Claro, después del Golpe eso termina automáticamente, deja de ser relevante Lenin, el problema ya no es la toma del poder. Era irrisorio, entonces desaparece de la noche a la mañana porque la realidad ha cambiado, no porque hubiera una crisis del pensamiento. En fin, hubo una crisis del pensamiento, pero había que hacer justamente eso, mostrar que este pensamiento no servía porque no daba cuenta de la realidad chilena. Justamente el diagnóstico que hacen Moulian y Garretón es que hay un vacío teórico-ideológico, acá pues no se tiene ningún modelo, no se sabe lo que se quiere. Yo lo teorizo de manera diferente cuando me meto en ese tema en el 77, es lo que presento al Congreso de ALAS en Quito, ahí me meto en el tema del orden. ¿Cómo descubro el orden? Lo descubro como el fracaso de la democracia chilena también. ¿Por qué fracasa Unidad Popular?, porque no logra mantener lo que –en términos gramscianos– sería la hegemonía. Gramsci nos ayuda a entender eso. Luego, ya con Hannah Arendt, llevo eso a la noción de orden. No había una noción de orden, la gente tenía una vivencia personal completamente desgarrada, digamos, ya no había sociedad, no había orden. Es como un tipo de anomia, y eso es invivible, insoportable. Entonces ahí viene la política como creación de orden (eso es Hannah Arendt). Pero también a la inversa: cómo este régimen militar logra generar orden, con

qué mecanismos, qué es lo que está detrás de eso. Esto último es un análisis muy al estilo Foucault, aunque luego me doy cuenta de que Foucault queda corto, que queda dentro de ese cálculo, no avanza más. El análisis político de Foucault es útil, pero de alcance limitado. Entonces ahí en el 77 o 78 se crea esa Comisión sobre el Estado en CLACSO; se forma un grupo tipo *New Left*, en el sentido de la nueva izquierda latinoamericana. Yo coordino la Comisión del 78 al 85, más o menos ocho años. El primer producto es este libro *Estado y Política*. Luego hacemos tres seminarios: *¿Qué significa hacer política?* (del que luego sale un libro publicado en Desco); *¿Qué es el realismo en política?* (publicado en Buenos Aires); y *Cultura política y democratización*. En ese grupo estaban: un brasileño que se llamaba Regis Andrade, Pancho Aricó, Delich, Hinkelamert, Oscar Landi, Portantiero, Paramio, María Tavares y de México Zermeño, y en la última parte también Benjamín Arditti. Este es el grupo permanente de la Comisión, yo sé que era un trabajo muy elitista, digamos, en el sentido de que yo convocaba a la gente, obtenía los dineros (en parte de Delich, en parte de la Fundación Ford, y otras fundaciones). A partir del 76 hubo más apoyos, del Sarec de Suecia, el IDRC de Canadá, sobre todo a partir del 76. Junto a la Ford eran los tres grandes apoyos. A partir del 82 luego también hubo gran apoyo de España, por parte del ICI (Instituto de Cooperación Iberoamericana), después del triunfo de Felipe González. Debo decir que en general hubo un apoyo sumamente generoso de estas tres instituciones (Fundación Ford, Sarec, IDRC), como decía, al principio eran todos apoyos institucionales, para preservar y mantener la institución, sin contraprestaciones en términos del mercado académico actual (proyecto, evaluación de proyectos, etc). Yo creo que nunca hubo tanta productividad en Chile como en la época de la dictadura, a partir del 75 y hasta el 89. Era de una productividad impresionante, no había mucha militancia, entonces lo que la gente podía hacer era escribir. No recuerdo bien en que época, pero cerca del 78 comenzamos a sacar documentos de trabajo en FLACSO, que hacíamos circular y que enviábamos regularmente

también al Estado Mayor, a las Fuerzas Armadas. Fue una manera de decir “estamos aquí”, fue una decisión muy correcta de varios directores de FLACSO de que estas cosas tenían que darse a conocer.

**AC: ¿Y tuvieron algún tipo de respuesta institucional por parte de los mandos militares?**

NL: No, esto era solamente necesidad nuestra, esto es lo que estábamos haciendo; porque como estaba Chile en el Convenio de FLACSO, había regularmente (una o dos veces al año) una Sesión del Consejo Superior, donde estaba el Coronel Delegado del gobierno chileno y él recibía las publicaciones. Entonces a él le enviábamos documentos, para que supiera qué se estaba haciendo. No sé si ellos lo creyeron o no lo creyeron. En el 78 se vence el acuerdo con FLACSO, a los cinco años se vence y ellos anuncian su retirada de acuerdo a los estatutos, y entonces FLACSO queda en el aire. Ahí Flisfisch entra como Director en medio de la crisis. El gran problema era cómo sobrevivir legalmente, no había ninguna posibilidad de obtener personalidad jurídica. Ahí entra Flisfisch y luego Brunner. En ese momento se negocia con el Cardenal Silva Enríquez, el Arzobispo de Santiago, quien años antes (en el 75) había fundado la Academia del Humanismo Cristiano, como acogida para los profesores expulsados de la Universidad Católica. Porque estaban peleados con los militares que habían usurpado la Universidad Católica y entonces ahí tenían un tipo de pugna con las autoridades, aunque se mantenía la cosa Pontificia de la Universidad Católica, pero de hecho no estaba de acuerdo con el manejo de los militares. Entonces se funda la Academia del Humanismo Cristiano y FLACSO se afilia como Institución y nosotros pasamos a ser todos becarios, bajo el ala de la Iglesia...

**AC: Un engendro legal, pero que les permitió sobrevivir institucionalmente...**

NL: Son esas cosas específicas del caso chileno. En cuanto a las ciencias sociales hay dos elementos, el legalismo de Chile, y antes para el caso de FLACSO, toda la gente que han tenido experiencias de partido, gente que tiene experiencia de organización y eso nos facilita las cosas, teniendo la cáscara vacía de FLACSO, llenarla con nuevo contenido. Tenía un equipo con muchas peleas, veníamos de culturas diferentes, de partidos diferentes, todas las líneas de la Unidad Popular, pero de tradiciones diferentes, sobre todo la Universidad Católica y la Universidad de Chile, que eran universidades rivales, culturas diferentes, estilos de vida. Digamos, la Católica era más ascética, siempre la de Chile fue mucho más bohemia.

**AC: ¿En algún momento empiezan a pensar en la reconstrucción de la democracia en Chile o comienzan a trabajar para un futuro gobierno democrático? ¿Eso cambia los ejes del debate?**

NL: Efectivamente, yo creo que el Seminario de 78 en San José es bastante crucial. Primero porque Delich logra juntar a un grupo como de 30 o 40 personas, es un Seminario gigante. Además fue la última participación de Germani, y la primera de Alfonsín. Está lo mejor de las Ciencias Sociales, sobre todo las del Cono Sur, fue un gran Seminario y ahí están todas fundaciones que financian el Seminario. Yo creo que eso le da un gran impulso al debate, no sale ningún manifiesto, pero sale una especie de acuerdo sobre el tema de la democracia, es un trabajo de convergencia donde la gente descubre que estamos con similares inquietudes (hay economistas, cientistas sociales, de todo); y descubren que convergen, con todas las diferencias, pero que convergen.

**AC: Y también es una especie de descubrimiento o de redescubrimiento de una comunidad académica latinoamericana, que estaba muy dispersa...**

NL: Exacto, cosa que se ha hecho con el exilio. Y luego con el grupo de FLACSO, ya te digo, un grupo elitista, pero donde circulábamos muchos trabajos entre nosotros, un grupo muy activo y que lo que importa es que nos sentíamos trabajando en una misma perspectiva. Ahí está el tema de la democracia. Lo que yo proponía era muy diferente, nunca apareció el título de “la democracia”, pero era sobre eso ¿no? Luego hubo un proyecto financiado por la *Fundación Ford*, mucho más restringido, sobre la democracia, con Garretón, Moulian y yo. Pero ahí la democracia es como un poco “el tema”, el aglutinador. Durante un largo período esto es como una cosa de la lucha por la democracia en Chile, entonces es la justificación de la democracia, por qué la democracia. El valor de la política, la lógica de la política versus la lógica de la guerra, el tema del consenso. Eso en el caso mío, otra gente se abocó al análisis de actores, o un análisis de coyuntura, como se hace –por ejemplo– en el caso de las transiciones en Argentina o en Brasil. También sobre el pacto social y ahí aparece la idea de concertación. Además hay una cierta recepción de la producción española, del pensamiento español. Y eso cambia después con la democracia. Creo que eso ha cambiado en cada país. Una cosa es la lucha por la democracia cuando tienes que pelear por ella, y otra cosa es cuando ya está, cuando la gente está ya incorporada al proceso democrático. Aunque mucha gente no esté incorporada al nivel del gobierno, nos sentimos responsables del proceso. Los intelectuales en sentido orgánico nos sentimos responsables de la democracia o del sistema democrático. Después si uno milita es otra cosa, uno puede o no ser militante, pero es un dato anexo.

**AC: Es una especie de consenso normativo abarcador, sentirse participe de este proceso democrático y de sostenerlo intelectualmente, de producir ideas en torno a la democracia.**

NL: Exactamente, incluso yo creo que hay una especie de auto-censura...

**AC: Durante el período de la transición a la democracia, ¿qué tipo de contacto había entre los grupos intelectuales y los sectores políticos?**

NL: Había mucho intercambio, sobre todo a partir de los 80. Y ahí es desde el mundo académico que se tienden los puentes, son los intelectuales los que lo hacen, y los políticos en buena medida asumen el discurso autocrítico que han hecho los intelectuales de izquierda. Caso de Garretón, de Moulián, que hacemos la crítica del planteamiento del socialismo revolucionario; eso está hecho por los intelectuales. Y ahí los políticos, el Partido Socialista, etc., lo asumen. Y también son los intelectuales quienes llevan la voz cantante en el tema de la concertación. Los políticos por su parte habían hecho un aprendizaje similar. Pero no se puede menospreciar el aporte de los intelectuales en términos de pensar la democracia como sistema político, y que eso requería concertaciones, convergencias, consensos, acuerdos, etc. A lo largo de los 80 hay permanentes discusiones con los políticos, talleres, seminarios, a veces clandestinos; y en ese sentido estos centros intelectuales eran verdaderos espacios de aprendizaje democrático. Allí se tienden puentes entre socialistas y demócratas cristianos, además de las vinculaciones propias de los partidos. Aquí fue importante el apoyo de los españoles y los italianos. Por ejemplo, hubo como cinco congresos en España y tres o cuatro en Italia donde se invitaba a políticos e intelectuales de diferentes extracciones,

incluso de la derecha democrática. Y allí se discutía y era muy fructífero, para los dos lados. A los políticos porque les ofrecía un marco normativo y discursivo para pensar la democracia, y a los intelectuales porque nos obligaba a hacernos cargos de problemas y estrategias concretas de construcción política, de cómo se hace la política. Por ejemplo, uno no puede pensar la transición chilena sin tomar en cuenta la crítica de Moulián al leninismo. Porque viniendo de quién venía, un intelectual de izquierda, comprometido, que estaba en todos los actos, que ponía la cara, una crítica de ese tipo marcó un hito.

### **AC: ¿Y qué vinculación había con los economistas?**

NL: Bueno, aquí había menos contactos con los centros de pensamiento económicos, cada uno tenía sus propias líneas de financiamiento, aunque las fuentes pudieran ser las mismas (la Ford, por ejemplo), y tenía sus propias preocupaciones. Teníamos algún contacto con CIEPLAN, que dirigía Alejandro Foxley, ellos en su mayoría eran economistas que provenían de la Democracia Cristiana. No competíamos por los mismos fondos. Cada uno tenía su propia agenda; había una división del trabajo. También a las Fundaciones esto les facilitaba las cosas, trabajar con un centro grande por cada línea de trabajo, mas allá de apoyos puntuales a centros más chicos; por ejemplo, la FLACSO en ciencias sociales y el CIEPLAN en economía. Y a cada uno de nosotros también nos convenía. Nos hablábamos, había solidaridad política e intelectual, pero íbamos por canales separados, no había discusión profesional entre nosotros, muy poca discusión entre nosotros. Y los economistas también hacen un aprendizaje similar al nuestro, una cosa era la crítica a la economía neoliberal, al costo social, a Pinochet, etc., y otra era preparar un programa de gobierno para conducir la economía en un contexto mundial que había cambiado.

**AC: Haciendo una especie de balance entre el antes y el ahora, además a partir de tu propia experiencia como director de FLACSO, ¿cómo fue cambiando y cuándo fueron cambiando los patrones de trabajo académico ligados a los patrones de financiamiento? ¿Hay en algún momento una especie de corte o de giro?**

NL: Yo creo que a partir del 85 terminan todos los grandes financiamientos, unos antes, otros después, lo último que nosotros teníamos en Chile era el financiamiento de los Suecos. Ya ahí financian los proyectos, esto tiene la ventaja de que hay más disciplina académica, digamos, ya hay una evaluación académica, sobre los proyectos, sobre los resultados, aumenta la calidad. Parece una transición suave, e incluso alguna gente ahí se retira. En el caso de FLACSO Chile porque ya se meten más en la lógica política y económica del país. Entonces primero van por proyectos, pero a partir de los noventa (al menos en el caso de Chile), hay un retiro generalizado de las fundaciones, que ya ni siquiera financian proyectos.

**AC: Ahora sí, llevándote a tu trabajo actual, ¿En qué andas hoy?**

NL: Bueno es un poco eso: del orden deseado a los dilemas de la democracia. Hay que ser crítico: así como habíamos visto la democracia como un punto de llegada, ahora la descubrimos como un desafío. Hay que redefinir hoy en día para nosotros, para nuestra época, el sentido de la democracia. Este tema me lleva a postular que una vez establecida la democracia está claro que no tiene un significado unívoco. Entonces hay que redefinir la democracia.

## ENTREVISTA A EDELBERTO TORRES RIVAS

---

### “Trascender lo privado –que es la vía de Narciso– para volver a Maquiavelo”<sup>19</sup>

Abogado de Profesión (1964), hizo su maestría en FLACSO. Ha sido profesor en diversas universidades en Centroamérica y fundador de la *Revista de Estudios Sociales Centroamericanos*. Ha trabajado en CEPAL, ICAP (1980-84) y en FLACSO, de la que fue Secretario General (1985-1993) en San José de Costa Rica. Entre sus obras pueden mencionarse, *Centroamérica hoy* (Siglo XXI, México, 1975), *Elementos para la caracterización de la estructura agraria en Costa Rica* (Universidad de Costa Rica, 1978), *En torno a los problemas en la formación del estado, la experiencia centroamericana* (Fundap, Sao Paulo, 1979) *Crisis del poder en Centroamérica* (Editorial Universitaria, San José, 1983), *Interpretación del desarrollo social centroamericano* (FLACSO, Costa Rica, 1989), *El sistema político y la transición democrática en Centroamérica* (FLACSO, Costa Rica, 1990), *Democracia y Violencia Política* (FLACSO, Costa Rica, 1998). Por su contribución a las ciencias sociales, en el año 2010 la Latin American Studies Association (LASA) –red que reúne a los principales expertos y estudiosos sobre América Latina de EEUU, Canadá y otras regiones del mundo– le otorgó el Kalman H. Silvert Award.

---

19 Entrevista realizada por Antonio Camou el 3 de marzo de 1998 en Cuernavaca, y editada por Osmar Gonzales.

**Antonio Camou: Empecemos contando un poco de su historia personal, dónde y cuándo nace, qué hacían sus padres, cómo fue creciendo y cómo se dedicó a las ciencias sociales.**

Edelberto Torres Rivas: Bueno, nací en un hogar de clase media, clase media baja. En aquella época mi padre era profesor de escuela, nicaragüense, exilado por sandinista, pero sandinista de la primera época. Nací en la Ciudad de Guatemala en 1934, en medio de un importante ambiente intelectual. Mi papá siempre fue un fervoroso admirador de Rubén Darío, que llenó toda su vida, pues creció en un ambiente de libros. No era un artesano, un obrero ni un contador, sino era un profesor que después llegó a la universidad. Crecí en medio de libros, revistas, publicaciones, en un ambiente muy político, de dictaduras. Recuerdo que las canciones de la República Española se cantaban en casa. Era un ambiente de ese tipo, intelectual, de izquierda, radical en algunas cosas. Nací en plena época de la dictadura de Jorge Ubico. Mi papá fue el primer presidente de la Federación de Maestros, cuya huelga ayudó a la caída de la dictadura. Nací en ese ambiente de luchas políticas, de pobreza por la represión, exilio, etc.

Estudí derecho porque en aquel momento en Guatemala, en la década de los cincuenta, no había opción. Las opciones eran Humanidades, Economía, Derecho, y Derecho era lo más próximo a lo que a mí me interesaba. Pero también fui un poco presionado también por la familia, pues mi papá no había podido terminar su carrera de abogado, quería que su hijo estudiara Derecho. Pero creo que la orientación por las ciencias sociales ya la tenía, no sé cómo surgió, pero la tesis de abogado la hice sobre las clases sociales en Guatemala, y no querían aceptarla. Finalmente, la tesis fue aceptada, me dijeron que había sido una buena tesis, que incluso fue considerada para un premio a las tesis de licenciatura. Pero el premio nunca me lo dieron porque no era una tesis jurídica, era una tesis de ciencias sociales, pero con ella me gradué como abogado.

## **AC: ¿En qué año se graduó?**

ETR: Eso fue en el año 1964, es que cuando cayó Arbenz, salimos al exilio. Y vinimos aquí, a México, donde viví cuatro años y no estudié. Tuve que trabajar para mantener a la familia. Trabajaba de vendedor ambulante. Tuve una larga historia de aventuras. Vendía máquinas de tejer en las calles. El barrio que me tocó fue el que en aquella época era la Villa de Guadalupe. Me peiné todas las casas de Villa de Guadalupe vendiendo una máquina de coser que acababa de salir al mercado. Durante tres años y medio me gané la vida como vendedor, dejé de estudiar, volví a Guatemala y me gradué. Eso explica que no me haya graduado a los 21, 22 años, sino a los 29 o 30.

## **AC: Y después, ¿cómo sigue su trayectoria?**

ETR: Después he tenido una militancia política muy activa, era militante de la Juventud Comunista. Por noticias de segunda mano, por medio de alguien, me enteré de FLACSO, y sin saber que podía ser escogido, mandé el currículum, justo en ese momento pasó por Guatemala Johan Galtung, que era el encargado del área de Metodología y Técnicas. Me entrevistó y ahí mismo me escogió. De veinte gentes, me dijo, creo que te vamos a elegir a tí. Yo no le creí, y en el ínterin caí preso porque era abogado sindicalista, y de la cárcel me echaron para Chile.

En aquella época, era el año 64, todavía la represión no era fuerte, ya empezaba, pero en todo caso yo era un joven abogado, recién graduado, en fin. A un abogado no lo tocaban en ese momento, la condición que me pusieron fue que me vaya al exterior, lo más lejos posible. Y me fui para Chile, a FLACSO, donde yo ya había dicho que no iba, que me quedaba en Guatemala en la pelea, en la lucha. Llegué a FLACSO en abril, cuando el curso había empezado desde febrero.

Ahí me cambió la vida. Fui alumno de Fernando Henrique Cardoso. Por haber sido, junto con José Luis Reyna (el que fue director de FLACSO-México), los dos únicos graduados en el primer momento, Cardoso nos llevó a trabajar a CEPAL, fuimos ayudantes de él, y ahí decidí que no volvía a Guatemala. Realmente estaba excitado, entusiasmado. Un joven abogado que llega a Chile, imagínate, no sabía nada de nada, no sabía inglés, no sabía estadística, pero haciendo un gran esfuerzo, salí adelante y me gradué. Y fui funcionario de CEPAL, de ahí empecé la historia.

El grupo de la CEPAL, en realidad no era CEPAL, sino que era el ILPES. En ese entonces estaba dirigido por Don Raúl Prebisch. Ahí se formó un grupo de estudio, un grupo de trabajo muy importante donde estaba Cardoso, Enzo Faletto, Reyna, Aníbal Quijano, Octavio Sunkel, sus dos ayudantes, que eran Pedro Paz, un argentino, y Eladio Rodríguez, también estaban Francisco Weffort y Adolfo Gurrieri, otro argentino, y algunos más. De los seminarios que teníamos todas las semanas, todos los jueves, se armó el libro que después firmaron Cardoso y Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina* (1969), el que fue sin ninguna duda obra de la genialidad de Cardoso, pero discutido permanentemente con el grupo.

El compromiso era que cada quien escribiera sobre su país en esta perspectiva teórica, aunque nunca tuvo pretensiones de teoría realmente, el estatus teórico no lo tuvo nunca. Pero la situación de dependencia era una veta explicativa para entender la historia y otras cosas. De ahí salió un trabajo de Reyna que nunca llegó a cuajar, yo hice el primer libro sobre Centroamérica, que se llama *Interpretación del desarrollo social*, que resultó de una interpretación en esta perspectiva, del seminario.

Esto era por los años 66-68, Cardoso terminó el libro en el 68 y yo terminé de escribir el mío en el 69, y lo publicaron por primera vez en Chile con el nombre de *Estructuras de una sociedad dependiente*. Salió publicado en la Editorial Plá, que dirigía Theotonio dos Santos, quien también estaba en el grupo. Era un grupo bueno, realmente. Yo

lo admiraba, estudiábamos *El Capital* y discutíamos todas estas cosas. Después, en la edición centroamericana ya cambió de nombre y con addendum, modificada, y ha tenido unas 20, 22 ediciones. Yo ya pedí que no se publicara más porque ya está superada por la historiografía centroamericana.

En el 67 o 68 Cardoso renuncia para volver a Brasil y el grupo se dispersa. Ahí sacó Sunkel su libro. Fue un grupo muy inspirado realmente. Muy creativo... Realmente de allí salieron muchas cosas. Y además una línea de pensamiento que después tuvo eco.

### **AC: ¿Cómo sigue esa historia?**

ETR: Bueno, después de estar ahí en Chile, decidí que tenía que hacer el doctorado y me autobequé con mis propios ahorros, y me fui a la Universidad de Essex, donde tenía un amigo, me fui a estudiar ahí un año, se me acabó el dinero de la beca... Ya era casado, tenía hijos, no saqué nunca el doctorado porque me quedé sin dinero, estuve apenas año y medio. De ahí me vine para México a trabajar.

De Inglaterra me vine para México en el año 71. Estuve trabajando en el IISUNAM que lo dirigía Raúl Benítez, como investigador titular hasta finales del 72, cuando vino Sergio Ramírez, que después fue vicepresidente de Nicaragua. En ese momento él era secretario general del CSUCA, la Confederación Universitaria Centroamericana, me invitó para ir a crear el Programa Centroamericano para el Desarrollo de las Ciencias Sociales. Como soy de decisiones rápidas, acepté de inmediato. Raúl Benítez no quería que me fuera, la verdad es que aquí en México tenía una carrera segura, pero opté por el cambio, por la aventura, por ver otros horizontes. Me fui a Costa Rica, creamos el Programa Centroamericano de Ciencias Sociales, que llegó a ser un programa exitoso, y creamos la Escuela Centroamericana de Sociología, también creamos escuelas de Sociología en toda Centroamérica, creamos la Editorial Universitaria Centroamericana,

fundé la revista de Estudios Sociales Centroamericanos que duró trece años, yo estuve de editor cinco. Ahí siguió una carrera. Después estuve en otros lados, y terminé en la Secretaría general de FLACSO.

**AC: ¿Qué temas formaban parte del debate en aquellos años y en qué espacios se discutían?**

ETR: En la década de los setenta la preocupación era sobre la modernización planteada como desarrollo económico social. Yo me orienté mucho por los estudios agrarios, dado que Centroamérica era una sociedad profundamente rural, con un campesinado mayoritario. Incluso durante unos ocho o nueve años escribí sobre esos temas, varias cosas, ninguna importante, también sobre problemas del desarrollo político, el desarrollo económico, la crisis, la represión política, la dictadura militar, la lucha contra Somoza empezaba, en fin. Entonces me fui derivando al tema de la revolución, de la violencia, de la crisis política, del Estado y solo muy tardíamente aparece el tema de la democracia. También habría que decir que siempre me interesé por entender a la región como un todo, en un contexto histórico y en la perspectiva de la dependencia. Yo me jactaba de no haber hecho nunca un trabajo sobre un país u otro, ni Guatemala ni Nicaragua, sino sobre la región, la veía muy homogénea. Hoy tengo mis dudas, las propias circunstancias van imponiéndole a uno el tema. Es difícil que uno pueda decidir tomar un tema arbitrariamente o en el aire, sino que uno responde a demandas muy directas, muy inmediatas, de la sociedad, por invitaciones concretas para dar una conferencia, o escribir para un libro sobre el tema de la crisis, en fin.

Los seminarios que Raúl Benítez organizó en los setenta jugaron un papel muy importante en la vida latinoamericana, creo yo, y lo obligan a uno a orientarse en la dirección que la moda indica muchas veces. Pero uno se pone a escribir y a pensar motivado por una invitación para publicar en un libro, para estar en un seminario, ese tipo de

cosas, siempre muy vinculados a la vida académica no estrictamente universitaria.

**AC: Recordaba aquellos seminarios organizados por el Instituto de Investigaciones Sociales y quería preguntarle sobre cuáles eran los ejes de discusión en aquel tiempo, y si había un grupo de discusión que producía de acuerdo a una perspectiva más o menos homogénea.**

ETR: La respuesta tiene varias puntas. Una es que, sin ninguna duda, en Centroamérica, donde empezaba a moverse intelectualmente alguna forma de pensamiento social, fue siempre marxista o próximo al marxismo, un marxismo muy debilitado, pero marxista desde el lenguaje, la retórica, la intención. Probablemente era un conocimiento muy superficial del pensamiento marxista, no hubo nunca una preocupación teórica por avanzar en eso; la utilización de categorías era un poco manualística. Y en México también era así. Cuando digo manualístico, me refiero al sentido de superficial, sin profundizar. No hay un texto bueno sobre la acumulación originaria en el campo, un trabajo sobre la proletarización del campesinado, era más bien el resultado de encuestas, sobre la cuota de plusvalía, la tasa de ganancias, todo ese tipo de cosas, y en México era igual. Lo que pasa es que aquí había un poco más de movimiento intelectual, había un poco más de profundidad, pero el marxismo era la moda, digámoslo así. Difícilmente alguien se salía de eso, y la prueba de ello es que el Seminario que primero organizó el Instituto fue sobre las clases sociales en América Latina, que tú seguramente has visto y que publicado por Siglo XXI, y del cual hubo rápidamente tres o cuatro ediciones. En el segundo seminario, en el año siguiente, yo ya estaba en Costa Rica, pero seguí muy vinculado al IISUNAM, el Seminario de Oaxaca, fue sobre la crisis de la dominación burguesa en América Latina. También estuvieron Octavio Ianni, Cardoso, Fals

Borda, Faletto, ya no recuerdo los otros nombres. Las preocupaciones eran políticas, y siempre estaban presente, tal vez no de manera explícita, la idea de un cambio revolucionario, de un cambio radical. No eran estudios sobre la revolución, pero al hablar de la crisis de la dominación burguesa se pensaba en que esa crisis daba paso a algo distinto, una sociedad nueva, no capitalista. Las preocupaciones de los intelectuales por el cambio siempre estuvieron presentes, creo yo, en América Latina, pero en este caso se trataba de un cambio radical, de un cambio violento, de un cambio en el que el capitalismo salía condenado.

### **AC: ¿Cómo operó en el marco de esos debates el ascenso de Allende en Chile y la promesa de un camino democrático al socialismo?**

ETR: El triunfo de Allende, coincidió con la asamblea popular del general Torres en Bolivia, coincidió con el auge del movimiento tupamaro en Uruguay, con el velasquismo en Perú. Había un ambiente espeso de que la revolución se acercaba. En aquel momento creíamos que estábamos viviendo una etapa prerevolucionaria que se iba a generalizar en América Latina, y lo de Chile fue definitivo. Fue una victoria electoral. La influencia de Chile sobre toda la intelectualidad era muy fuerte, una buena cantidad de latinoamericanos nos formamos en Chile, no solo centroamericanos, también los mexicanos de esa generación, como Reyna, estuvieron todos muy influenciados por Chile, que fue muy impactante realmente. Yo diría que acentuó estos rasgos que te mencionaba, se acentuaron porque se vivía la época de la efervescencia, de las guerrillas que fracasaban, pero guerrillas en todo caso en todos los países, en Venezuela, en Brasil, en Argentina, en fin, era un clima muy politizado.

**AC: Y en ese clima viene el baldazo de agua fría: el dominó de los golpes de Estado. ¿En qué medida esos golpes empezaron a traer nuevos temas a la discusión?**

ETR: Hubo un intento de empezar a pensar alguna explicación sobre las dictaduras militares, en aquella época la categoría “autoritarismo” casi no se mencionaba, como concepto teórico lo autoritario era de manejo más bien extraño; lo que se usaba era dictadura militar, las dictaduras militares, o fascismos. Francisco Delich utilizaba despotismo, despotismos militares. Lo de autoritario era una traducción del inglés, entonces tenía poco éxito. No tiene el sentido común con el que hoy día se emplea la categoría “autoritario”, que por cierto ha perdido mucho de sus contenidos originales. Se habla de dictaduras. Pero no se avanzó, la verdad es que no hubo alguna obra importante, señera diría yo, que hubiese explicado esto. Ahí apareció el tema de la democracia. Y ahí sí vale la pena recordar que en Costa Rica en el año 78. Fíjate, en octubre de 1978 CLACSO, por iniciativa de Delich (yo estaba trabajando en CLACSO, vivía en Buenos Aires), hicimos el primer congreso latinoamericano sobre la democracia que no se llamó así, sino *Las condiciones sociales de la democracia*, que marca un hito importante, absolutamente importante.

**AC: ¿Quiénes estaban entre los participantes?**

ETR: Me acuerdo de algunos, estuvo Prebisch, como de Alfonsín, que tal vez fue la primera vez que salió fuera, estuvo Germani, estuvo José Agustín Silva Michelena, que después murió, bueno, Faletto, Cardoso ya no vino, creo que también estuvo Jorge Graciarena. No recuerdo muy bien, pero fue una reunión de unas 30, 35 personas. Creo que la resonancia que tuvo fue a largo plazo, no de inmediato, fue una reunión importante, se publicaron algunos de los trabajos.

Fue la primera vez que el tema de la democracia aparecía como una preocupación conceptual y teórica, y como un intento por entender además cómo la democracia podía ser asumida en el momento, año 78, que estábamos llenos de dictaduras. El ciclo democrático no empezaba todavía. Guillermo O'Donnell me parece que no estuvo.

**AC: ¿Estaba de alguna manera cancelada la discusión sobre la revolución o es que ahí convivían un poco la utopía revolucionaria y la preocupación por la democracia?**

ETR: No, no, la discusión sobre la revolución no estaba cancelada porque estábamos convencidos de que la lucha revolucionaria era una lucha por la democracia, y que la democracia era la meta de la revolución, pero asumíamos a la democracia solo para implantarla después que la revolución triunfara y no antes. Nosotros teníamos un absoluto desprecio por esto que hoy se llama la democracia formal, los derechos constitucionales no servían para nada, no los respetaba el poder. Los derechos sociales solo podrían hacerse efectivos en una sociedad de nuevo tipo, creíamos en la democracia, pero en una democracia permanentemente pospuesta. No era la lucha por la democracia aquí y ahora, sino por la revolución que va a permitir construir una sociedad democrática. La idea de democracia, por lo tanto, no estuvo ausente nunca, pero estuvo mediada, planteada de esta manera, lo cual significa que no creíamos efectivamente en algunos planteamientos democráticos. A lo mejor otra hubiera sido la historia si los movimientos populares hubieran tenido otra inspiración u otra dirección, en el sentido de que sí hay posibilidad de organización cuando los derechos formales son respetados. Hoy día pienso que ese razonamiento *ex post*, qué importante es el derecho de habeas corpus, el derecho formal, qué importante es el recurso de amparo, utilizar la propia legalidad existente, pero a esa la rechazábamos porque decíamos que no resolvía los problemas de la explotación, de la miseria, de

las injusticias. La democracia vendría como resultado de un cambio en el que primero hay que acabar con el sistema mismo.

**AC: ¿Y en algún momento hay un desplazamiento, digamos así, de este debate a una (re)valorización de la democracia política?**

ETR: Sí. Aparece primero en algunos, no es un movimiento generalizado, aparece hacia finales de los setenta, principios del ochenta, ya como una opción teórica que empieza a ser dominante, precedida por todo lo que fue la teorización sobre el Estado, que tampoco era objeto de estudio. Entonces, lo del Estado aparece muy vinculado a la idea de democracia más adelante. En fin, no soy muy fiel en la historia intelectual de América Latina con lo que te estoy diciendo, pero son los recuerdos que voy armando lentamente. Había un interés por entender la política, el Estado, y ahí aparece la democracia.

**AC: Además, era un interés que se salía un poco de las coordenadas del pensamiento de orientación marxista, al menos en el sentido clásico...**

ETR: Ahí hubo dos cosas que influyeron. Por un lado, un paulatino, pero en todo caso inevitable abandono de los temas estrictamente sociológicos, el tema de clases sociales, planificación social, etc. Y, por otro, el abandono de los temas sociológicos significó la decadencia del pensamiento marxista porque hubo una cierta “politicización” de las ciencias sociales, o sea, la ciencia política apareció sustituyendo, en tema, lenguaje y en enfoques, a la sociología que era marxista. En la medida en que se empezó a hablar de estos temas, que no estaban muy bien elaborados, el tema del Estado, la dominación, aparece Weber con una importancia incontestable, de ahí empezamos

a hacer un juego equívoco. Personalmente, tuve una polémica muy fuerte con Agustín Cuevas que me dijo que era un marxista cansado y alguna vez dijo públicamente, para hacer un juego de palabras, que era Marx weberiano, seguidor de Marx Weber.

Esa fue la tónica por un buen tiempo, una matriz ecléctica en la que ya no se era marxista de hueso colorado como se dice, y allí la fuerza de Weber y los weberianos fue muy importante. También hay que decir que en nuestra formación estaba Parsons, y Merton. También estábamos muy influenciados por Gino Germani. Los libros de Germani los tuvimos que estudiar y lo de Merton fue una cosa, vista en perspectiva, realmente útil.

**AC: ¿Pero en ese momento cómo juzgaban tener que leer esos autores?**

ETR: La formación en FLACSO era totalmente parsoniana, estructural-funcionalista, la teoría de la modernización. El curso más importante era sociología de la modernización, que lo daba Peter Heinz. Y después lo dio, un brasileño, que no me acuerdo su nombre, y que aparecía como la gran promesa intelectual, pero luego, se apagó. Pero Peter Heinz y un grupo de profesores fueron importantes, también llegaba Alain Touraine a dar clases, que había estudiado con Parsons. Bourricaud, que era parsoniano, fue un traductor al francés de algunos textos de Parsons. A la teoría de la modernización la veíamos como la explicación norteamericana lógica de la historia de América Latina. Entonces había una gran admiración por Germani, pero también un cierto rechazo, que aparece muy claro en el libro de Cardoso y Faletto. En realidad, yo diría que después de 1970 Parsons estaba muerto. Parsons y Estados Unidos con América Latina. Es más bien Weber el que tiene una fuerza extraordinaria, como todos los neweberianos.

En aquel momento claro, la ideología norteamericana era importante: Lipset, Bendix, David Reisman, Homans. Mira, me voy acordando poco a poco. Hace años que no me acordaba de todos estos nombres. Por cierto, todos publicados por Eudeba o Paidós, editoriales argentinas.

**AC: Volvamos al encuentro de 1978, ¿también marca un par-teguas o un nuevo comienzo en el sentido de que se empieza a visualizar una nueva especie de comunidad intelectual latinoamericana...?**

ETR: Bueno, esa sensación siempre la hubo. Había una comunidad latinoamericana por cierto muy unificada, muy fraternal. Éramos los mismos que circulábamos siempre por todos lados, más o menos un grupo muy cerrado, éramos como una logia, esa es la palabra, logia, a la que se iba incorporando uno y otro, pero era incorporación individual, al programa. Era un grupo aparte, bastante cerrado, y así funciona todavía, que invitan al amigo, invitan al colega, al conocido. Yo creo que es inevitable, en cualquier disciplina eso se da.

A veces los grupos llegan a ser infernales aquí, en México. El grupo de Pablo González Casanova, el de Víctor Urquidi, el grupo de Raúl Benítez, que ahora ya no tiene ninguna presencia. Pero sí había un gran sentido de fraternidad, no había competencia nacional, no había rechazo, más bien había una búsqueda de uniformidad ideológico-política, por así decirlo, con la diversidad que de todas maneras tenía el grupo. Yo creo que eso en cierta forma se mantiene. No sé cómo lo ves, pero en cierta forma se mantiene Y, en todo caso, tal vez no es lo más importante ahora, pero en aquel momento no éramos muchos.

**AC: Teniendo en cuenta que en buena parte de estos países no había un apoyo de parte del Estado, entre otras cosas por la proliferación de las dictaduras militares, ¿cómo era la cocina de la investigación, el tema del financiamiento de estas iniciativas, de la relación con fundaciones o con fuentes de financiamiento externo?**

ETR: Bueno, esto es lo sabido. Después de la caída de Allende o con el advenimiento de los gobiernos autoritarios, militares, aparece una enorme cantidad de centros de estudios académicos privados, los que se ha llamado centros académicos privados. Ahí FLACSO jugó un papel muy importante. La FLACSO, que era una, mantuvo su sede en Chile, creó otra en Argentina, se trasladó a Costa Rica. En la década de los ochenta se multiplicó y aparecieron una gran cantidad de centros privados y ahí fue muy importante la ayuda norteamericana, la Fundación Ford, sobre todo, también apareció el Sarec, de los suecos, inmediatamente después. Sin ayuda externa es difícil explicar todos esos procesos, porque el Estado difícilmente apoyaba alguna de esas cosas, porque el gobierno, los militares, eran de un sesgo muy conservador.

**AC: ¿Hasta cuándo estuvo en el CSUCA y cuándo pasa a FLACSO? ¿Cómo recuerda ese periodo que concuerda con el advenimiento de las democracias en Sudamérica pero también con el auge revolucionario en Centroamérica?**

ETR: Del CSUCA pasé al Instituto Centroamericano de Administración Pública a dirigir el área de investigación. Donde hice unos seis o siete trabajos sobre el origen del Estado en Centroamérica, ese fue el ICAP, ahí estuve del 80 al 84, y en el 85 pasé a FLACSO, del 85

hasta el 93. En el ínterin, estando en el CSUCA, me fui dos, tres años a Argentina, trabajando en CLACSO.

Empecé a escribir, diría que casi exclusivamente, sobre el tema de la revolución, la crisis, el cambio revolucionario, todo eso. He seguido los cambios que la realidad centroamericana me impone como tema de trabajo. Entonces tengo una primera época de interpretaciones sobre el problema social y luego, hacia los ochenta, una serie de libros de estudios de carácter más político, yo no diría importantes, pero libros que han quedado ahí. Uno es *El poder en Centroamérica*, el otro *La democracia posible*, y otros que ya ni me acuerdo cómo se llaman, todos son de los años 80 al 83. Ahí es donde aparece el tema de la democracia, entonces ya como opción en sí misma, y no como un medio para el cambio social. Sobre eso he escrito muchos artículos, muchas cosas para revistas, y todos están muy dispersos. Hay como cien artículos publicados, todos sobre esos temas.

### **AC: ¿En el marco de estos debates sobre la democracia, había vinculaciones de los intelectuales con las fuerzas políticas?**

ETR: Algunos las tenían, algunos sin ninguna duda las tenían, yo no. Desde la Universidad de Chile se disolvió mi vínculo personal con la militancia política activa. Pero en otros casos no era así. Por ejemplo, la Escuela Centroamericana de Sociología, entre el 75 y 80, se convirtió en una escuela de cuadros, una cosa absurda. Es decir, se quiso convertir en una escuela de cuadros. Menjívar fue el segundo director, yo fui el primer director. En mi época venían estudiantes de toda Centroamérica, los jesuitas de la Universidad de El Salvador nos mandaban gente para que los graduáramos ahí en Sociología, muy interesante. Hubo mucho problema, sobre todo con algunos grupos, porque querían convertir la escuela de Sociología en una escuela de capacitación política. Eso dependía del CSUCA, con dinero de la Fundación Ford. Y luego empezaban a formarse cuadros que después

se incorporaron a la guerrilla, que los formaban intelectualmente en la escuela de Sociología.

**AC: ¿Y cómo fue esta extraña relación con la Fundación Ford?, ¿cómo se mantuvo esta relación cuándo pasó a la Universidad de Costa Rica?**

ETR: La Fundación Ford dio el apoyo, fue la primera vez que dio apoyo a las ciencias sociales. Sería un capítulo largo de contar porque fue realmente increíble. La condición que le pusimos a la Fundación Ford es que le aceptábamos el dinero sin condiciones, y lo dieron exclusivamente para favorecer el desarrollo de las ciencias sociales. Por el cumplimiento del compromiso yo tuve mucha pelea interna en la Escuela, tanto que hubo una época que en una promoción los estudiantes decidieron que no querían recibir ninguna clase sobre Weber, Durkheim y no recuerdo qué otro clásico, Comte, creo. Y yo, que era el director entonces, sustituí al profesor rechazado y durante dos años di ese curso. A mí no me podían rechazar porque era el director, entonces tuvieron que “mamarse”, así, literalmente, a Weber, Durkheim, que lo conozco más o menos bien, pero lo que querían era a Marx y además un Marx mal aprendido, ni siquiera *El Capital*, sino *El Manifiesto Comunista* aprendido de memoria, y párrafos de *La Ideología Alemana*, y cosas así. Fue una locura. Rechazaban la enseñanza de la metodología y la estadística. Querían cursos de epistemología marxista. De todas maneras, como experiencia fue interesante, graduamos a casi 150 jóvenes entre el 75 y el 80-82, cuando la escuela fue absorbida por la Universidad de Costa Rica. Ahí se acabó el apoyo de la Ford y entonces creamos la Maestría Centroamericana en Sociología, que ya fue otra cosa. Mientras dependió del CSUCA, aunque la Universidad de Costa Rica participaba porque el título era dado por ella, estuvo muy influenciada por gente de izquierda. En aquel momento hacía mucha resistencia a eso, porque me daba cuenta que la

formación era incompleta, pero bueno, esa era la tónica de los tiempos. La revolución salvadoreña empezaba, en Guatemala la guerrilla estaba activa, la lucha contra Somoza arreciaba. De los estudiantes de la escuela hay tres que fueron guerrilleros y están muertos.

### **AC: ¿Y qué pasa cuándo viene la Revolución Sandinista?**

ETR: Bueno, ahí las cosas están un poco a contrapelo porque, por un lado, de nuevo hay una moda, una exacerbación de la idea de revolución y se producen estudios muy concretos dedicados a analizarla. Pero en América Latina la ola ya empezaba a soplar en otra dirección, eran los años 80, hacia el tema de la democracia y otros. Siempre estuvimos un poco a contrapelo de las tendencias, porque cuando empiezan las ciencias sociales en Centroamérica está la crítica a la teoría de la modernización, que en Centroamérica no se conocía. No hubo una etapa empiricista, no hubo una tradición de enseñanza a la que hubiera que combatir, o sea, en este proceso hemos sido un poco respondiendo a las modas, pero tardíamente. Y en los ochenta fue evidente que la orientación era otra. En un seminario se planteó “democracia o revolución”, así se llamaba un seminario que hicimos, democracia o revolución, fue en el año 83. Un seminario latinoamericano que realizamos en el CSUCA. Pero fíjate la opción, ¿no?

### **AC: ¿Cómo sigue este proceso de financiamiento externo, y en particular la expansión del FLACSO, de la que Ud. va a ser Secretario General?**

ETR: El CSUCA dura hasta la crisis financiera en el 91, yo ya me encontraba en FLACSO. El flujo financiero aumenta después de la Revolución Sandinista. Nunca disminuyó. Mira, cuando yo estuve en

el CSUCA, tenía un presupuesto de 200 mil dólares, cuando quiebra, manejaban tres millones. Y fue por eso que se perdió justamente, y por problemas. Bueno, el presupuesto de FLACSO también creció muchísimo: de 200 mil a casi un millón de dólares. Y así se crearon algunas ONGs académicas. Y estando como Secretario General creamos las unidades académicas de FLACSO en Centroamérica. Guatemala cumple diez años ahora, de tal modo que debe haber sido entonces en el 89 u 88. En El Salvador en el 90, en República Dominicana también en el 90, en Bolivia se creó, pero se rompió, y en Honduras y en Nicaragua no hubo nunca posibilidades, no había recursos humanos suficientes, no los hay todavía.

Estuve en la secretaria general de FLACSO desde enero del 85 hasta el 93. De ahí me quedé como consultor hasta principios del 95, luego me fui a España a trabajar. Fui profesor un semestre en Salamanca, después estuve trabajando en la Fundación Ortega y Gasset, en la Complutense y en el Instituto de Relaciones Europeo-Latinoamericanas (IRELA). Ahí pude haberme quedado un tiempo porque me invitaron para volver a Guatemala a dirigir este proyecto de las Naciones Unidas, y ahí estoy ahora. Termina la próxima semana, por cierto, después de eso estaré buscando trabajo.

**AC: Si hacemos un antes y un ahora, y Ud. pone la fecha del antes y del ahora, ¿cómo ha cambiado su posición respecto a la democracia, a la democracia política en particular?**

ETR: Bueno, es difícil ponerle una fecha. Es difícil decir cuándo uno cambió, lo cierto es que he cambiado, sin ninguna duda. Yo mismo no me di cuenta cuándo sucedió. Yo creo que esto está vinculado al desencanto que también fue paulatino y de ninguna manera fue resultado de un acto de racionalidad suprema que no tuve. El desencanto por el socialismo real, lo de la Unión Soviética, lo de Cuba, fue una cosa lenta, mucho antes que cayera el Muro de Berlín por supuesto.

Tal vez hay un grado de realismo que no sé si es resultado de los años, y lo podría creer porque con los años uno va madurando, si es que se puede plantear en esos términos. Después, el triunfo sandinista a mí me produjo una gran alegría, mi padre era nicaragüense, había sido prisionero de Somoza. Pero inmediatamente después empezó el desencanto. La revolución centroamericana me volvió uno de sus mayores críticos. Nunca creí en El Salvador, y con la guerrilla guatemalteca tengo una relación de conflicto histórico. Diría que a comienzos de los ochenta era evidente que las revoluciones no podían triunfar, y si triunfaban no resolvían los problemas que queríamos resolver. Y ese conocimiento lento y gradual, diría que, por momentos dramático y casi trágico, cuando uno ve la situación de Cuba, es el resultado de distintas experiencias, pero no quisiera que fuera pensado como que fue un acto racional. Era un poco de emoción, un poco de la realidad que se va imponiendo, luego vienen los estudios, las comparaciones. En un artículo que se llama “La vía autoritaria a la democracia”, planteaba la necesidad de la democracia como una finalidad, ya desligada completamente de todo adjetivo: la democracia liberal, la democracia occidental, la democracia burguesa.

### **AC: ¿De qué año es ese artículo?**

ETR: Eso debe ser del año 83, cuando llego a FLACSO. Personalmente, diría que de hecho nunca fui un marxista, fui un marxista con pocas lecturas de Marx. Conocía mejor a Weber que a Marx. Emocionalmente era marxista pero intelectualmente era weberiano. Y las categorías de Weber eran las que más me servían en aquella época. Creo que esto que me sucedió a mí le aconteció a una buena cantidad de gente, a veces no lo dicen plenamente, porque es un acto de deslealtad con uno mismo, es como estar traicionando, pero era inevitable hacerlo así.

## **AC: Ya para terminar, ¿cómo ve hoy los dilemas o los desafíos de las jóvenes democracias en la región centroamericana?**

ETR: Son escenarios difíciles. Creo que se camina bien pero muy lento, sobre todo por la magnitud de los desafíos que hay que resolver. El mayor desafío no es ni siquiera la pobreza, sino la ausencia de verdaderas fuerzas democráticas que estén encabezando el proceso. Las fuerzas democráticas son muy débiles, no es que la izquierda sea democrática y la derecha no, es que nadie es democrático. Entonces, no hay una tradición, no hay una cultura democrática. Pero en ausencia de todo esto el proceso camina porque hay mucha influencia externa, las presiones internacionales. Empieza a haber un convencimiento de las élites empresariales de que es mejor la democracia que los gobiernos militares, empujan en una cierta dirección, pero cuidadosamente. Está presente el peligro del electoralismo, de quedarnos en la cuestión del voto, como si fuera el punto de llegada, y que siempre va a ganar la derecha. No hay ninguna posibilidad de que la izquierda gane frente una derecha empresarial muy ligada al sector financiero, a los sectores menos productivos y más parasitarios, un capitalismo aventurero. Creo que ahí hay unas cosas que habrá que ajustar, porque es un problema de tiempo, igual sucede en América Latina.

Y ahí se plantea un problema central que tiene que ver con el Estado. Hay una conclusión a la que yo llegué: si no hay Estado fuerte, no hay democracia. Y un Estado fuerte supone una sociedad muy participativa, y supone además un empresariado de nuevo tipo. Supone que todo cambie en consecuencia. Entonces no solo es el Estado, el Estado sería la expresión de una sociedad que es capaz de inyectarle fuerza a la autoridad. O sea, tengo poca fe en la capacidad auto-reconstructiva de la sociedad. Es desde la política que la sociedad se puede regenerar. La sociedad misma no creo que pueda. Las ONGs, los sindicatos, las cooperativas, los grupos indígenas necesitan hacer política, mucha política, hacer vida pública, esa sería la expresión. Política en el sentido de vida pública, de actividad, de presión, de

reivindicar, de hacer. Y, por supuesto, hacer política vía partidos. Los partidos políticos son absolutamente imprescindibles para que un Estado funcione, porque de otra manera son las corporaciones militar y empresarial las que van a seguir dirigiendo. Los partidos son la salvación, en el momento en que los partidos se encuentran en crisis, en el momento que hay poca fe en la política y en lo que es socialismo, el tercer cambio, como lo señala Eric Hobsbawm en su libro sobre la historia del siglo XX.

Hobsbawm habla de tres grandes cambios, pero el tercer cambio a mí me dejó pensando porque dice: es perturbador este tercer cambio que ocurre en este cambio de época. Es el cambio que refuerza el individualismo, los intereses egoístas, la falta de solidaridad, un mundo en el que lo que importa es el éxito personal, en ese momento estamos construyendo la democracia.

**AC: Entonces el mensaje sería volver a lo público, volver a hacer política.**

ETR: Yo diría que eso, hay que crear los espacios públicos, la participación en la vida pública, trascender lo privado, que es la vía de Narciso, para volver a Maquiavelo en alguna forma.

**AC: Reivindicar a Maquiavelo, con eso podemos terminar. Mil gracias, Don Edelberto.**

ETR: Bueno, pues, gracias a tí.

## ENTREVISTA A LILIANA DE RIZ

---

**“Pancho Aricó me decía “Rosa Luxemburgo”; no por revolucionaria, sino por demócrata”<sup>20</sup>**

Licenciada en Sociología con Diploma de Honor (UBA, 1964) y Doctora en Sociología con Mención Especial de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (1975). Profesora Titular de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, desde 1984 es Profesora Consulta en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA e Investigadora Principal del CONICET (PK). Fue coordinadora y autora principal de los Informes de Desarrollo Humano de Argentina 2002 y 2005. Experta en política latinoamericana, estudió los sistemas electorales, los partidos, las políticas públicas y el desarrollo humano. Entre sus libros se destacan *Sociedad y Política en Chile* (1979), *Retorno y derrumbe: el último gobierno peronista* (1981 y 1987), *El Parlamento hoy* (1986), *Concertación, Estado y Sindicatos en Argentina* (1987), *Reforma Institucional y Cambio Político* (1991), y *Radicales y Peronistas. El Congreso Nacional* (1983-1989 y 1994) y *La Política en suspenso 1966 - 1976* (2000). Recibió el premio a la Excelencia en impacto de políticas públicas otorgado por el PNUD (2004).

---

<sup>20</sup> Entrevista realizada y editada por Antonio Camou en México DF el 5 de marzo de 1998.

## **Antonio Camou: Comenzamos Liliana, con algunos datos personales.**

Liliana De Riz: Nací en Buenos Aires a fines de 1941, cumplí 56 años. Mi padre era óptico y tenía una óptica, y mi madre era jefa de personal en teléfonos del Estado. Ella hizo una carrera en Unión Telefónica, cuando todavía era de los ingleses. ¿Cómo me dediqué a las Ciencias Sociales? Esta es una larga historia, difícil de reconstruir. Si tuviera que decirlo a pinceladas, digamos, yo nací en un lugar de clase media con una madre bastante independiente que quiere tener sus propios ingresos (lo cual, por otra parte, necesitaba, pero que le daba perfil a su vida y a su actividad), o sea, no era un ama de casa. Nos cuidaba a una tía y había una señora que limpiaba y vivía en casa. Mi padre era un profesional independiente, un *cuentapropia* pero con especialización. Era óptico y realmente le iba bien en su profesión, era un tipo con mucho éxito y hacía muy bien las cosas. Entonces, a mí me mandaron a una escuela religiosa, la Sagrada Familia: clase media, uniforme, bilingüe. Además, un barrio como Flores era el destino propio de quien podía ser Maestra (lo cual fui luego en el Normal) y eventualmente tener alguna carrera decorativa, porque la idea era que una se casaba con un profesional. ¡Qué otra cosa se podía hacer! Mi hermano, en cambio, que era seis años mayor que yo, tenía una profesión muy definida como era Medicina. En rigor de verdad, yo salí de la Escuela de Monjas coincidiendo con el año 55 y la caída del peronismo, por lo tanto, la laica y la libre, las escuelas religiosas no iban a ser acreditadas, entonces entré al Normal N° 4, donde era muy difícil entrar, pero pude por una serie de contactos que tenía mi papá. Fue un proceso complicado, porque había pocas vacantes y era una escuela de prestigio en el corazón de Caballito. Para que tengas una idea, Gilda Romero Brest era profesora mía. Luego a lo largo de los años la volví a ver, incluso la veo ahora. Pero por razones de promedio estaba en unas divisiones llamadas “experimentales”. Hice primero latín y francés, después inglés, con lo cual tuve tres años de

latín. Yo estudiaba mucho. La escuela experimental significaba que se hacía el magisterio con un *training* muy especial: historia del arte, filosofía. En las divisiones experimentales la directora era María Teresa de Mujica. Entonces, ahí las humanidades estaban muy próximas. De modo que en 1960 terminé en el Normal con medalla de oro y entré a la Facultad con el curso de ingreso durante quinto año del Nacional de Buenos Aires y entré a la carrera de Filosofía. Estudié todas las materias introductorias. Hice Filosofía hasta un cierto punto en el que empecé a hacer materias de Sociología con Gino Germani: “Introducción a la Sociología”. Entonces, pasé a la carrera de Sociología, pero tenía la suficiente cantidad de materias como para que obtuviera el título en Filosofía, más las optativas de Sociología, pero de hecho seguí Sociología. En el interín, aunque no voy a ahondar mucho más en esto, pero un poco el *background* intelectual tiene que ver con que estudié y fui ayudante de Mario Bunge, hice lógica con Gregorio Klimovsky en Exactas. Tenía una formación lógico-epistemológica, más las teorías básicas, latín y griego. De modo que cuando hice la primera materia con Germani, rápidamente concursé como ayudante. Fui ayudante de “Introducción a la Sociología” y de “Sociología Sistemática” en la época de oro con Miguel Murmis y Eliseo Verón. Terminé la carrera en el 64, es decir, bastante rápido.

### **AC: ¿Te graduaste en Sociología?**

LDR: Sí, pero la cantidad de materias me alcanzó para obtener el certificado de Filosofía. Entonces, terminé a fines del 64, estaba trabajando en el Instituto Di Tella. Había trabajado en el Instituto con Gino Germani en la investigación sobre modernización (Germani, Gibaja, Inkeles). Luego de casarme, en el año 66 me fui a FLACSO-Chile. En ese momento era tumultuoso con Fuensalida y Glaucio Ary Dillon Soares, que ahora está en Florida. Pero yo venía preparada de manera especial para la media, porque había terminado con

diploma de honor y todas esas porquerías. Realmente estudiaba full time, mucho. Por ejemplo, con Oscar Terán estudiamos Filosofía juntos. Entonces, a mí sencillamente –entre que era porteña y pedante– FLACSO me parecía poca cosa para ser un postgrado.

### **AC: ¿Quiénes estaban en FLACSO en ese momento?**

LDR: El director era Glaucio Ary Dillon Soares. Estaba esta pelea entre los marxistas y los no marxistas. Eran los años en que uno era funcionalista o era marxista. Yo había hecho investigación con el equipo de Germani y trabajaba en una investigación en el Di Tella. De modo que la manera en que Glaucio organizaba esto era muy especial... Peter Heinz ya no estaba, pero venía. Después Galtung ya no era profesor, pero pasaba por ahí. Venía un sueco de la Escuela de Galtung para enseñar metodología y, por ejemplo, para ver la confiabilidad de una medida, pedía estimaciones sucesivas de una cierta distancia en un pizarrón, y nosotros mirábamos las baldosas y le decíamos siempre lo mismo: “son 90 centímetros” (porque calculábamos las baldosas, cosa que el sueco no se avivaba). Entonces, yo decía “no puede ser que la confiabilidad te la enseñen así”. Y, realmente, habiendo sido ayudante de Mario Bunge, me sentía profundamente... Bueno, por ejemplo, un compañero mío era Vilmar Farías, los dos teníamos muy buenas notas, éramos de la misma generación. En fin, yo ahí tenía bastantes dificultades personales, estaba casada con un sociólogo que estaba en FLACSO, etc. Así que finalmente hice un año y al otro me fui a CEPAL a trabajar con Aníbal Quijano. Tenía un contrato en CEPAL y era la época en que estaba Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto, etc. Faletto estaba en la División de Asuntos Sociales de CEPAL y Cardoso en el ILPES. De todas maneras, eran los años que estaba Francisco Weffort, hacíamos seminarios los fines de semana, llegó el proyecto de marginalidad de José Nun, etc. O sea que la vida intelectual de Santiago era muy intensa. También tenías

las visitas de Alain Touraine, ahí como alumna en FLACSO tuve el primer contacto con él. Era una vida intensa en los tiempos, por supuesto, del *Camelot* y de toda esta historia. Esos fueron los años chilenos, la relación con CEPAL, las preocupaciones y las ocupaciones en los debates académicos y políticos. Porque eran debates políticos, nos reuníamos, la caza de los leones, marginalidad, las discusiones de los años 67-68, etc. Me volví a la Argentina y me fui a Montevideo. Porque a todo esto en el 66 fue el golpe de Onganía, yo había concursado como Jefa de Trabajos Prácticos de Sistemática, pero ahí me casé y me fui a FLACSO-Santiago. Después en el 69 me fui a Montevideo, me contrataron en la Universidad de la República y era profesora en el Instituto. Armamos el Equipo de Investigación en el Instituto hasta el 70, año en que me fui con una beca a Oxford, al Saint-Anthony's College. Pero ahí me casé de nuevo con un uruguayo, entonces todo el proyecto Oxford fue abandonado, a pesar de que tenía avanzado el proyecto de tesis. Ahí fue cuando decidí hacer la tesis con Touraine en París. Volví a Santiago de Chile, hice la tesis desde allí, porque pasé un tiempo en París, pero cumplí rápido los requisitos en la *Ecole*, porque yo tenía la relación con Touraine de Buenos Aires y de Santiago. Defendí la tesis que se llama *Sociedad y política en Chile de Portales a Pinochet*. Es un libro gordo que después editó la UNAM. Lo iba a editar el Fondo de Cultura, hablé con Arnaldo Orfila, pero ese fue un momento bastante desgraciado porque después del golpe chileno todo el mundo tenía libros sobre Chile y tenían nombres más conocidos que los míos. Ese era un libro pionero en el sentido en que yo analizaba los factores internos y la crisis del sistema político chileno que había precedido a la Unidad Popular, y que había sido consecuencia del gobierno demócrata-cristiano de Frei y de las medidas que habían hecho estallar el esquema urbano-obrero, de pacto político chileno con la inserción de los campesinos. No ahondo en esto, pero la tesis fue realmente un libro gordo. A fines del 73 había sido el Golpe en Chile, yo defendí la tesis en París principios del 75 y así saqué el Doctorado. De ahí me fui a México. Mi marido era perio-

dista (uruguayo) así que salió hacia México, exiliado; mientras yo era funcionaria de Naciones Unidas. Llegué a México, me instalé, trabajé como consultora en Naciones Unidas en varios proyectos, pero entré como investigadora a la UNAM y di clases en el Colegio de México. Ahí terminé la edición de la tesis en libro e hice otro libro: *Retorno y derrumbe* (además escribí varios artículos). Me organicé la vida en México, pero yo no era exiliada, cada año y medio iba a Buenos Aires, traía libros y veía gente. Bueno, estuve en México hasta el 81, cuando murió Daniel y regresé a Buenos Aires con un año sabático, pero ya me quedé en Buenos Aires. Pero en la época que defendí la tesis estuve como ocho meses en París. Desde México viajaba seguido a París y tenía otras varias conexiones, o sea, no me quedé mucho tiempo fijo en México.

**AC: Esta vida no te dejaba mucho tiempo. ¿Pero tenías algún tipo de militancia política en la Argentina durante esos años?**

LDR: No. Yo tenía una perspectiva, una posición crítica, pero no estaba afiliada a ningún partido. Tenía amigos radicales, pero no me afilié al radicalismo en esa época. No estuve nunca en ninguna organización –ni armada ni no armada– y siempre tuve un perfil de izquierda, pero no encuadrado, ni encuadrable. Mi marido era uruguayo, periodista de *Marcha*. Era un intelectual conocido, perseguido por el régimen uruguayo. Entonces, estuve en cuanto a organización de derechos humanos, protesta, organización, solidaridad y debate. Los años de México eran años de debates, por ejemplo, “fascismo y socialismo”. Yo hice un trabajo sobre la elucidación del concepto de fascismo, en absoluta y franca disidencia con los trabajos de Agustín Cuevas –por ejemplo– sobre socialismo y fascismo. La idea era que ese concepto podía tener pertinencia para la lucha política, pero que desde el punto de vista teórico era un concepto inadecuado para analizar la situación en América Latina. De ahí los debates que se fue-

ron bifurcando entre dependencia y subdesarrollo: la tesis de André Gunder Frank, la de Aníbal Quijano que era mucho más refinada, pero también era de los catastrofistas. En el medio de eso estaban los debates con Cardoso y con Faletto, “dependencia y desarrollo”, y después “dependencia y democracia”. Daniel Vacsman, por ejemplo, era un periodista que se asociaba a un pasado revolucionario (sobre todo con la pluma, digamos), pero era un hombre de la Internacional Socialista en los años de madurez y se murió muy joven acá en México. Nuestros amigos eran de la Internacional Socialista, los socialdemócratas y una visión crítica de lo que había sido la lucha armada, y la búsqueda de lo que en esa época se llamaba la “convergencia” uruguaya. Ahora hablamos de “alianza”, en esa época se hablaba de convergencias, las grandes convergencias democráticas. Todo esto te lo cuento demasiado rápido, porque no fue de un día para el otro, digamos, los años 77-80 eran los años de las grandes convergencias, la búsqueda de los acuerdos democráticos, los años de la “socialdemocratización” de la izquierda latinoamericana.

**AC: ¿Cuáles fueron los referentes teóricos o analíticos de tu formación en esa época?**

LDR: Eso puedo decírtelo de un plumazo, a riesgo de ser súper simplificada. Yo venía de la Filosofía, pero una influencia fue el contacto con Germani y sus clases. Un libro que me sigue pareciendo un clásico que no puede ser sustituido es *Política y sociedad en una época de transición*. O sea, el gran dilema que también había visto Torcuato di Tella en su época de oro, breve y joven, era esta idea de la incorporación de los sectores populares a la política y el problema de la democracia, como alternativa europea al fascismo o a estos movimientos nacionales populares. El debate sobre la incorporación política fue un debate central. Ahí la idea de dependencia, de revolución, la idea de marxismo, eso nos marcó a todos. Pero, digamos, el

descubrimiento toureniano en estos huecos era donde uno podía, de alguna manera, hablar de sociedades dependientes. Esto te permitía a salir del debate económico, donde todo era historia social o historia económica. Entonces, tenías historia social e historia económica, pero no podía armar las categorías de análisis de un sistema político, como un sistema abierto, un sistema contingente, en el que no necesariamente estaba escrita la clave del fracaso. Así es como me acerqué, por ejemplo, a *Retorno y derrumbe*, como una historia que no tenía un final predecible, sino que el movimiento de los actores lo iba llevando hacia un camino y no hacia otro (quién sabe por qué también). Además de que había factores estructurales que podían haber influido, obviamente no todo era contingencia. La intención era buscar esta cosa que en Touraine fue muy interesante, porque de alguna manera Touraine es un gran weberiano, pero es un postmarxista. No se puede entender sin Weber y sin Marx. Esta era un poco la ilusión de la generación de Cardoso, la idea de poder juntar los análisis de la idea de la acción con sentido de Weber, al mismo tiempo que incorporar los factores estructurales que nos pesaban a todos en un mundo en el que realmente los golpes militares te ponían siempre sobre el tapete la idea de la opresión, el uso de la fuerza, la inutilidad de buscar caminos alternativos, porque eras un ciudadano impotente, absolutamente avasallado y aterrorizado. Como fuimos todos, porque la historia uruguayaya también fue una historia de salir en medio de la persecución política. Como le pasó a Daniel Vacsman, a la gente de *Marcha*, los asesinatos, digamos, mucho miedo. La idea de vivir siempre al lado de alguien que no tenía pasaporte, viajabas por el mundo y eras un *stateless man*, y esto siempre fue un asunto inquietante, no dejó de marcar una cierta actitud alerta y un conjunto de gentes.

Respecto de la marca intelectual de Touraine: es un tipo sugerente a la Ortega, él tira ideas, más que sistemático es sugerente. Lo que hacía era romper precisamente (y Cardoso también lo había hecho a su manera) con esta cosa muy determinista y podía uno encontrar cierto oxígeno para ser, como éramos todos, bastante gramscianos. Para

darle un ejemplo: el Seminario de Morelia, al que vino Pancho Aricó, quien me llamaba la Rosa Luxemburgo, porque yo decía “los derechos civiles son derechos civiles, las libertades son libertades, no son de la clase media, son las cosas que tenemos que defender”. Esas eran las discusiones que teníamos. Por ejemplo, yo había hecho un trabajo con Emilio de Ipola, con el que hice varios trabajos lindos en mi vida, porque trabajar con Emilio es un privilegio, tiene una inteligencia refinadísima, además, uno de los sentidos del humor más exquisitos que tenga la gente sobre la tierra. Este trabajo era *Hegemonía y movimientos sociales*. Entonces hacíamos esos esfuerzos tremendos, porque el dilema de nosotros era –por un lado– esta especie de búsqueda de alguna hegemonía capaz hacer con ella lo que uno quería hacer, y –por otro lado– una cierta natural repugnancia a un pensamiento unificante, buscando esta cosa plural que no sabíamos muy bien cómo combinar en un país como Argentina. Pero, en todo caso, los escritos eran siempre esbozos que iban entre un continente y un país que era más gramsciano que otra cosa, cuando en realidad muchos leían *Qué hacer* y la pregunta era esa. Entonces, si yo pienso en las categorías de análisis de la tesis de Chile, mis interlocutores, la gente con la que escribí, como Emilio de Ipola o como Juan Carlos Torre (el capítulo octavo de la *Cambriadge History* de Argentina), siempre había esa inquietud mucho más heterodoxa. Por ejemplo, los debates fuertes que tuvimos en el PROELCE con Susana Torrado que hablaba del “instinto de clase”, de las categorías poulantzianas para trabajar el censo poblacional. En cambio, mi discusión era mucho más tratar de encontrar otras categorías: Thompson, la historia de la experiencia de clases, la reconstrucción de la noción de clase por otro camino. Esos fueron todos vericuetos, aunque es más fácil contarlos ahora que como uno lo vivió en ese momento, pero te iluminaban –de manera no muy clara por cierto– caminos, búsquedas que te obligaban a salir de esos cotos de caza. Esto en un país donde, evidentemente, el Partido Comunista era una mierda y la gente que había pertenecido (Emilio de Ipola, Juan Carlos Portantiero) eran mayores que yo. Entré a la vida

universitaria, digamos, después del coletazo de que si no estabas en el PC no existías, y además orgullosa de no estarlo y con posiciones muy autónomas en grandes debates. Cuando estaba, por ejemplo, la cosa guerrillera y estaba Marcos Slachter, teníamos episodios tan ridículos como este: yo tenía que dar examen de Metodología con Perla Gibaja, entonces había habido alguna cuestión política y se había suspendido, no te dejaban entrar. Entonces, me quedó un cero en el parcial y Gibaja me promedió un cero. Algo absurdo, ridículo, yo tenía todos diez, estudiaba mucho, pero me queda un cero. Entonces hubo una gran discusión en una Asamblea, donde Marcos Slachter (quien después murió en la guerrilla en Salta) hablaba de tomar la Facultad como punta de lanza de todas esas cosas. Yo realmente me puse muy furiosa y tenía tesis tan absurdas como, en ese momento, decir “politizar la universidad es lo peor que nos puede pasar”. Yo quería entrar a dar examen con Perla Gibaja y me parecía una cosa infinitamente increíble que este delirado nos impidiera semejante cosa. Por lo cual, tengo un perfil difícil de pescar y tengo relaciones múltiples con gente muy diferente, desde la más liberal a la menos liberal, pero con los que tengo mucho diálogo. Tulio Halperín Donghi es otro que influyó mucho, porque yo hice “Introducción a la Historia” con él en la época de Romero. Por ejemplo, cuando hice esa materia, Tulio te mandaba en capilla a preparar el tema que elegías vos y luego te daba otro él. Entonces, cuando yo fui a capilla y volví, le dije que a mí me daba lo mismo cualquier tema. Esto sonó muy raro porque Tulio Halperín es Tulio Halperín. Yo había estudiado muchísimo y entonces, efectivamente, me empecé a preguntar muchos temas, pero yo sabía mucho, entonces me saqué un diez con Tulio Halperín, lo cual marcaba un rasgo diferencial en tu historia en la Facultad. Eso o José Luis Romero eran cosas muy importantes. Siempre hice materias y tuve un diálogo con Tulio. Además, cuando vino a México en el 81 y yo estaba sola porque Daniel había muerto, vino a dar ese curso maravilloso sobre “Intelectuales y Estado”, ahí entonces tuve la oportunidad de disfrutarlo durante cuatro meses. Es alguien cercano que yo quiero mucho.

**AC: Recién recordabas ese Seminario de Morelia en el año 1979 (¿?), decías que sonaba raro o era motivo de discusión esto de la democracia política, ¿Cómo se dio esa discusión?**

LDR: Bueno, la construcción de la hegemonía, las casamatas de la sociedad civil, la guerra de posiciones, la democracia vinculada a partidos no era nada excitante en un país como Argentina, donde tenías el Partido Radical y lo otro (el peronismo) que no se sabía bien qué era, punto. Sergio Zermeno –que es un tipo muy inteligente– en ese momento estaba haciendo su tesis sobre la clase media y la democracia, como si obviamente era esta vinculación, así como José Nun había escrito sobre los golpes militares de clase media (esa era la contratesis). Ahí es donde yo sostenía que estos enfoques eran inútiles, que en realidad los derechos civiles eran derechos civiles, los derechos políticos eran derechos políticos, más allá de la lucha de las clases medias por la ampliación de la participación. Pero mi recuerdo es muy confuso, esta historia habría que recomponerla, alguna vez, rejunándose con los que quedamos de ese entonces. Porque Emilio (de Ipola), el *Negro* (Portantiero), esta idea de Pancho Aricó que me decía “la Rosa Luxemburgo”, por esta idea de los derechos civiles. Esta cosa de que no son derechos burgueses, son derechos civiles, no son de la clase media, son de todos. Si no hay eso, no hay nada. No por revolucionaria, sino por demócrata.

**AC: Según tu percepción, ¿cuándo y cómo empezó a cambiar la percepción acerca de la democracia en el marco de esos debates?**

LDR: En parte tiene que ver con el hecho de que hayamos salido de una visión provinciana de la vida, en Chile, en Uruguay, en México y en Europa. Yo viajaba seguido a Estados Unidos por razones personales, dos o tres veces por año. Iba a librerías, al *New York Co-*

*llege* donde tenía gente amiga. O sea, ser pioneros en esta idea, no había Internet, pero podías tener visiones y contactos en París, porque además ahí estaba Silvia Sigal, Sofía Fisher o el propio Touraine. Entonces, había cierto oxígeno y miradas múltiples. En particular, todos quedamos muy marcados por la experiencia del golpe chileno que derrocó a la Unidad Popular, por esta imagen de Salvador Allende muerto con un fusil, pero simultáneamente por la idea de que era un país con instituciones, que era un país con democracia y que había sido arrasado. Entonces, la tesis era “el imperialismo no te deja”. Pero ese libro que escribí fue un intento de demostrar cómo la crisis del sistema político chileno era *anterior* a la Unidad Popular y había terminado destruyendo el proyecto de la Unidad Popular. De modo que no era una cuestión del imperio, aunque el imperio obviamente podía coadyuvar a un final como ese. Esta sensación, la escritura de la tesis chilena y la visión de un mundo como el mexicano, que era un mundo de instituciones para gente que venía de un país en donde las instituciones no existen, era muy impresionante. Era algo que no sé cómo contarte en este momento, porque “ex post” uno realmente reinventa la historia. Pero hoy, por ejemplo, tengo la percepción de que este mundo institucional fue –en ese sentido– un mundo de muchas enseñanzas, porque realmente las instituciones dan seguridad, porque entonces vos tenés a qué atenerte y tenés tu espacio de trabajo, una cierta tranquilidad, unos ciertos códigos que duran, además de la moneda, y eso fue un espacio muy interesante. Además, yo tenía una casa abierta al mundo porque mi marido era un periodista descollante. Entonces, la última entrevista a Chamorro se la hizo en mi casa con su mujer, Violeta. Pero, entonces, estaban los salvadoreños, estaban los centroamericanos, era el mundo de esta gran solidaridad de la gente. Por ejemplo, yo hacía ñoquis en la casa de Cardoso en Santiago de Chile, cuando vivía con Ruth y los chicos. En México, obviamente, cuando Cardoso venía y pasaba, nos encontrábamos. Daniel, por ejemplo, le hizo una de las mejores entrevistas que tuvo, y obviamente mucho antes de que Fernando Henrique fuera presiden-

te, Daniel decía que iba a llegar a serlo, que era un hombre de Estado. Realmente esa fue una entrevista maravillosa. Cuando Daniel murió, Cardoso pasó y vino a darme el pésame, nos juntamos y recordamos esa entrevista que fue una entrevista extraordinariamente interesante. Entonces, era una casa abierta donde pasaran desde tupamaros prófugos y desesperados, o artistas de cine exóticas, con anteojos negros (que te ocupaban la casa y vos decías: “por qué tengo que vivir así, si en realidad la casa es mía”), hasta compañeros de siempre. Yo tuve siempre una relación profunda, personal y larga –esto te puede parecer pedante– con Julio Cortázar. Era un señor que vivía en mi casa de Chile y en mi casa de México. Octavio Paz venía y quería los pajaritos de la jaula de Oaxaca que nunca se los regalé (no sé por qué, porque en realidad los guardé, tampoco sé para qué). O conocer a Juan Rulfo. Digamos, nos movíamos en un México –como antes Chile– donde te recibía toda esta gente culta, interesante y política. En ese sentido, yo volví a Buenos Aires y dije: “esto es un entierro, la gente no habla de política, las noticias de los diarios son de segunda mano”. Porque México era un lugar extraordinario.

### **AC: Antes de volver a Buenos Aires. En México, ¿te reunías con los argentinos exiliados?**

LDR: No, yo te voy a decir que nunca tuve una cultura de ghetto. Entré a la Casa Argentina con la Revista *Controversia*, pero muy al final, con el quilombo de las Malvinas. Yo no firmé esa carta (“episodio histórico”), pero no la firmé no tanto porque estuviera en contra, sino porque me pareció una boludez infinita firmarla. Los argentinos en México sacaron una carta en apoyo de las Malvinas, yo no la firmé. Figuré entre los pocos que no la firmó, entonces Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano vienen a verme: “pero qué bueno que no la firmaste”. Eso no te da ningún mérito, ellos hicieron cagadas en la vida, yo también. Pero lo que te quiero decir es que esto no es ninguna

virtud mirado desde hoy, probablemente sea parte de mi modo de ser. Esto no es encuadrable políticamente con nadie, lo que siempre me trajo bastantes disgustos. Esto quiere decir que yo nunca fomenté esas relaciones típicas del exilio, salvo la Casa Argentina y las reuniones de comida mensuales o la Revista *Controversia* al final. Para mí una persona sumamente cercana, cuya muerte fue una pérdida irreparable, aunque lo veía poco, es el Pancho Aricó. Una cosa era con Pancho y otra sin Pancho, para todo. Pancho es una historia aparte. Pero, digamos, yo no tuve contactos ni amistades con nadie del exilio o de Montoneros. Podía verlos en la Ghandi, pero no tuve ninguna relación. Eran relaciones de Daniel, amigos o temas periodísticos de él. Es decir, yo me relacioné con la gente que me gustó, que pude o que quise. Yo tenía una amiga a la que podría ver hoy (Cecilia), era como una hermana, estaba mucho en mi casa, leía mucho y salía muy poco, salvo cuando viajaba.

### **AC: ¿Y la vuelta cómo fue?**

LDR: Para mí fue todo muy especial, como para cualquiera. A principios del 81 murió Daniel después de un cáncer que duró entre el 79 y el 81. En el 77, por una razón de mal manejo médico, muy brutal, perdí un embarazo con una beba a término y eso fue un golpe muy duro. La enfermedad larga y difícil de Daniel fue muy brutal. Era un tipo muy querido, muy brillante y se fue deteriorando con un cáncer terrible. Terminó en Houston, pero con un avión presidencial lo trajimos aquí. Daniel era alguien muy querido, esa es otra historia. Pero, de algún modo, yo podría haber sido una viuda célebre. Lo que hice cuando él murió fue desaparecer. Me ofrecieron la ciudadanía mexicana y no la acepté (no sé si fue un error). Abandoné mi preciosa casa de Tlalpan y me fui a Buenos Aires, sin saber muy bien qué ruta hacer. Lo vi a Jorge Feldman, por ejemplo, por FLACSO, pero no estaba muy segura. En realidad, hice varios periplos rápidos: estuve

en Europa, estuve en casa de Cortázar... bueno, que si me quedaba en París, si me quedaba en Italia. Me agarró el ataque y volví a Buenos Aires. Me quedo en Buenos Aires con un año sabático que me dieron los mexicanos (ya prácticamente era el décimo año que estaba aquí). En ese año sabático que me quedé en Buenos Aires entré al CEDES, ahí trabajé con Marcelo Cavarozzi. Yo no tenía ingresos, estaba con mi sabático, pero en ese sentido nos juntamos con Marcelo. Él había armado un proyecto con la Fundación Ebert (“el retorno de la democracia, la transición y los políticos”). Ahí yo tuve un espacio generoso que él me abrió con los políticos y con los proyectos de la Ebert a los que me fui incorporando. Luego, me fui a vivir con Jorge Feldman y ahí formé una familia, tengo una hija de 14 años. Pero la vuelta a Argentina para mí fue muy difícil al principio. Yo estaba muy lastimada, me fui de México con muchas muertes y –de algún modo– la Argentina para mí era estar más cerca de mi familia, aunque mi mamá ya era viejita. Para que te des una idea, yo fui al Congreso de Río en el 82 y coordinaba una mesa. Cuando llegué y empecé a coordinar la mesa (había mucha gente en la reunión y no era chiste), entonces Manuel Antonio Garretón me dijo: “¿supiste lo que pasó? Vigorito se ahogó”. Raúl Vigorito, uruguayo, era mi vecino, íntimo amigo, casi hermano de Daniel. Me acompañó hasta el final en todo el proceso de la enfermedad de Daniel, era mi seguridad en México. Se me quemaba la luz en una casa oscura de Tlalpan y lo llamaba. Además, lo acompañó a Daniel en el final. Bueno, cuando me enteré, quedé en un estado de shock tal que perdí la palabra. Garretón se pegó un susto del carajo. Yo abandoné el seminario, fui a mi cuarto, llamé a Varig, dije “me quiero ir, ¿cuál es el primer vuelo?”. Guardé todo en la valija, tomé un avión, llegué acá y me enteré que habían nacionalizado la banca, con lo cual perdí todos los ahorros, junté todo en la valija y dije: “me voy, si se vende la casa bien y si no también”. Y me fui.

## **AC: ¿Esa fue tu ida definitiva además?**

LDR: Claro, ahí me fui de verdad y regresé a la Argentina. Pero, viniendo del clima de México y de los debates que aquí había habido, de una casa abierta a gente tan distinta, interesante y a la producción de noticias que eran de primera mano, entonces Buenos Aires ya no me parecía interesante. Vos abrías los diarios en Buenos Aires y Nicaragua no existía, el Brasil tampoco. Entonces, uno sentía que en realidad la gente iba de casa al trabajo y te hablaban de lo caro que estaba todo, era muy aburrido. Entonces, dije “bueno, me tengo que replegar, tengo que escribir”. Conseguí un Grant del IDRC, con lo cual me pasé un año trabajando bien tranquila e hice ese artículo que salió en *Desarrollo Económico*: “Partidos políticos y el ejercicio de análisis comparado”. Me fui instalando y rápidamente tuve una hija, lo cual te saca bastante tiempo y te devuelve bastantes cosas buenas. Bueno, pero me instalé.

## **AC: Contame un poco lo de este proyecto sobre políticos, el del CEDES.**

LDR: Marcelo Cavarozzi es una muy buena persona. Nosotros dejamos de trabajar juntos porque la vida es difícil en la Argentina, mantener una asociación es algo “contra viento y marea”, no se puede. Pero la idea de este proyecto era comenzar un diálogo con los políticos sobre la reconstrucción del Sistema Político en la Argentina que –a diferencia del pasado donde todo el mundo quería ser el intelectual orgánico de algún político– era un diálogo abierto con un conjunto de señores (en muchos casos más jóvenes que nosotros) que venían del radicalismo o del peronismo. Eran una suerte de proto-clase política ilustrada, comparada con el pasado de botas o de señores. Estos eran abogados, era la gente que conocemos: José

Luis Manzano, Federico Storani, Bordón, Casella, Marcelo Stubrin, Polino, para mencionarte los nombres salientes. Invitábamos socialistas, invitábamos de todo. Caputo estaba en el CISEA, pero el CEDES hacía estos almuerzos en los cuales íbamos colocando temas de agenda. Al principio Marcelo regateó un poco y armó un libro en el cual yo escribí un artículo con Hilda Sabato, porque ellos dos habían conseguido el financiamiento. Yo estuve siempre de taquito ahí, nunca tenía financiamiento. Pero después conseguí en la Ebert, entonces hicimos los almuerzos e hicimos un seminario en Itapema. En ese momento, por ejemplo, Chacho Álvarez y la gente de *Unidos* nos hablaban de “partido oferta”, el “electorado volátil”, la falta de programa de Alfonsín y de que los radicales eran oportunistas sin ideología. Para hacértelo breve, estaba la gente del CISEA, tanto radicales como peronistas, digamos, los del grupo *Unidos*. Por ejemplo, yo dirigía el proyecto de Tito Palermo en el CONICET y estábamos todos en un proyecto sobre sectores populares del IAF (“Interamerican Foundation”), para ganarnos la vida. Yo tenía con Marcelo el proyecto de la Ford que iba con apoyo de la Ebert, por el diálogo con los políticos. Yo tenía los temas constitucionales-institucionales: la reforma constitucional, la reforma electoral. Mi perfil fue el enganche con Dieter Nohlen y la Universidad de Heidelberg, y el convenio marco para el análisis de las instituciones. Escribí para CAPEL un largo artículo sobre el presidencialismo en cuestión, que era un poco una revisión frente a la tesis desenfadada del parlamentarismo, e hice un artículo que Juan Linz y Arturo Valenzuela nunca publicaron en la Johns Hopkins, aunque yo fui a ese seminario y lo escribí. Mi tesis era que sostener la tesis del condicional contra-fáctico era una brutalidad porque, como era bien sabido, los condicionales contrafácticos eran heurísticos, pero no confirmaban ni des-confirmaban ninguna hipótesis... (“¿Qué hubiera pasado si en Chile en los 70 hubiese habido un sistema parlamentario, etc.?”)

## AC: ¿Era una vieja herencia de Mario Bunge?

LDR: Esas no las perdí. Las conservo con Mario Otero, el uruguayo que es un epistemólogo con el que estuve hace poco. Yo sigo en relación, por ejemplo, con Mario Bunge que es uno de los evaluadores. Cuando viene, cuando da charlas, mando a mis alumnos de la Maestría. Por eso todavía no deja de haber gente que me pone mote de científicista, porque los alumnos creen que si van a ver a Mario Bunge dejan de entender a Bourdieu, cuando en realidad tienen que ver a todos. Y esta cosa de *open-minded*, de haber pasado por Bunge, por Popper y por Klimovsky, por ejemplo, me parece uno de los privilegios de mi generación. Cuando dirigí la maestría y hablaba con los muchachos siempre trababa de transmitirles que esto era realmente un bien escaso, que tenían que hacer un buen uso de eso porque una formación así es un privilegio. De eso estoy absoluta y totalmente convencida. Entonces, tengo un profundo respeto (aunque yo no lo logre) por la gente que tiene cabeza precisa, lenguaje preciso. El mejor comentario sobre el libro de Chile me lo hizo un mexicano que es un diplomático (Jorge Lozoya) que dirigió el Centro del Tercer Mundo. Me dijo: “este es un libro sin adjetivos”. En esta trayectoria, tal vez debiera haber escrito más, no lo sé, tal vez cuando encuentre más calma. Digo, esta trayectoria está poblada de muchas experiencias. Hace poquito en Santiago fui a la reunión de progreso global de la Internacional Socialista, adonde fue Felipe González, a quien yo conocí en 77, pues era amigo de Daniel. Te hace reencontrar con un conjunto de gente de la cual yo soy una sobreviviente, por ejemplo, Héctor Aguilar Camín. Él no se acordaba de mí, pero era muy amigo de Daniel también. Entonces, uno iba reconstruyendo con esa novela, la última que hizo: *El soplo del río*. Ahí hay un montón de caracteres y de historias que eran muy de México. Yo tenía una cabaña cerca de Querétaro, era una cabaña donde también íbamos con mucha gente amiga, de muchos lugares diferentes. México era un lugar muy cosmopolita, una cosa muy impresionante. Bueno, ese es un vericuetto

más de este periplo. En Buenos Aires yo me fui del CEDES en el 93, Marcelo ya no estaba, la pelea por el financiamiento era muy difícil, y a mí me dejó de interesar. Creo que fue un acto de libertad.

**AC: Durante el período radical tuviste algún tipo de participación en el gobierno. ¿Cómo fue eso?**

LDR: Sí, pero no estaba afiliada, tenía independencia. Durante el período radical éramos encendidamente alfonsinistas con esta esperanza de que la Argentina cambiara, así como fue alfonsinista una gran parte del arco político argentino. Ahí me llamaron para dirigir los administradores gubernamentales del INAP, fui como una hormiga y empeñosamente puse mi esfuerzo en una tarea que en realidad heredaba de alguien que era un entrañable amigo: Jorge Roulet. Roulet murió y Luis Stulhman lo reemplazó. Me ofrecieron eso y tuve tres promociones de administradores gubernamentales. En ese período escribí el libro sobre el Congreso, pero de todas maneras me tomé en serio esta historia de la formación de una burocracia, armé unos proyectos lindos con los italianos de la Universidad de Bologna, con Fredi, con Giorgio Alberti y después con otro tipo divino que murió hace bastante poco tiempo, Alberto Esprafico. Ahí aprendí muchas cosas sobre administración pública, sobre decretos, sobre resquicios legales, sobre eficiencia y otras yerbas. Hace un tiempo me llegó el cuestionario de Peter Evans para el trabajo que está haciendo y me mandó también ya los resultados de vuelta. Yo hice un proyecto lindísimo para el que nunca conseguimos financiamiento. Creo que la persona que lo va a hacer bien y lo va a hacer original es Torre en el Di Tella. Va recoger el guante de las instituciones públicas de la mejor manera imaginable, en Argentina al menos. Eso es un temazo. Entonces, esto me sirvió para entender y aprender un montón de cosas. Es una línea discontinuada, pero tiene sus satisfacciones también, a veces me encuentro con administradores gubernamentales que tie-

nen un perfil interesante. Creo que, a pesar del menemismo, esto no va a desaparecer como proto-pequeño-nuevo-Estado.

**AC: Entre el ayer y el hoy, ¿cuál es tu valoración sobre la democracia y sobre los problemas de la democracia?**

LDR: Bueno, creciente. Quiero decir, yo recibí la democracia con toda la emoción de gente que tiene un país desarmado permanentemente, lleno de amigos muertos, de una generación reventada. Incluso cuando vos comparás, nuestros amigos chilenos, Brunner o quien se te cante... Ricardo Lagos es mayor que yo evidentemente, pero es un viejo amigo, es con el primero que yo fui al subte mexicano en un programa de CLACSO. Porque yo estuve en CLACSO, entre otras cosas en la Secretaría Ejecutiva con un programa muy divertido en el año 70, era el postgrado en América Latina, y Helio Jaguaribe me llamaba la “Mata Hari” de CLACSO. En esa época estaba esta red latinoamericana, que era un postgrado. Bueno, un tipo como Jorge Graciarena también fue y es una influencia importante en mi vida, porque en los momentos difíciles fue también como un papá, digamos, más que un intelectual, un soporte fraternal. Jorge hizo un testimonio (desde la Guerra Civil española en adelante) de la política argentina. Yo te diría que es de las pocas gentes decentes que hizo algo en la Argentina. Entonces, eso es muy interesante como costado. Pero en este entusiasmo por reconstruir una burocracia pública transparente, yo no tengo jubilación estatal de privilegio, no me ocupé nunca de eso. Como dice mi marido, siempre trabajé para la gloria. Claro que la gloria es muy lejana, pero nunca es para tener unos mangos. Entonces, siempre dije lo que quise a quien quise, lo cual no te da necesariamente buenos réditos, si uno quiere hacer una carrera. Además, hice lo contrario de una carrera exitosa, que es tener muchos intereses en demasiados campos, pero se te perdona bien, porque si hacés una acumulación dirigida te rinde mucho más. Entonces, cada

tanto escribo. Los últimos cinco meses escribí un artículo por mes en el diario *Clarín*, porque me los pidieron. A esas cosas yo me puedo dedicar mucho, con mucha pasión, aunque después no sabés muy bien cuál es la dirección sucesiva. Si quiere tener éxito en la vida, uno tiene que hacer un plan y ponerse metas y luego, como en el ajedrez, ir moviendo las piezas en un rumbo. Yo hice todo lo contrario en mi vida, me fui moviendo “como un soplo del río” adonde se me cantaba. Lo cual no deja de tener su costado bueno. No me quejo de eso, probablemente volvería a hacer lo mismo.

### **AC: ¿Cómo te has vinculado a la política en estos últimos años?**

LDR: Yo hice siempre una encendida defensa de Alfonsín y de un Estado de derecho. Yo defendí el Pacto de Olivos, todos mis amigos me dijeron que era absurdo defenderlo. Para mí siempre fue claro que el “trade off” en el Pacto de Olivos era el precio por una sucesión irresuelta del peronismo, y que haber cedido al Pacto de Olivos fue lo mejor que pudo hacer Alfonsín en la Argentina en la que nos tocó vivir. Este es un razonamiento justificatorio que no puede ser probado y es puramente político, no académico. Pero si discutí esto reiteradamente fue porque tengo el profundo convencimiento de que solo con una mirada hacia adelante, paciente, se pueden tejer los hilos de la transformación de la Argentina, que pasa por una transformación del peronismo. Al peronismo no lo borrás de un plumazo, como no borrás el Partido Colorado en Paraguay. En esto, el surgimiento del FREPASO es un hijo del Pacto de Olivos. Mi impresión es que Álvarez y Alfonsín tienen más en parentesco que mucha otra gente en la Argentina. Puede que no, puede que sí, pero en todo caso son ciertos aires frescos, más allá de la visión puramente maniquea de viejos sátrapas, que lo son. Porque los políticos obviamente son políticos, es estúpido pensar de otro modo, pero políticos con visión de grandeza, con visión para adelante. La Argentina es un país de chicotazo y

de mezquindad. Entonces, yo me afilié al radicalismo hace dos años, cuando nadie se afiliaba al radicalismo, no me afilié cuando estuve en el gobierno. Me afilié por la pura y sencilla razón de que me parece importante defender la idea de que debe haber partidos en la Argentina. Yo no peleo en el Comité, no estoy en ninguna línea, digo lo que se me canta, y en realidad podrías decir “¿para qué te afiliaste?”. En realidad, me afilié porque estoy harta de la idea de que sea una virtud en la Argentina tener independencia político-partidaria. Me parece una enorme frivolidad. Si no me afiliaba al radicalismo, me hubiese afiliado al Partido Socialista y le hubiera dicho a Estévez Boero “acá estoy”. Me afilié al radicalismo porque, sencillamente, me pareció que la entrada de Terragno era muy interesante, no por Terragno, sino por lo que intentaba sustituir, por el vacío que quería llenar. Si había ese vacío, había esperanza. Entonces, la gente siempre te dice: “De la Rúa es de derecha, aquel es de derecha”. Yo no sé, lo que digo es que cuando hay un partido que es capaz... Alfonsín le pidió a Portantiero que le presentara el libro *Democracia y consenso*, hace como tres años. El Negro es socialista y dijo: “no, eso se lo tiene que pedir a Liliana de Riz”. Yo me imagino que Alfonsín, que me conoce, debe haber dudado mucho, pero también es cierto que debe haber dicho: “es la única que salió a defender el Pacto de Olivos”. Entonces me lo pidió y yo accedí. Ahí tuve una experiencia muy interesante, había cinco mil personas en Santa Fe, partido viejo con toda su gente. Entonces, obviamente hablaron Gil Lavedra, Arslanián, y otros. Había un clima “¡Alfonsín, Alfonsín!” y demás. Cuando me tocó hablar a mí, yo había preparado mucho, había leído atentamente el libro y lo tomé como un testimonio de alguien que era realmente depositario de las esperanzas y las frustraciones de una o dos generaciones de argentinos. Lo coloqué en el lugar de ese testimonio, en el sentido de Collingwood, pero además empecé esa charla con un pedido a Ezequiel Gallo para que me diera la proclama de Santa Fe de 1893 del Partido Radical, que tiene una profunda actualidad. Un partido de derechos civiles, un partido que pelea por la Constitución, un partido que defiende consumidores.

Puede parecer una idiotez, pero a mí me parece una cosa extraordinaria que la gente se emocione por eso. Entonces, yo fui y me afilié al radicalismo porque dije: “mira, estoy harta, yo no quiero nada en este partido, nunca me dieron nada, me llaman para cuanta reunión hay, porque si tienen que quedar bien poniendo una mujer, por ahí me llaman”. Y esta cosa había sido impresionante, porque más allá de este cascarón vacío, de este partido gris, es un partido que también es un testimonio de la Argentina que nunca llegó a ser, la cara –que con el paso de los años más ansío– de un país organizado a partir de ciertas reglas, un país predecible, un país con la ley. Te digo, me llamaron de la radio por este tema del papelón en la discusión del Punto Final y Obediencia debida, y contesto sin empacho que en la Argentina hubo un juicio, la Argentina realmente ha tenido un Nüremberg sin estar ocupada. Y la gente quiere ley. Cuando uno tiene ley, debe respetarla. Es mejor tener ley que guerra. Obviamente se puede decir que solo con las leyes no se cambia a un país, pero yo sinceramente creo que el mayor avance es tener una alianza respetuosa de la ley y que, con paciencia y con la Reforma de la Constitución mediante el Pacto de Olivos, vaya construyéndose un cierto camino. Yo creo que este país no quiere tener grandes sorpresas, espera encarrilarse.

## ENTREVISTA A LUDOLFO PARAMIO

---

### “Nos convertimos en socialdemócratas”<sup>21</sup>

Titulado en Periodismo y doctor en Ciencias Físicas por la Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido profesor de Sociología en las Universidades Autónoma y Complutense de Madrid, donde ha impartido cursos de doctorado, en la Universidad del País Vasco y en la Universidad de Santiago de Compostela. Es profesor del programa de Doctorado en América Latina Contemporánea del Instituto Universitario Ortega y Gasset y Codirector de la Maestría en Ciencia Política en América Latina de la Universidad Internacional de Andalucía. Ha publicado numerosos trabajos sobre temas de política y teoría social. Entre sus libros se destacan *Tras el Diluvio. La izquierda ante el fin de siglo* (1988), *Una nueva agenda de reformas políticas en América Latina* (2006) y *La socialdemocracia* (2009). Dirige la revista de ciencias sociales *Zona Abierta* y forma parte del consejo de redacción de la *Revista Internacional de Sociología*. Desde mayo de 2004 hasta abril de 2008 ha sido Director del Departamento de Análisis y Estudios del Gabinete de la Presidencia del Gobierno. En la actualidad es profesor de cursos de posgrado sobre política latinoamericana en el Instituto Universitario de Investigación

---

21 Entrevista realizada y editada por Antonio Camou en México DF el 6 de marzo de 1998.

Ortega y Gasset. Desde mayo de 2008 dirige el Programa de América Latina del Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset.

**Antonio Camou: Comenzamos por tu historia personal: ¿de dónde vienes?, ¿cuándo naciste?, ¿qué hacían tus padres?**

Ludolfo Paramio: Nací en 1948, en Madrid. Mi padre era un hijo de campesinos manchegos que desde el año 1931 vivía en Madrid, porque se había casado con mi madre a la que había conocido como maestra en su pueblo de La Mancha. Ella trabajaba en un centro piloto bastante avanzado, creado durante la República y que –aunque un poco maltratado por los acontecimientos posteriores– seguía siendo una escuela interesante. Mi padre trabajaba de cajero contable gerente en una tienda de repuestos de automóviles. Tengo dos hermanas que nacieron antes de la Guerra, yo nací tardíamente. Todos fuimos a la universidad, quizás porque mi madre era maestra y no dejó nunca de trabajar hasta que se jubiló. El ambiente era diferente al de la clase media madrileña, había una percepción un poco distinta de lo que había que hacer en la vida.

**AC: ¿Cuál fue tu formación inicial en la universidad?**

LP: Inicialmente fui a la universidad para estudiar Física y terminé en 1971. En ese año (septiembre del 71) la nueva Universidad Autónoma de Madrid empezaba a funcionar en su Campus definitivo, porque los primeros cursos los habían probado en instalaciones provisionales y ya empezaban en serio como universidad durante el curso 71-72. Entonces, la Facultad de Físicas necesitaba profesorado y una serie de gentes que acabamos en el 71 fuimos contratados como profesores ayudantes. Yo estuve de profesor ayudante contratado en-

tre los cursos del 71-72 y 72-73. El curso 71-72 fue muy conflictivo. Había presencia policial continua en las diferentes universidades desde el año 69, porque las universidades habían llegado a ser considerados como ingobernables, entonces se mantenía el Campus ocupado por la presencia policial dentro de las facultades. No era simplemente en el exterior, sino que había “cuartelillos” de la policía en cada facultad. Era un ambiente un poquito tenso. Bueno, en una de esas un estudiante recibe un disparo en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense y entonces se declaró una huelga general en todas las universidades. Se suponía que la Universidad Autónoma iba a ser el ejemplo de universidad dentro del régimen, una universidad en la que los estudiantes estudiaban y no era necesaria la policía. Entonces esa universidad ejemplar hizo también huelga general en el 72. Esto provocó serios disgustos en las autoridades académicas (aunque las de la Universidad Autónoma no eran las peores, era más bien de carácter liberal), pero por presiones o por la ansiada supervivencia hubo una fuerte purga. Entonces, los que tenían contratos anuales ese mismo verano del 72 se les echó, no se les renovó el contrato. Pero a los que teníamos contrato por dos años, como no nos podían expedientar porque era muy difícil probar una violación del contrato, lo que hicieron fue mantenernos sin docencia y con vigilancia policial personal dentro de la Facultad, hasta la finalización del contrato en el 73, cuando me lo suspendieron. A partir de ese momento, tenía otra posibilidad, el grupo de física teórica donde yo estaba trabajando era un grupo bastante homogéneo...

### **AC: ¿En qué trabajabas ahí?**

LP: En física de partículas. Tengo dos publicaciones de aquella época que ya no entiendo en absoluto. Bueno, la cosa es que este grupo (que sigue existiendo, se llama “Grupo Interuniversitario de Física Teórica”) me ofreció irme a trabajar a Estrasburgo. Entonces desistí

por razones personales –acababa de conocer a Carmen Martínez y no quería irme sin ella–, pero también porque estaba muy metido en la política, en el mundo político del final de la dictadura. Pues no me quise ir (aparte de que Estrasburgo me pareció un lugar inhóspito). Entonces, como no se puede hacer física “por la libre” como en otras profesiones y como estaba metido en el mundo político, empecé a escribir y a publicar sobre algunas cuestiones en ámbitos muy marginales; y a la vez que me buscaba la vida en las editoriales, como corrector de estilo o como autor. En 1974 empezamos a sacar entre un grupo pequeño de intelectuales, la mayor parte de los cuales éramos compañeros de viaje del Partido Comunista, una revista que se llamaba *Sumario* (y que sobrevive –pese a algunos cambios– hasta el día de hoy). Entonces el director era Jorge Martínez Reverte y yo estaba ahí. La persona con la mente más pesada era Emiliano Bozal, un experto en arte y en estética que tenía un talento excepcional y que sigue haciendo cosas muy valiosas, como ser el mejor experto en Goya que yo conozco. Ahí empecé a cambiar, evolucionando evidentemente en mis lecturas y en mi especialización, desde una física que olvidé rápidamente hacia cuestiones de cambio político y estructural. Entonces, tres o cuatro años después de la intervención de 1980, el claustro de la Universidad Autónoma decidió que las personas que habíamos sido alejadas de la universidad en los años 72 y 73 íbamos a ser regularmente amnistiadas, y deciden reincorporarnos y reconocernos la antigüedad de los años que habíamos perdido. En algún caso, como el de Fernando Savater que había caído también aquel año, esto era muy sencillo, volvía a su departamento y tenía un contrato como profesor adjunto de la época. En el caso de los que como yo no teníamos más la especialización en el sitio anterior, se nos dejó elegir. Entonces yo me inscribí a un Departamento de Ética, Antropología y Sociología que había en la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma (por cierto, me inscribí sin consultar a nadie, incluyendo a las autoridades del Departamento, lo que ocasionó cierta sorpresa). Estuve ahí hasta el 84 como profesor adjunto, hice

apresuradamente una tesis doctoral en sociología de las ciencias. Reconociéndome que mi caso era más bien excepcional, fue leída como tesis en ciencias físicas por un tribunal mixto de físicos y filósofos. Entonces me convertí en Doctor en Ciencias Físicas trabajando en un departamento un poco confuso en el que indudablemente la clave era la ciencia social. Y en 1984, en un proceso de reordenación del profesorado que hizo el Ministerio de Educación con el gobierno socialista, fui indebidamente “idoneizado” como profesor titular, y paso de contratado a funcionario. De pronto me vi convertido con mi mala cabeza en profesor titular de sociología con mi Doctorado en Ciencias Físicas, equívoco que se ha mantenido hasta el día de hoy.

**AC: Decías que llegaste a las Ciencias Sociales un poco por la pista de la militancia política y por las preocupaciones políticas, tal vez también por este puente tendido por la epistemología...**

LP: No tanto. Es decir, igualmente leí en aquella época muchísimas cosas de la disputa epistemológica, pero creo que tiene relativamente poca relación, quiero decir que mi interés por la epistemología era en parte consecuencia de que estaba cambiando de personalidad, pero en parte también de que era una moda en aquel momento. La discusión sobre la epistemología y el método eran discusiones que estaban muy en el aire, pero seguramente por los motivos equivocados, inicialmente fue la disputa introducida por el oficialismo en los planteamientos marxistas, en la acción y en la interpretación usual del marxismo. Luego ya me vi metido en la otra disputa epistemológica de las ciencias a secas, con el paso del popperismo a la teoría de los programas de investigación o de las revoluciones científicas, o si se quiere, a las descripciones pragmáticas del cambio de teoría. Pero creo que eso es bastante aparte, es decir que, a efectos de mi relación con las ciencias sociales, tanto daría que me hubiera dedicado a la filatelia, quiero decir que eso era una curiosidad lateral y que no tenía

mucho que ver. Una curiosidad intelectual, pero no convergente. Lo otro fue sobre todo el hecho de que había una situación de ebullición que te obligaba (a mucha gente nos hizo sentir obligados) a pensar en intervenir en política. Con las características de la época y porque tampoco había muchas posibilidades de acción práctica, quizás llevaba más a reflexionar sobre cuestiones teóricas, acerca de los procesos de cambio social o político. Luego –ya a partir del 80– tengo la necesidad de completar mis lecturas, mis conocimientos sobre determinados tipos de procesos con marco completo de lecturas. No es lo mismo lo que tienes que saber para escribir sobre un proceso de transición o sobre los conflictos de clase en la dictadura que lo que necesitas saber para dar clase a estudiantes de segundo curso sobre teoría sociológica o conocimiento antropológico. Entonces, quieras o no, te tienes que profesionalizar. Es cierto que ahí siempre cabe el descaro de contar exclusivamente lo que ya sabes y utilizar la libertad de cátedra. Yo siempre he pensado que los estudiantes, aunque paguen poco, algo pagan y hay que entregarles más o menos lo que corresponda al producto esperado. Entonces, digamos que fue la coyuntura política inicial, un poco de trayectoria personal y después las propias exigencias del oficio.

**AC: ¿Cuáles eran tus lecturas teóricas de esa época y cómo se combinaban con tu práctica política?**

LP: Lo que se leía en la época primero era Marx, un Marx bajo el prisma de los estructuralistas franceses: Althusser que era la disputa del método, aunque eso no servía para casi nada a efectos prácticos, y Poulantzas que por lo menos planteaba el problema del cambio social, aunque según la visión que yo tengo ahora (quizás injusta, porque hace mucho que no lo releo) acababa evocando la diferenciación entre el campo de las prácticas y el de las estructuras, con lo cual ha sido impensable entender el cambio social en términos de las estruc-

turas, o entender las estructuras como una perspectiva del cambio social. Creo que dentro de los primeros libros, desde que abandonó –digamos– la perspectiva más gramsciana de los primeros escritos, creo que se fue metiendo en un callejón teórico sin salida, que intentó resolver a última hora con un salto hacia la preeminencia de la ideología y del proyecto político. Es verdad que eran textos más adecuados para comprender lo que estaba pasando, pero al mismo tiempo se daba una ruptura que nunca acababa de explicitar con sus planteamientos iniciales. Esto era una parte de lo que leí entonces, también lo gramsciano, y todo esto digamos que eran las coartadas, el marco remoto en el que siempre estábamos haciendo un trabajo muy autodidacta. Sería muy exagerado decir que nos movíamos en esa perspectiva, creo que sería más preciso decir que tratábamos de entender lo que estaba pasando y cuando necesitábamos un término o una referencia de autoridad, las buscábamos en esos lugares. Todo esto, a pesar de ser muy interesante, no tiene nada que ver con mi evolución, que tiene mucho más que ver con la evolución en términos de personas. Yo estaba metido en un laberinto entre el trotskismo, el maoísmo y el comunismo pragmático de la época en España (donde el Partido Comunista era la puerta más presente a nivel universitario y la que tenía mayor capacidad de movilización). Si querías trabajar en política realmente y no técnicamente en actividades de capilla, pues tenías que trabajar en el Partido Comunista, en el que nunca milité, pero estaba muy próximo, asistía a reuniones, tenía trabajo con la gente, etc. Eso era la realidad, pero esa realidad muy pragmática iba combinada también con una importante *melange* de trotskismo, maoísmo, importancia del imperialismo en las contradicciones internas, etc. En último término, todo esto derivaba a una dicotomía fuerte entre planteamientos teóricos muy radicales y trabajo político real muy pragmático, una contradicción llamativa, pero que muchísima gente ha sobrellevado en esta vida sin mayores trastornos. Esa contradicción se resolvió entre la gente del grupo cuando conocimos a Fernando Claudín. La presencia de Fernando

provocó la primera ruptura del grupo de *Zona Abierta*, porque algunos en el grupo sospechaban (con cierta razón) que la presencia de Fernando en el grupo lo iba a inclinar hacia algo que en la época se llamaba “claudinismo”, pero que no existía. Allí se veía como una disputa entre diferentes interpretaciones ideológicas. En realidad, lo que había hecho Fernando era social-democratizarse. No existía tal cosa como el “claudinismo”, aunque hubiera algunas personas vinculadas a la ruptura de Fernando con el PC en el 64. En este proceso estaban Claudín, Jorge Semprún (después de un largo reconocimiento como escritor) y Javier Pradera, quien era de los jóvenes del interior que en el 64 había llegado a ser una persona con bastante peso en el mundo editorial e intelectual de Madrid. En el momento de la transición estaba en el diario *El País* y era la persona que más influía en la sección de análisis político dentro de la línea editorial del diario. Bueno, existían esas personas, pero en verdad lo que describiría a Fernando en aquella época es que se estaba social-democratizando, lo cual es muy llamativo porque tras la ruptura con el PC Fernando había tenido un proceso de radicalización. En su tesis del movimiento comunista están planteamientos cercanos a los de la crítica trotskista de las limitaciones de los Partidos Comunistas. O sea que, con la crisis de la guerra de España, la conclusión a que llegaba era que al haber dado mayor importancia a la consolidación de la república y al orden en la forma republicana, se había abandonado la idea de revolución (cosa esto sería también discutible). Yo creo recordar que proponía que se debía haber actuado en la revolución y en la guerra a la vez, cosa que a posteriori yo diría que es un propósito un poco maximalista. Pero tras ese libro (el cual sigue siendo útil para entender lo que había sido la violencia entre los Partidos Comunistas, pero que estaba escrito desde una perspectiva un poco más radical), Fernando había llegado a la sorprendente conclusión de que para cambiar la sociedad hacia la izquierda lo que hacía falta eran partidos democráticos de masas, y que la mera idea de partido de vanguardia suponía, tanto la negación de la componente democrática del socialismo, como finalmente la

negación de cualquier gobierno que no se basara en este vanguardismo y no apoyara en la mayoría. Es decir que, si querías ir más allá de lo que la mayoría estaba dispuesta a aceptar, era absolutamente inevitable que el proyecto quebrara. Entonces Fernando, tras esta evolución, llevaba a la conclusión de que en España había que trabajar en el Partido Socialista. Cuando se produjo la crisis de los procedimientos sectarios propios de la época, decidimos quedarnos con la Revista en la ruptura del grupo. Empezamos en una época en la que estaba Fernando y la consecuencia final fue que nos social-democratizamos todos: nada de “claudinismo”, pura socialdemocracia.

### **AC: En ese contexto se da tu acercamiento con la realidad latinoamericana a través de tu contacto con México...**

LP: Efectivamente, y si bien creo que mis planteamientos mantenían una retórica radical, en el sentido de vanguardista, creo también que estaba ya en posiciones bastante socialdemócratas, por lo que recuerdo en el momento del Coloquio de Morelia en 1980. La primera vez que vine a México fue en un Congreso que se montó en Puebla en 1978 y cuyo motor eran los argentinos. Pancho Aricó se había venido a México huyendo de la dictadura, había venido Portantiero, Oscar Del Barco, no sé quién más. Oscar del Barco estaba en Puebla y montó un seminario con el apoyo de Jaime Kravsof y en la lista de las invitaciones influyeron Pancho y Portantiero, y lo querían llevar a Claudín. En aquella época Fernando se negaba porque estaba muy metido en la situación española o por pereza, por lo que fuera. La invitación la hicieron extensible a Jorge Reverte y a mí, que nos habían conocido de paso por España, no sé si cuando estaban saliendo de Argentina o cuando ya estaban instalados aquí para ver a la gente de Siglo XXI de allá. La cosa es que nos habíamos conocido en alguna comida y nos invitaron a toda la redacción. Fernando no vino, pero yo sí. La retórica de la época, como te digo, era muy radical, pero

creo que nuestros planteamientos fundamentales eran ya bastante socialdemócratas. Quizá en parte por llevar la contraria también a las posiciones radicales de los demás. Recuerdo que en el 80 yo tuve algunas discusiones con Tuti (Carlos Pereyra) y con Rolando (Cordera) a propósito de Cuba, que parece indicar que yo estaba ya en aquella época bastante crítico sobre el socialismo real en el Caribe, mientras que ellos seguían defendiendo la singularidad cubana. O sea que por esa época (entre 1978 y 1980) yo ya estaba bastante social-democratizado.

**AC: ¿Cómo era este debate político y académico? ¿Qué papel empezó a jugar aquí la revalorización o la valorización de la democracia “política”?**

LP: Esto es lo que me resulta más difícil de saber. Yo venía ya convencido de que la democracia era necesaria, la democracia sin adjetivos, como pista para hacer más cosas, también, pero la democracia en sí misma era necesaria y tenía un valor sustancial. Entonces, me cuesta trabajo reconocer quiénes desbordaban ese planteamiento hacia la posición tradicional de diferenciación entre democracia formal y democracia sustancial. No lo consigo reconstruir a esta distancia. Puede que lo haga, pero porque he leído otros textos que me dan esa interpretación. Si yo recuerdo aquella época... ahora lo hago a partir del texto de Pancho Aricó, donde hablaba de que fueron los años en que por primera vez hubo algo así como un pensamiento latinoamericano. Porque el encuentro en el exilio acá nos permitió a todos empezar a tener la perspectiva conjunta de los problemas, partiendo de las situaciones completamente diferentes, pero empezando a tener una puesta en común de experiencias. Lo hago también a través de un trabajo de Norbert Lechner y otro texto de Ángel Flisflisch, donde se reconstruye el paso de la revolución a la democracia. En la época no me enteré del debate. Recuerdo, en cambio, el debate sobre

el socialismo real (que es una manifestación de esa discusión, pero solo una manifestación) a partir del bombazo que supuso que Adolfo Sánchez Vázquez, en contra de todo el Seminario de Oaxaca en el 81, presentara un texto diciendo que el socialismo real no era socialismo. Entonces aquello provocó una seria tensión en el seminario que, si se hubiera planteado como una discusión entre democracia como sustancia, accidente, o como forma, probablemente no se habría provocado. Pero al bajar muy a tierra en la medida en que aludía a una cuestión central y práctica, la posición entre los países de tipo soviético, el debate tomó un carácter más definido; y aunque la discusión incluía cuestiones de nivel muy abstracto (qué tipo de régimen de propiedad existía, etc.), creo que contribuyó al debate concreto. Aquello fue realmente un parteaguas. Yo recuerdo que hubo un enfrentamiento entre Don Pablo y Don Adolfo que para mí era un poco sorprendente, porque yo creía para esa época que todo el mundo se daba cuenta de que la Unión Soviética no era socialista. Ahí vi una crispación teórico-política que me imaginaba ya innecesaria, por lo menos aquello no estaba resuelto en estos años a comienzos de los ochenta. A partir de allí ya no te sé decir... Me acuerdo de algunos debates abstractísimos, pero que tenían referencia con esto: los planteamientos de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe sobre la imposibilidad de reconducir a un sujeto o a un centro las demandas democráticas, y la imposibilidad –por lo tanto– de un sujeto revolucionario y de una vanguardia. A ese nivel que nadie podría comprender en una discusión en la calle, se estaba planteando la imposibilidad del vanguardismo y la necesidad de la democracia como mecanismo de decisiones y de cambio social.

## **AC: ¿Es por esa época que el PSOE se desprende de su caracterización como un partido “marxista”?**

LP: Bueno, eso vale la pena aclararlo. El Partido Socialista se llama *Partido Socialista Obrero Español* desde sus orígenes hasta el presente. Aunque, como le gusta recordar a Felipe, en los años treinta todo el mundo decía el “Partido Socialista”. Nadie añadía lo de “Obrero Español”, pero siempre se ha llamado así. Lo que se hizo al reconstruirse el partido en el interior... date cuenta que el Partido Socialista se manejó al borde de la extinción durante bastantes años, porque la dirección del exterior temía mucho que reconstruir la unidad interior, se exponía en primer lugar a una crisis muy grave de vulnerabilidad en la estructura del Partido Socialista interna, mucho más que la del partido comunista en la época más “militarizada” (por decirlo de alguna forma), más “centralizada”. Entonces la dirección del exterior tenía una parte de temor a que el crecimiento ejerciera presión, pero en un segundo momento empezó a tener un temor creciente a la dirección de la agrupación. Era una dirección, no te diría que “conservadora en sentido estricto”, pero realmente con serias dificultades... Pero esto había llevado a la dirección a un encasillamiento, a bloquear el desarrollo interior y a convertirse consiguientemente en una fracción minoritaria. Entonces en este proceso había surgido una nueva generación de izquierdas a comienzos de los años setenta, que no se identificaba con el de los comunistas por razones obvias y que tampoco se resignaba a permanecer como una realidad marginal. En la batalla del 74, cambia la dirección hacia el interior y comienza a crecer el partido. Era el entorno de la Europa de entonces, como Francia, donde había un proceso de radicalización del socialismo. Entonces, dentro de ese proceso de radicalización y de hegemonía del marxismo en la izquierda, de pronto y sin haberlo hecho nunca anteriormente, durante la transición el Partido Socialista se define como “marxista”. No recuerdo cómo era la fórmula, pero la cosa es que se introdujo la palabra “marxismo” en la definición del partido.

Entonces, después de las elecciones del 79, Felipe en particular (porque desde luego no había consenso) insistió en que debía desaparecer esa definición marxista que no aportaba nada y que en cambio podía ser utilizada para alejar a sectores liberales de derecha. Ahí se montó una pelea interna que lo llevó a la crisis del XXVIII o XXIX Congreso que provocó la dimisión de Felipe como su secretario general, y a la celebración seis meses después de un congreso extraordinario de la dirigencia marxista. Creo que lo fundamental de aquella pelea interna fue más bien la afirmación de que el proyecto de reforma era un proyecto para las clases medias y una resolución del proyecto de Felipe contra el proyecto más ideológicamente radical. Eso fue mucho más importante desde del punto de vista de la política y las relaciones de poder dentro del partido que sobre la componente ideológica, aunque a los intelectuales de aquella época les preocupara más esta cuestión. Ahí es curioso porque Fernando Claudín sostenía que no estaba mal que hubiera una definición marxista. Ahí creo recordar que yo tomé una posición un poco terrorista del tipo de pensar que un partido político democrático se definiera como marxista no tenía sentido, que carecía de sentido como que un restaurante se definiera como marxista o un cine como marxista. Que una cosa era las abstracciones de método y análisis de la realidad y otra un programa de un partido. Un partido se diseña por sus objetivos y sus medios no tenía por qué tener referencias digamos ideológicas en el sentido del método, los pensadores o la tradición teórica. Pero me parece que fue un debate político revestido de debate de ideologías.

**AC: ¿Cuándo y cómo empezó a emerger un consenso en la intelectualidad de izquierda acerca de esta crisis del marxismo?**

LP: En el caso español, claramente con los artículos que Lucio Coletti y Louis Althusser publican en *El Viejo Topo*. Había un artículo sobre la contradicción en el cual Coletti empezaba llevándose por

delante el concepto y –consiguientemente– el método marxista en su conjunto, y otro de Althusser en el que ponía de manifiesto que la teoría marxista del Estado era *finita*. Confieso que por entonces a mí todo esto me parecía un poco disparatado. Por un lado, porque no veía ninguna novedad en lo que planteaba Althusser, y por otra parte porque no estaba para nada convencido de que la contradicción provocara efectos fundamentales en la teoría marxista. Yo tenía en ese momento ya una visión del marxismo mucho más como marco para el análisis de situaciones concretas. Digamos, lo que voy a intentar explicar después como diferencia entre el *marxismo ideológico* y el *materialismo histórico*. Me parecía que lo que estaba sucediendo, los cambios de la realidad, obligaron a los desarrollos del materialismo histórico a producir hipótesis adicionales y a justificar algunas de las hipótesis. Digamos que tenían en la calza los gérmenes de lo que luego intenté contar en un artículo que se llamaba *El Materialismo Histórico como Programa de Investigación*. Entonces, no percibí que había una crisis ideológica de fondo y que era imposible (o por lo menos me resultó imposible) pasar del marxismo como ideología al materialismo histórico como programa de investigación. Yo creí que era una apuesta posible y en algún sentido sigo creyendo que es posible: en el sentido en que creo que las líneas fundamentales o el vigor teórico que llegó a tener el marxismo existe hoy bajo otros nombres, otras etiquetas combinadas con muchas más lecturas. Pero hay una herencia clásica del marxismo que está incorporada a bastantes análisis actuales de la realidad social. Pero lo que yo no percibí (creo que ahora se puedo aceptar como innegable) es que para mantener ese vigor tenía que desaparecer la etiqueta del marxismo, y que lo que yo en aquella época veía como una simple crisis de los filósofos significaba el final de un producto comercial llamado marxismo y su disolución en una corriente más amplia del pensamiento social que ya no necesitaba ponerle el nombre de un clásico al conjunto de un trabajo. Entonces, yo mantuve en el momento posiciones defensivas, porque el marxismo era otra cosa que las creencias de Coletti. A partir de

una revista que se puede considerar una especie de versión paralela a *Zona Abierta* y se llamaba *En Teoría* (creo que salieron unos diez números entre 1979 y 1982), intenté aportar al debate en castellano lo que me parecían las principales aportaciones al materialismo histórico desde una postura ya no tan ortodoxa. Me acuerdo, por ejemplo, que en el número uno había un debate sobre la teoría económica marxista, donde –aunque había posiciones plurales– lo que se trataba era de que el lector descubriera que era bastante más sensata una economía política neoricardiana que la teoría del valor clásica de Marx. En esa perspectiva similar siguió casi todo, por ejemplo, la teoría del sistema mundial como alternativa. La idea era conseguir replanteamientos de las posiciones clásicas del marxismo para tratar de construir una teoría social más manejable y más adecuada. Eso creo que nos empezaba a mostrar que no tenía nada que ver con lo que estaba pasando en el universo de un pensamiento, lo que estaba viendo creo que fue una conversión de tipo religiosa de un marxismo entendido como religión a otras concepciones. Eran conversiones de tipo religioso, suponían reelaboración del marco teórico general, y claro, no hay nada más tonto que tratar de mantener un debate tratando de contrastar marcos teóricos en un momento en que la gente está atravesando un proceso de cambio de personalidad, con lo cual la revista duró diez números y después *Zona Abierta* pasó a una etapa que ha seguido hasta hoy, en la que supongo que mantenemos el planteamiento inicial pero sin pretender para nada salvar ninguna tradición, sino entender las cosas desde nuestra perspectiva que sin duda nos ha marcado inicialmente.

**AC: El mismo nombre de *Zona Abierta* o *Nexos* se invoca la metáfora de un campo de discusión sin límites preconcebidos...**

LP: Esa era la idea. Pero los tiempos han cambiado mucho. El otro día escuché en la radio que existía una agencia de cita a ciegas en Es-

paña que se llamaba “Zona Abierta”, creo que por las mismas razones, aunque con otros fines...

**AC: ¿Sintonizabas esta misma “onda” en torno a la reflexión sobre la crisis del marxismo con los colegas latinoamericanos? ¿Tenían interlocutores en esta otra zona del globo?**

LP: No mucho. Una excepción era Carlos *Tuti* Pereyra, con quien manteníamos algunos temas de discusión sobre epistemología, pero muy poca gente más. El *Tuti* tenía una doble personalidad que en ese sentido sintonizaba con la mía: una preocupación por el marco teórico a la vez que, por entender el cambio sobre lo real, y estaba al mismo tiempo en la pelea por defender las posiciones substancialmente democráticas en la situación mexicana y tratando de entender el concepto de democracia en Macpherson o en otros autores por el estilo. Entonces por ahí había más afinidad temática; si se quiere también el caso de Laclau, pero él estaba más sesgado hacia el marco puramente teórico. Pero quizás lo que más impacto me causó fue el contraste con personas de este lado que tenían las perspectivas de sus propios países, asumían las limitaciones de la izquierda en sus propios países y sus contradicciones, y que trataban de entender lo que estaba pasando. Por ese lado, creo que para mí los debates políticos en México fueron más importantes, el contacto con Pancho Aricó, por ejemplo, en el sentido de comenzar a tener una perspectiva continental de la política, más allá de mis propias esquizofrenias entre marxismo y análisis social.

**AC: En esos momentos comienzan a darse los primeros pasos en las transiciones latinoamericanas a las democracias. ¿Esto ayudó de alguna manera a desplazar el debate de la democracia “substantial”? ¿Se pasó directamente a las tareas de la reconstrucción? ¿Cómo recuerdas eso?**

LP: Francamente lo recuerdo mal. Recuerdo, por ejemplo, que en el Seminario de Morelia había una ponencia de Reverte y mía en la que se contraponía la definición por Vuscovic de las tareas de la izquierda de Chile con nuestro propio planteamiento. Nosotros defendíamos esa idea de que lo que aparecía como izquierda más activa en el proceso de oposición a una dictadura se quedaba inevitablemente convertido en una posición minoritaria si no avanzaba hacia jugar plenamente con las reglas de la democracia. Y lo planteábamos para negar la conveniencia de la radicalización del discurso opositor, que era lo sostenido tradicionalmente por la “verdadera izquierda”. Allí nosotros argumentábamos que lo que debía hacer la izquierda coherente era presentar desde un primer momento un proyecto que pudiera ser asumido por la mayoría. Creo recordar en el debate sobre esa ponencia, no sé si fue mayoritaria la oposición, la posición muy socarrona de Pancho Aricó, que venía a decir implícitamente, y me lo comentaba en comentarios informales: “el problema es que eso era evidente, pero si venía Vuscovic nos veríamos completamente a la defensiva frente a él y no podríamos fácilmente convencerlo, y que en el fondo los que ya sabían eso nunca lo plantearían así porque sabían que no podían convencer a los otros”. Es que había ahí gentes que iban a mantener las posiciones muy radicales hasta el final, y eran muy difíciles de convencer, y había otras gentes que ya sabíamos que cualquier proyecto que no fuera democrático y asumible por la mayoría estaba condenado al fracaso. Pero no era seguro que el diálogo pudiera dar algún resultado, lo cual seguramente aparte de ser socarrón era un planteamiento real.

**AC: ¿Qué relación había entre los políticos-políticos y este campo intelectual? ¿Existían intercambios con los políticos para debatir del tema de la reconstrucción democrática?**

LP: Es que la distinción no estaba clara. Como académicos estaban en la reunión de Puebla Dante Caputo y Fernando Henrique Cardoso. El problema es que había algunos académicos de la época que encabezaron la política en España y muchos de los que estaban allí que eran posiciones más o menos destacadas se metieron en política después. Ahí lo que había más bien era un seminario de políticos en el sentido de semillero de políticos en ciernes... Y en ese marco era bastante discutible que los españoles tuviéramos mucho que contar sobre la realidad latinoamericana y el contraste con la experiencia española, que después ha sido muy mitificado en la literatura. En aquella época no parecía para nada evidente esa comparación, y más bien lo que pensábamos era que la experiencia española parecía bastante irrepetible. Lo que sucedió –un tanto paradójicamente– es que en la medida en que se fueron produciendo transiciones muy diferentes a la transición española, empezaron a hacerse más frecuentes las comparaciones. Pero yo creo recordar que hasta más o menos los 80 todo el mundo era bastante más pesimista sobre las circunstancias para la transición hacia la democracia. Cuando ya se difundieron las transiciones, bastante después de la época de encuentros intelectuales más frecuentes, ya todo el mundo sabía lo que quería hacer y tenía su propio proyecto. El llamado “modelo español” aparecía a veces como referencia, pero todo el mundo tenía muy claro lo que quería hacer sobre su país (con la excepción de los mexicanos).

**AC: Si ponemos un antes (tú le pones la fecha) y un ahora ¿en qué varió y en qué permaneció igual tu posición respecto a la democracia?**

LP: Lo que te he intentado contar es que yo creo que mi posición hacia la democracia había variado ya en el 78, la primera vez que vine acá. Ya para entonces me había vuelto un socialdemócrata consecuente, aunque recién me afilié al PSOE en 1981. Desde entonces lo que pude haber variado es tener una posición más matizada por mi reconocimiento de los problemas de diferentes sociedades, pero yo creo que mi “conversión” se dio en aquel contexto. ¿Y ahora? Bueno creo que un problema fundamental es la definición y consolidación de sistema de partidos. Lo que me preocupa es la inexistencia de proyectos políticos progresistas, coherentes, con unas siglas que inspiren confianza en el electorado y que expliquen qué puedo esperar cuando los voto. Porque la actual confusión y ambigüedad en muchos países (no en todos) es bastante peligrosa o bastante desorientadora para las clases populares, y consiguientemente pueda hacer que éstas no voten o voten locuras y perjudiquen sus propios intereses. Entonces, tras tantos años me parece que la tarea es crear partidos de izquierda masivos. Pero no masivos básicamente en la afiliación, que eso parece difícil, sino capaces de provocar conciencia en la mayoría.

## ENTREVISTA A CARLOS MARÍA VILAS

---

### **“En Nicaragua aprendí que la idea del cambio acelerado es un mito”<sup>22</sup>**

Carlos María Vila nació el 3 de enero de 1943, en Realicó, La Pampa. Casado y con cinco hijos, es abogado (UNLP 1966), magíster en Ciencia Política y Administración Pública (FLACSO, 1970). Desde julio de 2003 se desempeña como director del Etoss (Ente Tripartito de Obras y Servicios Sanitarios) en representación del Poder Ejecutivo Nacional. Anteriormente fue Subsecretario de Seguridad y Protección Civil de la Secretaría de Seguridad Interior, Subsecretario de Formación y Capacitación del Ministerio de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires, Director Nacional de Capacitación del Instituto Nacional de Administración Pública (INAP, 1998-2001). Durante el período 1999-2001 se desempeñó como presidente del Directorio del Instituto Argentino para el Desarrollo Económico. Ha sido consultor de agencias gubernamentales europeas en programas de formación de recursos humanos, desarrollo social e institucional, políticas públicas, seguridad y reforma del Estado. Consultor de UNICEF, PNUD, ACNUR y OEA en Centroamérica y el área andina. Funcionario de la CEPAL (1974-1976). Asesor de gobiernos de Centroamérica. Actualmente es profesor de posgrado en la UNLa

---

22 Entrevista realizada y editada por Antonio Camou en México DF el 30 de marzo de 1998.

(Maestría en Políticas Públicas y Gobierno) y de la UBA. Ha sido docente en las universidades de La Plata, Complutense de Madrid, Autónoma de Barcelona, Columbia, Duke, Florida, Autónoma de Santo Domingo, entre otras casas de altos estudios.

**Antonio Camou: Comenzamos con algunos datos básicos de su historia personal: ¿dónde y cuándo naciste? ¿Qué hacían tus padres? ¿Cuáles fueron tus estudios?**

Carlos María Vilas: Antes que nada, soy Carlos María Vilas, tengo 55 años y nací en Realicó, provincia de La Pampa. Mi padre era médico y, como buen médico de campo, se hizo chacarero. Mi madre era maestra. La escuela primaria la hice en Realicó, la secundaria en Mar de Plata y la Universidad en La Plata. Me gradué de abogado en el año 1966, el 29 de junio, el mismo día que vino la Intervención de Onganía. Creo que di el examen un viernes al mediodía y a la tarde vino la Intervención. En aquella época el Derecho era una de las formas de meterte en las ciencias sociales. De hecho, la gente que yo más recuerdo que haya incidido, directa e indirectamente, en mi formación y en mi sensibilidad fueron Silvio Frondizi, que era el Profesor Titular de Derecho Político (una mezcla de teoría política y elementos de sociología política); Ataúlfo Pérez Aznar, un viejo militante de la UCR, después la UCRI y luego del Partido Intransigente por muchos años, y no solo por sus clases sino por su calor humano, era muy “muchachero”, te llevaba a la casa y te prestaba libros. Después, ya de graduado, tuve la suerte de conocer bastante bien y visitar todos los fines de semana a Arturo Enrique Sampay, quien fue el autor principal de la Constitución Peronista del 49, un hombre de una cultura y una biblioteca extraordinarias. Esas fueron las tres personas que más influyeron, quizás después en la vida profesional terminaron siendo

amigos. ¿Por qué Derecho? Porque tenía una especie de reverberancia más allá de lo jurídico, y además una profesión que te permite ganarte la vida de manera independiente y, en aquella época, al servicio de algunas causas nobles. Yo saqué algunos presos políticos de la cárcel, fui abogado de algunos sindicatos más o menos combativos en los años 60. Bueno, de ahí derivé a las Ciencias Sociales. Hice la Maestría en FLACSO, cuando estaba en Santiago de Chile. La hice en el año 68, principios del 69. En aquella época eran dos: FLACSO en Sociología, la ELAS (Escuela Latinoamericana de Sociología) y luego la ELAC (Escuela Latinoamericana de Ciencia Política). Ahí tuve de compañeros a varios de los que han trascendido en las ciencias sociales: Angel Flisfisch, Gustavo Martínez Bascuñán, que ahora se dedica a estudios de opinión pública en la Universidad de Chile. Creo que estoy siendo injusto, pero no me acuerdo de más...

### **AC: ¿Quiénes eran los profesores?**

CMV: Como profesores tuvimos a Carlos Fortín, que al mismo tiempo era subdirector de la Escuela, que después partiría al exilio y trabajaría en el Centro Sur en Ginebra, un proyecto que hubo durante los 80. Después había profesores visitantes, que venían a presentar sus investigaciones, como José Agustín Silva Michelena, que acababa de terminar un proyecto monstruoso en el CENDES, un estudio empírico y teórico sobre consenso y conflicto en Venezuela, un estudio que montó con el grupo de gente que en el 66 salió de Argentina: Oscar Varsavsky, Carlos Domingo y toda esa gente. Ellos se fueron a Venezuela, llegaron en primer momento al CENDES y montaron este proyecto gigantesco, después vinieron a discutirlo con nosotros. La pasábamos bien, además en el 68 Santiago era brutal, para mí fue descubrir América Latina. En aquella época los argentinos miraban a Europa, cuando yo dije que me iba a Chile, me miraban como diciendo: “este se va a bailar con la más fea”. Pero el Santiago del 68 era

extraordinario. Era la capital de las ciencias sociales, lo que México fue después lo era entonces Santiago. Estaba Aníbal Quijano, el año anterior Cardoso y Faletto habían publicado en el ILPES lo que sería *Dependencia y desarrollo en América Latina*, estaba André Gunder Frank, estaban los brasileños que habían llegado: Theotonio Dos Santos y todo ese grupo más del “Octubre rojo”... Ahora son felices de que Cardoso sea presidente y socialdemócrata, porque dicen: “siempre dijimos que era un socialdemócrata”. Lo que a uno lo entristece a ellos los alegra. Estaba la Peña de los Parra, el grupo del “Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria”, estaba empezando a formarse el grupo de Armond Mattelart sobre estudios de comunicación. Todo el mundo estaba ahí.

### **AC: Y estaba la emergencia política de lo que sería la Unidad Popular...**

CMV: Exactamente, nosotros íbamos a estudiar para los exámenes de Fernando Cortés, quien fue nuestro extraordinario profesor de Estadística, haciendo sus primeras armas a costa nuestra. Entonces íbamos a estudiar los teoremas y nos pasaba al despacho de Salvador Allende en el Congreso. En ese momento Allende era presidente del Senado y estaba de campaña por Chiloe, y un asistente de él era compañero nuestro, entonces nos íbamos allá a estudiar. Otro profesor nuestro fue Joan Garcés, el que fue después muy próximo a Salvador Allende y ahora es uno de los que está trabajando en este juicio contra las juntas de Chile y de Argentina en España. Así que fue un ambiente de primera, muy vital. Aparte para mí fue la posibilidad de sistematizar el estudio de las ciencias políticas en una época en que lo que estaba de onda era Easton y la Teoría Sistémica.

## **AC: ¿Cuáles eran las lecturas que tenían en ese entonces?**

CMV: Mirá, las lecturas eran Easton, toda la onda del desarrollo político, el *political development* de Almond, Verba, Karl Deutsch. De hecho yo después hice mi tesis de maestría, tratando de aplicar el modelo de movilización social de Deutsch en América Latina. Con Joan Garcés vimos desarrollo político y se le hizo casi un juicio político por ser reformista. Era una formación muy norteamericana y empírica. Y te estoy hablando del 68. En ese momento llegó Manuel Castells que traía bajo el sobaco a mimeógrafo las *Lecciones de filosofía para científicos* de Althusser, entonces, se hacía desear y no se las mostraba a nadie. Por un lado, estaba la cosa empírica y sistémica americana, y por otro lado, la irrupción del estructuralismo hiper-abstracto francés. FLACSO siempre fue un poco el reflejo de para dónde sopla el viento. Entonces, esos eran los vientos que soplaban en esa época. Atilio Borón estaba de instructor porque había sido primera de la promoción, en cambio, yo fui segunda promoción. Atilio era primera promoción junto con José Luis Najelson, que ahora está en la Universidad Hebrea de Jerusalén, era asistente de algunos profesores visitantes.

A mí FLACSO me formó y me sistematizó. De hecho, cuando volví a Argentina mantuve algunas asesorías a sindicatos, pero ya dejé la profesión de abogado. Me dediqué a la investigación y al estudio, y después en el 71 me fui a República Dominicana, y ahí descubrí realmente la otra parte de América Latina.

## **AC: ¿Y en dónde trabajabas y qué estabas haciendo cuando volviste a la Argentina?**

CMV: Yo daba clases en la UCA de La Plata. En esa época el Decano de la Facultad de Derecho era Ideler Tonelli, que después derivó

hacia el poder judicial y fue interventor de Menem en Corrientes. Entonces, ahí daba clases de Derecho Político, pero con esta orientación más de ciencias sociales, e hice mis primeras armas como profesor. Al mismo tiempo, en los años 69-70 yo era Subdirector de Planificación Social en la Provincia de Buenos Aires. Digamos, el Ministerio de Bienestar Social tenía una Dirección de Estadística (que después pasó al Ministerio de Economía) y una Dirección de Planificación Social. Yo era el Subdirector a cargo de esa Dirección. Hacíamos estudios de factibilidad, evaluación de expedientes sociales.

### **AC: ¿Tenías militancia político-partidaria?**

CMV: Yo era peronista. La única militancia política que yo tuve fue el peronismo. En todas las formas: PJ, peronista, movimiento, partido, tendencia... Por eso me mato de risa cuando la gente dice “filósofo marxista”. Yo hice toda mi experiencia política en un debate –no sectario ni macartista– con el PC, pero era un debate ¿no? Yo estaba en la Juventud Peronista, pero más en el partido porque ya estaba medio viejo para lo que era entonces la JP: tenía 27 o 28 años y ya estaba graduado. En el 71 me voy a República Dominicana, por amor, me fui a casar. Porque en FLACSO conocí a la que fue mi primera esposa, la mamá de mis hijos que es dominicana. Tratamos de quedarnos en Santiago trabajando y nos fue imposible, así que nos separamos. En esa época no había e-mail, no había comunicación satelital para el teléfono, entonces hablarse era un despelote (así conocí Jacksonville, porque la onda rebotaba en Jacksonville y de allí iba a Santo Domingo). En fin, en noviembre del 70 FLACSO hizo un seminario grande en Santiago que coincidió con la asunción de Salvador Allende. En ese seminario se da el debate Cardoso-Weffort respecto de la teoría de la dependencia, el cual se publicó en una de las revistas de FLACSO en Chile por aquella época. Fue una polémica muy interesante entre los dos. Cardoso llevó un artículo donde soste-

nía que no había una teoría de la dependencia, que había situaciones concretas de dependencia pero no teoría, y que sí había una teoría era la del imperialismo. Ahora no recuerdo qué argumentó Weffort, pero fue una polémica muy interesante. Ahí yo presenté mi primer *paper* en un seminario internacional. Fue un seminario de mucho nivel, después se publicó el libro en su momento. Pero al mismo tiempo su- bía Allende, Joan Garcés se había revelado como uno de los asesores directos de Allende, fuimos a la comuna de San Miguel a inaugurar el monumento al Che Guevara, era todo eso. Ahí me reencontré con mi compañera, entonces decidimos dejar eso. A los tres meses re- nuncié a mi cargo en la Provincia de Buenos Aires y me fui a Santo Domingo. Me casé e hice mi experiencia. Realicé el primer trabajo que me dio cierta proyección, un análisis aplicando las categorías de Cardoso y Faletto a la sociedad dominicana. Ese trabajo lo hice en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Allí escribí eso que se publicó –curiosamente– primero en Argentina y después en Repúbli- ca Dominicana. Pero eso a mediano plazo me sirvió mucho, porque cuando yo vuelvo cinco años después a Santo Domingo corrido de Argentina un montón de gente conocía mi trabajo. Eso me dio mayor acceso, fue uno de los primeros artículos científicos sobre la Repúbli- ca Dominicana, con alguna metodología objetiva.

### **AC: ¿Cuánto tiempo estuviste en República Dominicana?**

CMV: Allí estuve todo el 71 y parte del 72. Ahí nació mi hijo y después nos volvimos a Argentina, porque yo quería volver. Ya que- damos envueltos en la locura del 72, 73, 74. Volví a la Universidad Na- cional de La Plata. Al año de graduarme había ganado por concurso una cátedra de opinión pública en la Escuela Superior de Periodismo de La Plata, entonces yo tenía eso. Pero cuando llegué, la militancia decidió que opinión pública era una materia burguesa y reaccionaria. Entonces con el nuevo plan de estudios, yo que había ganado la ma-

teria por concurso, me quedé sin materia. En ese momento Ataúlfo Pérez Aznar era el Director de la Escuela de Periodismo. Me dijo: “esto no es grave, no se preocupe, aquí se está dando esta materia que es Sociología Política Argentina, si le interesa yo lo nombro interino”. Entonces me enganché. Había un proyecto financiado por el BID en la Facultad de Derecho en integración, sociología jurídica, y tomé una cátedra ahí también. Después me metí en el Doctorado en Buenos Aires en la Facultad de Derecho, sobre estudios de Ciencia Política con Arturo Sampay.

### **AC: ¿Sobre qué temas trabajaste?**

CMV: Yo hice un trabajo sobre la estructura del poder en la Argentina, desde la estructura del poder económico, que después me valió el premio Scalabrini Ortiz, en la época en que Puiggrós era el rector, y fue una de las razones por las cuales tuve que salir corriendo. Porque era un análisis del interlink en el directorio. Estaba bien hecho, bien teorizado, pero justo fue la época en que tanto el ERP como Montoneros comenzaron a secuestrar gente a lo loco y eran todos los nombres que yo tenía. Por supuesto, ellos no conocían mi investigación. Todo el mundo sabía que Charles Lowie era un prestanombres del Banco Roberts y los Born no necesitaban ver mi investigación para saber que tenían más plata. El libro apareció con el título *La dominación imperialista en Argentina*, una terminología muy de esa época. Bueno, ese libro se quemó. Según me enteré ahora, porque el que en aquella época era nuestro ayudante fue hasta el año pasado director de EUDEBA. Entonces me contaron la historia, de lo contrario no me enteraba. El primer interventor que tuvo EUDEBA o el segundo, un tipo del Partido Socialista Democrático, llamó a Campo de Mayo para que se llevaran esos libros “subversivos”. La cosa era manejada con ese sentido de impunidad que tenían los militares en esa época, así que firmaron recibo por los libros y los quemaron en Campo de

Mayo. A tal punto que el año pasado EUDEBA hizo una muestra retrospectiva y para poder encontrar un ejemplar de mi libro el director (Cruz) tuvo que sacar el suyo. Quemaron el mío, el de Heriberto Muraro, un montón. Entonces, cuando intervinieron Universidad de La Plata en el 74, todos quedamos afuera. Ya se estaba deteriorando mucho la situación en la Universidad de La Plata y esto coincide con que se crea la oficina de CEPAL en Buenos Aires, y me ofrecen ir allí de funcionario local. Entonces, cuando salta la situación en La Plata, mataron a dos o tres muchachos, fue una cosa brutal. Poco después intervienen la Universidad de Buenos Aires, nos cancelan a todos en la cátedra y entro a trabajar en la CEPAL en un proyecto regional, junto con gente que después se hizo famosa: Eric Calcagno (padre), Juan Sourrouille, Berni Kosakoff, Francisco Gato, Daniel Heyman, Oscar Varsavsky, Fracchia, Ángel Monti, Jorge Katz. Esto fue durante los años 74, 75, 76. La oficina era maravillosa, recuerdo los almuerzos que hacíamos con Calcagno, Oscar Varsavsky y Gregorio Weinberg. Yo iba a comer y escuchaba, maravilloso... Después, bueno, vino el desparrame. Yo estaba en República Dominicana, habíamos salido por prevención a principios de enero. Allí tenía familia, teníamos dos niños pequeños. Cuando vimos que en dos meses no pasaba gran cosa, para principios de marzo decidí volver a la Argentina, entonces regreso y el golpe me agarró en Brasil.

### **AC: Un gran sentido de la oportunidad...**

CMV: Sí, un gran olfato político. Como verás, podías tener grados en ciencias políticas pero no entender nada de política. Bueno, estuve una semana en Buenos Aires, no tuve una amenaza concreta, ni me fueron a buscar (de hecho tuve diez años cerrado ese departamento con la biblioteca), no tuve problemas personales directos, sino que fue una cuestión de prevención. Entonces, nunca fui técnicamente un exiliado. En Santo Domingo creo que ese año para mí fue duro

psicológicamente. Cuando estás en esa situación lo que básicamente necesitás es un compatriota con el cual tirarle mierda al país que te recibe, eso es lo fundamental. Leer el diario, revisar las cosas que te cuentan de tu país y tirarle mierda al país que te acoge. Yo no tenía con quién, pero además no tenía ningún motivo para tirarle mierda, porque humanamente me acogieron muy bien. Unos problemas de celos laborales, nada más. Entonces, ahí justo vi pegado en un afiche una beca para la Universidad de Pittsburgh, me presenté y la gané. Entonces, en los años 78 y 79 estuve en Pittsburgh con un programa que empezaba (lindo, modesto). Estuve en la biblioteca y escribí una especie de historia política del peronismo de punta a punta que nunca publiqué. Después una amiga me dijo: “no, lo que hiciste fue escribir una historia de lo que te pasó”. Pero bueno... lo que es una biblioteca en una universidad brutal, hasta los libros de López Freyre estaban ahí. Escribí eso y una parte después apareció en algún trabajo sobre populismo. Entonces, no tenía ganas de volver a Santo Domingo y me ofrecieron un trabajo en Honduras en un postgrado regional sobre desarrollo social. En Centroamérica funcionaba (y todavía funciona) el Consejo Universitario Centroamericano (CSUCA) que fue muy importante en los años 70. Había una licenciatura para graduados en Sociología que dirigía Edelberto Torres-Rivas y todo ese grupo de gente. Entonces me invitaron ahí. En Honduras el CSUCA estaba creando dos posgrados, uno en desarrollo económico que dirigía Franz Hinkelammert y otro en desarrollo social que dirigía un sociólogo venezolano del CENDES. Yo fui ahí, estuvimos dos años y para mí fue reencontrarme con el ambiente argentino, había un montón de argentinos y chilenos. Aparte de la Universidad, hice un par de consultorías para UNICEF y empecé a trabajar en solidaridad con Argentina en derechos humanos. Cuando cae el Somocismo, se llena Honduras de ex guardias somocistas. Además los veías por la calle, cambió todo. Por ejemplo, el servicio de protección particular, esas policías particulares de gran barrio que antes le pagabas a un hondureño, en dos meses los nicas se apoderaron de todo ese sistema. Un

montón de refugiados somocistas y los gorilas argentinos. Porque los primeros dos años, el asesoramiento militar a lo que después iba ser la contra se lo dio Argentina (eso está escrito, hay dos o tres libros). Entonces ¿qué es lo que hacen los militares argentinos que llegan?: un inventario de quién es quién. A la sazón yo estaba dirigiendo ese postgrado, llego a la oficina, leo la correspondencia, abro un sobre, abro otro y leo: “Subversivo argentino, te tenemos fichado, te damos hasta el 30 de junio para que dejes el país, si no vos y tu familia la pagarán”. En esa fecha (eran los primeros días de junio) habían secuestrado a una madre de Plaza de Mayo en Lima, que después apareció asesinada en Madrid. Entonces, llamo a mi amigo: “Hola. ¿Cómo te va? ¿Recibiste carta? ¡Ah, vos también!”. Y te cambiaron la vida. Le dije, “Bueno, mirá, si nos dan hasta el 30 quiere decir que estos no son hondureños, ellos no te dan plazo”. Conversamos con un amigo que estaba muy metido en la política y nos dijo: “No, esto aquí no se usa. ¿Cartas? No, a mí me llaman a las dos de la mañana y me putean” [risas]. Esto iba en serio. Mi mujer que era funcionaria internacional averiguó por su lado y si te daban hasta el 30, hasta el 30 te iban a respetar. Yo justo tenía un seminario en República Dominicana y agarré a los tres pibes (el más chico no, porque era hondureño y no tenía pasaporte), los llevé a Santo Domingo y los dejé con los abuelos. Así que me despedí de los chicos, volví y me escondí hasta el 29 de junio del 80, cuando crucé la frontera a Nicaragua y ahí me quedé 10 años.

### **AC: ¿Y qué hiciste en Nicaragua? ¿Dónde fuiste a parar?**

CMV: A Nicaragua fui solo. Mi esposa se quedó decidiendo qué iba a hacer. Ella tenía un cargo de funcionaria internacional, ganaba más de dos mil dólares, que en el año 1980 era un montón de plata. Entonces ella se quedó con el niño más chiquito (este que ahora se va a Buenos Aires a estudiar). Había un Congreso Centroamericano de Sociología, entonces esa primera semana la pasé con gastos pa-

gos. Cuando terminó el Congreso, traté de ubicar a la gente nicaragüense, sandinistas que había conocido en Honduras. Pero claro, en Honduras eran el Comandante *Pepe*, la Subcomandante *Maritza*, y en Nicaragua, en el poder, ya eran otros nombres. Lo había conocido a Virgilio Godoy en el Congreso de Sociología del ALAS en 1979 en Panamá. Llegaron ahí los nicas rodeados de euforia heroica... Allí la Ministra de Bienestar Social era socióloga, Virgilio Godoy es abogado y con un postgrado en sociología. Así que fui a verlos. Fui a ver a Miguel del Castillo Urbina, que era viceministro de Educación. Lo había conocido aquí en Colima en un seminario que hizo la universidad a principios del 80. Entonces fui logrando espacios y empecé a trabajar en el gobierno. Después llegó mi familia y me quedé diez años. Trabajé en planificación social, en evaluación de desarrollo del mercado de trabajo, en empleo rural, etc. Participé en algunos proyectos muy interesantes, como fue la Consulta Nacional de Educación en el 81. Fue una gran encuesta (cuando todavía se podían hacer) con grupos de trabajo, talleres para co-diseñar la reforma educativa. Los últimos años los pasé en la costa atlántica con los misquitos –al principio metiendo la pata– donde descubrí que yo tengo mi identidad y mi casa. Pero fue muy lindo, una cosa es que te la cuenten y otra cosa es vivir lo que fue un país en revolución, que terminó como terminó, pero mientras duró fue una experiencia muy vital. Cada tanto daba algún curso en la Universidad, la Escuela de Sociología está en la Universidad Católica. Ahí me vinculé con algunas agencias nórdicas y fui consultor externo de ellos hasta el año pasado. Yo venía con una formación académica, pero Nicaragua me dio otras cosas. Publiqué el libro sobre la Revolución Sandinista, el cual me dio cierta proyección internacional, pues se publicó en varios idiomas. Curiosamente, desde la Nicaragua Sandinista se me abrieron las puertas al mercado norteamericano de las ciencias sociales. Esa fue un poco la trayectoria. En el 88 ya decidí que para mí esa revolución se había acabado y no tenía nada que hacer en Nicaragua. Quise volver a Argentina, pero mis chicos no quisieron. Yo ya estaba divorciado, pero la mamá

vivía en Managua también, toda la familia estaba en el mismo lugar. Nicaragua me aburría, estaba sin trabajo, sin plata; pero me quedé un año más. A fines del 89, Pablo González Casanova me invitó a trabajar a México y mis hijos aceptaron, salvo uno que estaba estudiando música en La Habana. Así que me instalé desde el 4 de enero de 1990, hasta dentro de tres o cuatro días cuando vuelva a la Argentina...

**AC: Bueno, entonces esta entrevista es histórica porque también es un momento de balance antes del próximo salto al vacío...**

CMV: Sí, exactamente [risas].

**AC: Ahora me gustaría preguntarte cuándo y cómo empezó el debate en torno a la democracia como salida de las experiencias autoritarias. En tu caso se combina esta preocupación –teniendo en cuenta la Argentina a lo lejos o el resto de los países del Cono Sur– con la experiencia revolucionaria nicaragüense. ¿Cómo has vivido este cruce de coordenadas, cómo lo recuerdas ahora?**

CMV: Para mí el sandinismo fue una especie de peronismo con menos obreros y más fierros. Entonces, uno venía con la experiencia de allá. El peronismo ha sido, es y puede ser mucho más autoritario inclusive, pero de todas maneras en la historia de la democracia representativa argentina de los últimos cuarenta años ha sido la víctima de todos los fraudes, los golpes de estado, etc. (a veces por motivos ajenos al propio peronismo, pero no importa). Por ese lado la cuestión de la democracia electoral o representativa, creo que siempre la he tenido en claro por formación: clase media, padres radicales, frondizista, etc., pero una democracia con eficacia social para mejo-

rar la realidad, que por otro lado no es un patrimonio exclusivo del peronismo y lo encontramos en otros partidos populares. Ahora, en Nicaragua la cosa fue distinta. Lo que había funcionado de esa democracia representativa era más bien una caricatura, de hecho Somoza siempre asumió a través de elecciones, negociando muy hábilmente con el Partido Conservador, tanto el padre como el hijo. Eso fue lo que desacreditó a la democracia representativa de Nicaragua. El Congreso era popularmente conocido como “la chanchera”, me refiero a la sede del poder legislativo. Bueno, por un lado tenía esa experiencia histórica. Pero por otro lado estaba la versión más pedestre del marxismo, Nicaragua no era el Faro de Alejandría en las ciencias sociales. La única editorial relevante que había era la del Banco de América, un banco que recuperaba la narrativa de los viajeros del siglo XVIII y XIX. Es decir, no había una industria editorial. Un país muy atrasado, era como una gran finca. Entonces, ¿qué marxismo conocía esa gente? Además los dirigentes sandinistas no eran como los del 26 de julio cubano, donde vos tenías al Che Guevara que era médico, a Fidel Castro que era abogado. No, estos fueron pibes que dejaron la secundaria y se fueron a la montaña, un nivel de información literaria mucho más limitado. ¿Y en los 70 qué se leía en América Latina? Marta Harnecker y Eduardo Galeano. Eso es lo que les dio la formación, junto con el *Sandino* de Gregorio Selser. Entonces es muy difícil. ¿Y en frente a quiénes tenían? Un montón de tipos que usaban el Estado para hacerse ricos. Las condiciones sociales de la democracia (como dice Barrington Moore) no estaban, estaban todas las de la dictadura. El enfoque de ellos fue muy secuencial: primero la democracia económica, después la democracia política. Eso también lo decía Perón en su momento: primero la reconstrucción y después el socialismo. Entonces, allí había una especie de proyecto democrático por los fines y quizás por el origen (aquella frase de Santo Tomás: la legitimidad por el título, por el fin y por los medios). Eran democráticos por el título, porque eso fue realmente una tremenda revolución social, eran tipos con buenas intenciones. Sin embargo,

los métodos fueron muy variados. Curiosamente, muchos de los que hoy pintan como los más democráticos eran los más sectarios, como Ramírez, que era terrible. ¿Por qué? Porque vos tenías que compensar tu condición de recién llegado a la Revolución con tu intransigencia. A Alfonso Robelo, a Virgilio Godoy los llevaron a la contra por intransigencia, por el sectarismo. A fines del 80 Robelo plantea un acto político al sur de Managua, donde tenía mucha gente. Él no estaba dentro del sandinismo, pero todavía estaba dentro de los parámetros de la Revolución. La consigna entonces fue que a ese acto no se podía ir, y la consigna para movilizar a la juventud Sandinista para romper el acto vino de Sergio Ramírez y de Fernando Cardenal. Entonces era un sectarismo muy grande. Es decir, no venía de los Tomás Borge, de los Henry Ruiz, tipos que se habían pasado años en la cárcel o en la montaña. No, venía de aquellos que ahora son los que se horrorizan frente a las cosas horribles que ocurrieron, sin explicar dónde estaban ellos en aquella época. Digamos que no es la primera vez que sucede esto. En esas condiciones se planteó el tema de llamar o no a elecciones y los sandinistas plantearon que no, que ellos no podían presentarse a elección, que no tenían estructura, no tenían recursos, no sabían hacer política. Es decir, pasar de guerrillero a diputado es complicado, lo estamos viendo en El Salvador y en Guatemala. Son formas distintas de manejarte y eso fue el primer parteaguas. De todos modos, yo no me metí en ese tema existencialmente. Estaba más bien en cuestiones de desarrollo económico y social. Pero digamos que había dos concepciones distintas de lo que era la democracia. Aunque explícitamente nadie te decía que la democracia electoral no servía, había una especie de subvaloración de las prácticas políticas representativas, por esa mezcla de un marxismo muy elemental y una experiencia histórica muy real.

## **AC: ¿Cómo aparece allí el debate sobre las formas institucionalizadas de ejercer la democracia?**

CMV: En todo lo que fue el diseño de la estructura institucional en Nicaragua, en la convocatoria a elecciones y en la reforma constitucional, participaron dos o tres compañeros argentinos. Ellos eran todos abogados, tenían una formación y manejaban unos instrumentos que en ese momento eran muy importantes. Yo no venía de una militancia guerrillera, ni nada por el estilo. La primera vez que yo agarré un arma fue en Nicaragua, después de la invasión a Granada: me dieron un arma y la orden de ir a cuidar un puente, así que fui a vigilar el puente nomás... En fin, uno tenía más recursos para entender que la idea del cambio social no es incompatible (o no debería ser incompatible) con una práctica institucional representativa, sobre todo en un momento en que están dadas las condiciones para hacer una reforma profunda del Estado. Era evidente que los sandinistas contaban con un consenso muy amplio. Pero creo que algunos asesores de alto nivel, los propios prejuicios y el lastre de esta crisis histórica, conspiraron para que se tardara mucho en darle un formato institucional a la Revolución. Y cuando se optó se dio en un escenario de guerra, esas fueron las elecciones del 84.

## **AC: Pero de todos modos el sandinismo ganó por amplio margen en esas elecciones.**

CMV: Sí, pero muy cuestionado, porque como a último momento la oposición vio que no iba a ganar se abstuvo y se retiró. Entonces eso enrareció mucho la situación. Por eso yo creo que hay condiciones sociales básicas para el desarrollo de una ciudadanía, a la Barrington Moore, un autor que me acompaña hace muchos años, es decir, que hay una relación de coherencia entre las instituciones políticas y

la realidad social (“el espíritu de las leyes” que decía Montesquieu). Hay que asumir eso, se pueden exportar instituciones, pero después la institución es reinventada por la gente, así como hay constituciones maravillosas que son el formato de los regímenes más abyectos. Además, lo que aprendí en Nicaragua es que la idea del cambio acelerado es un mito. La gente se resiste a cambiar y cuando se decide a cambiar es porque no tiene alternativa.

### **AC: ¿Cómo ves ahora los principales dilemas o desafíos para la democracia en América Latina?**

CMV: Creo que el riesgo fundamental es un desfase muy grande entre las formas y los contenidos, entre los formatos y las prácticas sociales. Ya no hay argumentos, la política ya no es lo que era antes, la democracia ya no es lo que era antes. Estuve en la campaña del año pasado en la Argentina y eran caravanas, puro show. Entonces, se mantienen los formatos (quizás las formas y los métodos nunca estuvieron tan vigentes como hoy), pero hay como un desencanto de la gente. La política ya no es vista como la política democrática, como la instancia donde la sociedad plantea y resuelve sus problemas. Creo que ahí hay una cuestión que me preocupa. Por otro lado, el Estado democrático obedece a un principio de integración muy débil y tenemos sociedades crecientemente polarizadas, donde a veces hasta la idea misma de un lenguaje y de referentes comunes está bajo cuestión. No es la primera vez que los pobres optan por soluciones autoritarias, ese ha sido el comportamiento tradicional del voto de la pobreza. Ahora lo estamos viendo reflotar en lo que sería formalmente la consolidación de regímenes democráticos, tenemos el retorno de esto que alguna vez llamé los “neocaudillos de la democracia representativa”. El riesgo de esto es caer en la reacción epidérmica de los socialistas argentinos cuando apareció el peronismo. Pero –en todo caso– hay una relación entre el poder político y la masa ciudadana

que es distinta de la que nuestra teoría planteaba al final de estos procesos. Entonces, ahí hay otra situación: el uso autoritario de las instituciones democráticas, que es lo que hubo en Argentina cuando cada vez que el presidente abre la boca le tira un exabrupto a la oposición, un poco lo que hacían también los sandinistas en Nicaragua. Eso es el uso autoritario de las instituciones democráticas derivado de un problema de cultura política, pero también de la propia experiencia social. En México, durante los últimos diez o doce años, el único decil de la población que incrementó sus egresos es el diez por ciento más alto, los demás se achicaron todos. En esta fragmentación social es imposible no ver al otro como un adversario o un enemigo, inclusive un código de significado compartido es muy difícil (en México se ve más claro por la cuestión étnica). Entonces esos son los riesgos que yo veo. Me parece que la política ya no sirve para tratar los temas importantes para uno.

**AC: Si tuvieras que poner un antes y un ahora: ¿en qué permaneció igual y en qué varió tu visión respecto de la democracia?**

CMV: Cuando empecé a relacionarme con los antropólogos... [risas]. Claro, porque los antropólogos tienen más facilidad que los científicos políticos (mucho más si en algún momento fueron abogados) para admitir que el mundo es diverso. Entonces, en algún momento, ahí en la costa atlántica de Nicaragua, empecé a pensar la política como una dimensión de la cultura de la gente. Es decir, empecé a ver que el modo en que la gente hace política, se involucra con la política o piensa en la política, como una dimensión de su cultura y de su circunstancia social. Por ejemplo, cuando el vecino mío en Managua en una elección vota a un sandinista y el jefe de esta aldea misquita vota también por los sandinistas, ¿es lo mismo? O cuando los sandinistas trataban de afiliar en las aldeas a los caciques, porque la gente votaba lo que votaba el cacique, o el modo en

que nosotros reflexionamos antes de votar, estudiamos, escuchamos cinco programas de televisión, leemos libros, nos informamos... ¿Esa es la política real? Eso es lo que te permite ver cómo ve la gente su relación con el Estado, con el diputado o con el jefe de manzana que en ciertas situaciones es el poder real. Así me enseñaron a ver también la persistencia de relaciones clientelares, aun en situaciones muy normales, muy occidentales. Gracias a eso –y a un comentario de mi ex mujer– empecé a estudiar esto de los redes de familia, viendo que uno puede practicar la política ciudadana como un individuo eficaz y responsable, pero hay otros grupos que no. Eso me llevó a revalorizar el entusiasmo por el “rational choice”, asumiendo que la racionalidad existe aunque no todo el mundo la construye de la misma manera, a la Clifford Geertz. En ese sentido estoy muy agradecido a ese grupo de antropólogos centroamericanos, estadounidenses y europeos. Empecé a tomar la pluralidad en serio, no simplemente como un discurso para que no pase nada.

## ENTREVISTA A JUAN CARLOS PORTANTIERO:

**“Lo que nosotros hicimos fue una reivindicación de los valores de la democracia liberal”<sup>23</sup>**

Sociólogo graduado en la Universidad de Buenos Aires, durante las décadas de 1960 y 1970 fue, junto a José Aricó, uno de los animadores del proyecto político-intelectual desarrollado en torno a la revista Pasado y Presente. Tras el último golpe militar se exilia en México, allí es cofundador de la revista Controversia y se desempeña como profesor investigador de FLACSO-México entre 1976 y 1983. En la Argentina fue investigador del CONICET y profesor en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, donde ejerció el cargo de Decano durante dos períodos, de 1990 a 1998. En su regreso al país fue miembro fundador del Club de Cultura Socialista y de la Revista La Ciudad Futura. Entre sus libros se destacan Estudios sobre los orígenes del peronismo (en colaboración con Miguel Murmis), Estudiantes y política en América Latina, Los usos de Gramsci, Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina (en colaboración con José Nun), Juan B. Justo, un fundador de la Argentina moderna y El tiempo de la política. Falleció el 9 de marzo de 2007.

---

23 Entrevista realizada y editada por Antonio Camou en México DF el 7 de mayo de 1998.

**Antonio Camou: Profesor Portantiero, comenzamos con algunos datos básicos ¿dónde nace y cuándo?, ¿qué hacían sus padres? y ¿cuáles fueron sus estudios?**

Juan Carlos Portantiero: Bueno, empecemos con el prontuario. Yo nací en Buenos Aires en 1934, así que tengo 63 años. Mis padres eran de clase media relativamente acomodada. Mi padre era empleado de jerarquía en lo que hoy sería una transnacional, en Electrolux. Inmediatamente que yo nací fue trasladado como gerente a Montevideo, Uruguay. Así que viví hasta los 11 años en Montevideo e hice casi toda la escuela primaria ahí. Después mi padre volvió y ya nos instalamos en Buenos Aires, y ahí hice la escuela secundaria.

**AC: Volvió para el peronismo, digamos...**

JCP: Volví justo en el 45, exactamente, justo cuando empezaba el peronismo. Terminé la primaria e hice la secundaria en una escuela pública. En el año 51 murió mi padre, eso ya dislocó un poco la vida familiar. Y en el año 52, cuando yo estaba en el último año del colegio secundario, que era un colegio en el Barrio de Flores que se llamaba Justo José de Urquiza, me afilié a la Federación Juvenil Comunista. Mis padres eran socialistas, socialistas bastante de derecha pero laicos; al punto que –una cosa rara a principios de los años treinta– no se casaron por Iglesia, ni yo estoy bautizado, ni tomé la primera Comunión; nunca pertenezco a ese club. De todas maneras, inscribirse en la Federación Juvenil Comunista no era de lo mejor visto por gente de clase media en la Argentina por más socialista que fuera; además eran muy antiestalinistas. Y era una época dura, porque era la época de Perón en los años más represivos del gobierno, 1952-1955 fueron años bastante duros. Bueno, ahí ingresé en la Facultad de Derecho. Hice un ingreso que era bastante largo, como un año, di algunas materias y no me gustó. Yo estaba un poco destinado a ser abogado,

porque incluso trabajaba en el estudio de un tío mío y se suponía que iba a seguir con eso. Pero bueno, entre el Partido Comunista y que no me gustaba el Derecho, rompí con eso e ingresé a la Facultad de Filosofía y Letras. Estamos hablando todavía de la época de Perón, cuando ingresar a la Universidad era un problema, había que conseguir certificado de buena conducta, esas son cosas que la gente se ha olvidado. Si vos tenías un antecedente de la policía, no podías entrar en la Universidad, porque para entrar tenías que tener un certificado de buena conducta expedido por la Policía Federal. Además del ingreso... ¿Qué lindo, no? Bueno, ingresé a Filosofía y Letras, a la Carrera de Letras, porque en realidad a mí lo que me interesaba en ese momento era la literatura... en fin, andaba por esas vías. Me interesaba la poesía y “garabateaba” algunas cosas, pero eso nunca tuvo destino. Ingresé a Letras e hice un par de años. En el 55 cae Perón, yo seguía afiliado a la Juventud Comunista, militaba en la Universidad casi clandestinamente, y además el PC era muy débil en ese momento; y bueno, otro gran conflicto porque me ofrecen que pase a ser funcionario profesional del Partido Comunista. Entonces, efectivamente, con la apertura que hay con la Revolución Libertadora, los diarios del Partido Comunista dejan de ser clandestinos y yo entro a trabajar en el semanario del PC que se llamaba Nuestra Palabra.

### **AC: ¿Recuerda a algunos de sus compañeros de aquel semanario?**

JCP: Sí, Juan Gelman, Andrés Rivera, Roberto Cossa, el dramaturgo. Todos esos formábamos un grupo muy estrecho de amigos.

## **AC: Claro, además los unía la literatura...**

JCP: Nos unía bastante la literatura, exactamente. Yo ahí fungía de crítico literario, Juan Gelman era poeta, Andrés Rivera era novelista y Tito Cossa era dramaturgo. Bueno, mi primer libro... que a veces ni lo pongo en el Currículum, aunque en el último que hice lo puse porque tiene que ser muy extenso, ahora hay todo un Sistema Nacional de Evaluación, entonces decidí hacer un Currículum lo más extenso que podía. Es un libro de 1961 –yo tenía 26 años cuando lo escribí– y se llama Realismo y realidad en la Literatura Argentina. Bueno, es un libro en donde abrego en ciertas fuentes de la crítica literaria marxista menos ortodoxa, digamos, la lucha era contra el realismo socialista y contra todas esas interpretaciones. Entonces, está servilmente referido a Gramsci, Lukács, Lefebvre... era toda una corriente crítica que fue bastante influyente alrededor del neorealismo italiano y de la política cultural del Partido Comunista Italiano. Estábamos bastante influenciados por el modelo del Partido Comunista Italiano, que queríamos infructuosamente tratar de aplicar en la Argentina. El Partido Comunista Argentino era un partido sectario y absolutamente impermeable a todo cambio. Bueno, entonces a partir de ahí empezaron las primeras lecturas de Gramsci que me influyeron decisivamente. Ahí hubo una especie de corte con Gelman, Rivera y Cossa, seguimos siendo amigos, pero yo cambié un poco, hice un giro en mis contactos intelectuales, también con gente del Partido. Entonces ahí viene la vinculación con un grupo que en Córdoba se estaba moviendo en líneas bastante paralelas, el grupo que finalmente sacó la Revista Pasado y Presente: eran Pancho Aricó, Héctor Schmucler, Oscar del Barco, todos vinieron después a México en el 76. Pancho era un dirigente importante de la Juventud Comunista, yo en ese momento ya era del Partido y trabajaba en la Comisión Cultural del Partido Comunista.

### **AC: ¿Ya estaba como profesional del Partido?**

JCP: No, ya no; yo estuve como profesional del Partido del 55 al 58, hasta Frondizi. En el 58 dejé porque encaran de otra manera la política de prensa, y empecé a trabajar en el periodismo, trabajé varios años en el diario Clarín. Allí hice de todo, desde redacción general y hasta terminé haciendo crítica de cine. Eso fue entre el año 58 y el año 63 más o menos. Bueno, en esa época (1962-1963) entro en contacto con esta gente de Córdoba vía Pancho Aricó, que era un tipo importante de Córdoba, y a pesar de la distancia empezamos a vernos. Hasta que ellos deciden sacar la Revista Pasado y Presente, que trataba de reflejar los nuevos vientos y por supuesto dentro del Partido duró un número.

### **AC: El primer número fue especialmente cuestionado...**

JCP: Sí, después del primer número directamente expulsan a todos en el 63 o 64. Bueno, yo colaboro en el primer número de Pasado y Presente. Hay un artículo mío que ya es un análisis de la coyuntura política. En medio de eso, dejo Letras, pasa un período de un año o cosa así, y se abre en la Facultad de Filosofía y Letras la Carrera de Sociología con Gino Germani, entonces ahí entro en el 58. Después dejé, porque me casé... en fin, hubo una serie de cosas que hicieron que dejara. Finalmente, me terminé recibiendo de Licenciado en Sociología en el año 65, casi al final de la época en que entraron los militares.

### **AC: ¿Y qué profesores tuvo allí?**

JCP: Bueno, Gino Germani. Yo ahora tengo la cátedra que tenía Germani, que es Sociología Sistemática. Torcuato Di Tella, Jorge Gra-

ciarena, Enrique Butelman. Nos daba clases también Silvio Frondizi, me acuerdo que hubo una lucha fuerte que finalmente no tuvo éxito para tratar de que Don Sergio Bagú estuviera, pero Bagú y Germani parece que no se llevaban demasiado bien. Después los primeros graduados de la segunda etapa de la sociología en Argentina, que tuvieron una gran influencia, como Miguel Murmis y Eliseo Verón. Ellos se graduaron muy rápido porque Germani, para tener lo más pronto un cuerpo de graduados, sumaba materias de otro lado. Es decir, si uno era egresado de Filosofía y daba algunas materias más, se recibía. Ese era el caso de Murmis y Verón que son los dos de Filosofía, hicieron algunas materias y pasaron a Sociología. Entonces rápidamente se incorporaron a los profesores. Desde los fundadores –Graciarena, Di Tella, Germani, etc.– hasta Miguel y Eliseo que venían después, eso era más o menos el cuadro de los profesores que hubo hasta el año 66 en la Facultad. Bueno, yo después con Murmis tuve otra relación, sacamos un libro juntos, etc. Entonces, terminé la Carrera de Sociología en el 65, 66. Pero simultáneamente estaba esta otra actividad política-intelectual. En el 64 a mí también me echan del Partido Comunista en un episodio que uno puede globalizar con el de Córdoba, pero que era relativamente autónomo porque pasó en Buenos Aires.

### **AC: ¿Por qué lo echan?**

JCP: Bueno, en realidad nosotros creamos una fracción estudiantil. Teníamos un discurso que era “Revolución Cultural China” mezclada con Gramsci y con Guevara. En el año 60 había viajado a Cuba, todavía estaba en el Partido Comunista pero ya había viajado a Cuba. Estuve un mes de visita. El impulso de la Revolución Cubana era una apuesta, era todo en clave de voluntarismo político vis a vis el extremo dogmatismo del PC, del estalinismo y de la Unión Soviética. Porque la Revolución Cultural era el voluntarismo llevado al máximo.

Gramsci es la figura que reivindica la voluntad frente a la estructura y Guevara era la Revolución Cubana.

### **AC: Era la voluntad pura...**

JCP: Era la voluntad pura. Entonces, este era un poco el tono de la cuestión. Creamos un grupo político donde se vinculan los de Córdoba. Tenemos gente en Córdoba, en Mendoza y se llamaba, como no podía ser de otra manera, “Vanguardia Revolucionaria”. Nos vinculamos a la guerrilla de Salta de Massetti. Alguna gente nuestra fue a la guerrilla y murió en la guerrilla, otros estábamos en la ciudad. Bueno, eso termina rápidamente; se sabe, eso fue liquidado por la Gendarmería inmediatamente. Afortunadamente era la época de Illia, y por lo tanto a los tipos no los mataron, estuvieron presos un tiempo. De los que estaban en el monte, mataron a los que encontraron en combate, pero hubo algunos que estuvieron presos hasta el año 73 (Lerner, Frontini, etc.).

### **AC: ¿Ciro Bustos estaba allí?**

JCP: Bueno, Ciro Bustos venía de Cuba, se llamaba el “Teniente Laureano”. Era artesano, pintor, no sé qué cosa, era un personaje. Bueno, desde el monte vino a Buenos Aires y él es el que nos contacta a nosotros. Con la suerte o la desgracia para él (suerte creo yo) que en el momento en que es descubierto el foco guerrillero y la Gendarmería empieza a actuar, él está en Buenos Aires y se queda, obviamente no sube más.

## **AC: ¿En realidad no sube hasta que el Che está en Bolivia?**

JCP: Claro, pero cuatro años después. Esa también es otra historia dramática que otro día se la cuento. Termina el episodio de la guerrilla y la Vanguardia Revolucionaria duró un poco más y termina. Entonces, yo ahí decía: “¿qué hago de mi vida?” Me acababa de casar... entonces digo, “bueno, soy sociólogo, me acabo de recibir de sociólogo, voy a trabajar de sociólogo a ver qué pasa”. Y efectivamente, Miguel Murmis había entrado al Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Di Tella, que había fundado Germani. Cuando Germani empieza a descreer de la Universidad Pública, finalmente se va en el año 65 a Italia, pero antes crea en el Di Tella un Centro de Investigaciones Sociales. Miguel estaba trabajando ahí y me pregunta si quería trabajar con él en un proyecto que estaba empezando a diseñar sobre los orígenes del peronismo. Bueno, efectivamente, entro y estuvimos ahí hasta el año 70 cuando sale el libro: Estudio sobre los orígenes del Peronismo. Ahí digo, “bueno, soy sociólogo, me pongo a prueba con este asunto y sale bastante bien...”. Así que ya había salido era Realismo y realidad en la Literatura Argentina y que corona cierta etapa de mi vida. Era un chico, 25 o 26 años. El segundo es Estudios sobre los orígenes del peronismo, que primero son dos papers que circulan bastante y luego la editorial Siglo XXI los convierte en el 70 en un libro. Pero en realidad son del 68, son de la época un poquito anterior al Cordobazo. Con Pancho Aricó seguimos sacando Pasado y Presente, hasta que salen 8 o 9 números. Él viene a vivir a Buenos Aires y el grupo ya se estructura sobre la base de Buenos Aires. El ya no estaba en el PC porque a partir del del primer número de Pasado y Presente lo echan a él también.

## AC: ¿Cómo es entonces su inserción universitaria como sociólogo?

JCP: En el año 70 hay una especie de apertura dentro de la universidad en la época de Lanusse. Se llama a concurso para dos cátedras: una de adjunto para Introducción a Sociología y la otra para Sociología Sistemática. Yo había sido ayudante de primera, ayudante de segunda, en fin, había empezado en el 65 una carrera docente; yo gano los dos concursos y paso a ser profesor adjunto de Sistemática y de Introducción. Pero como no había profesor titular, porque no se había llamado a concurso, entonces de hecho me hice cargo de las dos cátedras en un momento en el que esa facultad era tremendamente masiva (ahora lo sigue siendo, pero yo me acuerdo que para lo estándares de aquella época, en la materia de Introducción a la Sociología habían mil quinientos alumnos, cuarenta comisiones de trabajo práctico, etc.). Bueno, estoy en las cátedras, mientras sigue saliendo Pasado y Presente, y yo ya estoy fuera de la política en el sentido partidario, porque después de lo de Vanguardia Revolucionaria no hago más nada en ese ámbito. Trabajo como sociólogo, pero la política me vuelve a entrar por vía de la cátedra universitaria, que es un foco de agitación política muy grande. Todo esto hasta que en el año 74 bajo el gobierno de Isabel Perón me echan cuando viene Oscar Ivanissevich como Ministro de Educación. Estoy un año mal, sin trabajo, hasta que entro a FLACSO-Buenos Aires en el año 75. En el 76 se inaugura FLACSO-México y bueno... la situación en la Argentina era bastante complicada, yo era carne de presidio, porque en esa situación no era muy difícil que a mí me agarraran. Y cuando se va a inaugurar FLACSO-México, Arturo O'Connell, que era Secretario General y estaba en Buenos Aires, me dice: “¿querés venir a México?”, y le digo: “con mucho gusto”; bueno, no fue tanto con mucho gusto, yo tenía mi hija, me había separado, entonces tener que venirme solo era complicado; pero al final, la oferta era muy buena, porque no era venir acá con una mano atrás y otra adelante (como venían tantos a

buscar trabajo) sino venir con un trabajo bueno. Me acuerdo que era un sueldo como de 800 dólares, me compré un auto al primer mes, era una cosa impresionante. Era una buena oferta y además era la posibilidad de salir de la Argentina, así que me vine directamente en el 76.

### **AC: ¿Y la Revista Pasado y Presente?**

JCP: Fue un interín en la segunda etapa de Pasado y Presente, porque hubo un corte de la Revista que después aparece otra vez el año 73 en Buenos Aires. Era una sociedad politizada de una manera muy distinta de lo que había sido en los años que nosotros la habíamos sacado, donde ya está la guerrilla, la lucha armada, el clasismo y toda esa historia. Pasado y Presente interviene en el debate político en esa segunda etapa mucho más directamente que en la primera, donde era más una intervención ideológico-cultural. Además tenemos cierto coqueteo con los Montoneros, por lo menos con el ala menos militarista.

### **AC: ¿Quiénes estaban ahí?**

JCP: El tipo con el cual nosotros teníamos un contacto más estrecho –porque había sido alguien que se había ido conmigo del Partido Comunista en el año 63– era Roberto Quieto. Luego, se quiebra mucho y lo ponen preso, era un tipo que estaba muy decepcionado con el camino militarista que la organización había tomado. Pero, de todas maneras, yo digo que en el año 73 todos fuimos Montoneros, en el sentido de que todos formamos parte, directa o indirectamente, vicaria o personalmente, de algún partido armado, esto era la verdad. Pero nunca pudimos haber sido Montoneros sentido estricto porque

éramos profundamente antiperonistas, tampoco podíamos ser del ERP porque no éramos trotskistas. En realidad, era un lugar medio extraño, donde nos parecía que cierto sector de los Montoneros tenía una idea de generar una izquierda de masas, encaramándose dentro de cierta tradición del proletariado argentino, impenetrable para el lenguaje de la izquierda y que, en cambio, podía ser que lo fuera para este otro lenguaje. Esa fue más o menos la apuesta, siempre desde afuera, nunca desde adentro, pero sí con alguna relación con este grupo. A mí no me sirvió de mucho porque cuando los Montoneros ocuparon la Universidad de Buenos Aires en 1973 me sacaron la cátedra, porque ellos querían una cátedra para su propia agitación política. En aquel momento pusieron a Ricardo Sidicaro (que ahora está lejos de ser Montonero). Después había un cura que se llamaba Justino O'Farrell, era un cura curioso porque había estudiado en Berkeley (era sociólogo, funcionalista). Ahí lo nombraron Decano de la Facultad o Director de Departamento, no me acuerdo, y entonces ocupó una de las cátedras que yo había ocupado. Porque, además, dentro del folklore ideológico de la Argentina –entre los años más agudos de 1971-1972– cuando yo estaba ahí en la cátedra, hubo una especie de escisión del grupo en el que yo estaba y esos se hicieron rotundamente tercermundistas-peronistas y crearon una línea que se llamaba de las “Cátedras Nacionales”. Estaba Roberto Carri, Alcira Argumedo. Éramos todos amigos. Y yo con otra gente como Oscar Landi, Isidro Cheresky, teníamos otra línea que nos llamaban las “Cátedras Marxistas”. No es que fuéramos marxistas claramente, pero era la diferenciación con respecto a estas “Cátedras Nacionales”, porque ese discurso nacional-popular-tercermundista-fanoniano no nos encuadraba. Bueno, pero estos de la “Cátedras Nacionales” son los que ocupan totalmente la cosa con la Intervención de Rodolfo Puiggrós. Entonces, a mí me dejan lado. Me vengo a México y ahí empieza otra historia.

## AC: ¿Y cómo sigue esa historia en México?

JCP: Llego a FLACSO-México. Afortunadamente vino una gran cantidad de gente amiga, así que nosotros pudimos reconstruir rápidamente vínculos de solidaridad grandes. Hasta “ecológicos” porque vivíamos todos en la Villa Olímpica. Bueno, vino Pancho Aricó, vino Héctor Schmucler y Emilio de Ipola, que vino un par de años después porque había estado preso. Fue muchísima gente. Acá cada uno se la rebuscaba como podía, yo en cierto modo era más privilegiado que otros porque no tenía que empezar a buscar trabajo. El México de ese momento fue muy abierto, la verdad que fue extraordinario. Nosotros no nos enterábamos mucho de lo que pasaba con los campesinos mexicanos, pero con respecto a los exiliados latinoamericanos fue de una generosidad extraordinaria. Claro que nosotros también le dimos algo, no solamente recibimos (y no hablo solo de los argentinos). En ese momento, México era un lugar excepcional en el sentido de que había brasileros, chilenos, uruguayos, gente de Centroamérica. Yo digo que conocí América Latina cuando vine a México. En Buenos Aires uno habla de América Latina pero es retórica absoluta. Acá, efectivamente, uno la conoció porque México es América Latina y porque de repente fue un crisol, donde vino gente de todos lados. Esa gente estaba haciendo la misma experiencia que nosotros, en el sentido de hacer un balance de todo lo que había pasado: ¿por qué estamos acá?, no vinimos de turistas, ¿por qué vinimos? Entonces a esto se empieza a mezclar el tema de cierta apertura del pensamiento marxista, el eurocomunismo, todas estas cuestiones, la llamada crisis del marxismo que fue todo un tópico que duró varios años. Bueno, entonces estaba acompañado por gente mexicana que andaba en lo mismo: de Julio Labastida a Rolando Cordera y Carlos Pereyra. Había muchísima gente que también, desde posiciones de izquierda, comenzaba a hacer una reivindicación de cosas que nosotros antes habíamos abominado: la democracia formal y todas esas cuestiones. Bueno, por un lado estábamos en el Comité, acá el exilio estaba di-

vidido entre los Montoneros que tenían la “Casa Argentina”, y otro que se llamaba el CAS (Comité Argentino de Solidaridad). Bueno, nosotros estábamos en el CAS que eran los reformistas. Había mucha gente. Teníamos reuniones, no me acuerdo si semanales, pero nos veíamos bastante, teníamos ahí una sede y había bastante actividad. Y por otro lado, acá sacamos una revista, como era costumbre en mi vida y en la vida de Pancho sobre todo, que en ese sentido era un animador y un organizador cultural extraordinario. La revista se llamaba Controversia. Yo tengo una colección, son trece números. Bueno, fue una experiencia interesante, ahí se mezclaba gente de distintos orígenes. Estábamos Oscar Terán, Pancho Aricó, Jorge Tula, Nicolás Casullo, Jorge Bernetti, Sergio Calleti. Es decir, había gente que venía de los Montoneros simplemente y gente que más bien venía del socialismo, más abstractos.

**AC: ¿Cómo eran esos debates? Porque lo dijo en una frase: “empezamos a discutir el tema de la democracia formal, la cual antes abominábamos”. Bueno, ¿cómo fue esa historia?**

JCP: Creo que el tema de la democracia tocó tanto a los que venían del Peronismo Montonero como a nosotros que veníamos del socialismo clasista, ponele el nombre que quieras, encontrándonos en el exilio, y eso fue lo que produce Controversia. La discusión sobre las condiciones de la democracia, sobre el valor de la democracia, se nos aparece como un tema de unión entre nosotros. Esto va muy acompasado a lo que decían los italianos en ese momento. Me acuerdo de una famosa intervención del Secretario General del Partido Comunista Italiano (Berlinguer), donde decía que la democracia es un valor absoluto. Era la época del “compromiso histórico” de los italianos y era la época en que los chilenos que estaban acá en México, los que estaban trabajando en FLACSO-Chile que venían muy a menudo acá (Norbert Lechner, Flisfisch, Brunner, Faletto, etc.) también

estaban pensando en lo mismo, y los uruguayos también, etc. Entonces, creo que el tema era la reivindicación de la democracia como valor. Bueno, también con los intelectuales que forman el PSUM: desde Arnaldo Córdova hasta el Tuti Pereyra, Rolando Cordera, José Woldenberg, Sergio Zermeño, con el cual estábamos bastante cerca. Entonces, eso provoca una revisión muy fuerte de dos tradiciones: la tradición de la izquierda clásica y la tradición populista-autoritaria. Ahí se produce un fenómeno interesante que a la vuelta en la Argentina nosotros lo advertimos como una fractura tremenda. Nosotros estuvimos acá siete años reflexionando sobre eso, publicando sobre eso, teniendo una vida muy activa, porque México en ese momento era un lugar de gran efervescencia: seminarios, congresos, jornadas donde uno intervenía. Además viajábamos mucho, viajamos a Perú y a muchos otros lados. Yo tengo un libro que se llama La producción de un orden que son todos artículos de esa época (y eso que no están todos). Así que fue un momento de producción intelectual bastante fuerte y de gran revisión. Pero, ¿qué pasa?, cuando nosotros volvemos a la Argentina en 1983-1984 nadie sabía de eso, es decir, nos esperaban como habíamos salido, y entonces era un estupor tremendo, porque veníamos a decir cosas para lo cual la gente no estaba preparada, porque ahí ni siquiera el tema de la crisis del marxismo había sido discutido. La dictadura ni siquiera permitía discutir la crisis de su enemigo ideológico. Se había congelado todo.

**AC: Ahora, antes de llegar a la Argentina, ¿cuáles eran las lecturas que los ayudaron o fueron motivos de discusión para hacer esta revalorización de la democracia? Además de estas pistas más políticas como las que señalaba de Berlinguer.**

JCP: Estaba todo muy entremezclado, es decir, la discusión política europea en aquel momento (la del eurocomunismo, por ejemplo) era una discusión teórica y también ideológica, no era solamente una

discusión política. Entonces, creo que eso tuvo para nosotros una influencia muy grande. Además, no había un debate politológico tan intenso como el que hay ahora entre comunitaristas e individualistas. Me parece que en ese momento no era tan así. Era también la crisis de toda “Comparative Politics”, la crisis del Funcionalismo Sociológico, etc. Había como una especie de campo abierto en donde no era fácil encontrar referentes intelectuales. Yo nombraría uno que quizás siempre me acompaña, uno de los que más me interesa de los que escriben teoría: Alain Touraine. Él vino a México varias veces y tuvimos bastante contacto. Tal vez olvido mencionar alguien con el cual también teníamos mucho contacto: Fernando Henrique Cardoso, quien venía bastante y estaba vinculado con nuestras propias preocupaciones. Pero me parece que no inventamos nada, porque salvo en las dictaduras (al menos en la Argentina, porque en Chile igualmente había prendido) eran temas que ya estaban en la agenda: la necesidad de renovación de las viejas categorías de análisis que venían del marxismo y de las prácticas populistas; también la idea de que había una crisis de un tipo de sociedad en América Latina, la sociedad “estadocéntrica”, cerrada, de industrialización sustitutiva, etc. Que las dictaduras estaban haciendo una tarea de limpieza; que era imposible soñar con un retorno al pasado. En fin, me parece que ese era el cuadro general en el que nos movíamos.

### **AC: ¿En México vuelven a sacar Pasado y Presente?**

JCP: En realidad, como Pancho Aricó trabajaba en la editorial Siglo XXI, lo que edita no es la revista, sino los cuadernos. Llegaron a ser como cien creo y realmente fue una obra editorial fantástica. En los cuadernos, precisamente, se trataba de poner a luz todo el debate oculto que hubo al interior del pensamiento marxista durante décadas, y en ese sentido creo que cumplió un papel de enorme importancia, no solo en México, sino en toda América Latina. Editar discu-

siones silenciadas permitió sacar a la luz debates que habían estado excluidos totalmente porque el pensamiento era el DIAMAT soviético o el trotskista. Y toda esta riqueza de debate nunca se había expuesto como se expuso en los Cuadernos. Creo que en México todavía los Cuadernos Pasado y Presente se siguen editando, recordando o vendiendo, aun más que en la Argentina te diría (en la Argentina se fagocitan más rápidamente todas las cosas). Bueno, ahí saqué Los usos de Gramsci por primera vez.

**AC: También recuerdo esa colección donde Pancho Aricó edita a Carl Schmitt, como un ejemplo de apertura hacia otras tradiciones...**

JCP: Claro, pero ni Pancho ni yo leíamos alemán obviamente. Todo eso eran subproductos de la discusión italiana. Marramao, Vecca, Cacciari, Biaggio de Giovanni, Leonardo Faggi, todos estos vinieron acá en esa época. Yo me hice amigo de todos acá. Ellos sacaron una revista muy interesante que se llamaba Laboratorio Político, salieron unos diez números. Ahí se fundían todas estas cosas, y bueno, Schmitt viene por ahí. Pero, viene porque Pancho tenía la antena como para recibirlo, porque podía no haberlo recibido. Y efectivamente, Pancho saca El concepto de lo político y le hace una introducción muy inteligente. También sacamos los Escritos Políticos de Weber en esa misma colección. Max Weber es un tipo que redescubro fuertemente acá, lo conocía por la formación académica, pero acá lo redescubro. En realidad, en México no doy cursos sobre América Latina, doy cursos de Teoría Sociológica, y eso me permite meter cosas que yo antes no había metido: desde Stuart Mill a Mannheim o Weber, en fin, una apertura de pensamiento. Empezar a entender mucho más al liberalismo desde el contractualismo (Hobbes, Locke, Rousseau), eran los temas que trabajaba en los cursos. México fue un laboratorio extraordinario para nosotros, de apertura en todo sentido.

**AC: Ahora sí, el retorno a la Argentina. El retorno, la fractura, el estupor...**

JCP: Bueno, yo vuelvo en julio el 83. Y resulta que cuando uno vuelve con todo ese bagaje no hay muchas orejas para escucharlo. Entonces se produce una especie de desencuentro, nosotros más bien somos catalogados como “reformistas”. Mientras esperaban que viniéramos para traer la palabra de la Revolución veníamos a traer la palabra de la Reforma.

**AC: ¿Quiénes fueron en esa vuelta a la Argentina los “nosotros” y los “ellos”?**

JCP: En Argentina no hubo un nosotros generacional que nos recibiera, porque la gente había dejado ya de trabajar, muchos habían sido asesinados o también exiliados. Es decir, las Ciencias Sociales mueren durante todo ese período. Más bien, lo que ahí se produce es un “foso generacional”, ellos eran muchachos que entonces tenían veinticinco años y nosotros teníamos cerca de cincuenta. Entonces, esos estudiantes que volvían a las Ciencias Sociales en un momento de apertura democrática, habían congelado nuestra fotografía. Eramos los maestros de aquel momento y resulta que esos maestros venían con otro librito. Era el momento en el cual crece el Partido Intransigente (PI) para dar idea de un clima, y eso que nosotros decíamos tenía muy poco que ver con el PI.

**AC: Entonces, volvemos a retomar las dos pistas: la pista más política y la pista más académico-cultural. Ustedes fundan el Club de Cultura Socialista y después la revista Ciudad Futura. ¿Cuándo y cómo surge eso?**

JCP: Surge por ese inveterado afán de dejar organizaciones a la vera del camino. En realidad, las dos son producto de “Argenmex”. Nuestros interlocutores, con quienes nos encontramos en Argentina y que habían hecho un proceso parecido al nuestro, fue la gente que sacaba Punto de Vista: Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, Hugo Vezzetti, Hilda Sabato. Con ellos nos entendíamos perfectamente, incluso Beatriz Sarlo había estado en México y también Carlos Altamirano había estado de vacaciones. Habíamos tenido alguna relación, ellos venían del PCR, eran duros-duros, pero habían hecho también todo este proceso autocrítico. Entonces, ese grupo de Punto de Vista y algunos de los que volvíamos de México (Pancho, Tula, Emilio de Ipola, ya no la gente tipo Casullo o Bernetti que había estado en Controversia con nosotros desde el palo más Montonero), creamos el Club de Cultura Socialista. Una parte de este grupo, no todos porque la gente de Punto de Vista siguió sacando la revista, creamos La Ciudad Futura. Primero el Club y después la revista, que nunca fue órgano del Club, aun cuando mucha gente lo pensó. Estamos hablando del año 1984. Bueno, vuelvo a la Facultad y gano el concurso para Profesor Titular de Sociología Sistemática, entro al CONICET, donde también hago una tarea de profesor. Pero simultáneamente aparece Alfonsín. A fines del 84 o principios del 85, Meyer Goodbar nos hace una invitación para crear con Emilio de Ipola y otros argentinos un grupo de reflexión con el Presidente. A Goodbar hace mucho que no lo veo, él es más bien un empresario. Pero nos conocíamos porque fue compañero de estudios de Sociología, no terminó la carrera pero fue compañero de estudios.

## **AC: Entonces, hacia principios del 85 se produce este contacto...**

JCP: Sí, hay todo un año en que no hay ningún contacto. Votamos por Alfonsín incluso, pero no tenemos ningún contacto. Luego se produce ese contacto y creamos el grupo con Emilio de Ipola, Pablo Giussani, Hugo Rapoport que venía de la izquierda (él se había quedado en Argentina). Pablo venía del socialismo y había estado en Montoneros. Incluso con Pablo en algunas de esas aventuras que tuve en el año 62 sacamos una revista que tuvo bastante éxito que se llamaba Che. En ese momento, yo todavía estaba en el Partido Comunista y él estaba en el Partido Socialista, después se exilió a Roma y se hizo Montonero. Siguió su carrera periodística, digamos. Bueno, ese grupo que nunca se afilió al Partido Radical tuvo, sin embargo, una influencia ideológica fuerte que ahora –pasado el tiempo– no subestimaría, porque me parece que fue bastante importante. Nosotros fuimos los redactores de algunos discursos claves, de cierto vuelco de Alfonsín desde el radicalismo tradicional a una visión de los cambios en el mundo y de la necesidad de adaptación a esos cambios. Redactamos muchos discursos y mensajes presidenciales, de la parte doctrinaria de los mensajes presidenciales redactamos casi toda. Todo esto hasta el final, hasta el 89. Yo soy inventor de una frase con que después castigaban al pobre Alfonsín que dice: “hay cosas que no supimos hacer, hay cosas que no quisimos hacer, hay cosas que no pudimos hacer”. Creo que fue en el discurso final antes de la renuncia, todavía como presidente (creo que fue el discurso del primero de mayo del 89). La frase se me ocurrió a mí, porque en verdad expresaba bastante esto de cómo enfrentar la necesidad de los cambios: había cosas que uno quería hacer, cosas que no quería hacer, había cosas que no podía hacer y cosas que no supo hacer.

**AC: ¿El primer discurso importante en el que este grupo –al que se lo va a conocer como Grupo Esmeralda– colabora es el de Parque Norte?**

JCP: Sí, porque un día Alfonsín dice: “miren, quiero hacer un discurso”. Nosotros veníamos conversando y él es un tipo muy esponja. Escucha y le interesa, y nosotros hablábamos. Un día dice “bueno, yo quiero hacer un discurso largo que les quiero meter a los radicales...”, porque él tiene con los radicales una relación de amor y odio. Por eso, “yo los junto a todos ahí y les digo todo esto...”. Bueno, entonces, aproveché no me acuerdo qué cosa, no sé porqué hizo ese discurso. No era para nada, lo que quería era dar el discurso. Salió bien y todos nos quedamos con ese discurso. Ahora bien, cuando uno dice “escribir”, y eso vale la pena aclararlo para el caso de Alfonsín, él participaba mucho; nosotros llevábamos papeles, él los corregía y los devolvía, no es que decía “a ver, tráiganme mañana el discurso y dénmelo diez minutos antes para que yo lo lea”. No era así, sino que participaba. Pero, por supuesto, cualquier lector se da cuenta de que ahí había manos que no eran de políticos, y lo advirtieron los periodistas al otro día. Había alusiones y cosas que tenían que ver con otras lecturas. Eso dio lugar a una relación que nosotros teníamos, no sé si semanalmente o quincenalmente. A este equipo de discurso (en el sentido moderno del término) se lo empezó a llamar el “Grupo Esmeralda”, porque quedaba en la calle Esmeralda. Alfonsín quería refundar al radicalismo. Pero, digo que no hay que subestimar al grupo, porque a mí me parece que ese discurso fijó mucho de los temas de la agenda política en la Argentina, incluyéndolo a Menem.

**AC: Para seguir con la metáfora de los cruces, en junio del 85 Alfonsín había lanzado el Plan Austra, y el grupo que trabajaba en el Ministerio de Economía también había iniciado una fuerte modernización de los tópicos.**

JCP: Claro, es que la modernización no solo viene por el lado del discurso, sino también por la incorporación de Sourrouille, Machi-nea y todo ese equipo. Yo creo que sin esa mancuerna no se explica.

**AC: De hecho, en el discurso de Parque Norte, una de las partes del discurso se refiere específicamente a la modernización del Estado, a la Reforma del Estado, que lo hacen junto con Juan Carlos Torre.**

JCP: Claro, Torre participa también, más en segundo plano, pero participa del Grupo. Él ocupaba un cargo, era Secretario de Relaciones Institucionales del Ministerio de Economía. Estaba en el grupo de Sourrouille, y esto quería decir que era el “politólogo” de los economistas. Pero, además, Juan Carlos Torre era íntimo amigo mío, cuando habíamos sido compañeros de estudios, había militado en la Juventud Comunista. Había una amistad muy grande. Estuvo en Pasado y Presente también. El discurso de Parque Norte –y en general los discursos presidenciales– tienen cierta parte doctrinaria, y después tienen otras cosas, capítulos específicos. Para eso nosotros pedíamos insumos a los ministerios. En el caso del Ministerio de Economía, que obviamente era un punto mucho más fuerte, ya no era solamente que el ministro nos mandara algunas carillas diciendo qué es lo que pensaba hacer, sino que ahí hubo un trabajo mucho más estrecho.

**AC: ¿Y siguen trabajando en este grupo hasta el final del gobierno?**

JCP: Hasta el final, y ahí se disuelve el grupo. Yo pasé bastante tiempo sin verlo a Alfonsín, seguimos teniendo buena relación personal, pero estaba claro que nosotros podíamos ser asesores del Presidente de la República en un proceso de transformación, pero no asesores del Presidente de un Partido, porque no éramos radicales. Además los radicales siempre nos miraron con pésimos ojos. Había muchos celos, muchas envidias, muchos rencores, porque nosotros aparentemente éramos los tipos que le estábamos haciendo la cabeza a Raúl. Por cierto, no teníamos ningún cargo público.

**AC: ¿Tenían interlocutores en otros miembros del Partido o fuera de él?**

JCP: Muy poco, había gente del Partido más permeable, por ejemplo, Jesús Rodríguez era un tipo bastante permeable en estas cosas. Federico Storani también. Pero había otros que no les gustaba nada. Y otros que eran absolutamente permeables a las ideas, pero que tenían problemas de rivalidad, como por ejemplo, Dante Caputo. Obviamente estaba de acuerdo con todo, pero no le gustaba. Ahí hay un problema personal.

**AC: ¿Y había otros grupos paralelos a este?**

JCP: No, Alfonsín se manejaba con el partido radical para ciertas cosas. Había un grupo que no era orgánico de “Esmeralda”, pero que participaba mucho y que participó en Parque Norte. No era un grupo, sino una persona extraordinaria que lamentablemente murió muy joven: Carlos Nino. También estaba Jaime Malamud Goti, y la

gente del Consejo para la Consolidación de la Democracia. Bueno, él también tenía toda una línea que tiene que ver con todo el tema de Derechos Humanos, era una cosa muy importante. Después tenía una relación política con los operadores del radicalismo, con Nosi-glia y con toda esa gente. También con algunos jefes militares y con Dante Caputo. Ahí está todo el grupo del CISEA que también se incorporó orgánicamente, donde había algunos radicales viejos como Jorge Roulet y otros jóvenes como Caputo, Schvarzer y compañía. Schvarzer además nos ayudaba en algunas cosas, porque el grupo era una base de cuatro o cinco, pero se vinculaba, pedía cosas, etc. Delich hizo algunas cosas también.

**AC: Si tuviera que marcar entre un antes y un ahora, y usted pone la fecha del antes: ¿en qué cambió su percepción o su concepción acerca de la democracia?**

JCP: Cambió 180 grados. La democracia era en un momento determinado de mi vida política, de mi vida académica, simplemente un instrumento del que podía hacerse uso para ocupar el poder, y luego generar una forma de relación de la política con la sociedad, que no tenía nada que ver con la democracia liberal. Es decir, yo aclararía no con “la democracia”, porque lo de Polonia se llamaba “democracia popular”, bueno, yo me refiero a la democracia liberal, pongamos las cosas en su punto. Lo que nosotros hacemos es una reivindicación de los valores de la democracia liberal, que no es toda la democracia, en fin, uno puede hacer todas las disquisiciones que quiera a partir de ahí. Pero sin ese piso no hay nada posterior que pueda llevar el nombre de democracia. Entonces, eso me parece que es un cambio absoluto. La discusión era sobre la democracia formal y la democracia real. Bueno, la democracia formal era formal, pero para nosotros alude a la constitución de las reglas de un orden político. Es formal porque se refiere a normas, pero no es formal porque sea pura forma.

Entonces, ese es un punto que no todo el pensamiento de izquierda ha logrado superar y eso fue el gran motivo de crítica de la izquierda argentina, que va desde el PC hasta el PI, incluso en un principio hasta la propia gente de Chacho Alvarez con respecto a lo que decíamos nosotros. Aunque después hizo todo un aprendizaje con eso...

**AC: Volvemos a esa frase de Alfonsín de que hubo cosas que no supimos hacer, que no pudimos y otras que no quisimos. ¿Cuáles fueron esas cosas que no supimos, que no quisimos y que no pudimos?**

JCP: Bueno, eso era retórica. Pero yo digo “no quisimos” en el sentido de que había que dirigirse hacia un proceso de reformulación del Estado y de privatizaciones, y no quisimos hacerlo a la manera salvaje del neoliberalismo. “No supimos”, creo que alude a ciertos defectos de instrumentación de algunas políticas económicas, básicamente. Por último, “no pudimos” alude a la presión corporativa tremenda del ejército y de los sindicatos. Es decir, nosotros quisimos hacer un programa de reformas, por eso se hablaba retóricamente del famoso trípode: democracia participativa, ética de la solidaridad y modernización del Estado y de la economía. Que esa modernización de la economía no fuera en desmedro de esa ética de la solidaridad, que por supuesto esas cosas las tomamos de Rawls y compañía. Pero en esta ruptura con el pasado populista y con el pasado autoritario nos encontramos con obstáculos. Por eso digo lo del grupo, vuelvo a insistir y lo reivindico. En el 95 con Emilio de Ipola en La Ciudad Futura escribimos un artículo que fue un balance a diez años de lo de Parque Norte. El artículo termina diciendo “en las mismas condiciones volveríamos a hacerlo”, o una cosa así. Creo que, pasado el tiempo, la agenda progresista argentina se constituye básicamente con los temas que surgen de eso.

En fin, conté toda mi vida. Como ves, con muchas facetas. Por eso digo, yo tengo con la política una relación complicada, pero para mí enriquecedora. Yo no podría ser un político “full time”, porque los años de gestión me abruma, pero a veces no podría vivir intelectualmente sin el estímulo de la política. Cuando se ponen a discutir sobre la justicia en abstracto, me pierdo, no me interesa. Tengo dos hemisferios cerebrales, digamos, es una lástima porque ninguno quizás pueda hacer todo lo que quisiera pero entretanto se realimentan.

## ENTREVISTA A JULIO LABASTIDA:

---

### **“De una democracia con adjetivos a una democracia con contenidos”<sup>24</sup>**

Doctor en Sociología en la Escuela de Altos Estudios en París e investigador en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Desde 1964 impartió cursos y seminarios en facultades de la UNAM y otras instituciones académicas. En 1969 obtuvo la cátedra de Sociología del Desarrollo Latinoamericano de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y en 1978 fue designado coordinador de la División de Estudios de Posgrado de esa Facultad. Ha sido Subdirector General para las Ciencias Sociales y Humanas de la UNESCO, Secretario General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Presidente del Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas de la UNESCO, Presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), Miembro del Comité Directivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Es miembro de varias asociaciones académicas y científicas como la Academia Mexicana de Ciencias y de la Sección Mexicana del Club de Roma. En la Universidad Nacional Autónoma de México ha sido Coordinador de Humanidades en tres ocasiones y Director del

---

24 Entrevista realizada por Antonio Camou y Osmar Gonzales en México DF el 5 de agosto de 1998. Editada por Osmar Gonzales.

Instituto de Investigaciones Sociales (IIS), cargo en el que fue reelecto. Entre sus numerosas publicaciones se destacan: *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea* (1986), *Hegemonías y alternativas políticas en México* (1985), *Dictaduras y dictadores* (1986), *Transición democrática y gobernabilidad en México y América Latina* (2000), *Globalización, Identidad y democracia* (2001), *El estado actual de la democracia en México: retos, avances y retrocesos* (2007). Actualmente es Secretario Ejecutivo del Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (COMECESO) y miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM.

**Antonio Camou y Osmar Gonzales: Para comenzar te pedimos que nos cuentes cuándo y dónde naciste, qué hacían tus padres y sobre tu formación inicial.**

Julio Labastida: Yo nací en Guadalajara, en 1939. Somos cuatro hermanos y yo soy el mayor, después tuve tres hermanas. Mi padre primero estudió medicina y no terminó, puso una farmacia, después heredó una hacienda y se dedicó a la agricultura y a la ganadería, al mismo tiempo. No fue un éxito económico, pero heredó al mismo tiempo propiedades urbanas que le daban rentas y le permitían dedicarse románticamente a la agricultura. Mi madre siempre trabajó con mi padre en la farmacia, no era un ama de casa que se quedara en el lugar, sino que siempre acompañaba a mi padre. Después ella administraba lo que eran las propiedades urbanas. Fue una feminista prematura porque empezó a trabajar en cambios de la legislación de Jalisco para beneficio de la mujer.

Estudí en muchísimas escuelas, pero siempre volvía con los maristas. Cada año me cambiaban. Si mi madre ganaba la batalla, me trataba de mandar con los jesuitas, pero negociaban y terminaba con los maristas. Mi padre era jacobino y pensaba que lo peor que le po-

día pasar a un hijo suyo es ser educado por los jesuitas. Mi madre pensaba que los jesuitas eran los más inteligentes de la iglesia y que era lo mejor que podía tener su hijo. Cuando mi padre ganaba, me mandaba a cualquier escuela, que podía ser pública, militarizada, un orfanato (risas), para que viera la disciplina dura. Estuve como en unos once colegios, pero la constante en mi formación fue con los maristas, siempre volvía con los maristas.

**AC-OG: ¿Qué tipo de educación, qué enseñanza básica te dejaron los maristas?**

JL: Los maristas me enseñaron una disciplina de estudio, y el catolicismo de los maristas es bastante liberal. Había estándares de rendimiento alto, eran bastante laicos para ser religiosos. Ellos se compensaban con que yo tuviera un consejero, un director espiritual jesuita.

**AC-OG: Esa fue la transacción... ¿Todos estos cambios eran en la escuela primaria o la escuela básica?**

JL: Sí, pero la historia continuó en la universidad. Como venía de una escuela religiosa y privada no tenía acceso a la escuela estatal, entonces entré en 1957 en la Universidad Autónoma de Guadalajara, que es una universidad que, como ustedes saben, se creó como reacción a la iniciativa de Cárdenas de hacer socialista la educación. A la Universidad Autónoma –creada por un grupo secreto de extrema derecha, que se llama los Tecos–, llegábamos de escuelas jesuitas o maristas, y éramos vistos con sospecha porque teníamos una educación demasiado liberal para los estándares de la Autónoma. La mayor parte de la gente que ellos reclutaban venía de clases medias más bajas o zonas más rurales, donde reclutaban a los que serían los

Tecos, excepto las familias importantes que controlaban, controlan, la Universidad Autónoma.

Con los Tecos empecé a estudiar Derecho. Yo quería estudiar Filosofía, que había en la Universidad de Guadalajara, pero mi padre dijo que no era aceptable estudiar Filosofía y que si quería continuar alguna relación con él tenía que estudiar derecho y nada más. Pero yo asistía a cursos en la Facultad de Filosofía, ahí fue donde conocí a Luis Villoro, por ejemplo. Él fue maestro invitado, él enseñaba en Guanajuato. Había conferencias en la Facultad de Filosofía de los maestros más notables.

Pero no duré mucho en esa universidad. Los ex alumnos de jesuitas y maristas formaban un núcleo compacto. Hubo muchas tensiones, hasta que expulsaron a parte de ellos, yo me solidaricé y nos expulsaron a todos. Eso debe haber sido en el 58 o 59. Eso nos abrió las puertas de la Universidad de Guadalajara, la universidad del Estado, donde nos recibieron como exiliados políticos.

Luego de terminar la carrera, en la Universidad del Estado. Me fui a Francia, tenía un promedio alto y obtuve una beca. Llegué a La Sorbona, que en ese momento, todavía no la cambiaban, y a la Escuela de Altos Estudios. Fui a estudiar Sociología.

### **AC-OG: ¿Cómo fue el paso de Derecho a Sociología?**

JL: Bueno, yo muchos de los libros que leía eran sociología cien por ciento, de la época de oro. Hice una tesis sobre la idea de derecho social. Pero lo importante fue haberme vinculado a Alain Touraine. Lo recuerdo como una personalidad muy brillante y un gran maestro; por eso mi trabajo fue más en relación con Touraine y gentes que trabajaban con él en la Ecole.

## AC-OG: Pero tú fuiste a la Sorbona...

JL: Fui a las dos instituciones, es decir, yo tenía la obligación de seguir un seminario de tesis con Touraine en la Ecole, pero al mismo tiempo me hice un programa de trabajo en coordinación con Touraine, y seguí una serie de cursos generales en lo que en ese momento era la Sorbona, donde uno de los maestros más importantes en ese momento era George Gurvitch.

El hecho que me enseñara Touraine fue muy importante para mí porque era un seminario que si bien nunca estuvo centrado necesariamente en América Latina, sí era uno de los temas constantes. En ese seminario conocí a Gino Germani, Celso Furtado, Helio Jaguaribe, también conocí a Fernando Henrique Cardoso. Para mí fue muy importante porque con Cardoso establecí una relación que fue permanente por mucho tiempo. Con él tomaba los seminarios que dio cuando iba a Francia, y después seguí esa relación en México, en Chile, fue una relación que duró décadas. Cardoso fue una influencia muy, muy importante. Lo conocí a través de Touraine, pero después hice una relación personal muy fuerte con él. Pienso que Cardoso influyó muchísimo en mi formación. También estuve en la Ecole d'Hautes Etudes de Amerique Latine.

Tomaba todos los cursos que tenía relación con América Latina y fui alumno de Francois Bourricaud, quien trabajaba sobre todo Perú. Hice una muy buena relación con él. Touraine también daba cursos, eventualmente, centrados en América Latina. También fui alumno de Celso Furtado, entre el 61 y el 64. Y después volví a México.

Primero trabajé un año en la Secretaría de Educación Pública, en un instituto de investigaciones pedagógicas, al mismo tiempo que tomaba un seminario en El Colegio de México sobre América Latina, era un seminario formal que hice acá en Relaciones Internacionales en América Latina. Fui alumno, claro, tuve maestros otra vez con gente como Ruy Mauro Marini, que era responsable del seminario, y tuve a maestros como Pablo González Casanova, donde me vinculé

con él y me invitó a trabajar al Instituto. También estuvo Helio Jaguaribe. El seminario tuvo invitados muy importantes de la Sociología en ese momento.

### **AC-OG: ¿Pero después volviste a Francia en el 68?**

JL: Sí, fue después del movimiento, tomé el avión el 3 de octubre de 1968. Como no había terminado la tesis, me dieron una beca. En realidad me la dio la embajada francesa cuando supo que podía tener problemas por mis vínculos con el movimiento del 68. Gente de la embajada me llamó y me dijo “hay una beca y además puede quedarse en casa de una amiga”. Ahí me fui el día 2 de octubre y ya no volví a mi casa. Me fui a la casa de una amiga funcionaria de la embajada francesa que me llevó en su automóvil al aeropuerto, junto con gente como Jorge Aguilar, escritor muy conocido. La embajada francesa ayudó a que algunas de las gentes que podían tener problemas por su participación en el 68 a que se fueran a Francia en momento de la represión.

### **AC-OG: Cuéntanos lo de tu participación en los sucesos del 68.**

JL: Yo trabajaba en un comité de información, de vínculo con la prensa y con la televisión, sobre todo extranjera porque la prensa mexicana, exceptuando Julio Scherer, tenía una actitud hostil al movimiento. Entonces, organizamos una oficina con un grupo de la Facultad de Ciencias donde manteníamos una vinculación constante con los periodistas de todas las agencias, Reuter, francesas y con periódicos como el *New York Times*, *Los Angeles Times*, *Washington Post*, *Le Monde* y con las televisiones, en particular con la televisión francesa y holandesa. Yo colaboré en hacer un video sobre el 68 que

desgraciadamente no he podido tener una copia de la televisión francesa. Circuló bastante en Francia, y pude verlo en Suiza. Es una filmación de los hechos que termina el 2 de octubre. Eso era lo que yo hacía, también preparar las entrevistas con los dirigentes. Trabajé sobre todo con Gilberto Guevara Niebla y secundariamente con Raúl Álvarez. Me ubiqué en esta tendencia con la gente de la Facultad de Ciencias Políticas.

Trabajé de tiempo completo en esta oficina de información, no sé como se llama, de información oficial, no hacíamos nada que no estuviera en coordinación con esos dirigentes. Dábamos boletines de prensa, analizábamos la prensa y manteníamos contacto telefónico incluso con el exterior. Además, por mi relación personal, yo no quise ir a la Plaza de Tlaltelolco. Los líderes que fueron apresados habían ido a Tlaltelolco en automóvil, como Gilberto y Pino. Pino es Salvador Martínez de la Roca, y el que ahora es delegado de Tlalpan por el PRD, Raúl Álvarez.

### **AC-OG: ¿Y dónde estabas tú en el momento de la represión?**

JL: Estaba en una cena. No había querido ir el 2 de octubre porque pensaba que iba a haber represión, que ya no había posibilidades, que era el momento de repensar la táctica y no estar mandando gente a que la maten. Yo asistía, porque casi vivía en la Facultad de Ciencias, a la desaparición cotidiana de mis colegas, salían brigadas y no volvían completas. Bueno, algo que podría añadir es que yo era profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y trabajé también en una cosa que se llamaba Asociación de Profesores de la Universidad Solidaria con el Movimiento del 68. Los estudiantes fueron muy celosos de que no se le quitara el calificativo de estudiantil. Entonces, nosotros teníamos una posición secundaria respecto a los estudiantes, funcionábamos como apoyo. Y ahí tuve una muy buena relación con Heberto

Castillo. También conocí a muchos profesores, con Luis Villoro ya tenía una relación de años.

Así que el 2 de octubre en la noche estamos cenando con unos amigos y veo por la televisión lo que está pasando. Suena el teléfono y era mi amiga de la embajada de Francia diciendo que no vuelva a mi casa. Me dice “véngase a mi casa y yo lo llevo al aeropuerto”. Y al otro día, el 3 o el 4, no me acuerdo, ya estaba en el avión. Tenía una beca de dos años para quedarme en Francia pero decidí volver en el 69, sólo estuve un trimestre. Luego, volví al Instituto, y a la Facultad de Ciencias Políticas, donde era profesor.

### **AC-OG: ¿Tenías algún tipo de militancia política partidaria?**

JL: No. La única militancia política que tuve fue en las juventudes del PAN antes de irme a Francia, en los años cincuenta. Después no volví a tener militancia política hasta 1971 o 72, cuando se funda el Partido Mexicano de los Trabajadores. Al Partido lo fundó Heberto Castillo. En un momento tuvo mucho apoyo, incluso de Octavio Paz. Los intelectuales lo recibieron muy bien, como el grupo de Flores Olea, aunque no todos se integraron al partido. Hubo gente como José Emilio Pacheco que intentó, por ejemplo, militar, pero el problema es que Heberto Castillo no sabía cómo integrar a sus amigos intelectuales en el trabajo político, nosotros queríamos hacer un trabajo que correspondiera más a lo que era nuestra vida real, y él quería que nos fundiéramos con el pueblo, que hiciéramos una serie de actividades como pegar carteles, etc. Rechazó la propuesta de una reunión con escritores que le propuso Pacheco, y esa fue la razón por la que se retiró. Y siempre tuvimos ese problema con Heberto, aunque nunca hubo una ruptura personal. Es una de las personas a las que le guardo siempre mucho afecto, siempre le tuve confianza. Pero no podíamos trabajar con él porque no había un espacio, no podíamos integrar

nuestra opción política con nuestra opción intelectual en el PMT, por eso nos salimos.

Era un partido totalmente alejado de cualquier idea de clandestinidad. La debilidad quizás era un exceso de protagonismo de Heberto Castillo, por ello no se logró crear una estructura de participación, por eso nos salimos. Éramos algo así como los asesores o el séquito que trabajaba y discutía con Heberto. Teníamos acceso a él pero no teníamos un contacto horizontal, la relación seguía siendo muy vertical. Pero el PMT fue un intento democratizador, un partido que buscaba la democratización desde una perspectiva de izquierda.

### **AC-OG: ¿Cuáles eran las ideas del debate intelectual en esa época, fines del sesenta?**

JL: Los sesenta fue el momento del marxismo, muy fuerte. Toda la corriente althusseriana, la influencia maoísta, toda la teoría dependientista empieza a ser utilizada muy políticamente hacia la izquierda. Estoy hablando de los años sesenta y de los setenta. Figuras como Gunder Frank, Theotonio dos Santos, Ruy Mauro Marini retoman las ideas de la dependencia con una interpretación marxista que la aleja mucho de la interpretación original de Cardoso y Faletto, es definitivamente otra interpretación. Es el momento del Congreso de Sociología del 67 o 68, no recuerdo. Hubo un congreso de ALAS muy importante, la *Revista Mexicana de Sociología* tiene todo un número. Es el momento de la guerrilla, de la gran esperanza del cambio político radical y revolucionario. Pero lo que es interesante del movimiento 68 mexicano es que la dirección del movimiento y las bases presionaban mucho por una posición muy realista.

Las reivindicaciones fueron en relación al contexto nacional y se planteó en términos de reforma del sistema político, vigencia de un estado de derecho, lucha contra la arbitrariedad y el terrorismo de Estado, y reformas democráticas. Que se hiciera una política más

transparente y responsable, con funcionarios responsables ante la ciudadanía. Fue un movimiento muy diferente al del Mayo francés. Incluso, tuve mucho contacto con los dirigentes franceses del 68, junto con otros exiliados en Francia, y ellos no entendían, nos consideraban reformistas. Por eso pienso que es un momento muy importante en la idea de la democracia, porque se toma la bandera de la democratización. Eso significó una batalla interna dentro del consejo nacional de huelga que perdieron los revolucionarios, particularmente las vertientes más radicales, los maoístas y los trotskistas. El momento mayor, más importante, fue la marcha del silencio, como reacción a una marcha vociferante que fue muy criticada por la prensa, donde salieron estandartes de Mao, del Che, etc. Ahí fue útil el comité de información, los análisis de la prensa, de lo que sabíamos de la opinión pública, de lo que escuchábamos en las calles. Hubo una discusión entre los líderes, se discutió toda una línea en que no se iba a utilizar el internacionalismo, sino que era un movimiento concretado en las peticiones que tenían que ver con reformas de la política mexicana que iban en el sentido de la democracia, de la responsabilidad del régimen de derecho.

Creo que en la vida concreta fue un momento muy importante para muchos porque se convencieron que no se puede dar la batalla por cambiar este sistema político por medios no violentos. Después, muchos de los frustrados del año 68 formaron los primeros núcleos de las guerrillas de los setenta, y que le tocó a Echeverría enfrentar y vencerlos. Pienso que nace la guerrilla en parte como reacción al fracaso reformista del movimiento 68. Este fue muy importante por el cambio de la visión internacionalista.

**AC-OG: ¿Cómo sigue el debate tanto académico como político en torno a la democracia después del 68, y qué papeles tienden a jugar los quiebres autoritarios que ya se están dando en el conjunto de América Latina, por una parte, y la llegada de los académicos exiliados de estos países, por el otro?**

JL: Pienso que los mexicanos teníamos interés en cambiar el sistema político, pero nunca lo asociamos a los sistemas autoritarios de América del Sur. Incluso yo, en un trabajo que hice sobre el régimen de Echeverría, argumenté que O'Donnell se equivocaba asimilando a México como un Estado democrático-autoritario. Di las razones por las cuales México era peculiar, de las cuales la más importante es que era inclusivo, no un régimen excluyente, que no había quiebres institucionales y que tampoco había una situación similar en cuanto a las políticas que se estaban afincando en el Cono Sur, en resumen, que estábamos viviendo la especificidad mexicana. En ese sentido, creo que hubo muy poca influencia.

El momento en que sí hubo una rica influencia, y para mí fundamental, fue en los años de intercambio intelectual dentro del exilio. Ahí encontré a algunos de mis buenos amigos, con los cuales aún sigo manteniendo una gran relación. El Instituto tenía un espacio que le sirvió a los exiliados. Yo era el Director en ese momento y vinculé mucho al Instituto con FLACSO. Aparte de los exiliados, estaban en el Instituto gente más afín ideológicamente a mí como Julio Cotler, Liliana de Riz, que no eran de la izquierda ortodoxa. Con otros, como Vuscovic, que también estaba en el exilio, no me sentía muy cercano. Formamos un seminario en el que nos reuníamos cada 15 días en una casa. Los mexicanos que estábamos ahí eran Rolando Cordera, Carlos Pereyra, Sergio Zermeño y yo. Y los demás eran Fernando Fajnzylber, que era el único chileno, José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ipola. Nos reuníamos para ver nuestros trabajos y para leer textos de autores que nos parecía que iban a influir en los cambios.

Al mismo tiempo que teníamos ese seminario, que era de amigos y de gente que teníamos procesos muy cercanos, había una homogeneidad ideológica con ligeras variantes, por lo menos había interés en la misma problemática. Se abrió un seminario en el Instituto donde se integraban los que no eran de allí, sobre todo gente de FLACSO. Todos estábamos trabajando temas políticos, teníamos una afinidad ideológica. De ahí surgieron las iniciativas de los seminarios de Morelia y Oaxaca.

Discutíamos de manera crítica todo el estructuralismo marxista althusseriano, poulantziano, etcétera. Nunca nos comprábamos ese boleto, aunque era el dominante en la academia mexicana. En ese entonces, se estaban reformando los Planes de Estudio en la Facultad de Ciencias Políticas. En eso estaba Raúl Olmedo me acuerdo. Les enseñaba *El Capital* 1, *El Capital* 2, *El Capital* 3 y el 4. Circulaban los cuadernos de Martha Harnecker. Nosotros estábamos totalmente fuera de esa línea e íbamos a contracorriente de lo que pasaba en la Facultad de Ciencias Políticas, que se iba radicalizando. En el Instituto hubo una batalla por mantenernos fuera de esa presión, aunque había un sector muy ortodoxo dentro del él. Sin embargo, desde la Dirección nos mantuvimos fuera de esa corriente.

### **AC-OG: ¿Y en qué año fuiste Director del Instituto?**

JL: Desde 1976 hasta 1984. Terminé los seis años, luego me quedé dos años más, debe ser 1976-1984. No me fui a la segunda gestión, me reeligieron pero no estuve el tiempo para terminar, lamentablemente.

## **AC-OG: Bueno, ¿puedes comentar ese contraste ideológico que mencionabas?**

IL: Yo creo que los seminarios del período de Raúl Benítez (los de Morelia y Oaxaca), fueron muy importantes, creo que fue el momento de la consagración, de las aportaciones de la sociología latinoamericana a través de la dependencia, una revisión de la concepción de clases sociales a partir de los nuevos trabajos que estaba haciendo gente como Poulantzas. También fue importante la participación de Francisco Weffort y de Cardoso para repensar las nuevas realidades de América Latina, incluso repensando la implicación del autoritarismo, que se había visto solo como una regresión y no como una cara de la modernización que estaba viviendo América Latina, que era la posición de Cardoso.

Fue un campo de enfrentamiento entre visiones ortodoxas, como las de Octavio Ianni o las de Roger Bartra de esa época. Nosotros teníamos visiones que decían que debíamos revisar lo que estaba pasando, los enfoques con los que nos estábamos viendo. De ahí la discusión de las ideas de las clases sociales. Y, en el caso de Oaxaca, del significado de los procesos recientes, al decir que no estábamos yendo más allá de la discusión de la dependencia. Por ejemplo, la posición de Cardoso: lo que está sucediendo ahora en Brasil es que el capitalismo, por sus características actuales, está avanzando en condiciones de autoritarismo como reacción a un populismo que amenazaría el desarrollo. También fue muy importante en ese momento un artículo de José Serra, el actual ministro brasileño de Hacienda, y el de María Concepción Tavares, “Más allá del estancamiento”, en donde señala que el capitalismo sigue adelante. Cardoso mantiene su polémica posición en Oaxaca. Ahí también aparece la posición de gente ortodoxa como Sergio Bagú.

**AC-OG: Después vienen otros seminarios que son los de Mérida y otra vez Oaxaca ¿Cuáles son las líneas de continuidad o de contraste entre ambos?**

JL: Bueno, algunos de los invitados a los seminarios del período anterior también fueron invitados a estos. Alguien que está siempre presente es Cardoso. Lo que creo es que los seminarios de la época de Benítez representan algo así como la culminación de la nueva sociología latinoamericana de esos años. Mérida es todavía el momento de la autosatisfacción de cómo avanza la teoría sociológica latinoamericana y sus aportaciones al mundo. Oaxaca ya es el momento de la división entre la izquierda y la sociología. En ese momento, ser de izquierda era casi ser sociólogo y ser sociólogo era ser de izquierda, se fuera ortodoxo o no se fuera ortodoxo. Cardoso empezó su intervención diciendo: hermanos de cofradía, todos que estamos en este convento... Ahí estuvo invitado ese notable trotskista belga, Ernst Mandel. Bourricaud siempre se dirigía siempre a él como monseñor. Porque Bourricaud era un hereje obviamente, un liberal de derecha.

En Oaxaca casi no hay representantes de la izquierda ortodoxa, excepto González Casanova, que prácticamente no interviene en la discusión, y que escribe otro libro que se llama *La nueva metafísica de la izquierda*.

**AC-OG: De los intelectuales que venían exiliados y de los temas que traían ¿cuáles eran los más importantes?**

JL: Bueno, a partir de Gramsci se producen desarrollos en donde se plantea la democracia como un elemento central, se realiza una crítica muy fuerte al autoritarismo y al totalitarismo, también hubo un ataque muy fuerte al comunismo ortodoxo y al planteo de un comunismo que no estuviera reñido con la idea de democracia. Se

avanzaba, a partir de Gramsci, a repensar todos los temas muy en la línea del comunismo italiano, en ruptura total con el comunismo francés. Casi todos los que estaban en los seminarios mencionados habían sido expulsados del Partido Comunista, donde estuvieron en algún momento. Yo creo que lo interesante es, por el lado europeo, la aportación de la idea de la democracia. Había consenso prácticamente en todos de que había que rescatar la idea de pluralidad, democracia, etcétera, y eso se ve en los trabajos. El otro eje importante es la nacionalización del marxismo. José Aricó y los peruanos, Carlos Franco en Oaxaca y Héctor Béjar en Morelia. Fue una crítica muy fuerte, además, a los que en ese momento Rolando Cordera llamó la pareja infernal, refiriéndose a Marx y a Engels, por sus críticas a América Latina. Fue porque ellos veían el porvenir de América Latina en su absorción por los americanos, que representarían el capitalismo avanzado.

### **AC-OG: ¿Qué impacto tuvieron los cuadernos de Pasado y Presente? ¿Y qué tensiones se produjeron al tensar la cuerda entre “revolución” y “democracia”?**

JL: Bueno, en el medio en el que yo me movía fueron importantes, aunque no sé qué tan representativo haya sido. Desde luego, en el círculo de colegas que estábamos en contacto con los exiliados sí, los cuadernos de *Pasado y Presente* fueron muy importantes.

Yo creo que nosotros no hablábamos más de revolución. Nadie del núcleo que ideó estos seminarios habló más de revolución, de revolución armada. Habló de cambios, sí, del tema de la hegemonía, la batalla se daba en otro campo. La hegemonía nos exigía pensar en un cambio que se daría por otros medios. Bueno, ahora yo sigo pensando que habría que rescatar de alguna manera el tema de la democracia con contenido.

Y esto también se liga a incorporar el tema de los nuevos actores. Es decir, no hay una atención tanto en las clases, sino que se está pensando en nuevos actores. Los aportes de Chantal Mouffe, desde el feminismo, fueron también muy importantes.

**AC-OG: Off the record nos relatabas una anécdota respecto a que el libro o un par de los libros que salieron de Mérida y de Oaxaca, se retrasaron en su publicación porque eran demasiado heterodoxos. Cuéntanos cómo era eso.**

JL: Bueno, no sé, de hecho no tengo pruebas pero tardaron mucho en ser publicados en la lista que Siglo XXI tenía. E incluso hubo algunas observaciones de algunos sociólogos que me dijeron que esos libros hubieran sido más importantes si hubieran salido en el momento de la discusión, pero salieron años después. De todas maneras, creo que hubo un impacto porque las ideas se discutieron. Incluso, *La prensa*, *La jornada*, *Unomasuno* mandaron a sus reporteros, la discusión fue retomada en algunos periódicos.

**AC-OG: Estamos hablando de los finales de los años setenta, principios de los años ochenta, la crisis económica ya va des-puntando en varios países, y hay una importante ofensiva que después la vamos a identificar como ofensiva neoliberal o conservadora ¿se visualizaba esto, había puntos de contacto con los economistas?**

JL: El único economista que estaba integrado con nosotros era Rolando Cordera. Rolando tenía mucha influencia porque tenía un grupo que se llamaba Tace, Taller de Análisis de la Coyuntura, donde había economistas en forma mayoritaria. Nos reuníamos también

cada quince días para analizar la coyuntura mexicana. También estaba Carlos Pereyra, una parte éramos sociólogos. Ahí nos encontramos con los economistas de la facultad que estaban vinculados a Rolando, era un grupo que se llamaba Los Mollores, por un economista que después se fue a Cuba. Se murió en Cuba, se fue a servir a la revolución cubana. Bueno, si hubo relación con los economistas era en otro espacio. Fernando Fanjsylber también aparece, y con él sí hubo un contacto permanente. Lo que es interesante es que se hizo una red de relaciones que de alguna manera llegan a la política. Por ejemplo, son en estos seminarios donde nace una gran amistad entre Ludolfo Paramio, Carlos Pereyra y Rolando Cordera, para mencionar solo unos nombres; se hace un intercambio permanente. Ludolfo se vuelve un hombre muy influyente en la política española, un hombre que está muy cercano a Felipe González, es un hombre que está muy cerca de la política y del mundo académico. De alguna manera, eso influyó en la Revista *Nexos*, en algunos de sus miembros. Considero que es un momento muy interesante también la fundación de *Nexos* y lo que significó en su momento. Era otra crítica, se quiso como una revista crítica y plural, fundamentalmente desde la academia. La idea era que desde la academia iban a ser vistos los problemas del país, analizados, era una manera de enfrentar la visión oficial pero con preocupaciones sociales de izquierda, de una izquierda no marxista, aunque el espectro es muy amplio y ahora vemos que los caminos que han tomado los fundadores de *Nexos* son muy distintos. Pablo González Casanova por un lado, Villoro que sigue manteniendo relaciones pero con su posición propia, Monsiváis que salió, en fin...

Aguilar Camín representa la orientación central, bueno, digamos, que tiene mucha influencia en lo que hoy es *Nexos*. Algunos que estamos en *Nexos*, nos mantenemos en la revista, aunque no necesariamente hemos tenido cercanía con el poder político. En su momento fue muy, muy importante, por las temáticas que trató, y por los libros que publicó. También salieron estos seminarios, que también eran en Chapultepec. Nos la pasábamos en Chapultepec creo que también

cada ocho o quince días ya no me acuerdo, todos los sábados. Allí se se trataban temas como la democracia, muy ligada a la problemática social, es decir, más distintivo frente a *Vuelta*. Se llamó primero *Plural*, para abrir la pluralidad, minar la muralla de nopal que siempre nos ha cercado. Esa revista fue muy importante, también mantuvo fuerte contenido social, la idea de la democratización también fue muy importante. Pero como no había vínculos con políticos, nada de eso se tradujo en los procesos internos de los partidos. Por ejemplo, el diálogo con Heberto en el PMT no prosperó, en términos intelectuales-ideológicos, pero yo creo que ahí sí fuimos un grupo por lo menos, el grupo al que yo me siento cercano. Otra es la historia de *Nexos*.

**AC-OG: De tu relato surge cierto contraste. Pareciera que la época de desgracia, del autoritarismo, de los golpes, fomentó o impulsó una mayor interrelación intelectual que ahora, en democracia.**

JL: Yo creo que sí. Es un hecho. México tuvo un papel muy importante apoyando a instituciones como FLACSO y a su red de grupos de investigación, su programa de becas para académicos y jóvenes que no pudieran trabajar en sus países o que no tenían manera de mantenerse económicamente y sostener una actividad intelectual académica. FLACSO mismo se regionaliza y mantiene su carácter latinoamericano. México fue particularmente abierto a recibir a colegas, esta era una facultad muy latinoamericana en cuanto a la composición de sus maestros y también a la composición de alumnos. Fue un momento muy, muy importante. Y yo lo comentaba con Antonio Camou qué significativo que antes nos encontrábamos en reuniones de CLACSO o de ALAS y ahora nos vamos a encontrar en Chicago en una reunión de LASA. Creo que la dificultad de FLACSO actualmente para convertirse en una institución regional es muy grande, y algo tiene que ver con esta pérdida del interés y esa realidad de que

los intercambios no solo económicos sino también académicos están pasando por Estados Unidos. Por otro lado, este fenómeno de fragmentación en América Latina, y esta atracción hacia la vida cultural norteamericana es más intensa.

**AC-OG: O sea que si alguna vez existió la posibilidad de hablar de un pensamiento social latinoamericano eso está ahora entre signos de interrogación digamos.**

JL: Creo que sí. Sin embargo, seguimos compartiendo problemáticas comunes y que son muy distintas a las que tienen nuestros vecinos más cercanos: Estados Unidos y Canadá. Aunque quizá se hayan debilitado los intercambios, las relaciones culturales, intelectuales. Creo que tenemos una agenda distinta a la de Canadá y Estados Unidos. Sigue habiendo una agenda latinoamericana.

**AC-OG: Juzgándolo a la distancia, en qué varió y en qué permaneció igual tu posición en torno a la democracia, entre el ahora y el antes, y el antes es el antes que tú decidas.**

JL: Es que hay varios antes. Cuando milité en el Partido Acción Nacional, milité porque pensaba que México necesitaba una democracia y un estado de derecho; en esa época tenía 15 o 16 años. Pero dejé el PAN, y eso también me ayudó mucho a repensar la idea de la democracia. Yo estuve muy cerca de Efraín González, que era una especie de maestro mío; hablaba con él periódicamente, tenía acceso a su biblioteca, me guiaba en las lecturas. Yo era muy católico en esa época, por todo el liberalismo católico del período, en su versión francesa, Jacques Maritain, toda esa línea, tenía un fuerte contenido intelectual que permitía haciendo coincidir la religión con la idea de

democracia, tomando distancia de los catolicismos de la guerra civil española y todo eso. Y aquí hay algo importante que me olvidé de mencionar: yo dejé el PAN porque me mandaron, me enviaron a hablar con campesinos. Y me di cuenta de que no tenía nada que decirles, que el programa del PAN no tenía nada que me convenciera que podía ofrecer. Y me dio vergüenza. Me dio vergüenza de la buena disposición de los campesinos, cómo me recibieron, cómo me escucharon, y que yo sentí que no tenía, como programa, nada que ofrecer a los problemas reales que vivían los campesinos. El PAN tenía una posición muy legalista y, en fin, no daba una respuesta al problema. Luego, en un grupo empezamos a acercarnos a la Democracia Cristiana, ese grupo continuó y yo me fui a Francia, donde me acerqué al equivalente del PAN y no me gustó tampoco.

### **AC-OG: ¿Cuál era el equivalente del PAN?**

JL: Ya no me acuerdo, el MRT, algo así, Movimiento Republicano no sé qué, había un partido de derecha católico, el liberal de derecha. Primero me reunía en círculos muy ligados a los jesuitas muy preocupados por América Latina, y muy vinculados a la Democracia Cristiana. Por esos círculos yo estuve en contacto con Caldera, con Frei, cuando Frei fue a Europa yo lo ví en Estrasburgo, pero no el actual presidente de Chile, sino el padre, que era más interesante que el hijo, muchísimo más. La frase que recuerdo de él, que además fue muy carismático, es: lo que la Democracia Cristiana necesita es un Marx, un Marx de la Democracia Cristiana que incorpore toda la dimensión social en un contexto democrático. Bueno, yo seguí mi camino en grupos cristianos de Francia mientras que mis amigos del PAN se compraron el boleto de la Democracia Cristiana, casi ninguno de ellos se quedó, como Paoli, como Carlos Bazdresch, Carlos Arriola..., se salieron después de visitar los países donde gobernaba la Democracia Cristiana. Encontraron que no eran muy diferentes

a México. Hugo Gutiérrez Vega, Manuel Rodríguez de la Puente, los líderes de la época, entraron a la Democracia Cristiana. Luego vino la ruptura y ellos siguieron su camino. Yo estuve un tiempo en ese ámbito demócratacristiano, muy elitista, pero de ahí pasé a un grupo muy interesante, también cristiano, un grupo donde encontré a la gente más interesante de América Latina, a brasileños de los movimientos católicos de base, también conocí a Rodrigo Ambrosio, que es el fundador de la juventud demócratacristiana y fundador del Mapu, y a Martha Harnecker. Para mí fue muy importante la relación con Rodrigo Ambrosio porque fue el primer católico que me habló bien de Cuba y que me dijo que había que repensar todo lo que significaba Cuba. Yo viví su proceso de compromiso social que lo llevó incluso a salirse del seminario de Touraine, la agrupación del Mapu, ¿no?, desde una izquierda católica.

He mencionado nombres, y casi todos mis colegas brasileños con los que estuve en contacto estaban en la línea de la teología de la liberación. El grupo editaba una revista, *La Lettre*, sí, puede ser La carta o La Letra. Era fundamentalmente francés y estaba vinculado a gentes de la revista *Esprit*.

Había, pues, un núcleo de franceses que, en general, eran funcionarios de muy alto nivel: estaba el ministro de planeación, había banqueros cristianos, etc., era una élite francesa intelectual y empresarial y política, y latinoamericanos jóvenes, muchos de los cuales después tuvieron un papel político importante. Ambrosio fue uno de los que más destacó y Martha Harnecker, pero ella ahí rompe. Cuando llegó era demócratacristiana, y cuando se fue se vuelca hacia el marxismo, porque este grupo era muy abierto al marxismo, sigue siendo religioso, o sea, no había la opción atea, en ese sentido estaba mucho más cerca de la teología de la liberación, pero estaba totalmente abierto al marxismo. Y eso para mí fue muy importante, entrar al marxismo a través de ese grupo. Fue un período, diríamos, más radical, teóricamente hablando.

## AC-OG: ¿Y cómo sigue ese itinerario político-intelectual?

JL: Bueno, en ese momento lo que más me importaba era que la democracia sirviera para resolver los problemas sociales, desde luego, ese grupo era crítico de la ortodoxia marxista, por ejemplo, contra el ateísmo, porque era un grupo que no era ateo y además tampoco era ortodoxo, no era para nada marxista-leninista, consideraba que las vías no eran necesariamente revolucionarias, era muy *light*, muy amplio. En ese tiempo no reflexioné mucho en la democracia, sino que pensaba cómo se podía resolver la problemática social. La democracia me empezó a preocupar, creo, en 1968, este año fue muy importante para mí, además, yo ya tenía esa convicción democrática desde el PAN. A mí siempre me molestó que hubiera arbitrariedad policiaca, y esas cosas. El 68 me dio la posibilidad y la experiencia, una de las experiencias más bellas de mi vida antes de la represión, de vivir una utopía, que era una utopía democrática. El 68 fue para mí el punto que marcó la opción por la democracia. Creo que en México se da de otra manera y tardíamente la preocupación. Me explico, la idea de la democracia está muy ligada a la problemática social. Incluso, el libro de Pablo González Casanova, *La democracia en México*, es enfrentar una normatividad que incluye la problemática social dentro de la democracia y, de hecho, la niega, niega la democracia en el sentido formal, pero también niega el contenido social que está expreso en su normatividad. Entonces todo eso a mí sí me afectó porque lo viví con amigos muy cercanos, desde mi experiencia de panista.

Yo aposté a una idea de una sociedad, al mismo tiempo, democrática y con políticas sociales o de solución a los problemas sociales. En el 72 hice lo que podría llamarse turismo político, me pasé un mes en Cuba como invitado del gobierno cubano junto a un grupo de colegas mexicanos. Tuve una gran simpatía por Cuba y por su gente pero tuve un enfrentamiento ideológico que no rompió la buena relación con los colegas que me habían invitado. Fue un enfrentamiento ideológico porque dije que no quería para México un régimen como el

cubano, que me pareció muy autoritario, muy policíaco, muy intolerante estructuralmente hablando. Estuve en contacto con los cubanos que hicieron esta revista que fue considerada heterodoxa, a veces se me olvida el nombre, Sergio Zermeño tiene toda la colección. Fueron los que empezaban a traducir Althusser y todo eso.

En el momento que el marxismo cubano se cierra yo fui testigo de la discriminación, de la expulsión de amigos que pude conocer por colegas filósofos, sociólogos de aquí, y que estaban excluidos, que habían sido sacados de la universidad, víctimas de la intolerancia, de la intolerancia cultural inclusive a la forma de vestir. Después de visitar a Cuba, yo dije: no quiero, y se los dije expresamente a los cubanos, no quiero que México sea como Cuba. Entonces tenía otra esperanza, Allende, porque el socialismo chileno fue un socialismo democrático distinto. Y viajé a Chile, estuve en el congreso de ALAS y me quedé como un mes aproximadamente, y viví todo ese proceso. Tuve una fuerte implicación con los colegas chilenos que estaban en la Unidad Popular, muchos de los cuales son de FLACSO. Si hubo un momento en que mi adhesión a la democracia fue muy fuerte, fue el momento del golpe de Pinochet, y luego la guerra sucia en Argentina, que afectó directamente a la gente que yo quería y conocía, la lista es enorme. Ahí tuve una militancia “internacionalista”, en contra de las dictaduras del Cono Sur. Y estuve en todos los comités que había, ahí fue donde traté a Cuauhtémoc Cárdenas, por ejemplo, estuve en todos los comités de adhesión de Chile, de Argentina, todo eso.

En el caso de la guerra sucia argentina, junto con mi mujer, que es psicoanalista, que tiene muchos vínculos con los argentinos, trabajamos en sacar gente y ubicarla en México. Como yo era del Comité Directivo de CLACSO, trabajé muy cerca con Francisco Delich en todo lo que era mantener cierta vida en las ciencias sociales y, por otro lado, tratar de salvar vidas, sacar gente. En Guatemala me encontré a un embajador argentino que me dijo que me daba las gracias porque había intervenido para sacarlo de las mazmorras. Yo ya ni me acordaba. Hubo una actividad muy, muy fuerte de apoyo, y además

de darle aire a la gente que se había quedado para que viniera a México. Ahí se produjo un acercamiento muy intenso con FLACSO porque hubo un acuerdo tácito con José Joaquín Brunner y gentes como Manuel Garretón, Norbert Lechner, se vinieron al Instituto, tenían la puerta abierta para cuando quisieran venir y estar un tiempo, dar un seminario, escribir. Por otra parte, tomé distancia de los exiliados ortodoxos, tenían una visión muy distinta a la de los que estaban aquí.

Lo primero que se publicó sobre lo que estaba pasando en Chile, lo que realmente estaba pasando en la sociedad chilena, lo sacó el Instituto. Es un número de la *Revista Mexicana de Sociología*, dedicada íntegramente a Chile con autores de diferentes edades y que después, cuando llegó el momento, Brunner lo convierte en un libro y lo publica allá. El contacto fue permanente, también los viajes a Chile, a seminarios, todo eso también en mucha relación con Zermeño. Se mantuvo un contacto permanente con ellos. En ese sentido, para mí fue muy fuerte, muy importante y muy evidente que había que luchar por la democratización y que eso significaba que hubiera un régimen de derechos, luchar contra el terror, las arbitrariedades, todo eso. Incluso, me volví más sensible a los elementos de arbitrariedad policíaca que todavía existen en México, que me parecen elementos de un estado policíaco y de terror que hay que eliminar. Mi idea democrática en ese momento estaba muy ligada al respeto de los derechos humanos, vigencia de las instituciones jurídicas que garanticen el funcionamiento de la democracia. Ahí me convertí a esa idea que dice que no importa que no se arreglara la cuestión social, condición necesaria aunque no suficiente de la democracia. Ahí me volví un demócrata completo. Ahora pienso que la democracia no es simplemente el respeto a la voluntad de la mayoría con procesos electorales transparentes y confiables. Creo que la democracia es un medio para pensar cuáles son las reglas de convivencia en una sociedad democrática que incluye la dimensión social y cultural, la tolerancia, los problemas de distribución de ingresos, la inclusión no la exclusión: de una democracia con adjetivos a una democracia con contenidos.

**AC-OG: Bueno, de esto surge la última pregunta: ¿cómo ves en la actualidad los dilemas o los desafíos de la democracia en México y en América Latina?**

JL: Yo pienso que hay que avanzar en que efectivamente haya independencia de poderes, que el poder judicial sea un poder confiable y no un instrumento de arbitrariedad, la parte que sería la reforma más institucional. Pero más allá de eso me preocupa que ciertos valores democráticos sean una realidad en la convivencia, la tolerancia, el respeto a los derechos a las minorías, esto es importantísimo, el respeto a los espacios de la vida privada. Hay una amenaza de un fundamentalismo religioso que puede restringir los campos de la opción personal, y hay, con exceso, una especie de ayatolismo, de fundamentalismo, que puede llegar, vía el voto, a limitar las opciones personales y a limitar la vida cultural, como se ha visto en algunos estados de la república, en donde gobiernos panistas son una amenaza real. Entonces, yo creo que hay que luchar por definir qué sociedad democrática queremos y no solamente garantizar que las instituciones funcionen.

## ENTREVISTA A ARNALDO CÓRDOVA:

---

**“La democracia ha vuelto a cobrar un vigor formidable”<sup>25</sup>**

Nació en la Ciudad de México en 1937. Doctor en Derecho y Ciencias Políticas. Profesor universitario e investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Su extensa bibliografía incluye algunos de los títulos indispensables en el estudio moderno de la historia de México; entre otros se destacan *La formación del poder político en México* (1972) y *La Revolución y el Estado en México* (1989). Además, fue coautor de más de 50 libros colectivos, escribió casi un centenar de ensayos y más de mil 200 artículos en varios diarios y revistas, como en *La Jornada*. La labor de Arnaldo Córdova trascendió de la academia y la investigación a la política. Fue un reconocido activista de izquierda. Fue fundador del Movimiento de Acción Popular (MAP) y del Partido Socialista Unificado de México (PSUM), del cual fue diputado federal en la LII legislatura, de 1982 a 1985. Participó en la fundación del Partido de la Revolución Democrática y luego del proceso electoral de 2012 participó en la conformación del Movimiento Regeneración Nacional (Morena), donde fue integrante del

---

<sup>25</sup> Entrevista realizada y editada por Osmar Gonzáles en México DF el 2 de septiembre de 1998.

consejo de dirección de la organización política. Falleció en México DF en junio de 2014.

**Osmar Gonzales: Bueno, profesor Córdova, empezáramos la entrevista pidiéndole que nos haga un breve repaso sobre su vida familiar, cuándo y dónde nació, en qué colegio estudió, qué tipo de educación le dieron, hasta llegar a sus lecturas profesionales.**

Arnaldo Córdova: Nací en la ciudad de México, pero soy hijo de michoacanos. Mi madre me tuvo aquí, pero a los quince días más o menos me llevó al rancho, a la tierra caliente de donde era su familia, rumbo al Balsas, a la ciudad de Otambo. Nací el 20 de enero de 1937, pero me registraron como nacido el 20 de febrero. Por eso siempre tengo que decir que nací el 20 de febrero. El caso fue que ese rancho estaba en una zona totalmente incomunicada, salvaje. Ahí se podía llegar solo a pie o a lomo de mula.

**OG: ¿Como colonizadores?**

AC: Sí, y ahí estuve hasta los 7 años. Luego mi madre me llevó a vivir con una tía a la ciudad de Acándaro, Guanajuato, cerca del límite con Michoacán. Esto fue en 1944 y estuve hasta 1949. Allí hice la primaria, el primer año lo curse en una escuela de gobierno y aprendí mucho. Luego, mi tía se empeñó en meterme en un colegio particular, y ahí estuve muy mal, aprendí muy poco. Además era un colegio conducido solo por el dueño, en el que no había más que dos o tres maestros. Todavía era la época en que había mucha discriminación por la pobreza y yo creo que era el más pobre de todos los niños, junto con un par de otros muchachos; la pasé muy mal. Los riquitos se hacen desde chiquitos, eran los que se ganaban la atención del pro-

fesor. Cuando pasé de nuevo a otra escuela pública poco después, me dí cuenta que había sido una mala educación la que yo había recibido.

**OG: En todo sentido, parece...**

AC: En todo sentido, sí. En 1949 junto con mi tía decidimos irnos a Morelia, ahí terminé la primaria, hice el sexto año. Luego entré a la secundaria y a la Universidad Michoacana. La universidad tenía secundaria, preparatoria y profesional. Fueron tres años de secundaria, luego hice preparatoria (entonces eran solo dos años) y luego cinco años del profesional. Ahí hice toda mi carrera de Licenciado en Derecho. A mí no me hubiera gustado estudiar Derecho, pero no había otra cosa, solo Medicina, Ingeniería y Derecho. Medicina decididamente no me gustaba, Ingeniería algo, pero no, no me gustaban las matemáticas. Me gustaba mucho la Historia desde chiquillo, desde que estaba en la primaria leía mucha Historia, me encantaba. Además me incitaba mucho los filmes históricos, como Robin Hood, en fin, esas cosas y, claro, me incitaban mucho a leer sobre la época que se representaban en las películas.

**OG: Pero es raro, porque teniendo en cuenta su mala experiencia en el colegio, usted ha sido un autodidacta, digamos, en el sentido de encontrar su vocación.**

AC: En ese sentido, sí, incluso en Acándaro con ese profesor tan malo y tan reaccionario, a veces yo le corregía la plana, le enmendaba la plana porque sabía más historia que él, pero nunca me lo reconocía.

**OG: Lo querían menos por eso.**

AC: Sí, me trataron muy mal. Estoy convencido y lo recuerdo con mucha precisión: discriminación a la pobreza.

**OG: Por pobreza, no por asuntos de piel.**

AC: No, no. Yo no puedo decir que fui un estudiante brillante, porque muchas veces anduve de vago en los deportes. Cuando estaba en secundaria hice natación y participé incluso en juegos. Luego me dediqué al ciclismo y perdí mucho tiempo. Pero además yo tenía mucha necesidad de buscar mi ego.

**OG: ¿Hasta qué años más o menos se dispuso a estudiar?**

AC: Hasta finalizar el tercer año de secundaria, pero tampoco entonces fui un buen estudiante, porque me dediqué a la política.

**OG: ¿Estamos hablando de qué año?**

AC: De principios de 1954, cuando entré a la preparatoria, a través de los movimientos estudiantiles, en la Universidad Michoacana.

**OG: ¿Eran movimientos de izquierda?**

AC: Sí, era una izquierda un tanto tradicional, los nicolaitas eran más jacobinos que verdaderamente izquierdistas. Eran más que nada

jacobinos, comecuras. Era una ciudad muy levítica, había un cierto fanatismo religioso, y mucho conservadurismo religioso. Entonces, los estudiantes eran una especie de negro en el arroz, estaban siempre escandalizando a la sociedad. Se acostumbraron a los estudiantes pero nunca los aceptaron. En 1953-54, había un señor que había sido miembro del Partido Comunista, que había sido grande en otras épocas en los años treinta, todavía en los cuarenta, se llamaba Sebastián Vilas Quiroz. Yo empecé a estudiar marxismo, un maestro me dio a leer el *Manifiesto del Partido Comunista* y de inmediato me hice marxista. Yo tenía 16, 17 años. Luego, estudié mucho las obras de Marx, Engels, Lenin, hasta de Stalin, de Mao Tse Tung, y era bueno en algunas materias, por ejemplo en las materias de filosofía y de historia era sobresaliente, geografía también me encantaba, me la pasaba dibujando los países. El derecho no me gustaba, saqué malas calificaciones en los cursos de la preparatoria. Todavía llevábamos latín, etimologías. En 1956, cuando entré a la profesional, encontré a un comunista, Sebastián Salvador Vilas.

## **OG: ¿Cómo lo conoció?**

AC: Hay un portal donde están todos los cafés, y ahí íbamos todos los grillos, a perder el tiempo. Y, bueno, yo estaba sentado tomando café cuando pasó este hombre, me ofreció *La voz de México*, el periódico del Partido Comunista. Era buen orador, pero me empezó a dar una cátedra de marxismo de todas las cosas que yo ya conocía y que había leído. Al terminar su perorata, me dijo, bueno, así están las cosas, mire, yo soy el partido y tú eres la juventud. Desde entonces me la pasé en la militancia. Tampoco fui buen estudiante aunque ya había materias que me encantaban, por ejemplo Sociología, Teoría del Estado, las materias de Derecho Público, particularmente el Derecho Constitucional, la Filosofía del Derecho. No puedo decir que haya sido un buen estudiante, pero sí era un buen polemista, es decir, me

enseñé a polemizar y a usar mi conocimiento en el debate. Es decir, sobresalía entre el conjunto de los estudiantes, no por mis calificaciones, sino por el acopio de cultura que había hecho solo. Además, tenía fama de ser un joven brillante. Luego a un maestro mío, que era director de la Facultad de Derecho, se le ocurrió empezar a mandarme prospectos para estudiar fuera de México. A dos muchachos y a mí nos mandó a estudiar a Italia, él escogió Italia. Yo llegue allá en 1961 a estudiar Filosofía del Derecho, en la Università Studi di Roma. Pero con mala suerte, porque a los otros los becaron por tres años, y a mí no. El consejo universitario aprobó mi beca, pero tuvimos la mala suerte de llevar a Eli de Gortari como rector allá. Es broma, fue un excelente rector marxista, lo corrieron de allí los derechistas de la universidad, y el gobierno ocupó militarmente la universidad, mientras yo estaba en Italia. El nos decía, si lo habíamos llevado allí, ahora teníamos que empujar parejos y no sé cuántas cosas. Por fin, aceptó sacarme por seis meses, pero eso no me servía para nada. Después de varias semanas de estar discutiendo aceptó que me fuera por dos años. Finalmente, pasé mis tres años en Italia, porque los posgrados de estudio eran de tres años.

### **OG: ¿Cómo se llama la universidad?**

AC: La universidad se llamaba Università Studi di Roma, ahora se llama Università di Roma La Sapienza, le cambiaron el nombre, es la Universidad de Roma, estatal. Un día llegué yo compungido y casi chillando, a mi casa, y al entrar al edificio estaba un ruso, era un ruso blanco que andaba por ahí desde la revolución, y con él platicaba mucho, él odiaba a los bolcheviques pero estaba muy orgulloso de Rusia, porque había llegado a ser la gran potencia aunque fuera con los comunistas. Lo saludé, y me debió haber visto la cara: “¿Estás triste, qué tienes?” “Sí, estoy muy triste”. Le digo que me obligaban a leer alemán. Dice: no importa, ven a mi casa ahora mismo, yo te voy

a enseñar alemán, nada más me das unas cuantas liras. Así me puse a estudiar alemán con él, cuando todavía no acababa de aprender italiano. El profesor Cesarino siempre estuvo fregando con los títulos en alemán, y me decía: “¿y a Kant, ya lo leíste en alemán?, ¿no?, pues, léelo”. Usa las traducciones pero léelo en alemán, compenétrate del lenguaje. El alemán es un idioma filosófico y hay que entenderlo en sus letras porque traducido no es lo mismo. Pues voy a hacerlo. Y siempre me estaba preguntando por las lecturas en alemán, y me tuve que poner a leer en alemán. Fue un año muy sufrido ese, pero luego, a finales más o menos de ese año, no, a mediados de ese año, le hice unos trabajos marxistas. Dijo: “ah, ¿es marxista?, tengo un asistente que es marxista, muy inteligente: Umberto Cerroni”. Cesarino le dijo: “Umberto, mira, este joven es mexicano, es marxista”. Empecé a platicar con Cerroni, y unos veinte minutos después estábamos peleando porque él tenía otra concepción más civilizada del marxismo, se había formado bajo la influencia de La Volpe, y yo era un marxista adocenado, estalinista, citando a los manuales de la Academia de Ciencias de la URSS, rebatía y rebatía, y como yo sabía más historia que él, lo ponía contra la pared, se enojó, yo me enojé, nos mandamos al carajo, entonces se acabó mi relación con Cerroni por el momento.

Cerroni no había publicado todavía ningún libro pero sí muchos ensayos. Empecé a leerlo y a De la Volpe, a Coletti y a otros autores. Yo me decía: qué idiota fui, y estuve buscando la oportunidad para acercarme de nuevo a Cerroni. Entonces ocurrió una serie de coincidencias. Jorge Álvarez, de Argentina, que tenía una de esas editoriales chicas, andaba buscando un traductor, y un amigo venezolano que también estaba estudiando, le dijo mi nombre. Finalmente, yo traduje un libro de Cerroni. Álvarez nunca me dio el crédito por la traducción. Es Cerroni el que me agradece la traducción en su prólogo a la edición española, pero acá no aparezco. Pero eso realmente ni me importó, porque propició mi relación con Cerroni. Entonces yo lo veía todos los días, él era joven, todavía no era profesor, debía tener unos 26 años. Le gustaba mucho enseñar, no tenía muchos alumnos, pero

no tenía dónde dar clase, entonces me agarró, me sentó a estudiar pero muy en serio. Este hombre me llevó de la filosofía del derecho a la filosofía política. Me hizo leer a los clásicos, a Marx con otros ojos. Es la primera vez que yo leí *El capital* completo, la única realmente. Me sentó a leer a Gramsci, a Maquiavelo, a Hobbes, a Bovino, a Kant, a Locke, a Rousseau, a Montesquieu, en fin, fue un aprendizaje fantástico, yo tenía 24 o 25 años. Luego decidí regresar a Morelia.

### **OG: ¿A enseñar?**

AC: A enseñar, sí, aunque solo estuve dos años ahí. Yo pensaba quedarme ahí, y tal vez lo hubiera hecho, pero lo que pasó fue que mi mujer vino a Morelia, ella había nacido en el centro de Roma, a veinte metros de la Vía Veneto, y cuando llegó, dijo: “¿cómo te imaginas que voy a poder vivir aquí?; me vengo, pero vivimos a México”. A los dos años me vine a México. Pero en ese tiempo ocurrió una segunda ocupación militar en Morelia. Ahí, en Morelia y en Michoacán, levantamos el partido, no como los que hay ahora pero teníamos algunos cientos de militantes, logramos conformar grupos, asociaciones de campesinos.

### **OG: ¿El paso de Cárdenas en el gobierno de Michoacán es posible que haya creado una población dispuesta a irse a un partido de izquierda?**

AC: ¿La experiencia de Cárdenas? No, Cárdenas era muy fiel al régimen. No, en esa época, cuando él estuvo, el Partido Comunista se unió con otros grupos para formar el PSUM. Yo entré con un grupo que se llamaba Movimiento de Acción Popular en la formación del PSUM, fui diputado con el PSUM. Y allá andábamos en la pelea

con Cárdenas. Esa es una historia aparte. Cuando me vine de Morelia entré a trabajar como abogado en una compañía, en el Almacén Nacional de Depósitos, y ahí estuve un año y cinco meses, una cosa así. Llegué en septiembre del 66 y todavía tenía que ir a Morelia. A principios del 67, entré a la universidad a dar clase. Entré a la Facultad de Ciencias Políticas a dar Ciencia Política y luego “El estado actual de la ciencia política”, y por ahí me fui saliendo del Derecho para entrar de lleno a la Ciencia Política. Luego anduve tratando de hacer algunos trabajos para darme a conocer. Elaboré un ensayo que todavía me gusta, muy actual incluso, se llama “Sociedad y estado en el mundo moderno”. Es una interpretación global del estado moderno, y me valió muchos elogios, prácticamente me colocó en la facultad y en la universidad. Eso fue en 1965.

### **OG: Un año antes de venir a México...**

AC: Sí, Pablo González Casanova una vez me pidió un ensayo como introducción a un libro de Kant. Él estaba dirigiendo una colección que se llamaba Nuestros clásicos, y ahí publicaba traducciones con introducciones y estudios analíticos de la obra y del autor. Entonces me pidió que hiciera una introducción a un libro, me dijo que yo lo escogiera, y escogí Kant, escogí la parte de la doctrina del derecho de *La metafísica de las costumbres*, y le hice la introducción. Le gustó tanto a Pablo que me metió a trabajar a la universidad de tiempo completo. El problema fue que yo andaba en la teoría y Pablo me pidió un trabajo sobre México, y yo de México no sabía nada. Entonces me hizo aterrizar en el México del siglo XX y de ahí ya casi no he podido salir, me he quedado ahí.

**OG: O sea que Don Pablo tiene la responsabilidad...**

AC: Sí, él tiene la responsabilidad de eso. Después de una serie de recomposiciones y de reestructuración del trabajo salió *La ideología de la revolución mexicana*. Era un libro que yo quería hacer sobre todo el siglo XX, pero me quedé en 1929. Lo corté ahí y prometí seguir el trabajo, pero durante veinte años no hice nada.

**OG: Volviendo al tema de la política ¿usted siguió militando en el partido cuando volvió?**

AC: Sí, pero como les ocurrió a muchos militantes de América Latina en esa época, o nos íbamos o nos expulsaban. Yo era el dirigente más importante en Morelia junto con Dimas, pero él, después de que regresé de Italia, se empezó a contrapuntar conmigo, precisamente por las críticas que yo hacía. Yo, por ejemplo criticaba mucho el prosvietismo de los comunistas mexicanos y les sugería que buscaran elementos de negociación en la pugna que había con los partidos, entre los chinos y los soviéticos. Pero, luego, desde México empezaron a manipular a la juventud y a las organizaciones campesinas que dirigía Dimas y prácticamente me dieron un golpe de estado. Pero después de la agresión militar contra la universidad, el partido casi desapareció de nuevo. A mí me tocó muchas veces volver a Morelia para reestructurar el partido porque Dimas no podía hacer nada. Un dato que se me pasaba. En 1960 estuve siete meses en China. Luego otros tres más en la Unión Soviética y estuve a punto de perder el año pero lo pagué a créditos. Cuando yo me fui, el partido estaba muy bien, en la universidad además con de Gortari yo estaba creciendo, pero regresé después del golpe contra de Gortari y no había partido, yo lo volví a levantar, y lo levanté solo para que llegara al punto en que me sacaran de la dirección, me habían amenazado, me amenazaron con

correrme si yo les hacía la lucha allá a los que habían nombrado. Y, bueno, me salí del partido. Eran estudiantes de izquierda, marxistas y algunos trotskistas. El marxismo, pues, estaba floreciendo, había una gran discusión teórica, llegó Althusser, los italianos empezaron a darse a conocer, trajimos a Cerroni a dar unas conferencias aquí.

### **OG: Que fueron publicadas en la UNAM y a mimeógrafo...**

AC: Sí. Ahí están las tres conferencias que él dio y que yo traduje. Están mal traducidas, por cierto, no me dieron tiempo a corregirlas y se publicaron con errores. Es que Cerroni tiene un lenguaje muy cerrado, tiende mucho a la síntesis definitiva y es muy difícil de traducir. Entonces, hay que darle ciertos giros para que en español se entienda.

### **OG: ¿Qué recuerda de sus primeros años en la UNAM?**

AC: A principios de los setenta, empezó a desarrollarse el movimiento sindical de los maestros, de los profesores en la UNAM. Entré en contacto con otro tipo de gente, como Rolando Cordera, con Carlos Pereyra, con Adolfo Sánchez Rebolledo, con Gilberto Guevara, con mucha gente. Y luego, me hice amigo también de los marxistas de la facultad: Flores Olea, González Pedrero, en fin, Pablo luego se volvió marxista. Había una gran variedad de actividades a las que entré. Y en el 68 me la pasaba yo con mis actividades de la facultad, todos ellos guardan muy buenos recuerdos de mí.

## **OG: ¿Cómo fue su relación en el movimiento del 68?**

AC: ¿Con los estudiantes? Pues fue algo muy espontáneo. Llegó el 68, empezó el 26 de julio con la paliza que le dieron a los estudiantes en Madero y fue la noche del bazukazo contra el jefe de la preparatoria de San Ildefonso, luego se movilizó una muchachada, paralizaron la universidad. El rector convocó a un mitin en la explanada de la universidad. Ahí en la facultad estaban todos los muchachos pertenecientes a la sociedad de alumnos y que eran mis alumnos. Entonces me llamaron y me decían: maestro, qué hacer con esto, qué es este estado, y fue desde ese momento que empecé a pensar en el estado mexicano; me hicieron pensar en muchas cosas, que incluso no tuvieron seguimiento en mi obra teórica.

## **OG: O sea que su relación con los estudiantes del 68 fue, digamos, de maestro.**

AC: Claro, de maestro, todos los días. Había una hora en que nos encerrábamos a discutir el movimiento, con los dirigentes sobre todo. Conviví mucho con ellos. Yo he tenido una fortuna tremenda, en todos los movimientos donde ha habido represión yo siempre me he escapado, por alguna razón u otra. Por ejemplo, cuando ocuparon la universidad, yo me había ido quince minutos antes. Cuando llegué a Tlatelolco, me enfadé, vi poquita gente, y me dije esto no va a servir y me fui. Quince minutos después empezó la balacera. Ya iba en el tranvía de regreso a mi casa cuando empecé a oír ahí a la gente, que hay balazos en el centro, que los estudiantes. Me bajé y tomé otro tranvía para regresar, por todos lados veía a gente corriendo y todos los balazos que se venían cerca de la plaza: los están matando, me dije y me regresé a la casa. Y así me ha ocurrido siempre.

Pero la actividad política nunca cesó. Me desarrollé en otra dirección con un grupo muy exigente teóricamente, muy serio, teníamos una revista, se llamaba *Punto Crítico*, la dirigía Fito Sánchez Rebolledo y hacíamos discusiones periódicas, muy buenas, discutíamos cosas muy importantes. Por ejemplo, qué con el nacionalismo, cómo definirlo, somos o no somos nacionalistas. Teníamos relaciones con Galván, que era el gran defensor del nacionalismo revolucionario. A mí no me gustaba el nacionalismo, yo decía que era una invención reaccionaria. Ayudamos después a Galván con su revista *Solidaridad*, nos juntamos con él. Prácticamente hasta su muerte tuvimos una relación muy estrecha con él. Y el movimiento de Galván nos heredó a nosotros todos los grupos sindicales que tenía, de manera que cuando se fundó el PSUM eran cinco grupos, era el grupo de los comunistas, el de los antiguos socialistas que se habían peleado en las elecciones en Nayarit, que fue donde les hizo la bribonada Porfirio Muñoz Ledo. Luego, había otro grupo, de los lombardistas, que se llamaba Partido Revolucionario Socialista, una cosa así. Bueno, era un grupillo. También estaba el grupo de los viejos comunistas, aquellos que habían sido expulsados en los treinta, cuarenta, como Lumbreras y Miguel Ángel Velázquez. Y luego estaba el nuestro, pero ninguno, ni los comunistas, tenían tanta gente de los sindicatos como nosotros, los dirigentes del sindicato de nucleares, por ejemplo, eran nuestros. Eran compañeros, miembros de nuestra dirección. Y ahí ya volví otra vez a la vida partidaria, pero la experiencia con este movimiento sindical del norte fue muy larga, aprendimos mucho qué era la universidad, aprendimos a entender lo que era la universidad, parte de la pelea con el rector era esa, cómo entender la universidad, qué proyecto de universidad impulsar. Y fue realmente importante.

Nosotros influimos mucho también en la reforma universitaria. Sí, nosotros empezamos a hacer que la idea de la reforma universitaria se convirtiera en una preocupación permanente, queríamos que se estuviera siempre en búsqueda de una universidad nueva realmente. Fue bien importante. Eramos un grupo bien compacto, muy bien pre-

parados, todos eran profesores universitarios, o militantes de mucho tiempo. Luego, en el 82, fuimos diputados Rolando Cordera y yo. De 17 diputados, uno se nos fue porque era una alianza que Pablo Gómez había hecho con un grupúsculo y al llegar a tomar posesión de su cargo, dijo: yo soy diputado independiente, y nos quedamos nada más 16. Y de esos 16, 3 éramos del MAP, 4 eran comunistas, 4 eran del grupo de Gazcón, de los otros no me acuerdo de qué grupo eran. También fue un aprendizaje muy grande. En verdad el debate en la cámara, lo elevamos muchísimo, no obstante que éramos unos cuantos. Rolando era un polemista formidable. Estábamos muy bien equipados intelectualmente. Les poníamos palizas lo mismo a los priístas que a los panistas y a los anarquistas y a todos. A mí me tocaron temas muy pesados, como el del capítulo económico, por ejemplo.

**OG: ¿En qué años fue usted diputado?**

AC: Del 82 al 85.

**OG: Sus temas eran pesados, me decía...**

AC: Sí, a mí me metieron en la comisión de evaluación. Entonces, como De la Madrid hizo muchas reformas constitucionales, me tocaban a mí todos esos debates: el de municipios, el de la ley nuclear, en fin, un montón de debates.

**OG: Ahora, quisiera que nos contara cómo fue su relación con los exiliados latinoamericanos, ellos también crearon revistas, editoriales, estoy pensando básicamente en Pasado y Presente.**

AC: Sí, aunque no fue muy cercana. A Aricó no lo conocí sino hasta que vino a México. A Portantiero lo conocía desde el 73 más o menos, cuando se llevó a cabo el Congreso Latinoamericano de Sociología en Santiago. Y luego con Rolando Cordera fuimos a Argentina y ahí volvimos a ver a Portantiero y nos hicimos amigos, pero no pude ver a Pancho (Aricó) porque creo que andaba en Europa, no sé. Pero cuando empezó la represión militar, ya conocía a muchos de ellos, muchísimos. A Cotler también lo conocí en Chile, también a Aníbal Quijano. Yo acababa de publicar un librito sobre la formación del poder político en México en el 72, y se lo di a Quijano, él estaba enfermo, creo que del estómago, y se encerró en su cuarto. Es un librito, un folleto pues, y se lo leyó en la noche. Al día siguiente, (ya sabe usted cómo es Quijano, medio “sangrón”, como que no le hace caso a la gente, como que anda sintiéndose muy importante; ahora ya cambió un poco, pero no tanto) me anduvo buscando y me dijo: “a ver, ven acá –ahí en medio de la gente–, necesitamos discutir esto porque si resulta tú eres un genio”. Se lo di a Cotler también, él estaba ocupándose del tema del corporativismo, y entonces me dijo: “caray, dice, por qué no he encontrado yo algo así en Perú, yo quiero encontrar algo que le de fundamento histórico a esto”. Y le dije: “pues haz una revolución mexicana”. Éramos muy amigos. Conocí a otros amigos que luego ya se me han olvidado, incluso de la gente que andaba mucho con Quijano. En esa época yo fui varias veces a Perú, entonces me hice de muchos amigos, como Heraclio Bonilla, Carlos Franco, Sinesio López. A chilenos conocí un montón, también a argentinos. Conocía desde antes a Don Sergio Bagú, éramos muy amigos pero ahora ya no lo somos. Yo le dediqué el libro *Sociedad y estado en el mundo moderno*. Y con el grupo de Aricó aquí trabajé mucho.

### **OG: ¿Qué tipo de trabajo hacían?**

AC: Debates, organizamos varios debates. Por ejemplo, con la ayuda de la Universidad de Sinaloa, organizamos un debate sobre Mariátegui y Lacan que quedaron incluso de publicar pero no lo sacaron.

### **OG: Dígame, ¿cómo considera usted el aporte de los exiliados, en el debate de la democracia en México, en el debate de las ideas, fueron importantes, tuvieron repercusiones?**

AC: La contribución de ellos fue más que nada de tipo cultural, educativa, porque estábamos en una época muy difícil, ellos no podían meterse a los debates porque los corrían. Y además estaban muy agradecidos con el gobierno mexicano porque los habían asilado, los habían acogido. Aprendimos de ellos muchas cosas. Por ejemplo, en la Casa de Chile, simplemente oyendo las discusiones que hacían sobre Chile, uno aprendía. Luego, haber estado en Chile, haber visto aquella democracia tan impulsiva, tan radical, digamos, en cierto sentido, y tan contrapuesta, también fue una gran experiencia.

### **OG: ¿Esto fue en la época de Allende?**

AC: Sí, fue en el 72, cuando fue el Congreso de Sociología en Santiago. Luego Manuel Garretón me invitó para ir a un seminario que organizó en la Universidad Católica. Eso fue en enero, y ya entonces las cosas estaban horribles.

**OG: ¿Qué eventos o congresos o reuniones que usted recuerda, que fueron importantes en el debate? Usted me mencionaba el de Sinaloa, por ejemplo.**

AC: Pues, sí, ese de Sinaloa, aunque no tuvo mucha difusión. Por desgracia, Arturo Martínez Lopera se había encargado de hacer la publicación, pero nunca la hizo. Pero un evento cultural que hubiera dejado cierta trayectoria, no, no podría recordar. Era más bien el ambiente y el intercambio, pues para nosotros era muy importante tener a chilenos, peruanos, brasileños, argentinos, colombianos, centroamericanos. Fue un intercambio realmente formidable.

**OG: México siempre fue un centro...**

AC: Sí, sí, de atracción para toda esta gente. A pesar de ser un régimen autoritario tenía cierta imagen de progresista, de revolucionario. La política internacional fue muy avanzada. Todo eso digamos que en cierto modo condicionaba la vida de los pobres exiliados, fue lo mismo que pasó con Bustamante. Es decir, lo mejor que pudieron hacer los españoles fue mezclarse con los mexicanos, en el mundo cultural, incluso en la economía y todo eso. Los latinoamericanos se quedaron siempre más a la expectativa porque ellos tenían más esperanzas que los españoles de que podían regresar.

**OG: ¿Usted cómo evalúa, desde ahora, su trayectoria intelectual con relación a estos dos temas, revolución y democracia, cómo los tomó, qué cambió, qué permaneció?**

AC: Pues, como le dije, hubo épocas en que fui procubano, castrotrista, fui maoísta, pero Mao me asustó con la revolución cultural. En

Italia me hice gramsciano, y traté de asimilar mucho la experiencia de los italianos. Entonces el tema de la revolución se me fue transformando. Pensé que había algo más pero dejé de aceptar la lucha armada como vía de la revolución. La democracia, incluso en ese ensayo del 67, la planteé en los términos de Gramsci. Si vamos a aceptar la democracia, vamos a tener que abandonar la idea de la dictadura del proletariado y el gobierno de clase y la idea de la toma del poder y todas estas cosas. Desde entonces eso es lo que tengo muy claro. En el último párrafo del ensayo, tengo una cita de Gramsci en la cual está la idea de la democracia como una convivencia de todas las fuerzas de la sociedad. Y eso luego se me fue aclarando mucho más. Además, teníamos en el grupo de profesores que luego fue el MAP, un debate continuo sobre la democracia y un acercamiento cada vez más profundo al tema de la democracia.

**OG: ¿Hay algún punto de comparación con otras experiencias sobre la influencia de Gramsci? Es decir, se adopta el gramscismo con una cierta ambigüedad, mantener la revolución pero al mismo tiempo lograr la hegemonía, la hegemonía cultural y al mismo tiempo la opción armada. Eso sucedió en Perú, por lo menos.**

AC: Sí, eso pasó también con Mariátegui. A los peruanos les dio durante una época en presentarse como los “dueños del muerto”, es una expresión de Aricó. Y era muy difícil discutir con ellos.

**OG: ¿Por qué?**

AC: Porque habían malversado totalmente el capital intelectual de Mariátegui. Después de haber pasado decenas de años en que ni

siquiera lo conocían, ni siquiera por la familia. La familia se conformó con publicar las obras completas de Mariátegui pero fue el grupo de los argentinos, de *Pasado y presente*, de Aricó, los que mejor entendieron a Mariátegui. Pero con Mariátegui ocurrió lo que ocurrió con Gramsci. Es decir, guerra de posiciones, guerra de trincheras y qué sé yo todas estas cosas. Yo conocí al grupo de Quijano, lo conocí muy bien, pues estuve varias semanas en su casa, y conocía cómo discutía en todos los debates que tenía, era una cosa verdaderamente alucinante. No se decidían por la guerra pero no les gustaba la lucha democrática, y creían todavía en un partido de cuadros. No lograban hacerse de una idea clara sobre el movimiento de masas. Entonces estaban siempre con una tendencia a la marginación y a la clandestinidad. Ahora, Aníbal Quijano anda con una locura ahí tremenda, la república indígena, ¿no?, que va desde quién sabe dónde en Colombia hasta quién sabe dónde, en un lugar en la Patagonia, todo eso iba a ser la república india del futuro. Y anda trabajando en eso. Anda enloquecido con esa tesis. La última vez que lo vi fue en un seminario en Caracas donde planteaba esas cosas y discutí mucho con él, pero me pareció que no había avanzado mucho intelectualmente, como que se estancó, y era brillante, a mí me impresionaban sus cosas.

Me acuerdo que a mediados de los setenta era difícilísimo discutir con los peruanos. Además discutían bien, eran feroces en la polémica. Recuerdo que Aricó era muy pedagógico, iba explicando las cosas, si no te convencía por un lado con una tesis, te daba la vuelta y te presentaba otra tesis a ver si te convencía. Bueno, esa especie de mayéutica, no le funcionaba con los peruanos. No, los peruanos quisieron agarrarse por el lado de las citas. Ahí no perdían, sencillamente no perdían, les enmendaban la página Aricó a cada rato: mira, esto lo dice en este escrito y este escrito está acá, se quedaban pasmados. También estuve en Ecuador y ahí vi, digamos, la cara de la izquierda ecuatoriana y esos tenían más idea de lo que era el movimiento de masas y cómo incrustarse en un movimiento de masas.

**OG: Incluso, hay un movimiento indígena consistente...**

AC: Así es. Otra izquierda que me dejaba pasmado era, la de Brasil, bueno, para no hablar de los argentinos comunistas. ¡Los brasileños eran de una ferocidad! Sectarios, como los franceses. Donde había movimientos armados, a veces eran más dialécticos. Con los salvadoreños yo llegué a tener otras pláticas y me fascinaron.

**OG: La experiencia de la guerra los obliga a ser diferentes.**

AC: Sí, es decir, veían la guerra como una necesidad, pero no como un club. Y decían, bueno, vamos a terminar la guerra en cuanto podamos.

**OG: Se volvieron pragmáticos, digamos, pero en el sentido que hay que solucionar problemas.**

AC: Sí, sí, sí, pero con una visión muy clara de la situación. Y cuando yo tuve el primer contacto con la guerrilla fue en un viaje que hice a Cuba, en 1985. Hubo una reunión a la que convocó Fidel sobre la deuda, donde fue un montón de gente, y ahí fueron ellos. Entonces, nos pidieron a nosotros que habláramos, que platicáramos sobre la experiencia de los mexicanos que estábamos ahí.

**OG: ¿Quiénes eran los mexicanos que habían ido?**

AC: Rolando Cordera, Carlos Tello, estaba Fito Sánchez si no recuerdo mal, estaba Carlos Pereyra, el periodista Jean García Soler.

Ahí fueron todos, ¿eh?, fue el grupo de Alonso Aguilar, pues eran de los grandes amigos de Fidel. A Alonso lo sentaban junto a Fidel. Tuvimos un intercambio con ellos magnífico.

**OG: Ahora, con respecto a esta época de democratización en México ¿Qué tipo de relaciones mantiene con distintos actores sociales, por ejemplo con los empresarios?**

AC: Es muy difícil decir que uno jugó un papel personal en algún momento. Pero creo que sí lo hemos jugado algunos de nosotros. Por ejemplo, a los empresarios realmente no los conocí sino hasta el gobierno de Salinas. La camada de los nuevos empresarios es de la época de Salinas. Y con algunos de ellos yo me llevé muy bien, algunos de ellos son amigos míos. Por ejemplo con Carlos Slim soy muy amigo, que es el más rico de todos. Ahora con los empresarios se puede practicar y se puede influir en cierto sentido.

Me acuerdo del segundo viaje de Salinas a Europa. Estábamos ahí en Bonn en un magnífico palacio que está arriba de una montaña, donde hospedan a todos los visitantes que llegan a Alemania. En ese momento estábamos dando una lucha tremenda en la universidad porque la querían cerrar. Entonces yo le dije a Slim que los empresarios no tenían ninguna relación con la UNAM, pero que lo peor de todo era que no tenían conciencia de lo que era la universidad. Había un grupo de empresarios sentados en el extremo del salón, entonces Slim me agarró del brazo y le preguntó uno a uno de donde había salido. ¿Ya ves? me dijo, todos somos pumas, y yo le contesté: bueno, pues, demuéstrenlo. ¿Y cómo?, pues denle dinero a la UNAM, tienen ustedes demasiado dinero y la UNAM tiene demasiado poco. Después de esa anécdota, una vez el rector Sarukhán llamó a Slim. En el camino, Sarukhán le fue planteando problemas y proyectos y todo eso. Desde entonces Slim le empezó a dar dinero a través de la Fundación UNAM. Y así otros empresarios.

## OG: ¿Y qué relaciones tuvo o tiene con los políticos?

AC: Con los políticos, todo depende del trato directo que uno tiene con ellos o también de la ocasión en que uno se relaciona con ellos. Hablando sobre el mismo tema de la UNAM, en alguna ocasión yo escribí una serie de artículos en *Unomásuno* en el 89 en defensa de la UNAM, le puse al descubierto un plan tenebroso que tenían desde la época de Miguel de la Madrid. Tenían un plan de ir restándole recursos a la UNAM hasta que desapareciera y luego formar centros de excelencias, desaparecer las universidades públicas y que las universidades privadas se hicieran cargo de la docencia y que estos centros de excelencia, se hicieran cargo de la investigación. En una ocasión, Sarukhán dio a conocer las estadísticas de la UNAM, y entonces resultó que en la UNAM se hace, todavía hoy, el 60% de toda la investigación. Hay ramas en las cuales se hace el 75 y 80% de la investigación. Por ejemplo, Astronomía, ¿quién va a estudiar Astronomía en otros lados?, ¿verdad?, es el 100%. Entonces yo escribí también sobre esos datos y le pegaba duro al gobierno. En cierto momento me llamó Salinas, y me dijo: “quiero platicar contigo sobre esos datos”. Entonces yo le dije que habían sido unos pendejos, porque ¿cómo podían imaginarse que la universidad privada iba a resolver el problema de la educación, de dónde iban a sacar dinero para fundar esos centros de investigación? Ahora, las mismas universidades privadas siguen sirviéndose de los maestros de las universidades públicas, porque no forman ellos sus mismos maestros. Hay dos o tres excepciones, como la Iberoamericana, que para mí es la universidad privada de mayor excelencia, que forma sus propios recursos humanos. Cómo puedes imaginar que la universidad privada va a resolverte ese problema. No te lo va a resolver, pero ni siquiera el educativo, pues es la universidad pública la que tiene capacidad para recibir a una parte, ni siquiera a todos. Quién va ir a estudiar a la universidad privada, una élite con la cual te vas a quedar al final solo, y además la sociedad está reaccionando. Salinas aceptó. Unas semanas después pronunció un dis-

curso sobre la universidad y dijo: “la universidad pública se queda”, la UNAM es el eje de la cultura nacional y se acabó la amenaza, pero siguieron dándonos poco dinero.

### **OG: ¿Y qué opinión tiene de Salinas?**

AC: Le vale gorro si los intelectuales piensan bien o mal de él. A mí Salinas, con la relación que tuve con él, me hizo pensar, no dejé de criticarlo, siempre lo criticaba pero me hizo tratarlo con más respeto y con más seriedad.

### **OG: Más allá de los estereotipos...**

AC: Sí, sí, sí, y eso fue bueno para él y también para mí. También me ocurrió con Serra Puche, con Zedillo. A Zedillo una vez le puse una paliza, porque dijo que la universidad pública ya no producía cultura y que se la iba a comer la universidad privada. Entonces, Salinas le llama y le dice: “¿Ya viste lo que escribió Arnaldo de ti?, ¿no?, ah, pues, deberías leer el *Unomasuno*, ahí escribe él, llámalo y dale información, aclárale si es cierto eso que tú dijiste”. Y era una cosa de la que lo habían balconeado, porque era algo que había ocurrido dos meses antes en una reunión de la ANUIES. Luego la ANUIES publicó el acta, entonces todo mundo se dijo: “¿qué trae este baboso, no?”. Fui a hablar con él y entonces me dijo, me juró, que no era cierto, que él era universitario, que quién sabe qué. Yo soy politécnico, mi madre estudió en la facultad de medicina de la UNAM, cómo cree que yo voy a estar contra la universidad, y así varios casos.

Cuando estalló el conflicto en Chiapas apareció en la prensa que hubo un bombardeo, y yo le pegué duro al ejército. Entonces Salinas llamó al general y le dijo: “General, hable con este señor que acaba de

publicar una cosa que no me gusta”. Me llamó y fui a la Secretaría de la Defensa a hablar con él. Era un tipo de una incultura política asombrosa. Me enseñó el reporte, me enseñó fotografías, me dijo que, a lo máximo, había habido dos roquetazos pero bombardeos, y me dijo “aquí tengo un helicóptero listo, ¿quiere que nos vayamos a Chiapas?” y le dije: “sí, vámonos a Chiapas, órale”. Entonces, llamó por teléfono a quién sabe quién y estuvimos a punto de irnos a Chiapas. Al final le dije: “no, pero qué voy a ir a hacer yo a Chiapas, ¿verdad?, a dónde me van a llevar, a donde ellos quieren, ¿no?”. No, no, le dije me basta su palabra. Luego, cuando publiqué el artículo donde conté lo que me había dicho, me llamó y me agradeció: “Doctor, le agradezco mucho que haya publicado esa aclaración”.

### **OG: ¿Cuáles considera que han sido sus aportes en el debate intelectual?**

AC: El corporativismo, por ejemplo. Sí, yo fui el primero que sacó esa idea y no es mía, es de un autor norteamericano, Robert Chiscot. En 1957 publicó un libro, se llama *Mexican State in Transition*. Y en ese librito, muy bueno por cierto, él comienza a pensar un poco sobre la naturaleza del movimiento obrero en el sistema político mexicano. Entonces, él dice: “esto me parece que es casi un corporativismo”. Y yo pesqué la cosa, yo dije: “ahí está, ahí está la sopa”. Eso era lo que me envidiaba Cotler, quien me decía: “¿cómo no pesqué yo este concepto?”. Luego, algunas otras cosas, como los estudios que hice sobre la revolución mexicana, sobre el cardenismo y sobre algunas otras cosas que se han convertido un poco en patrimonio común. Ahí hay una influencia.

## **OG: ¿Cómo ve el papel del intelectual en estos momentos?**

AC: En el debate sirve mucho, por ejemplo, que los intelectuales participen en la prensa, que escriban, que participen en la televisión y todas esas cosas. Ese programa de Rolando Cordera (*Nexos*) es un programa al cual han tratado de expulsar y van a acabar echándolo. Ahora uno tiene que verlo a las 12 de la noche de un jueves, cuando era un programa que se pasaba el domingo a una hora estelar, y además tenía mucho público. Es un buen programa. Ahí Rolando invita siempre a gente que sabe del asunto y da buenas ideas y que sabe discutir a fondo los problemas.

## **OG: Con respecto a la democracia en América Latina, ¿usted qué ve, que se ha avanzado, se ha retrocedido cuál es su opinión?**

AC: Se ha avanzado, veamos el mapa. No es el de los años setenta ni de los ochenta. Se ha avanzado y lo más lindo del asunto es que se ha adquirido mucha experiencia. Excepto Chile y tal vez Uruguay, no tenían ni siquiera la tradición de los partidos, de los sistemas de partidos. Ahora, claro hay lugares donde hay ciertos retrocesos, pero retrocesos que no deben ser vistos totalmente desde el punto de vista negativo. Pero en general es indudable que la democracia ha vuelto a cobrar un vigor formidable en Chile. En Uruguay la izquierda anda medio jodida, pero también allí se ha avanzado. En Brasil la cosa está bastante bien, nunca me imaginé que Cardoso llegara a ser presidente de Brasil. En Argentina está bien. Hay cierta ley del péndulo que se está más o menos ya fijando en algunos países, hay alternancia en el poder.

**OG: ¿La crisis económica cree que puede afectar?**

AC: La crisis económica afecta en todo, y eso nos está destruyendo muchas reservas, sociales y morales. Pero eso no se debe a la democracia, se debe a la economía misma, está haciendo que el dinero se vuelva un fin en sí mismo y que sin producir un alfiler, un desgraciado aparezca manejando dos mil millones de dólares o algo así. Es un tipo de economía que nos afecta a todos. Aquí, es vergonzoso decirle al mundo que tenemos 14 o 15 o 20, 24 de los hombres más ricos del mundo, más que Alemania. Es impresionante y vergonzoso. Pero afortunadamente esos son grupos que se dedican a la producción. Por ejemplo Slim, no saca un centavo de aquí, hace dinero afuera y ahora va a hacer más dinero en Estados Unidos. Traen capital, no son ese tipo de capitalistas especuladores. Ese tipo de especuladores son los que dominan el mercado, no son las compañías. Las compañías están siempre buscando quién las financie, y las bolsas están desplomándose, eso va a ser un desastre. Pero, desde el punto de vista del desarrollo político de los países, pues sí hay avances.

**OG: Bueno, profesor Córdova, le agradezco mucho su tiempo.**

AC: Ándele.

## ENTREVISTA A ROGER BARTRA:

---

### “Soy un exiliado permanente”<sup>26</sup>

Graduado como etnólogo obtuvo su Doctorado en Sociología en Francia (Sorbona, 1974). Desde 1971 es profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Ha sido profesor visitante en diferentes universidades de América Latina, Estados Unidos y Europa. Fue director de la revista *El Machete* (1979) y de la revista *La Jornada Semanal*. Entre sus numerosas obras se destacan: *Breve Diccionario de Sociología Marxista* (1973), *Estructura agraria y Clases Sociales en México* (1974), *El Modo de Producción Asiático*, *Antología de Textos* (1969), *El Poder Despótico Burgués* (1978), *La jaula de la melancolía* (1987), *Las redes imaginarias del poder político* (1996), *El Salvaje Artificial* (1997) *La Democracia Ausente* (2000), *Anatomía del Mexicano* (2002), *El mito del salvaje* (1011) y *La sombra del futuro. Reflexiones sobre la transición mexicana* (2012). Desde que entró a la UNAM ha desarrollado un trabajo ininterrumpido en el Instituto de Investigaciones Sociales. Su meritoria labor fue distinguida con el Premio Universidad Nacional en 1996, así como con el Homenaje Nacional de Periodismo Cultural Fernando Benítez en 2009. Desde 2004 es Investigador Emérito de la UNAM.

---

26 <sup>1</sup> Entrevista realizada y editada por Osmar Gonzales en México DF el 10 de diciembre de 1998.

## **Osmar Gonzales: Empecemos por los primeros años. El lugar donde nació, su hogar, la escuela, los recuerdos.**

Roger Bartra: Nací en la ciudad de México en 1942. Mis padres, ambos, eran exiliados políticos, catalanes, españoles que huyeron del franquismo después de perder la guerra en España. Llegaron a México, yo nací aquí, así que tengo una antigua raíz en el exilio. Yo siempre digo que, por esta circunstancia, me convertí en un exiliado permanente: permanente porque no tengo a dónde regresar. Estudié los primeros años de la primaria en los Estados Unidos y después principalmente en el Colegio Madrid, uno de los colegios donde iban los hijos de los exiliados españoles.

Cuando yo tenía unos ocho años, toda la familia nos fuimos durante dos años a Estados Unidos, a Nueva York. Ahí aprendí una nueva lengua. Tuvimos algunas posibilidades de quedarnos allá. Yo era niño, así que mi conciencia era un tanto vaga, pero me sentía desplazado; luego regresamos a México. Llegué a una escuela pequeña, de transición.

Estuve en una escuela que no era de sacerdotes o monjas, pero sí había clases de doctrina. Pero eso ocurría en muchas escuelas privadas, donde había clase de religión. Mis padres prohibieron que me dieran clase de doctrina: el resultado fue catastrófico porque era el único niño que se quedaba en el jardín cuando toda la escuela iba a tomar clase de doctrina. Cuando salían mis compañeros los pleitos eran terribles: “¿por qué no crees en Dios?”, “¡Eres comunista!”, y me pegaban. Padece de mucha discriminación en el colegio y por ese motivo hubiera sido mejor haber ido a la clase de doctrina. Inmediatamente después, en parte por esa experiencia, me pasaron al colegio Madrid, una escuela laica. En esa época la mayor parte de sus profesores todavía eran exiliados españoles.

Era como un colegio alternativo. La clase intelectual mandaba a sus hijos al colegio Madrid o al Luis Vives, o a la Academia Hispano-Mexicana, que eran los tres colegios de exiliados españoles en

México, de acuerdo a tres corrientes políticas. El de izquierda era el Luis Vives, el de centro el Madrid, y la de derecha, dentro del exilio, claro, era la Academia Hispano Mexicana. Las tres escuelas eran laicas. Esa fue mi formación.

**OG: ¿Qué me puede decir de sus padres?**

RB: Mi padre era poeta y mi madre escritora. Además, ambos eran catalanes, por lo tanto mi lengua materna es el catalán, es la primera lengua que aprendí, y que mantengo. Yo soy completamente bilingüe por ese motivo, aunque nunca he vivido en España ni en Cataluña más de un mes. O sea, he estado solamente de visita, pero sí tengo, de origen, una condición de exiliado y, además, bicultural y bilingüe. Binacional, si es que Cataluña es una nación [risas]. Los catalanes dicen que sí; sí, ciertamente es una nación dentro de un estado, y yo, en gran medida, me siento pertenecer a la tradición cultural catalana.

**OG: ¿Cómo llegó a las ciencias sociales? Coméntenos acerca de sus primeros trabajos académicos.**

RB: Me acerqué a las ciencias sociales por un camino un poco peculiar. Mi primera decisión fue estudiar arqueología, que no sé si esa es una ciencia social. Es una ciencia histórica. Me inscribí en la Escuela de Antropología e Historia en 1960 y al cabo de un tiempo, por las inquietudes políticas que tenía, dejé la arqueología, aunque prácticamente terminé la carrera; me cambié, dentro de la misma escuela, a los estudios de antropología social. Allí inicié trabajos directamente ligados ya a las ciencias sociales.

*La Tipología y la Periodificación en el método arqueológico* fue, originalmente, un trabajo de clase para la materia más importante de la carrera de arqueología, con el profesor José Luis Lorenzo, un exiliado español que ya murió, un gran arqueólogo prehistoriador, de la tradición de Gordon Childe. Era un trabajo de clase que gustó mucho, y me recomendaron su publicación. Lo publicó la misma escuela.

**OG: ¿Podría hacer una breve reseña sobre su experiencia académica y en dónde empezó a trabajar?**

RB: Sobre mis estudios de grado y de posgrado, puedo resumir: estudié en la Escuela de Antropología; ingresé allí en 1960 y primero estudié Arqueología, como dije; después, Antropología Social. Al abandonar la carrera de Arqueología, el gusanito de la política se metió en mí y me llevó a las ciencias sociales, a la Antropología Social o aplicada, como se le llamaba en la época, y terminé la carrera en 1967. En esa época la situación del país era muy precaria, yo era un joven estudiante radical, militante comunista, por lo tanto con muchas dificultades para encontrar trabajo, para sobrevivir. De hecho, pude sobrevivir gracias a que me cobijó el paraguas de Lázaro Cárdenas, que en esa época encabezaba la Comisión del Río Balsas. La Comisión del Río Balsas era una institución más o menos descentralizada que hacía trabajos de desarrollo social y también de construcción de presas, etc., en la cuenca del río Balsas. Era un lugar en donde trabajaba mucha gente que hacía vida política o era sospechosa por algún motivo. Había algunos ex presos políticos trabajando en ese lugar. Allí hice mi tesis, en la zona de la desembocadura del río Balsas; esa tesis nunca fue publicada. En realidad no me gustó mucho y nunca quise publicarla. Se llama “Ensayo sobre el desarrollo social y económico de la zona de la desembocadura del río Balsas” o algo así. Quedó ahí, se encuentra en algunas raras bibliotecas de México y de Estados

Unidos. La vida era muy difícil aquí y comprendí que tenía que salir, tenía que buscar otras perspectivas. Los estudios de postgrado en México a mis ojos no ofrecían ningún interés, y en marzo del 67 recibí una invitación para ser profesor en una universidad venezolana, en la Universidad de los Andes, en la ciudad de Mérida, muy cerca de la frontera con Colombia.

Venezuela era entonces un lugar de refugio. Allí estuve dos años. Era la época del régimen de Díaz Ordaz. En México se vivía una situación muy difícil. Por ejemplo, cuando el presidente de los Estados Unidos, Kennedy, visitó México yo repartí unos volantitos bastante inocuos protestando por la intromisión imperialista, me arrestaron y pasé diez días en la cárcel. Era una época muy represiva. Sí, nosotros sabíamos que al hacer política nos arriesgábamos a caer en la cárcel.

Un escritor venezolano, Domingo Miliani, visitó la Comisión del Río Balsas, que era un lugar al que llegaba gente de izquierda de todo el continente. Llegó acompañado de otro profesor de la Universidad de los Andes. Miliani trabajó un tiempo en la Comisión del Río Balsas, y me invitó a ser profesor en la Universidad de los Andes en Venezuela; acepté, para mí era la posibilidad de escapar. Me sentía verdaderamente ahogado en México.

Yo trabajaba en aquella época sobre temas agrarios. Estaba completamente dedicado, como antropólogo social, al estudio de la cuestión agraria. Eso es lo que ya había iniciado en mi tesis. Mi tesis fue una gran encuesta aplicada, procesada electrónicamente, una de las primeras investigaciones que se hacían procesadas electrónicamente sobre la población campesina y obrera, realizada en la zona de la desembocadura del Río Balsas. Incluía a población obrera, porque había cientos de trabajadores de la construcción que estaban empleados en los trabajos de una gran presa, que se llamaba en esa época *La Villita*, cerca de la ciudad de Melchor Ocampo, hoy llamada Lázaro Cárdenas.

Por cierto, y entre paréntesis, mi jefe inmediato, o sea el director del departamento de estudios de la Comisión del Río Balsas se llamaba, y se sigue llamando, Cuauhtémoc Cárdenas [risas]. Él era

mi jefe inmediato. Junto a él trabajé y gracias a él pude terminar la tesis. Como jefe era un hombre muy simpático, era un hombre de una extraordinaria bondad, muy blando, muy flexible, realmente de un temperamento muy tranquilo, extraordinariamente honesto, eso es lo que proyecta. Una personalidad muy sencilla, con una vida verdaderamente austera, impresionantemente austera.

En Venezuela, aunque fui nombrado como profesor, en realidad no daba clases, fui contratado realmente para hacer una investigación. Hice una investigación durante dos años, de fines del 67 a fines del 69, en la región de los Andes. Hice una encuesta muy grande en toda la zona andina sobre la estructura agraria. Me interesaba el problema de la manera cómo se constituían las fuerzas sociales en las zonas rurales, el desarrollo del capitalismo, el problema de su articulación con formas no capitalistas, etc. Los resultados de ese trabajo fueron publicados parcialmente en un artículo que salió en la *Revista Mexicana de Sociología*.

### **OG: ¿No será El modo de producción asiático?**

RB: No, no. *El modo de producción asiático* lo publiqué en 1969. Yo vivía entonces en Venezuela. Yo era un militante marxista, pero al mismo tiempo estaba convencido de que los dogmas marxistas que se manejaban, sobre todo el análisis de la historia, no servían para nada. Yo había estudiado arqueología y sabía perfectamente que esa supuesta sucesión de etapas (de la comunidad primitiva, pasando por el esclavismo y el feudalismo) simplemente no servía para entender nada en nuestra historia, ni la historia de México, ni la historia de América Latina, ni la historia de muchos países. Entonces, siendo estudiante de arqueología descubrí, al hacer investigaciones sobre el sistema tributario azteca, que Marx no era tan dogmático como los presentaban sus sucesores, y que había desarrollado la idea del modo de producción asiático. Me encantó la idea y traduje muchas cosas,

hice traducir otras, y preparé una antología. Es una antología de textos, tiene un prólogo mío, una introducción larga, una selección de textos de Marx y de Engels y una serie de textos de diferentes investigadores que abordan el tema. Eso ya indica en mí una muy temprana actitud de crítica a los dogmas tradicionales marxistas. Entre ellos estaba, por supuesto, la idea de que la democracia era burguesa. Cuando preparé este libro vivía aquí, yo era todavía estudiante pero tardó mucho en publicarse, y cuando salió ya no vivía en México.

**OG: Estaba diciendo que su experiencia en Venezuela fue importante para el descubrimiento de la democracia...**

RB: Bueno, eso sí es absolutamente fundamental. Desde luego que llegué con muchos de los dogmas tradicionales, que más o menos rezaban así: la democracia es esencialmente burguesa, no es verdadera democracia, se necesita una dictadura proletaria; creía que bajo condiciones de dominación imperialista y subdesarrollo la democracia burguesa es imposible, etcétera, etc. Llego a Venezuela, que es uno de los países más dominados y aplastados, digamos entre comillas, por el imperialismo, un país petrolero, completamente dependiente, subdesarrollado, de tradición colonial, y me encuentro con la sorpresa de que funciona una democracia, que al menos no era burguesa [risas]. Ya quisiera eso para México, para hoy.

Habían derribado la dictadura de Pérez Jiménez y se vivía una situación de euforia democrática impresionante. Es muy diferente la Venezuela de aquella época a la Venezuela de hoy, la de Chávez. Por ejemplo, la corrupción de hoy antes no existía en ese grado escalofriante. Para mí fue evidente que los dogmas marxistas no tenían nada que ver con la realidad. La democracia sí era posible, sí era una alternativa, podía funcionar bajo condiciones capitalistas, bajo condiciones de subdesarrollo y bajo condiciones de dominación imperialista. Mi experiencia venezolana fue muy importante; además se cruzó con

la experiencia del 68. Doble experiencia. La experiencia de las luchas estudiantiles, que fueron muy importantes en México y que yo no viví directamente sino al final; yo vine de vacaciones poco después del 2 de octubre. Encontré un país sumido en la desgracia, en la represión más terrible. La experiencia del movimiento estudiantil también la viví en Venezuela. Aunque yo era profesor, respiré gases lacrimógenos en las calles por participar en las manifestaciones estudiantiles.

También fue muy importante el 68 checo, que tuvo una repercusión enorme en Venezuela. De hecho, yo también militaba en Venezuela, trasladé mi militancia comunista allá y formaba parte del Partido Comunista venezolano, en una corriente que encabezaban Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez, quienes justamente en ese año inician una gran discusión a propósito de la democracia, de la democracia en Checoslovaquia. Teodoro Petkoff había publicado un libro muy crítico del socialismo real, que a mí me había entusiasmado, y que provocó la escisión del Partido Comunista y la creación del MAS, el Movimiento al Socialismo. Así que yo me vi metido dentro de ese conflicto. También estuve en un proceso de desactivación de las ideas de quienes habían sido guerrilleros. Yo mismo, antes de militar en el Partido Comunista, en México, había tenido una muy breve, absurda y dramática experiencia guerrillera con un movimiento campesino (encabezado por Rubén Jaramillo), a principios de los sesenta, en el estado de Guerrero. El desmantelamiento del proyecto guerrillero frente a la evidencia de que la democracia se expandía en Venezuela, fue absolutamente decisivo para mí. De esta manera, a la democracia no la conocí en París o en Londres, donde viví después, sino en Venezuela. Allí tuve esa, digamos, una “iluminación”, sufrí una transformación que me valió que, muchos años después, me acusaran de eurocomunista; por mi obsesión por la alternativa democrática.

## **OG: ¿Cuándo entró usted a la militancia, ya en la universidad?**

RB: Aquí en México, hacia 1961, en la Escuela de la Antropología. Es una escuela del gobierno, de la Secretaría de Educación Pública, y una escuela muy radical.

Mis primeras experiencias de politización fueron, primero, durante un breve período de dos o tres meses que viví en Estados Unidos, en Nueva York, donde me metí básicamente en el movimiento *Beat*, un movimiento intelectual, de poetas, muy crítico, muy agresivo, que planteaba nuevas alternativas. Marcó mucho los años sesenta, desde las revoluciones sexuales, hasta el uso de drogas, e inició una crítica de las relaciones sociales y las relaciones de familia. Cuando regresé a México, me acerqué a una experiencia guerrillera en la sierra de Guerrero, frustrada, y después terminé como comunista hacia el año 61.

Diría que lo que me sucedió fue que, gracias a las corrientes en las que yo estaba y que eran tildadas de eurocomunistas, el Partido Comunista Mexicano decidió disolverse. Enhorabuena, ello me parecía muy bien. Después me afilié al PSUM, pero ya no a los partidos sucesores (PMS, PRD). Decidí mantenerme como independiente.

## **OG: Estábamos entonces en viaje de Venezuela a Europa...**

RB: Bueno, de Venezuela regresé a México de vacaciones a fines del 68. Regresé casi enseguida a Venezuela. A finales del 69 me fui directamente a Europa a estudiar mi doctorado; ya no regresé a México. Había decidido que México no era ya mi país.

## **OG: ¿Otra vez surge la conciencia de exiliado?**

RB: No, no fue la conciencia... fue la realidad: es que yo había vivido mal en México y fui perseguido. Lo del 68 no tenía límites. Ten en cuenta que yo no tenía ningún futuro en México, en esas condiciones no iba a encontrar trabajo, e iría a parar a la cárcel muy posiblemente. Si yo hubiese estado en México durante el movimiento de 1968, hubiese podido pasar también unos cuantos años en la cárcel, como muchos compañeros míos, como Eli de Gortari, por ejemplo, que por cierto fue quien me animó a publicar mi pequeño libro de arqueología.

Llegué directamente a Londres, con la pretensión de estudiar allí mi doctorado, pero cuando vi cómo estaba el panorama, sobre todo en la London School of Economics, cambié de idea. En el 68, la London School of Economics sufrió un golpe, se derechizó, se cerró bastante. Al mismo tiempo, un amigo mío, Enrique Semo, que estudiaba en la República Democrática Alemana, me había conseguido una beca para hacer un doctorado en la Universidad Humboldt. No quería quedarme en Inglaterra, no me interesaban los cursos allí, y fui de visita a Berlín a husmear la situación y a ver si aceptaba la beca. Aquello me pareció un absoluto desastre, la situación más cerrada y represiva imaginable; me dije que ni loco aceptaría la beca, y me fui a París.

Ahí inicié mi doctorado en sociología, que terminé en el 74, con una tesis sobre estructura agraria. En París se vivía un momento de transición y se respiraban aún los humos del 68; se estaba reorganizando la Universidad de París y fragmentándose en París I, París II, etc. Aunque me inicié en la Sorbona acabé en no sé qué número de París, que se llamaba la Sorbonne Nouvelle, la Nueva Sorbona, con un doctorado en Sociología.

**OG: Con respecto al proceso mexicano –que no es el proceso típico sudamericano de transición a la democracia– atrajo a muchos exiliados que habían sufrido las consecuencias de los golpes militares en sus países. ¿Cómo fue su relación con estos exiliados que se cobijaron en México y cómo cree que ellos llegaron a la democracia?**

RB: Yo era uno de los pocos investigadores mexicanos que había tenido una importante experiencia en Sudamérica. Sentía que pertenecíamos a un mismo ámbito cultural. Por lo tanto, una vez que regresé a México, después de hacer mis estudios de doctorado en París, a principios de los setenta, tenía muy importantes vínculos con el mundo de los exiliados. Para mí eso fue muy importante. Incluso, trabajaba y daba clases en la FLACSO que dirigía René Zavaleta, que era uno de mis mejores amigos, un amigo entrañable. A través de él, desde luego, y de la FLACSO me comuniqué con el mundo de los exiliados, con bolivianos, argentinos, brasileños, chilenos. Era un hormiguero de ideas, una ebullición muy estimulante. Me sentía muy identificado con ellos porque yo venía de una familia que había vivido en esa condición de exilio durante treinta años. Sentía una gran ternura, una gran solidaridad por todos aquellos que, por diferentes motivos, pero básicamente por motivos políticos, porque tenían que vivir en el exilio, porque la mayoría de ellos eran víctimas de golpes militares o de agresiones a regímenes democráticos, que sufrían esa falta de democracia que ocurría también en México, pero en donde se daba de una manera muy sutil, muy especial: la dictadura perfecta de Vargas Llosa, ¿verdad? Tan perfecta que no todos, sino solo una minoría de los exiliados sudamericanos se percataba de su profundo carácter antidemocrático. Las discusiones con ellos fueron extraordinariamente importantes, justamente porque ellos nos hacían cuestionar muchas cosas. Evidentemente, nos cuestionaban nuestro excesivo rigor o dogmatismo, nos hacían revisar nuestros conceptos, nos hacían revisar las categorías, pero siempre teniendo como trasfondo

el problema de la dictadura de la que habían escapado, de la falta de democracia, de la enorme importancia de las alternativas democráticas. Bueno, es cierto que también entre los exiliados había esas típicas ideas que postulan que solo había dos vías: o era el fascismo o era el socialismo, tipo Theotonio Dos Santos, Ruy Mauro Marini y otros, y cuyas ideas eran muy populares entre los segmentos más ortodoxos y atrasados de la izquierda de México.

**OG: ¿Y quiénes eran aquellos con los que usted ha polemizado?**

RB: Desde luego José Aricó, René Zavaleta, Emilio de Ípola, Portantiero, el propio Theotonio Dos Santos, Ruy Mauro Marini, Aníbal Quijano, que también estuvo aquí...

**OG: En tiempos de Juan Velasco Alvarado.**

RB: Sí, su exilio fue un poco dramático porque aquí no era entendido, porque la dictadura de la que él había escapado se supone que era de izquierda. Él se adaptó muy mal aquí pero, en fin, sostuvimos algunas discusiones al respecto con él. También con los guatemaltecos, aunque ese es un exilio muy anterior. Nosotros hemos convivido con exiliados centroamericanos desde hace mucho tiempo. Desde que tengo noticia sé de exiliados de Centroamérica, sobre todo guatemaltecos.

**OG: ¿Y qué escritores, pensadores, politólogos mexicanos impulsaron esta reivindicación de la democracia en este tiempo, en los setenta? ¿Polemizó con Octavio Paz en esos años?**

RB: Eran aves raras, no era muy frecuente. Considero que uno de ellos, aunque en esa época no lo solían considerar de izquierda (pero sí lo era), fue Octavio Paz.

Paz siempre tuvo como interlocutor a la izquierda, siempre se dirigía a nosotros y, desde luego, cuando dirigí la revista del Partido Comunista, *El Machete*, una de las primeras cosas que hice fue invitar a Octavio Paz a colaborar. En esa época yo había terminado de escribir un libro que considero muy importante, *Las redes imaginarias del poder político*. Lo escribí en París, pero lo terminé de redondear en México y antes de publicarlo lo discutí con Octavio Paz, con Carlos Monsiváis, con Luis Villoro. Aquí en la universidad se organizó una discusión muy interesante, para comentar el manuscrito de mi libro, que giró básicamente en torno a los temas de la democracia. De esta discusión han salido algunos escritos, se han publicado cosas de la polémica que tuve con Octavio Paz.

En esa época ya existía *Vuelta*. El texto de Paz se publicó en *La Jornada Semanal*, lo publiqué yo. La referencia a esa polémica se puede encontrar hoy en un libro mío que se titula *Oficio mexicano*. El texto de Villoro se publicó en *Sábado*, el suplemento cultural del diario *Unomásuno* y una nota mía al texto de Villoro salió también allí. En esa época yo era columnista de *Unomásuno*.

**OG: ¿Recuerda cuáles eran los temas centrales del debate? ¿Quiénes debatían?**

RB: En esa época yo encabezaba la llamada corriente eurocomunista del Partido Comunista Mexicano; planteaba la eliminación en

cualquier programa de la izquierda de la noción de dictadura del proletariado, y sostenía que la democracia debía ser el camino hacia la transformación. Por lo tanto, que la democracia no solo venía después sino *antes* de la revolución. La democracia debía ser el camino al socialismo. Ese era el planteamiento. Y ese planteamiento generaba mucho debate en México, incluyendo a los exiliados sudamericanos, desde luego. Especialmente con los exiliados brasileños como Ruy Mauro Marini y Theotonio dos Santos. Internamente, en México la confrontación más fuerte era con sus similares, como Pablo González Casanova o Alonso Aguilar, que tenían una posición extremadamente cerrada.

Sentí que, hasta cierto punto, me apoyaba René Zavaleta. Me apoyaba, quizás por su antigua veta trotskista. En México estaba conmigo un grupo de gente, que no era de ciencias sociales, dentro del Partido Comunista, como el periodista Humberto Musacchio, como Jaime Avilés, que ahora es columnista de *La Jornada*, como José Ramón Enríquez, que es hombre de teatro y que trabajaba conmigo en la revista que hacía, *El Machete*. Esta revista apareció en 1979, y era la expresión abierta de esta corriente, que era ya tildada de eurocomunista.

## **OG: ¿Qué experiencias recuerda de su etapa como director de El Machete? ¿Cómo era su vinculación con el Partido Comunista?**

RB: Era una revista propiedad del Partido Comunista Mexicano que no representaba la línea oficial, pero era completamente apoyada por el secretario general, Arnoldo Martínez Verdugo, el actual director de *Memoria*.

Era una revista muy apoyada por el secretario general. Hubo una polémica muy grande que es significativa. Yo planteaba la alternativa democrática, tildada de eurocomunista (término que en México era usado peyorativamente); se oponían a esta posición, dentro de la intelectualidad del Partido Comunista, sobre todo Jorge Castañeda

y Enrique Semo. Hubo una lucha muy fuerte. Ellos plantearon, sobre todo Castañeda, que la revista no debía ser de difusión comercial sino de difusión exclusivamente militante, en las fábricas, etc. Semo y él proponían que debía ser expresión del movimiento obrero, que el problema del partido era que no tenía suficientes lazos con el movimiento obrero. Mi planteamiento era que tenía que ser una revista pública, abierta, de distribución comercial, masiva: tiraba veinte mil ejemplares, que para la época era muchísimo y se distribuía en los puestos de periódicos; ellos habían planteado otra alternativa y chocamos. Ellos, sobre todo Enrique Semo, dentro del partido habían defendido que no se abandonase la noción de dictadura del proletariado. En el congreso ganamos, por pocos votos, pero ganamos, y eliminamos ese concepto del programa. Esa fue la confrontación política más fuerte; pero perdí una votación sobre el nombre de la revista. Yo quería que se llamase *Rayuela*, en honor a Cortázar. Y el ala dura, encabezada por Jorge Castañeda, proponía que se llamase *El Machete*, en honor a la revista pura y dura que habían dirigido Siqueiros y compañía. Yo me oponía, pero perdí la votación. Pero la revista fue exitosa, entre otras cosas gracias a la combinación de un nombre tan ortodoxo, tan ligado a la tradición dura, con un contenido tan absolutamente heterodoxo.

Pero con el tiempo, en realidad salí ganando. La revista defendía la causa democrática con pasión. Recuerdo un artículo que se llamaba “Dictadura, ni la del proletariado” o algo así. Esta discusión se expandió y tuvo muchas repercusiones, menos políticas y más intelectuales, sobre todo en los medios académicos que no estaban dentro del Partido Comunista, que era el partido más fuerte de la izquierda, y que estaba en un proceso de transformación.

## **OG: ¿Quiénes colaboraban en El Machete?**

RB: Prácticamente toda la intelectualidad de izquierda colaboró allí: Carlos Monsiváis, Adolfo Castañón, José Ramón Enríquez, Adolfo Gilly, Pablo Gómez, René Delgado, Emilio de Ípola, Felipe Garrido, María Luisa Puga, Daniel Cazés Santiago Ramírez, Raymundo Riva Palacio, Jorge Alcocer, Víctor Roura, Adolfo Sánchez Vázquez, Emilio García Riera, Froylán López Narváez, Alberto Ruy Sánchez, Otto Minera y muchos más. Colaboraron también varios integrantes del grupo conocido como el movimiento de acción popular, como Arnaldo Córdova, Rolando Cordera, Luis González de Alba, Carlos Pereyra y otros. Yo estaba aliado a ellos aunque no pertenecía a su grupo; yo era eurocomunista, pero estaba muy abierto a ellos: coincidíamos en la cuestión democrática pero discrepábamos en el problema del nacionalismo. Ellos eran nacionalistas, muy nacionalistas. Yo era muy internacionalista. Pero ellos habían recogido de manera importante, aunque su remoto origen era más o menos maoísta, la tradición democrática, sobre todo de raíz gramsciana.

Gramsci, ejerció una gran influencia. La discusión en torno a Gramsci también tuvo mucha importancia en la polémica interna que hubo detrás de la concepción de esta revista.

## **OG: Pasando a otro tema, nos interesa conocer sus relaciones, dentro del proceso de democratización, con políticos que han sido protagonistas en este proceso, y con los empresarios.**

RB: Justamente a través de la revista *El Machete* cuando tuve una real militancia política, yo siempre había sido un intelectual afiliado al Partido Comunista pero sin ningún cargo, ninguna comisión interna, ni nada, siempre ligado a trabajos intelectuales. La antigua revista *Historia y sociedad* que había dirigido Enrique Semo, era una

revista soviética hecha en México [risas], bastante mala pero en la que logré introducir la discusión sobre el modo de producción asiático, para gran disgusto de los soviéticos. Pero cuando me nombran director de *El Machete*, una revista mensual del Partido Comunista, yo no estaba en la comisión política, ni siquiera en el comité central. Fue cuando se editaba la revista que me obligaron, prácticamente, a entrar al comité central, pero nunca acepté estar en la comisión política, no me gustaba estar en esos cargos.

El proyecto de dirigir una revista que tiraba veinte mil ejemplares me conectó con un abanico muy importante de personajes políticos, líderes, empresarios, tecnócratas, dirigentes sociales, comenzando con el Secretario de Gobernación. En esa época, si no había el visto bueno del poder ejecutivo a través del Ministerio del Interior, ninguna revista podía circular a un nivel masivo. Revistas intelectuales de dos, tres mil ejemplares no tenían ningún problema. Una revista de gran tiraje o un periódico, no podían circular sin previa negociación política, aunque solo fuese por el pequeño detalle de conseguir el papel necesario para producir una revista así. Los rollos de papel para la rotativa sólo los producía o los importaba Pipsa, que era una empresa del estado, y cuyo presidente del consejo de administración era el Secretario de Gobernación. Entonces, si no era con su aprobación, no había ninguna posibilidad de que circulara la revista. Esto se logró, desde luego, con el previo visto bueno de la Presidencia de la República.

Una de las sorpresas fue que la vigilancia de esta revista fue asignada a un Subsecretario de Gobernación, González Guevara, un personaje que había sido presidente del PRI en el Distrito Federal. Era un marxista ortodoxo, que me criticaba, siendo él Subsecretario de Gobernación, porque la revista no era suficientemente ortodoxa [risas]. Era una cosa verdaderamente ridícula debatir con él lo que yo ya había ganado dentro del territorio de mis camaradas comunistas ortodoxos. Al mismo tiempo, cuando me entrevisté con el director de la empresa estatal Pipsa, de cuyo nombre no me acuerdo, ni quiero acordarme, me dijo: “le vendo el papel solo porque he recibido órde-

nes, si no, no le vendería nada porque su revista me parece infame y no debería usted publicarla, pero no tengo más remedio. Lo que sí va a tener que hacer es pagar por anticipado, con cheque certificado de caja del banco, todo el papel, si no, no tiene los rollos”. Ese era un tratamiento que no se lo daban a ningún periódico ni revista comercial; nosotros teníamos que pagar por anticipado. Eso quería decir que yo tenía que conseguir mucho dinero para poder sacar la revista.

Aunque tenía el visto bueno del gobierno y de gobernación, la revista no tenía publicidad, estaba más o menos bloqueada. Era un trabajo muy grande convencer a diferentes personajes de la política mexicana, informarles que gobernación le había dado el visto bueno, porque si no había anuncio. Cuando entrevisté, por ejemplo, a Carlos Tello, que en esa época dirigía una empresa azucarera, para que insertara un anuncio en la revista, me dijo: “ah, yo encantado, pero ¿quién más se anuncia? No puedo ser el primero”. Sucede que él era conocido como una persona de izquierda, así que tenía que conseguir antes a otro anunciador. Entonces me fui a ver a Arsenio Farrell, el director del Instituto Mexicano del Seguro Social, que era uno de los personajes más conservadores y reaccionarios del régimen, y lo convencí de que publicase un anuncio del seguro social (ello le ayudaría a borrar un poco su imagen de dinosaurio). A partir de ese momento pude conseguir publicidad de otras entidades gubernamentales; empezó a caer un poquito más de publicidad, no mucha pero suficiente. Parte de la publicidad era oculta, es decir que aceptaban pagarnos un anuncio, pero no querían que saliese. ¡Así era maravilloso! [risas].

Por ejemplo, la Secretaría de Hacienda nos pagaba un anuncio, pero nos rogaba que no fuese publicado. Esa era una situación muy incómoda para nosotros. No nos presionaban para nada, no le interesaba. Además, yo tenía mi carácter y era muy terco: era bastante intransigente al respecto, no dejaba que se metiese con la revista ni siquiera el buró político del partido, menos los malditos tecnócratas del Estado. Pero era muy difícil conseguir dinero para un proyecto

así, muy poca gente nos apoyaba dentro del establishment empresarial o gubernamental. Era sumamente difícil.

**OG: ¿Cómo eran los márgenes de la actividad intelectual o de los intelectuales frente al Estado? ¿Existía cooptación intelectual en esos años? ¿Cómo se hacía?**

RB: No, en este caso no. Bueno, mi caso era bastante excepcional, como era excepcional lo que estaba ocurriendo en el Partido Comunista; era un momento de transición. De hecho, es la época en que se inicia tíbicamente la transición democrática, pero es que en México la transición democrática se ha arrastrado durante decenios, es una cosa penosísima. Empieza en esa época, con las legalizaciones de partidos de oposición. La existencia de la revista evidenciaba que algo ya había cambiado. Creo que no tenían nada que pedir para comprarnos, porque lo que a ellos les interesaba ya estaba en mi proyecto original: una revista que circulase en la sociedad civil de manera abierta, democrática. Lo que quería el gobierno es mostrar que había una apertura política y mayor tolerancia. No necesitaba pedirnos nada más. Las dificultades fueron mínimas: a alguno que otro funcionario le parecía que era demasiado poco ortodoxa, o bien trataban infructuosamente de aplicar una ley que prohibía la publicación de desnudos en la portada de revistas. Yo lo sabía y publiqué algunos desnudos. En gobernación, claro, no podían hacer nada; hubiesen hecho el ridículo. Este detallito hoy parece tonto, ahora qué importancia puede tener, pero en esa época era significativo.

La cooptación del intelectual es un hecho en este país, sobre todo del intelectual menos comprometido, el que no tiene militancia en un partido y que tiene ambición de escalar posiciones de poder.

La cooptación es vía puestos gubernamentales: en la educación pública para los que se dedican a cuestiones culturales, en las entidades de desarrollo económico para los economistas, en las univer-

sidades para quien quiera hacer carrera ahí. Nadie que militase en la oposición podía ascender en la escala burocrática gubernamental ni recibir premios, ni nada de eso.

Creo que los premios todavía están bastante dirigidos; alguien realmente crítico rara vez es premiado.

### **OG: ¿La revista Nexos no es un ejemplo de eso?**

RB: Sí, claro, ellos eran un grupo independiente, luego viene Salinas de Gortari y los “convence”. Los resultados se pueden ver en el súbito enriquecimiento de la revista, el papel couché de la portada, la gran cantidad de anuncios oficiales, el edificio, su expansión, etcétera. A mí me invitaron a un proyecto que tenían de ampliación y pluralidad a principios de los ochenta, a raíz de mi experiencia exitosa con *El Machete*. Ellos querían aprovechar esta experiencia, convertir a *Nexos* en una revista amplia y de gran difusión. Pero llegó Salinas y los cooptó; esto coincidió con una polémica muy fuerte que tuve dentro de *Nexos* con González Casanova, a propósito de la conmemoración en 1984 de la novela de Orwell. En esa época González Casanova había publicado un libro criticando a los que llamaba lobos con piel de cordero que se habían metido dentro de la izquierda disfrazados para desviarla. Criticaba a los eurocomunistas, a todos los que pensaban críticamente, rechazaba a la izquierda crítica. Es un libro absolutamente lamentable, dogmático y plano. Le contesté a González Casanova y hubo un escándalo tremendo; intentó que no saliese mi artículo en *Nexos*, pues él también era del consejo. Ese número de *Nexos* es memorable, es el primero del año 1984. González Casanova mandó una carta de cuatro líneas diciendo que mi artículo era “un ejemplo de la cultura de la deshonestidad polémica”. Era escandaloso que pretendiese que mi artículo no se publicase. Hubo un *estira y afloja*, y al final el director de *Nexos* se mantuvo en publicar mi artículo, pero al mismo tiempo aceptó publicar en un recuadrilo

dentro de mi artículo la carta insultante de González Casanova. Yo, pues, me enojé bastante.

No me retiré del consejo, pero dejé de colaborar; ello coincidió con que en esa época publiqué *La jaula de la melancolía*. Ellos se negaron a publicar un adelanto del libro, como acostumbraban hacer con los autores que formaban parte del consejo de la revista. Me pidieron un texto adelantado, se los di, no lo publicaron y se deterioró la relación. Después se volvieron salinistas, y eso hizo peor aún la relación, porque yo me mantuve muy crítico del salinismo durante todo ese sexenio.

**OG: ¿Puede decirse que los de Nexos eran los intelectuales orgánicos del salinismo?**

RB: Sí, yo creo que sí. Y fue una desgracia, porque dentro del grupo estaban personas como Carlos Pereyra, que se estaba convirtiendo en un importante teórico de la democracia. Murió en el camino de serlo, no se consolidó.

**OG: Y ahora, ¿cómo ve las relaciones entre políticos e intelectuales? ¿Y cómo evalúa hoy su propia visión hacia la democracia?**

RB: Hoy en día la situación ha cambiado con Ernesto Zedillo porque no tiene mucho interés en cooptar intelectuales. Pero otra era la situación en los cincuentas y sesentas. Yo recuerdo que los que nos dedicábamos a la cuestión agraria un día amanecemos con la amarga noticia que al consejo de la CNC, la organización campesina del PRI, habían entrado Ricardo Pozas y Rodolfo Stavenhagen. Eso para mí fue un trauma porque eran amigos míos, maestros, de izquierda, a

quienes admiraba, y ya estaban en el PRI, ¿cómo? Bueno, supongo que era el precio que había que pagar por los apoyos a los que aspiraban.

Mantengo mi defensa de la democracia como un mecanismo formal absolutamente indispensable para normar la representación política del pueblo. Después, en los últimos años me ha interesado estudiar las dimensiones culturales de los mecanismos estrictamente políticos. Una cosa que me ha interesado siempre es el tema de la legitimidad y de sus raíces culturales. Y es que en el momento en que más o menos llegue la democracia, los problemas más importantes van a volver a salir; unos serán de tipo estrictamente económico, otros de tipo cultural. Los aspectos culturales se van a reflejar en la política. Yo he abandonado los estudios económicos, como los que hacía cuando me dedicaba a la cuestión agraria, y ahora me dedico a los problemas culturales. Eso es un cambio, porque ahora me parece que la dimensión cultural es fundamental.

Como base de la convivencia, como base de la política, e incluso como mecanismo; y como forma de explicar ciertos procesos económicos, que tienen una raíz cultural. Yo no creo que sea fácil explicar la falta de desarrollo, el llamado subdesarrollo o el atraso, propios del llamado Tercer Mundo, sin la dimensión cultural. No existe un mecanismo estrictamente económico, o económico-político, que explique los problemas. Hay que incluir de manera fundamental la dimensión cultural. Y eso es algo muy difícil de manejar, muy complejo. Pero creo que hay que hacerlo.

En ese sentido, creo que se ha avanzado en los procesos de democratización. Me parece que se ha logrado convencer a porciones significativas de la sociedad civil latinoamericana, por un lado, y a importantes porciones de la cultura gubernamental norteamericana, de los Estados Unidos, de que la democracia debe expandirse en nuestros países. Con el juicio a Pinochet quienes hacen un papel raro son los gringos, evidentemente, porque fueron ellos quienes prepararon el golpe, y son ellos ahora los que están pidiendo información para procesarlo. Ha habido cambios también en la cultura gubernamental.

En Estados Unidos han cambiado tanto los republicanos como los demócratas, así que eso es un avance. Por otro lado, y a pesar de todo, ha cambiado la sociedad civil latinoamericana, que ha desarrollado una cultura democrática; es decir, no solo la idea de que debe haber un mecanismo más o menos eficiente de representación, sino que, para que este mecanismo funcione, tiene que haber una forma peculiar de cultura.

## ENTREVISTA A FRANCISCO ZAPATA:

---

**“Para entender la política democrática en su nueva versión, hay que ser contador”<sup>27</sup>**

Obtuvo el grado de Doctor en Sociología por la Universidad de París, en junio de 1970, con la tesis “La estabilidad política de Chile: algunas hipótesis sobre el papel del movimiento obrero”, la que fue dirigida por el Dr. Alain Touraine, director del Centre d’Analyse et d’Intervention Sociologique (CADIS) (Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales-EHESS). Realizó estudios universitarios en la Escuela de Sociología de la Universidad Católica de Chile (1963-1967) de la cual obtuvo el título de Licenciado en Sociología con la tesis “Estructura y representatividad del sindicalismo en Chile” (1968) la que fue dirigida por el Dr. Domingo Sánchez, del Instituto de Administración de la Universidad de Chile. Durante el periodo 1994 - 2000 fue director del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, de 1993 a 1996 fue Presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo (ALST), entre 1978 y 1982 fue Miembro Titular del Comité Ejecutivo de la Asociación Internacional de Sociología (ISA). En el año 2000 se desempeñó como Visiting Professor of Sociology en la Yale University y en 2002 fue Visiting Professor of Sociology and Fellow of the Helen Kellogg Institute For

---

27 Entrevista realizada y editada por Osmar González en México DF el 21 de agosto de 1998.

International Relations de la University of Notre Dame. Desde 1991 es Miembro de la Academia Mexicana de Ciencias y desde 1994 es Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Autor de un libro clásico sobre las ideas políticas en la región, *Ideología y política en América Latina* (1990), entre sus publicaciones recientes se destacan: *Tiempos neoliberales en México* (2005), *Cuestiones de teoría sociológica* (2006) y *Frágiles suturas: Chile a treinta años del gobierno de Allende* (2006).

**Osmar Gonzales: Profesor Zapata, usted nació el 21 de noviembre de 1943 en Milwaukee, Wisconsin. Pensaba que había nacido en Chile.**

Francisco Zapata: No, yo nací en Milwaukee por pura casualidad, porque mi padre era ingeniero mecánico y estaba haciendo un curso de especialización en turbinas en una empresa norteamericana en esa ciudad que se llama Allis-Chalmers. Solo estuve escasos seis meses en Estados Unidos y después me fui a Chile. Soy chileno y mis padres son chilenos. Mi madre es chilena de origen alemán, ama de casa. Mi padre trabajó durante muchos años en la ciudad de Concepción, en el sur de Chile, en una empresa siderúrgica que se llama Compañía de Acero del Pacífico (CAP). Pero la planta se conoce como Huachipato, que fue, por lo demás, objeto de un estudio muy famoso que hizo Alain Touraine en Chile en 1957. Por eso mi vida, de niño y de adolescente, transcurrió en el sur, en la ciudad de Concepción, que era una ciudad industrial, de donde yo saqué bastantes motivaciones de mi trabajo futuro. Mi padre me llevaba al trabajo y conocí lo que era la producción fabril, una siderúrgica, una zona industrial donde había minas de carbón, refinerías de petróleo. Concepción era y es la ciudad industrial más importante de Chile, incluso hoy día. Nosotros llegamos a Concepción en 1947, cuando se estaba construyendo la

siderúrgica. Toda esa primera parte de mi vida fue penquista como se dice en Chile, porque los habitantes de Concepción son los penquistas. Y yo tengo una socialización provinciana, en cierta manera muy ligada a un ambiente de trabajo industrial, una vida cotidiana muy articulada sobre los horarios de trabajo de mi padre. Mi mamá, mi hermano, todos, teníamos una vida muy exigente en cierta manera. Yo estudié en un colegio francés en Concepción, el Liceo Charles de Gaulle, como hay muchos colegios en Chile de colonias chileno-francesas, alemanas, inglesas. Y ahí estuve durante todo ese tiempo. En 1957 a mi padre lo mandaron como representante de la CAP en Estados Unidos, entonces volví a Estados Unidos y ahí también me tocó vivir una experiencia interesante, que fue la revolución cubana, porque en ese momento tenía 14, 15 años y a pesar de vivir allá, nosotros teníamos mucha relación con lo que pasaba en Chile, con lo que pasaba en América Latina, éramos una familia, si tú quieres, muy preocupada de lo que pasaba en distintos países, yo leía muchas novelas, de cosas chilenas, de historia. Era un poco la idea esa de que uno cuando está lejos siempre tiene mucha intensidad en la relación con el país de origen. Luego volvimos a Chile en el año 62 y ahí entré a estudiar en la Escuela de Sociología de la Universidad Católica de Chile. La motivación de esto habían sido los problemas sociales, las lecturas, todo ese tipo de cosas.

### **OG: ¿Y dónde continuó sus estudios?**

FZ: Seguí estudiando en el sistema francés cuando estaba en Estados Unidos, y el último año, del segundo bachillerato (porque en esa época había dos bachilleratos) que fue durante el año escolar 61-62, estuve en la Universidad de Estrasburgo, en el este de Francia. Durante ese último año, seguí los cursos de un famoso profesor que se llama Henri Lefebvre, un viejo marxista, que era profesor de Sociología en la Universidad de Estrasburgo. Los jueves en la tarde que tenía libre

me iba a la Universidad, siendo estudiante del Liceo, y seguí dos cursos que él daba: uno que se llamaba *El marxismo* a secas y otro curso que era *Sociología de la música*. Y ahí fue realmente donde yo decidí estudiar Sociología, con la enseñanza de Lefebvre. Lefebvre fue un poco el que me dio el puente entre lo que yo hacía como, digamos, latinoamericano, como chileno, que había estudiado en el sistema francés, muy ligado a la cuestión de la historia, la geografía, los partidos políticos. La Sociología en Chile recién estaba naciendo.

En la Universidad Católica de Chile, nosotros éramos la segunda promoción, la que entró en 1963, porque había una anterior donde estaban, por ejemplo, Manuel Antonio Garretón, Tomás Moulián, Francisco Orrego, Rodrigo Ambrosio y otros. Estuve del 63 hasta el 67, cinco años en la Escuela de Sociología, y en esos años fue donde salió el tema de mi trabajo intelectual durante mucho tiempo, que fue la cuestión sindical. Yo trabajé, hice mi tesis de licenciatura sobre ese tema, *Estructura y representatividad del sindicalismo en Chile*, que fue un trabajo que realicé en estrecho contacto con la Central Única de Trabajadores, que me ayudó a reconstruir información, porque los dirigentes de la CUT querían saber cuántos trabajadores estaban afiliados a sindicatos en Chile. En base a diversas fuentes hice un relevamiento de todos los sindicatos que había en Chile.

Y ahí también aprendí por primera vez computación, porque capturé en la computadora toda la base de datos: eran 5,500 sindicatos con sus respectivos afiliados, los codifiqué por sectores económicos, por ubicación geográfica, por tipo de sindicato por número de afiliados. Calculé tasas de sindicalización y basándome en el estudio que Ricardo Lagos publicó en esos años sobre el poder económico en Chile busqué determinar las bases de la fuerza del sindicalismo en Chile. Este trabajo se benefició del apoyo de los dirigentes sindicales y de algunas oficinas públicas que nos ayudaron con los cálculos. Hay que recordar que en esos años la computación era algo muy nuevo. Yo tuve que pedir prestado tiempo de computación en la madrugada para poder hacer mis cálculos. Con el tamaño de la base de datos no

podía hacerlo a mano. Paradójicamente, fue en la computadora de la Caja de Previsión de las Fuerzas Armadas en dónde se procesaron los datos de ese estudio. También tuve ayuda de unos compañeros de la Empresa Nacional de Electricidad (ENDESA) que inventaron una pequeña rutina para sumar las frecuencias de afiliación. Entonces se los entregué a los dirigentes de la CUT en junio de 1968, un *print out* de la computadora. Fue muy interesante porque yo llegué con mi *print out* a la sesión del Consejo Directivo Nacional de la CUT con los resultados de todos los cruces y los viejos estaban fascinados con los resultados.

Bueno, en ese último año, 1967, trabajé también en la FLACSO, de ayudante de un profesor francés que se llama Bernard Mottez que trabajaba con Touraine, quién había estado en Chile. En los veranos de Francia, Touraine enseñaba en Chile porque estaba casado con una mujer chilena, que había conocido en la investigación que hizo el año 57 en Concepción. Ahí, nosotros, con mi mujer, porque yo ya me había casado en ese momento, en 1967, decidimos irnos a hacer el doctorado a Francia. Nos fuimos en octubre de 1968 y estuvimos relacionados con el Laboratorio de Sociología Industrial que Touraine tenía en París y con l'École des Hautes Études en Sciences Sociales donde seguimos los seminarios de varios profesores entre octubre del 68 y julio del año 70, e hicimos nuestra tesis de doctorado, que defendimos entre junio y septiembre del año 70.

Paralelamente a esto, se dio la campaña presidencial de 1970 y salió elegido Salvador Allende presidente de Chile. María Luisa (mi esposa) y yo todavía estábamos en Francia, terminando nuestras tesis doctorales. Cuando terminamos, en junio y septiembre respectivamente, decidimos regresar a Chile. Ella consiguió trabajo en la Universidad de Chile en Valparaíso pero yo tenía un compromiso con Rodolfo Stavenhagen en el Instituto Internacional de Estudios Laborales de la OIT hasta marzo de 1971 por lo que me demoré un poco en volver. Casualmente, Enzo Faletto me mencionó un día la posibilidad de ir a trabajar a la mina de Chuquicamata para impulsar

el Programa de Participación de los Trabajadores en la Gestión de las Empresas del Sector Social. Me fui en julio de 1971. Una semana después de que se nacionalizó el cobre (el 11 de julio de 1971), me fui a trabajar a Chuqui por cuenta de la Central Única de Trabajadores (CUT). Se trataba de organizar un sistema de participación de los trabajadores en ámbitos que no fueran de responsabilidad sindical, sino que buscara cómo los trabajadores podían participar en el proceso de toma de decisiones sobre ciertos procesos, en las secciones laborales. Eso duró más o menos cuatro meses porque en noviembre del año 71 nombraron gerente general de la empresa a un muy amigo mío que se llamaba David Silberman, que me pidió que yo me quedara pero ya como parte de la Compañía de Cobre Chuquicamata. Debo mencionar aquí que David Silberman fue desaparecido por las fuerzas armadas en octubre de 1974 y desde esa fecha hasta ahora no se ha aclarado el destino que tuvo en manos de los aparatos de seguridad de la dictadura pinochetista.

Hasta el golpe de Estado yo fui funcionario de la Compañía del Cobre Chuquicamata en el ámbito laboral. Me dediqué a trabajar con los sindicatos en la modernización de los sistemas de contratación, y otras cosas. Todo eso está descrito en el primer texto que publiqué en México en 1975, que se llama *Los mineros de Chuquicamata: ¿productores o proletarios?*, que resume un poco lo que hicimos en la mina entre el 71 y 73, toda la problemática política, social, económica. De hecho, yo no tuve una carrera académica en Chile, nunca. Nunca tuve una inserción institucional. Yo estudié en La Católica, me fui a Francia, saqué el doctorado, volví a Chile, me dediqué a trabajar en esto.

## **OG: Cuénteme cómo fue lo de su detención.**

FZ: Bueno, yo era funcionario de la empresa. Me detuvieron el día 30 de septiembre del año 1973. Ese día iba saliendo de Chuquicamata pues nos despidieron en esa fecha. Como buen sociólogo, es decir un

poco ingenio y confiado, llevaba en mi portadocumentos estadísticas sobre calificaciones, contratos colectivos, tabuladores salariales. En el aeropuerto de Calama, que es la ciudad por donde uno sale de Chuquicamata, revisaron todas esas cosas y las hallaron altamente sospechosas, entonces me detuvieron y estuve tres días detenido en Calama. Pero, después de algunos días muy terribles, el comandante de la zona militar (zonas militares que fueron creadas después del golpe) Eugenio Rivera Desgroux nos mandó a Santiago a varios de los que habíamos caído presos. Fue una decisión muy rara porque cuando llegamos a Santiago, los oficiales del regimiento Tacna no sabían muy bien por qué estábamos ahí.

Sin embargo, después de muchos años, en 1991 en un libro publicado por Patricia Verdugo, *La caravana de la muerte*, pude compenetrarme de lo que estaba ocurriendo en esos días en el bando adversario. Rivera Desgroux, Reveco y otros oficiales del Ejército fueron destituidos por haber sido honorables en el trato de los prisioneros.

En esos meses en Chile las cosas estaban muy fluidas, es decir se había producido el golpe pero todo el aparato represivo todavía estaba en construcción. Había mucha represión indiscriminada, mataban gente al azar, en la calle. Había un aparato de inteligencia y habían tomado la decisión de mandar, por ejemplo, a todos los altos funcionarios del régimen a la Isla Dawson en la Patagonia, o sea, había algunas decisiones pero muchas cosas estaban sueltas. Aquí tengo que mencionar otra vez a mi padre porque él había sido ingeniero mecánico formado en la Escuela Naval, él era marino de formación y se retiró de la Marina para mejorar su situación, bastante desmedrada como marino. A mí me ayudó eso porque él tenía muchos ex-compañeros la Armada de Chile y a mí me soltaron, pero bajo arresto domiciliario. Yo tenía que ir a firmar todos los días a las diez de la mañana al Regimiento Tacna. Era una situación medio ambigua, lo que hizo que cuando Rodolfo Stavenhagen confirmó la posibilidad de poder venir a México, nosotros nos fuimos al aeropuerto de Santiago con un boleto para ir a Lima, porque la recomendación era que había

que viajar cerca, no irse muy lejos y que había que llevar muy poco equipaje. Entonces, con mi mujer y con mi primera hija, con la Maga que había nacido en Chuquicamata en octubre de 1972, nos fuimos a Lima y ahí estuvimos un mes, hasta que salió la visa para México. Es importante mencionar que ese mes en Lima nos permitió formarnos una idea de la percepción que tenían los peruanos acerca de Chile. En particular, durante largas horas pasadas en las librerías pudimos ver la interpretación de los historiadores peruanos acerca de la Guerra del Pacífico. Eso no hizo sino confirmarnos la naturaleza brutal de la acción de las fuerzas armadas chilenas en su ocupación del Perú entre 1880 y 1882. Además, el régimen del general Velasco Alvarado asumió una posición notable, al permitir el exilio de muchos chilenos en instituciones peruanas. Frecuentemente se olvida que el Perú y los peruanos tuvieron una actitud muy solidaria en esas difíciles circunstancias. Valga reconocerlo ahora.

Habíamos salido de Chile el 2 de enero del 74 y estuvimos en Lima hasta el 2 de febrero de 1974 en que llegamos a México. Llegué a esta institución, El Colegio de México, cuando todavía estaba en la colonia Roma, en la calle de Zacatecas, ahí es donde estaba el Centro de Estudios Sociológicos, en el tercer piso del edificio; toda mi vida la he desarrollado dentro del Colegio.

Para mí es importante mencionar que María Luisa y yo tuvimos una hija que es mexicana, que nació en el año 1975 precisamente, Clara Zapata Tarrés, que es la hermana de Marta Zapata Tarrés, que nació en el año 1972 en Chuquicamata.

Cuando llegamos a México nos instalamos en un lugar que queda ahí en la colonia San José Insurgentes, cerca de la iglesia Santo Domingo, en Mixcoac. Nuestra vida en México ha sido una vida muy ligada a lo que yo hago en El Colegio. Yo no me vinculé nunca con el exilio político. Yo hice un punto aparte en 1974 por una serie de cuestiones que no vale la pena mencionar, que son cuestiones mucho más orgánicas a la cuestión política, que significan mucho, que derivaron en que yo me alejara de cualquier compromiso con lo que

era el exilio, como la discusión política fuera de Chile. Me formé mis opiniones a partir de lo que leía, tengo un archivo enorme de lo que fueron los años 74 a la actualidad, lo sigo teniendo, es una preocupación permanente de estar al tanto de lo que pasa en Chile, ahora muy facilitado por el internet. Entonces, ahora yo llego a Santiago de hecho no estoy afuera, estoy adentro, y no he estado nunca afuera, siempre he estado metido en lo que a mí me interesa.

### **OG: ¿Cuál era su posición frente al gobierno de Allende?**

FZ: Yo era muy partidario del régimen de Allende. Nosotros creíamos que el régimen de Allende era la culminación del proceso de profundización de la democracia que se había dado en Chile desde los años veinte en adelante. En las elecciones de 1970 votaron casi todos los que tenían derecho a voto y estaban inscritos en los registros electorales; era gran parte de la población en Chile, fue una participación electoral muy alta, en donde Allende salió elegido con una mayoría relativa, muy homogénea en su composición social, fueron los asalariados, empleados, trabajadores, clase media, los que eligieron a Allende.

Era un gobierno que tenía reivindicaciones nacionales sobre todo en relación al cobre. El presidente Allende y los partidos de la Unidad Popular defendieron un programa nacionalista que buscaba recuperar para Chile una riqueza que desde principios de siglo había estado en manos del capital norteamericano. La nacionalización del cobre era un proyecto central del gobierno de la Unidad Popular. Por otro lado, otro elemento central de dicho proyecto era la profundización de la reforma agraria. Es significativo que Jacques Chonchol haya sido ministro de agricultura tanto en el gobierno de Eduardo Frei Montalva como en el gobierno de Allende. También se trataba de abrir posibilidades de acceso al consumo para las grandes masas del pueblo de Chile que en esos años sufría de grandes carencias.

Ese fue el sentido de la política económica implementada por Pedro Vuskovic en la que la expansión del consumo estaba anclada en la utilización plena de la capacidad instalada de la industria manufacturera. Era una política que, para mí, era la culminación de este proceso de profundización por la participación de la gente, por el grado de involucramiento, las asambleas, los mítines, las reuniones que había de partidos de izquierda, de la gente que participaba en la Unidad Popular, era muy masivo. Fue una experiencia de participación política extremadamente significativa, que lo marcó a uno. Una buena ilustración de este proceso es el documental que realizó Patricio Guzmán, *La batalla de Chile* en la que aparecen todos estos temas centrales. Una demostración de que los chilenos partidarios de Allende estuvimos con el proceso iniciado en 1970 fue que cuando empezó la escasez a fines de 1971 y principios de 1972, cuando empezaron los problemas de desabastecimiento el pueblo siguió apoyando al presidente a pesar de todo eso. La gente estuvo muy, muy conciente.

Cabe aquí poner un pie de página para decir que una cosa importante en mi situación es que nosotros ya estábamos en Chuquicamata desde julio del 71, y que los mineros de Chuquicamata no participaron en nada, estaban en contra y habían votado en contra de Allende. En Chuquicamata los resultados electorales de 1970 favorecieron a la derecha y a la Democracia Cristiana, no a la Unidad Popular. Es decir que era un desafío también político y yo estaba ahí no solo porque me interesaba participar en la política de Allende, sino también porque habían problemas de interpretación sobre el comportamiento de los obreros. Yo me quedé allá pues fui mucho más activista en un propósito: recuperar o convencer a los mineros de que había que aceptar, por ejemplo, la nacionalización del cobre como algo que tenía sentido para ellos, porque de hecho ellos a lo que más le tenían miedo era al proceso de nacionalización. Porque son gente que gana bien, que tiene facilidades para mandar a sus hijos a estudiar a la universidad. Estuve en desacuerdo con la expresión de aristocracia obrera. En el caso de Chuqui, es una expresión extremadamente relativa porque

si bien la gente tenía ingresos altos, también tenía digamos derecho a tenerlo, es decir, es gente muy esforzada. Yo no veo por qué los obreros tienen que ganar salarios de hambre si producen en el sector estratégico en la economía. En el cuaderno del CES número 13 titulado *Los mineros de Chuquicamata: ¿productores o proletarios?*, mi interpretación se centra en el carácter instrumental de su conciencia: por eso señalo que son proletarios y no productores en el sentido de que se comportan con un alto nivel de conciencia profesional, no de clase, pero sí conciencia del oficio, de la calificación, del orgullo de ser trabajador del cobre, de pertenecer a un sector estratégico de la economía de Chile. El cobre representaba en esa época, el 40% de los ingresos en moneda dura del país, la mitad de las exportaciones. Bueno ese tipo de cuestiones son las que me acercan al gobierno de Allende, porque estaba preocupado de ampliar las bases de sustentación del gobierno en el frente de trabajo.

En ese sentido, no estaba muy cerca de muchos compañeros de la Escuela de Sociología de la Católica que se quedaron en Santiago, en el Centro de Estudios de la Realidad Nacional, en el Ceren, o en el Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile, donde trabajaban, por ejemplo, Manuel Antonio Garretón, Ruy Mauro Marini, Theotonio dos Santos, o René Zavaleta. Nosotros teníamos una posición muy diferente, y digo nosotros porque éramos muchos que nos dijimos, bueno, es ahora o nunca. Es decir, si Allende salió elegido presidente, hay que poner nuestra parte en esto, y no podemos estar ahí mirando las cosas de afuera. Fue una actitud que nosotros tomamos, puede ser obrerista, puede ser de lo más criticada de muchas maneras, pero la definición que yo hice en mi vida en Chile en ese momento era que había que estar donde estaban los acontecimientos. Fue una cosa extremadamente orgánica que se reflejó en una práctica política muy anclada en la negociación de conflictos, en conocer a los trabajadores, en hacer activismo político, en organizar. De hecho, como lo demuestro en mi libro, eso fue logrado. Y fue logrado porque en marzo de 1973, los mineros de Chuquicamata

y sus esposas votaron por los partidos de la Unidad Popular en las elecciones parlamentarias. En febrero de ese año ya se había conseguido obtener el control de los sindicatos pues los partidos socialista y comunista recuperaron posiciones. Entonces, mi perspectiva es que nosotros íbamos ganando no solo en Chuqui sino también a nivel general, y el golpe de estado en Chile se produce justamente por eso. Los militares, los servicios de inteligencia, se dan cuenta que no había alternativa electoral al régimen. Ellos perdieron las elecciones parlamentarias de marzo del 73, el gobierno en vez de perder ganó y terminó con el 43% del voto. Esos tres años fueron tremendos. Es decir, una coyuntura como la que vivió Chile entre octubre del 71 y enero del 73, fue muy raro de que saliera 43% de la población votando por el presidente Allende en las parlamentarias. Eso hizo que el golpe se tuviera que realizar porque era imposible ganarle a Allende por la vía legítima. Para la burguesía chilena, para los militares chilenos la democracia sirve mientras les convenga a ellos, mientras ganen. Si ganan los trabajadores y gana la izquierda, entonces la democracia no tiene ninguna utilidad.

Según mi manera de pensar, ahí se cerró una manera de ver la democracia chilena, es decir una democracia participativa, una democracia en la que la gente se sentía parte de una sociedad, parte de un proceso político. Después que se restableció la democracia en Chile en 1990, no ha pasado así. Es decir, lo que tenemos hoy día en Chile es una democracia de consumo, una democracia de crédito, una democracia muy consumista. Y en eso yo comparto el argumento de Tomás Moulián en su libro *Chile: anatomía de un mito*, que fue publicado el año pasado (1998) y que misteriosamente lleva 25 ediciones. Quizás el que se hayan vendido 25 mil ejemplares en Chile quiere decir que algo le está diciendo a alguna gente. Frente al tema de la democracia es un poco así como yo me defino. Si nosotros vivimos una democracia plena, a pesar de lo que diga la derecha, de que el pueblo de Chile durante el gobierno de Allende era un pueblo manipulado, un pueblo que estaba siendo ilusionado, qué sé yo, eso

es mentira porque las mujeres de Chile, los jóvenes, los trabajadores, los profesionales, estábamos todos en un clima extremadamente interesante, y además de realización.

Cuando volvimos a Chuqui veinte años después, en 1993, y explícitamente fuimos porque le queríamos mostrar a mi hija mayor dónde había nacido, constatamos algo que nos impresionó mucho, que fue que todas las cosas que nosotros habíamos propuesto hacer se hicieron: es decir, nuestras propuestas, las del gobierno del presidente Allende se implementaron porque eran demandas muy antiguas. Así, se modernizaron las casas, se hizo un sistema de drenaje, se hizo una carretera entre Chuquicamata y Calama (en 1971 era un camino lleno de hoyos entre el mineral de cobre a tajo abierto más grande del mundo y Calama, la ciudad más cercana), y se hizo una carretera de doble sentido, con cuatro carriles, se hicieron los planes de incentivo en la empresa, en la producción. Nosotros habíamos diseñado el sistema de incentivos que estaba, muy ligado a la productividad del trabajo. Y, también se creó un equipo de fútbol, el COBRELOA que concretó aspiraciones que por décadas se habían manifestado en el mineral. Bueno, y esto ¿por qué entonces? Porque a pesar de lo que se afirmó para justificar el golpe, nosotros habíamos sido creativos. No se trataba simplemente, como dicen algunos, de que había que repartir lo poco que tenía Chile. El tamaño del pastel en Chile aumentó, la producción aumentó, según un esfuerzo muy grande. Es decir, el proceso político social estaba teniendo éxito. Y eso es muy claro. Si uno lee las memorias de Kissinger, por ejemplo, donde viene el capítulo chileno muy bien explicado desde la perspectiva del gobierno de Nixon, era claro que a eso “había que darle en la torre,” porque Estados Unidos no se podía dar el lujo de tener otra Cuba allá en el cono sur, aunque la analogía con Cuba a mí no me gusta mucho porque el grado de desarrollo político que hay y había en Chile no se puede comparar con el grado de desarrollo político de Cuba en 1958.

En Chile había una democracia, un sistema político, un sistema de partidos, con organizaciones sociales que tenían una visión histórica.

Tenían también una visión de la democracia en la izquierda, cosa que no es muy común en América Latina. Hay que recordar siempre que Luis Emilio Recabarren, el creador del Partido Comunista de Chile, fue el que siempre dijo que el proceso democrático era reconocido por la izquierda naciente en las dos primeras décadas del siglo. El planteamiento ideológico de Recabarren, al asumir el proceso que culminó en 1921 con la creación del Partido Comunista siempre dio por sentado que la izquierda iba a luchar dentro de las instituciones. Las posiciones que defendieron otras vías nunca representaron un peso significativo. Incluso, yo hice mi tesis doctoral sobre ese tema. Dije en esa tesis: la izquierda fue el garante del sistema político chileno porque fue una de las pocas izquierdas que no cuestionó al régimen democrático, que funcionó dentro del sistema democrático y ganó dentro de las instituciones democráticas. Nosotros ganamos las elecciones de 1970 de acuerdo a las reglas fijadas en la Constitución de 1925, que era una constitución hecha por los partidos de centro, por el Partido Radical, por el Partido Liberal.

Es en este contexto que es importante recordar que, en contraste con la visión ideológica de la izquierda chilena, anclada en planteamientos como los de Recabarren, las fuerzas armadas son una casta que se concibe a sí misma como representante último de los intereses más poderosos del país, al punto que se puede hablar de un actor de clase en la medida que los oficiales tanto de la Armada como del Ejército siempre se identificaron con esos intereses. Desde muy temprano en la historia de Chile, desde 1880, jugaron un papel en la política. En la Guerra Civil de 1891, el enfrentamiento entre la Marina y el Ejército se dirimió con el suicidio del presidente Balmaceda; los golpes de 1924 y 1925, cuando derrocaron al presidente Alessandri para volverlo a reinstalar, la dictadura del coronel Carlos Ibañez del Campo (1927-1931) y otras manifestaciones que en la historia de Chile van asociados a la expresión “ruido de sables” no son sino algunos ejemplos de la participación de ese actor en la política chilena. La agitación de los años treinta es siempre recordada por los partidos

de izquierda porque representan una especie de anticipación del 73 por la violencia de la acción de los militares en la que el conflicto de clases permite decantar a los partidarios del régimen democrático de sus enemigos, entre los cuales se contarían los militares. Lo que pasa es que los militares chilenos se conciben a sí mismos como garantes del orden político, pero de un orden político particular, el que sustentan los grupos dominantes de la sociedad. La posición de las fuerzas armadas, si bien pudo ser caracterizada como “democrático” en la medida que a diferencia de otros países del continente no interrumpieron dicho proceso tan frecuentemente como en otras partes, pero ello no fue obstáculo para que en determinadas circunstancias lo hicieran en forma brutal. Eso hizo que los servicios de inteligencia a partir del segundo semestre de 1972, presionados por la derecha y alentados por la representación de la Agencia Central de Inteligencia del gobierno de Estados Unidos que intervino, como después se pudo demostrar en las audiencias que el senador Frank Church realizó en el Congreso americano, directamente en el financiamiento del llamado “paro de octubre” que paralizó el abastecimiento del país, empezaran a detectar de que la cosa de Allende iba en serio. Pero iba en serio en un sentido político, y no en un sentido militar. Es decir, los trabajadores chilenos no eran una amenaza desde el punto de vista militar, los trabajadores chilenos eran una amenaza política. El gobierno de Allende podía ganar, podía tener más del 50% de los votos. Es ahí dónde el reflejo de casta al servicio de los intereses dominantes se manifiesta y contribuye a la realización del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973.

**OG: Se puede decir que la experiencia de Allende lo marca en su concepción de la democracia.**

FZ: Pero no es solo Allende. Nosotros veníamos de un proceso de radicalización, de toma de conciencia desde la revolución cubana en

adelante. Es decir, nosotros, mi generación, la generación que llegó a la universidad a principios de los sesenta, era una generación que la tiene como punto de partida de su socialización política. Porque lo de Cuba no es solamente la revolución, lo de Cuba representa una cuestión simbólica: la Revolución Cubana nos enseña que es posible cambiar exitosamente las condiciones imperantes en nuestros países, es posible que los campesinos logren la tierra, es posible que la propiedad de las industrias se modifique, es posible la reivindicación nacional. Eso frecuentemente es una cosa que a veces se olvida. En nuestros países no se puede hablar solamente de una conciencia de clase, sino que la gente se mueve mucho más por la conciencia nacional. Yo puedo hacer un discurso sobre la conciencia de clase a los obreros chilenos, pero nadie me va a escuchar, pero si yo les hablo de la cuestión nacional en términos clasistas, que los obreros son tan chilenos como los oligarcas terratenientes, ese argumento es más peligroso. Que la defensa de la nación descansa también en la clase obrera organizada es un argumento subversivo. Y los trabajadores chilenos decían: nosotros somos parte del sistema democrático, nosotros tenemos instituciones como los sindicatos, como los contratos colectivos, la negociación colectiva, todo eso forma parte de nuestros derechos, no es un favor que nos están haciendo, cuando participamos en un sindicato: no estamos solamente ahí como obreros, estamos también como ciudadanos. Y ahí se juntan dos dimensiones.

Y eso en la Central Única de Trabajadores de Chile, en la CUT, era muy claro. La CUT era una organización, en esos años, donde el Partido Comunista tenía una fuerza muy grande, pero eso no quitaba de que en el consejo directivo nacional hubieran radicales, socialistas, demócratacristianos. Había una definición de clase que se articulaba en un movimiento político que no era solamente sindical. Y esa es la herencia de la historia del movimiento obrero en Chile. La historia del movimiento obrero en Chile es muy clara en el sentido de que siempre la dimensión ciudadana tuvo un peso muy fuerte en las decisiones que se tomaron. Entonces, claro, la experiencia de

Allende es, digamos, el punto culminante de una visión que nosotros teníamos. Son diez años, 1960-1970, de una socialización complicada porque era una socialización donde está lo de Cuba, pero también está nuestro proceso de formación intelectual. Nosotros hacemos tesis doctorales, escribimos libros. La generación de 1963 de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica es una generación muy productiva. Muchos de los que estudiamos en esos años en esa Escuela, Andrés Pascal Allende, Juan Enrique Vega, Guillermo Campero, Manuel Antonio Garretón, Tomás Moulian, para no mencionar sino algunos que pertenecieron a esas generaciones de sociólogos (1962-1970) participaron directamente en la política y en la reflexión sobre los problemas de Chile.

**OG: Entonces lo que caracterizaría a nuestras democracias es la apatía.**

FZ: Por ejemplo, en Chile hoy día, el único periódico que había un poquito disidente, se tuvo que cerrar porque no tenía plata para funcionar. Hace dos meses (junio de 1998) se cerró *La Época*, periódico que jugó un importante papel en la transición chilena. Tuvieron que cerrarlo por incooperable y claro que al gobierno le convenía que cerrara porque no le interesaba mucho tener estas pulgas en la oreja. Y la misma reacción han tenido muchos de los funcionarios del estado democrático frente al libro de Tomás Moulián. En vez de entrar a un debate, lo critican porque dicen que es el “ayatollah” del fundamentalismo democrático. Y lo acusan injustamente muchas veces. Ese es el argumento de más mala fe que hay, de que en el fondo Moulián está en contra de la redemocratización, lo cual es falso. Es decir, no porque uno critique esto quiere decir que la transición está equivocada. Todos estamos de acuerdo que había que salir del régimen de Pinochet, pero en las condiciones en que se salió, es decir hipotecando los márgenes de maniobra, dejando pendiente la búsqueda de los dete-

nidos-desaparecidos, aceptando el modelo económico sin ninguna condición, eso no puede aceptarse.

Quizás había algunas alternativas. Por ejemplo, a nadie se le ocurrió ni se le ha ocurrido sacar gente a la calle, a nadie se le ha ocurrido nunca utilizar el capital político que tienen las organizaciones sindicales. Entonces, es necesario crear un discurso que atraiga a la juventud, ¿por qué, desde 1995 en adelante, más de un millón de jóvenes entre 18 y 24 años no se inscriben en los registros electorales en Chile? Se trata de la generación del golpe, de los que nacieron después del 73. Ellos vivieron de chicos la transición, tenían 8, 9 años, han vivido la “democracia chilena” en su etapa adolescente y de madurez, y no les interesa. Es decir, ellos hicieron su escuela secundaria y preparatoria en un régimen democrático, ellos entraron a la preparatoria entre 1993 y 1994, salieron de la escuela hace un año y no entran al juego. Algo tiene que estar pasando. Incluso existe el peligro de que muchos de ellos, por cuestión de sintonía política, en vez de apoyar al candidato de la Concertación en las elecciones presidenciales de 1999 favorezcan al candidato de la derecha que se ostenta como un hombre de su generación (se trata de Joaquín Lavín, candidato declarado de los partidos de la derecha para esas elecciones).

### **OG: Ahora, ¿cómo es su relación con su país?**

FZ: Mi relación con Chile se identifica con los que estudian la minería, con los historiadores. Eso también tengo que decirte. En mi desarrollo intelectual, en relación al problema de la democracia, la lectura de la historia de Chile es muy importante. Muchos de los que están en la ciencia política o que están en la política chilena tienen una lectura muy mala de la historia de Chile. Porque la historia de Chile es una historia donde hay que tener presente esta idea de la participación, del involucramiento, del compromiso. No solo desde este siglo, sino desde 1850 en adelante (desde la creación de la Socie-

dad de la Igualdad por Francisco Bilbao), desde que nace la economía minera, desde que hay una participación de la gente en la actividad productiva. Hay un grupo de historiadores en la Universidad de Santiago de Chile, la USACH, que estuvieron exiliados en Inglaterra, que crearon una revista que se llamaba *Nueva Historia*. En esa revista se publicaron en los años setenta, ochenta, una gran cantidad de artículos sobre este problema, la inconformidad, el espíritu rebelde, la preocupación por la participación política. Estos fenómenos se iniciaron mucho antes de lo que la gente cree. Existe un sociólogo-historiador, Samuel Valenzuela, que es muy amigo mío, que escribe sobre el desarrollo de la democracia chilena en 1874 porque él estudia la legislación electoral y los partidos políticos. El ha publicado últimamente, del año 92 para acá, varios artículos diciendo que la cuestión de la democracia en Chile no es una cuestión que nació con el gobierno de Aylwin.

Por eso es que hay fenómenos sociales como el movimiento feminista que en Chile tiene una presencia muy particular, porque en Chile la relación de los hombres con las mujeres ha sido siempre algo igualitaria, aunque tensa. Chile es un país donde la proporción de mujeres con educación superior es muy alta. Chile desde los años veinte es un país donde las mujeres iban a la universidad, empezando por las grandes mujeres: Amanda Labarca, Gabriela Mistral. Las mujeres chilenas son tan formadas como cualquier hombre. El *leit motiv* de lo que yo quiero que quede presente aquí, es que uno se forma en procesos electorales, en participación, en conciencia ciudadana, en espacios que no son solo los espacios del sistema político, sino que uno se forma en la escuela primaria, eligiendo el centro de alumnos de la clase de tercero de primaria, haciendo campaña electoral en tercero de primaria para que el compañero Juanito sea el presidente del Centro de Alumnos, se forma en las poblaciones, se forma en las sociedades mutuales, en las sociedades civiles. Por ejemplo, en la Escuela de Sociología de la Católica nosotros elegíamos el Centro de Alumnos que era reflejo de la pluralidad, pues existían socialistas,

comunistas, radicales, demócratacristianos, todos, y había negociaciones para elegir, eso es lo que hay que tener presente.

**OG: Por eso es que usted ve a Allende como la culminación de todo un proceso histórico.**

FZ: Exacto. Y es una cosa que, incluso, no está ausente todavía. Es decir, hay una especie de bloqueo a eso. Los políticos de la concertación en Chile están muy preocupados porque le tienen miedo a eso. Tienen miedo a que la gente realmente se vea involucrada en la discusión de los asuntos públicos. Ellos creen, equivocadamente, que la transición a la democracia fue una transición en la que la política se hace a través de la televisión y de que hoy día hay que construir imagen y hay que manipular perfiles y cosas así. Lo interesante es que el pueblo chileno no le entra.

En este sentido, vale la pena mencionar una cuestión que tiene que ver con este problema de los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia. En efecto, hay una cosa en Chile muy interesante que es el humor político. Hay unos amigos míos que se dedicaron a transcribir en un cuaderno los insultos que la gente escribió en los votos al anularlos en la elección parlamentaria de 1997. O sea, es una especie de distanciamiento, de sorna, de crítica que está plasmada por escrito. Cuántas veces los carabineros (policías) chilenos tienen que desalojar las tribunas del Congreso Nacional en Valparaíso porque la gente llega a las tribunas a insultar a los diputados que dijeron en la campaña electoral que iban a hacer una cosa y en el hemiciclo hacen otra.

**OG: O sea que todavía hay una masa, una posibilidad de crítica de la sociedad al Estado.**

FZ: Claro, o sea hay un humor, que quizás es un poco sarcástico y los diputados están preocupados. Ahora por primera vez, por ejemplo, se ve que la gente empieza a discutir el problema de la dictadura directamente. Ahora yo noto, sobre todo después de las elecciones de diciembre de 1997, que empieza a abrirse un poco el debate sobre los desaparecidos, sobre los juicios sumarios, sobre los fusilamientos. Supuestamente todo eso estaba resuelto, y de repente resulta que la gente empieza a reaccionar negativamente. Siempre he tenido la seguridad de que en Chile la política viene de la tierra, es algo aprendido, algo generado, tiene una cultura política muy organizada. Y a pesar de todos los intentos de suprimirla, de borrarla, de exterminarla, ahí está, en la mujer, en los chiquillos, en los que no votan, en los que no se inscriben, en los que van al congreso, hay una efervescencia. Todo esto, naturalmente, se ha profundizado después del arresto de Pinochet en Londres a partir de la solicitud de extradición de la justicia española (octubre de 1998).

**OG: Ahora, volvamos a México. México es un país que albergó a mucha gente que tuvo que salir de su país injustamente en la época del autoritarismo, ¿usted tuvo relación con este mundo intelectual o político de Chile en México? ¿Cómo fue su relación con él?**

FZ: Muy buena, yo tenía relación con muchos profesores que han venido acá, con argentinos, con los bolivianos, peruanos, que fueron los que más estuvieron. Los brasileños tomaron la decisión de volver a Brasil en los ochenta. Vino aquí Ruy Mauro Marini, con el que mantuvimos relación porque él era profesor de las primeras promo-

ciones del Centro de Estudios Sociológicos. Y con René Zavaleta, con Juan Carlos Portantiero, con Emilio de Ipola, con Jaime Osorio, con Julio Cotler que vino al llegar Morales Bermúdez al poder en el Perú. Hay una serie de gente con la que hemos coincidido en una cosa, que ha sido el hecho de que nos hemos dedicado a trabajar intelectualmente en cada uno de nuestros temas, siendo muy productivos. Es decir, nos sumamos al aparato académico de la educación superior en México en los años setenta y ochenta. La relación con la política militante, de casi todos los que yo he mencionado fue muy tenue. Por ejemplo, pongamos el caso de Rene Zavaleta. Es un tipo que estaba muy dedicado a trabajar intelectualmente aquí en México. Él escribió muchas cosas importantes durante su estadía aquí y contribuyó a la formación intelectual de las primeras generaciones de la Maestría en Ciencias Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-sede México. A pesar de que tenía siempre su cabeza en Bolivia. Es lo mismo que me pasa a mí, o sea, yo tengo mi sexto sentido en Chile porque es lo que uno mejor entiende, la política es algo que uno no puede entender solamente racionalmente. Además, nosotros estuvimos en política por razones muy específicas. Participé en el gobierno de Allende porque ahí sí, yo tenía una vela en el entierro. Pero a mí no me dice nada participar en la política del gobierno de la Concertación, nada. Yo sé, entiendo, puedo razonar la posición de muchos de los que están ahí pero no me interesa, porque yo sé que eso no corresponde a lo que yo haría si estuviera ahí.

**OG: ¿Considera que este espacio de exiliados intelectuales en México contribuyó a revalorar, a repensar de alguna manera el tema de la democracia en nuestros países?**

FZ: No se puede pensar en términos tan generales. Es decir, lo que nosotros hicimos fue reflexionar acerca de los procesos que tuvieron lugar en nuestros respectivos países. Si eso contribuyó a revalorar el

tema de la democracia, diría que sí, en la medida en que nosotros hicimos una reflexión sobre lo que había pasado, y sobre lo que estaba pasando en la perspectiva de ver cómo reiniciar el proceso que los militares habían interrumpido tanto en Argentina, Bolivia, Brasil, Perú, Uruguay o Chile.

En esos años, vale la pena recordarlo, la Editorial Era, de la ciudad de México, publicaba una revista que también jugó un papel muy importante. Se trata de la revista *Cuadernos Políticos*, que se publicó desde 1974 hasta 1990 en que dejó de salir, (son como 45 números) y observa que ahí vienen todas las interrogantes centrales. Por ejemplo, autores como Goran Therborn, se interroga acerca sobre las formas de la democracia, sobre los procesos de expansión de la ciudadanía, distingue entre democracia electoral y democracia participativa, sobre los mecanismos internos de generación del poder. Lo que hicimos fue pasar de una concepción de la democracia muy sintética, quizás poco problematizada en dónde la cuestión de la revolución, de la transformación de las estructuras de dominación era concebida en forma genérica, de una concepción muy poco desglosada del proyecto democrático a una concepción mucho más analítica, por un lado, y por el otro lado, más histórica. O sea, se introdujo una especie de relativismo histórico que es bien importante tener presente. Es decir, la democracia no es una sola cosa, la democracia tiene formas, tiene bases, tiene procesos, ese tipo de cuestiones. Eso nos obligó a todos a leer mucho más de lo que habíamos leído sobre la teoría. Por ejemplo, tuvimos un seminario aquí, en el CES, un año completo, sobre Gramsci, en 1975 si no me equivoco. Y nos reuníamos todas las semanas a discutir.

### **OG: ¿Quiénes se reunían?**

FZ: Los profesores del CES, varios. Nelson Minello, iba Jorge Bustamante, Vivian Brachet, también Rodolfo Stavenhagen y algunos

estudiantes de la primera generación de Programa de Doctorado en Sociología como Jaime Osorio, Héctor Díaz Polanco, Jorge Amador. Gramsci fue muy importante en ese momento porque no lo habíamos leído. La efervescencia gramsciana empezó en esos años: a principios de los 70 cuando Portantiero y otros hicieron un esfuerzo por pensarlo en las condiciones latinoamericanas. Ya había sentido algo de esto cuando estaba estudiando en Francia, pero después de 1973 se hizo crítico entender por qué nosotros habíamos hecho política. A posteriori entendí qué es lo que queríamos hacer.

Lo que pasa es que los grupos dominantes y sus aliados ideológicos en Estados Unidos percibieron rápidamente lo peligroso que era *eso* que queríamos hacer. En ese sentido, un hombre como Kissinger, acólito de Nixon, lo dice explícitamente en sus Memorias. Dice que era su responsabilidad evitar que un pueblo cometiera errores, a pesar suyo, inducido por proyectos como el que planteaba Allende. Es decir, había que cortar de raíz la idea que el proceso histórico que había experimentado Chile pudiera culminar en el éxito del gobierno de Allende. Para eso no escatimó ningún esfuerzo: la intervención de Estados Unidos en el derrocamiento del gobierno del presidente Allende fue fundamental. Desde el apoyo a los asesinos del general René Schneider (septiembre de 1970) pasando por el financiamiento de los paros de los dueños de los camiones del transporte, y por la corrupción de varios dirigentes de la Democracia Cristiana.

A partir de esa constatación, concluimos que la implementación de un programa como el que proponíamos debía tomar en cuenta el factor internacional, la coyuntura específica por la que atravesaba la relación con Estados Unidos, factor determinante de la política de nuestros países. Gramsci y las discusiones que teníamos a partir de él, demostraron que el respeto por las instituciones democráticas no es suficiente: hay factores de “real-politik” que deben ser tomados en cuenta. Si no se consideran en su peso real, los riesgos aumentan en forma exponencial. En ese sentido, en mi caso particular, el estudio de la nacionalización del petróleo en México por el gobierno de Lázaro

ro Cárdenas en 1938, me demostró lo importante que fue la presencia de un presidente como Franklin D. Roosevelt en Estados Unidos para que la nacionalización petrolera pudiera prosperar. En Chile, nosotros nacionalizamos el cobre cuando Nixon era presidente de Estados Unidos y el peso real de eso no fue debidamente tomado en cuenta desde el punto de vista del margen de maniobra que existía para seguir adelante. Pues, en efecto, Nixon y Kissinger se encargaron de apoyar las estrategias de las empresas que habían sido expropiadas, la Anaconda Koper Corporación y la Kennecott Koper Corporación que impugnaron la nacionalización en tribunales franceses, holandeses, alemanes obteniendo embargos de los embarques del cobre chileno en los puertos europeos. También impidieron el abastecimiento de repuestos, materias primas e incluso de alimentos para el funcionamiento normal de la economía chilena. En suma, nuestra conclusión era clara: por muy democrático que sea un régimen, eso no basta. Es necesario tomar en cuenta factores de poder real a los que importa poco la opinión ciudadana.

Esa segunda mitad de la década del setenta fue muy importante porque salieron todos esos temas a la luz. También estaba la discusión en Europa, el caso italiano en ese momento era muy importante. No hay que olvidar que también hay una cosa que no hemos mencionado: el impacto de la experiencia chilena fuera de Chile.

Es decir, las decisiones del Partido Comunista Italiano en los años setenta fueron directamente influidas por la experiencia chilena. Enrico Berlinguer llevó al Partido Comunista Italiano a lo que fue y a lo que es hoy día por lo que pasó en Chile. Ellos llevaron la cosa política, por ejemplo todo eso de la descentralización, de hacer gobiernos regionales, de ganar las elecciones municipales, es decir, de ir construyendo poder de abajo para arriba, de no enfrentarse a los americanos, eso fue herencia de la experiencia de Chile. Es decir, si uno quiere atacar al estado burgués arriba, es suicidio, hay que atacarlo abajo y ganarle. Los socialistas hoy día controlan regiones completas de Italia y tienen un presidente de la república y tienen una reforma consti-

tucional y todo eso. Fue una política que viene de Chile. Mitterrand, por ejemplo, también fue a Chile. Berlinguer y Mitterrand estuvieron en Chile en esos años. Y también empezaron a pensar en ¿cómo se le gana el poder a los poderosos?, de a poquito, por etapas sucesivas. El impacto del proceso chileno en Italia y Francia fue muy significativo. El triunfo de Mitterrand en Francia también recupera las enseñanzas del proceso chileno, por ejemplo en las decisiones de política económica que se empiezan a tomar en 1983-84. Estos líderes fueron capaces de sacar las conclusiones de lo que ocurrió y estaba ocurriendo en Chile en el periodo 1970-73 y 1973-1980.

**OG: Ahora, ya para llegar a la última pregunta, cómo se evalúa usted con respecto al tema de la democracia, qué ha variado, qué ha mantenido con respecto a este tema.**

FZ: Ah, no, yo sigo siendo muy nostálgico. Yo sigo creyendo que lo que nosotros vivimos entre 1970 y 1973 cumplió con los criterios que definen un régimen democrático; cumplimos con las elecciones, es decir con la participación; también con la ilusión democrática porque, claro, la igualdad es una ilusión, pero siempre hay que pelear por ella, siempre hay que estar dispuesto a invertir en la generación de oportunidades para todos, y no creer, como creen los demócratas de ahora, que el mercado va a resolver todos los problemas, y que la educación primaria pagada, la municipalización de la educación, la privatización de la salud, y la privatización de la seguridad social, van a resolver los problemas, yo no creo en eso. Creo que en ese sentido están completamente equivocados. Creo que la seguridad social privatizada va a terminar en una cosa tremenda, en la precarización de la gente en su edad madura. Yo creo que la privatización de la salud es un desastre en este momento. El presidente Allende fue ministro de salud del gobierno de Aguirre Cerda en 1938, y fue el creador del

Servicio Nacional de Salud (SNS) en Chile; antes del SNS los pobres no tenían dónde atenderse. Y paradoja de las paradojas, en el esquema chileno actual los únicos que no tienen privatizada la seguridad social, son los militares. Los militares tienen una caja de previsión social, tienen seguridad social, hospitales, clínicas, todas financiadas con fondos públicos. Ahí es donde está el cinismo.

Lo que yo creo entonces, es que la idea de la democracia que se llevó a la práctica no fue un populismo cualquiera, como quieren algunos hacerlo aparecer ahora, y que el gobierno de Allende fue un desastre, eso es mentira. Porque uno puede entrevistar a los que tienen cincuenta años o sesenta, y se va a encontrar con gente que no tiene ese tipo de opinión. Para ellos fue la oportunidad de integrarse política y socialmente, de mandar a sus hijos a la escuela, quizás de tener atención médica y también, porque no decirlo, una oportunidad de consumir. Hay ciertas cosas que uno no puede aceptar de la concepción de la democracia que tienen ahora, inclusive muchos de mis amigos, muchos de mis compañeros. Es decir que creen que el acceso al consumo reemplaza las instituciones sociales, que no es posible pensar que se puedan resolver, problemas como la educación, la salud, la seguridad social, que son problemas muy importantes, porque son masivos. No se puede por ejemplo, como lo hicieron los tecnócratas en Chile, suprimir de una plumada la inversión en salud pública. Pero al mismo tiempo se establecen políticas de baja de aranceles, en Chile –ahora están al 11%–, para que se consuman productos importados del exterior.

Algo que en la democracia es irrenunciable es el hecho de que la gente se sienta parte del proceso político. Cuando uno se siente parte del proceso político está dispuesto a hacer miles de cosas que no está dispuesto a hacer si uno se siente ajeno a la actividad política. Yo estoy dispuesto a apretarme el cinturón, a pasar hambre, a trabajar como burro, a una serie de cosas, si veo que es una cosa que tiene repercusiones a nivel del ciudadano, que yo puedo, digamos, sentir de que mis limitaciones pueden ser resueltas. Si no es así, yo no doy

nada, yo también me privatizo y me aparto de cualquier compromiso colectivo buscando la ventaja personal o familiar pero nunca el involucramiento con causas o militancias.

**OG: Usted me hablaba de cierta apatía, individualización de la sociedad chilena, ¿usted cree que eso se perciba en el resto de países de América Latina y que eso limite una democratización real?**

FZ: No, yo creo que es bien específica a ciertos espacios públicos, porque uno ve el mismo fenómeno en México y es al revés. En México el proceso político está incitando a la participación. Tomo un indicador simple, el problema de la prensa, este país es uno en donde se crean periódicos, no es un país en donde se cierran periódicos. Es un país en donde se abre el espacio televisivo, no un país donde se cierra el espacio televisivo. Brasil también es un ejemplo de eso. Es decir, un espacio donde la salida del régimen militar provocó una efervescencia muy grande de la gente, incluso una apertura a nuevos temas. En México el tema del medio ambiente no es tan fuerte como en Brasil, donde es muy importante.

Quizás los países donde se desarrolla una concepción restringida de la democracia son Argentina y Chile. En Perú también, pero habría que analizarlo con cuidado porque tiene una situación rara, donde hay un líder como Fujimori, que no poco o nada tiene que ver con Menem o Frei. Frei es el antilíder, el ingeniero convertido en presidente, el tipo que no habla, no es un político, es un gerente, gerente de una empresa. Él es el presidente de Chile pero su definición de su lugar como presidente es ser un gerente. Yo creo que ésa también es un poco la causa de la apatía. Sería muy difícil que Frei entrara a un debate con políticos profesionales o con intelectuales, imposible, se sentiría muy mal.

Y muchos de sus colaboradores toman el debate como algo superado porque creen que hay una sola forma de resolver las cosas.

Incluso colegas como Brunner (que trabajó en la FLACSO) tuvo un debate con dos políticos finos, el senador Gabriel Valdés, viejo senador, y la hermana del presidente, Carmen Frei, que son gente muy de la vieja política, y les dijo que estaban diciendo barbaridades, que estaban criticando sin saber de lo que estaban hablando. Claro, es que esa, en la mente de Brunner, es la definición de la vieja política, ustedes no saben de lo que están hablando porque ustedes hablan como la gente común y corriente; no hablan con el lenguaje de las computadoras ni hablan con el lenguaje de los análisis finos, ni hablan como los economistas del Banco Mundial. Pero, no hay que olvidar que son los políticos los que van a hablar con la gente, los que tienen que enfrentar los cuestionamientos y hacer campañas electorales. Este intercambio entre un típico representante de la concepción de las “nuevas democracias” como José Joaquín Brunner y dos políticos, como Gabriel Valdés y Carmen Frei muestra muy bien el diálogo de sordos dentro del propio grupo de poder que constituye la Concertación de Partidos por la Democracia. Lo interesante es que los dos estaban criticando al gobierno por tener una pésima política de comunicación, que nadie sabía por qué el gobierno tomaba las decisiones que tomaba. Y se referían concretamente a que nadie había entendido por qué habían rebajado el presupuesto de la salud en 250 millones de dólares, en circunstancias que Chile tiene un problema sanitario grave. A las carreteras no les quitaron un peso, pero a la construcción de hospitales le quitaron 250 millones de dólares. Entonces, si alguien no explica eso, no es buena política comunicacional. Y entonces Brunner les contestó: están diciendo barbaridades porque ustedes no saben por qué nosotros tomamos esa decisión. Claro, en la mente de Brunner, esa decisión es muy fina pues, según él la distinción entre gasto corriente y gasto de inversión es algo obvio. Y su argumento descansaba precisamente en afirmar que de hecho el gasto operativo de la salud no había sufrido ninguna disminución en el gasto total; fue solamente el gasto en inversión que había sido sacrificado. En suma, la confrontación entre Brunner y Valdés-Frei se resume en que

todo debe transformarse en una cuestión técnica; es decir hay que ser contador para entender bien la política “democrática” en su nueva versión. En el fondo no iba a afectar a la salud, a la salud tal como está, digamos, ¿no? Iba a haber plata para remedios, que iba a haber plata para doctores, qué sé yo. Lo que no iba a haber era plata para construir cosas nuevas.

Otro ejemplo del mismo problema es que muy poca gente entiende por qué los aranceles tienen que bajar más de lo que ya bajaron. En efecto, Chile tiene 11% de arancel universal. Querían llevarlo al 5% universal en 5 años, un uno por ciento menos cada año. Sin reconocer que en Chile hay medianos y pequeños agricultores que producen cosas que no se exportan. Es decir, dada la existencia del dogma de la apertura comercial, en la opinión de los que toman las decisiones de política económica, el mercado chileno debe abrirse a los productos argentinos, brasileños, paraguayos y a otros.

Entonces, los diputados de la Concertación que representan a las regiones productoras donde están esos pequeños y medianos agricultores, se oponen al ministro de Hacienda y le dicen: nosotros no estamos de acuerdo con que se baje el arancel; entonces se arma, digamos, el despelote ahí en las oficinas del gobierno en dónde los funcionarios se exasperan porque los políticos no entienden que el país es esencialmente exportador y que las ventajas de importar a menor precio son factor de un mejoramiento de la productividad del sistema productivo chileno. A su vez, los productores nacionales, cuyo mercado está dentro de Chile, no entienden por qué el libre comercio tiene que identificarse con mandar a la precariedad a la gente que tiene trabajo solamente porque produce tomates diez centavos de dólar más caro que los argentinos. Porque de eso se trata, o sea se trata de que, porque el razonamiento es: si nosotros bajamos aranceles, el costo de la vida en Chile va a ser más barato porque vamos a importar productos de consumo masivo que se producen a un costo más barato que aquí. Ese es el razonamiento de la apertura comercial.

En suma, lo dicho apunta a un escenario en el que el régimen democrático se encuentra acotado, limitado en sus posibilidades por la política económica libre cambista, aperturista y por una cultura individualizante en la que los ciudadanos, si bien, votan y se manifiestan en algunos espacios políticos, ya no poseen compromisos que vayan más allá de eso. Podría pensarse que este escenario contiene peligros respecto de la solidez del régimen democrático, que al no involucrar a los ciudadanos, los puede dejar a la merced de la demagogia, sobre todo a los ciudadanos excluidos de los beneficios del nuevo modelo de desarrollo.

## ENTREVISTA A SOLEDAD LOAEZA:

---

**“Las clases medias no son necesariamente agentes de la democracia”<sup>28</sup>**

Doctora en Ciencias Políticas (Instituto de Estudios Políticos de París). Es profesora-investigadora del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México, donde da cursos en las licenciaturas de Relaciones Internacionales y de Ciencia Política y Administración Pública, así como en la maestría de ciencia política. Ha publicado varios libros y capítulos, al igual que un amplio acervo de artículos en revistas especializadas nacionales e internacionales en las áreas de ciencias políticas, historia y relaciones internacionales. Sus principales líneas de investigación son la transición y el proceso de democratización en México, el Partido Acción Nacional, y las transformaciones de la sociedad mexicana en el Siglo XX. Miembro del consejo editorial de la revista NEXOS (desde 1983), entre sus obras más importantes figuran: *La cooperación Internacional en un mundo desigual* (1994) *Oposición y democracia* (1996), *Reforma del estado y democracia en América Latina* (1996), *El partido Acción Nacional la larga marcha 1939-1994: oposición leal y partido de protesta* (1999), *El tripartidismo mexicano un arreglo inestable* (2000), *Incertidumbre y ries-*

---

28 Entrevista realizada y editada por Osmar Gonzales en México DF el 13 de enero de 1999.

*go en transiciones prolongadas, la experiencia mexicana y el Partido Acción Nacional (2000).*

**Osmar Gonzales: Doctora Loaeza, comencemos con sus datos personales, ¿dónde y cuándo nació? ¿Dónde estudió y qué tipo de educación recibió?**

Soledad Loaeza: Nací en la ciudad de México a finales del sexenio de Miguel Alemán... [risas], en un momento en que la estabilidad era un gran valor en México. Por lo menos mi infancia y mi primera juventud transcurrieron en una atmósfera de gran estabilidad. En esos años, México era visto como un ejemplo para otros países de América Latina e incluso para el mundo subdesarrollado en general. Por lo tanto, crecí en un México que ya no existe, un México en el que sabíamos cuánto iba a valer el dólar, quién iba a ser Presidente de la República y cuál sería la tasa de inflación en un plazo mediano. Era un México en el que aparentemente el corto plazo no existía. Era un México muy diferente al México de los últimos veinte años.

Luego, estudié en un colegio particular, de monjas. Era un colegio de clase media, exclusivamente de niñas. En cierta forma, debo confesar, que yo no comparto las visiones negativas que poseen muchas mujeres de mi generación, en relación con un medio de esa naturaleza. Para mí esa educación fue una educación muy importante en términos tanto de los hábitos de trabajo como de una vocación de servicio y de un sentido de responsabilidad social. Independientemente de las creencias religiosas, junto con la religión católica y en general creo que todas las religiones llevan asociado un cuerpo de valores, y pienso que el tipo de valores que se me transmitieron en esa escuela son valores que en cierta forma han estructurado la visión que tengo de la función o el tipo de papel que me toca desempeñar. Y es de alguna manera la idea general de que la posición de privilegio, porque en un país como México la pertenencia a la clase media es en buena

medida una posición de privilegio, entraña también una responsabilidad. Y creo que eso lo adquirí en ese medio, en esa escuela religiosa.

**OG: ¿También cimentó su vocación intelectual, el trabajo, la disciplina, las lecturas?**

SL: Aunque no fui una estudiante particularmente disciplinada. Tuve problemas de disciplina, de autoridad, pero probablemente los hábitos del trabajo, no. Yo creo que me transmitieron ciertos estándares respecto a la calidad del trabajo, y el compromiso con una determinada calidad de trabajo. Si bien no estamos hablando de una escuela con grandes vuelos intelectuales, creo que sí había una serie de reglas de trabajo, de disciplina, de honestidad y de limpieza que me transmitió ese medio.

**OG: Ahora, hablemos sobre su evolución en la vida académica.**

SL: Yo entré a estudiar la licenciatura de Relaciones Internacionales aquí, en El Colegio de México a finales de 1968. Venía directamente de la preparatoria y mi interés era en ese momento la historia y la literatura, las dos áreas del conocimiento que me llamaban más la atención. Siempre, desde muy pequeña se me desarrolló el hábito de la lectura, probablemente por mi medio familiar también. Crecí en una casa donde había muchos libros y en donde se le atribuía un gran valor a la inteligencia. Quizás, yo diría que la inteligencia estaba sobrevalorada. Y siempre tuve el hábito de la lectura, pero sobre todo lo que me llamaba la atención era la literatura, leía muchas novelas de todo tipo y de la más variada calidad, no sólo literatura de grandes vuelos, consagradas, sino también literatura barata, pero el hábito de la lectura sí lo tenía muy arraigado desde pequeña. Cuando llegué a El Colegio de

México, ese hábito pues adquirió un carácter mucho más disciplinado, más sistemático y sobre todo con una orientación más clara.

Hice la licenciatura en relaciones internacionales aquí en El Colegio de México y después hice un posgrado en Alemania, en la Universidad de Munich, un posgrado en relaciones internacionales, concretamente con especialidad en política exterior de Estados Unidos. Después hice el doctorado de estado en ciencia política en el Instituto de Estudios Políticos de París. Hice mi tesis sobre la *política exterior del general De Gaulle*.

En Europa, además de que me especialicé dos años en Alemania, estudié historia de Europa en el siglo XX, que es un área del conocimiento que me apasiona. Continué con esos estudios en París a pesar de que mi tesis de doctorado fue sobre México, y he mantenido el interés porque eso es lo que yo enseñé aquí en El Colegio de México, además de impartir cursos de introducción a la ciencia política, sobre el sistema político mexicano, también imparto cursos de historia de Europa del siglo XIX, historia de Europa del siglo XX. Muchas de mis lecturas son sobre esos grandes temas.

“Clases medias y política en México” fue la tesis de doctorado y que salió publicada como libro. Pero básicamente esos son los grandes temas que yo trato en la tesis, a la que llegué como se llega a las tesis de doctorado, casi por error, por una coincidencia. Originalmente, yo quería estudiar la manera como se resolvían los conflictos en México, los conflictos políticos. Y había yo identificado tres. De los tres que originalmente identifiqué, me quedé con la disputa en torno a los libros de texto que publicó por primera vez la Secretaría de Educación Pública para distribuir en todas las escuelas del país, en 1960. El tema me interesó porque siendo niña, en la escuela primaria, me tocó vivir ese conflicto, y cuando inicié la investigación me di cuenta que era un conflicto que tenía muchas aristas, que se podía ver de diferentes maneras y que además era un conflicto cuyo estudio me permitía ver temas más generales, es decir es como si yo hubiera tomado finalmente el conflicto que suscitó la introducción del libro de

texto gratuito como un pretexto para estudiar otros temas generales, que iban mucho más allá de ese tema en particular. De esa manera, la primera pregunta que me hice fue cómo es posible que libros de texto cuyo contenido era inofensivo desde el punto de vista ideológico hayan suscitado una movilización y una resistencia tan grande en México, y se hayan convertido en el motivo de un conflicto político muy agudo. Y convirtiendo el conflicto en torno a los libros de texto gratuitos en la hebra de una madeja que yo sospechaba que era mucho más compleja, rica y amplia fui jalando el tema y me topé con las clases medias mexicanas, con la ideología, con el anticomunismo mexicano, con la iglesia católica, con el Partido Acción Nacional y con las organizaciones empresariales.

Como una idea mucho más general, como un tema que todavía en ese momento en toda América Latina era muy debatido, no era una hipótesis real, sino que era una premisa de investigación, se señalaba que las clases medias eran agentes de democracia. Me encontré con que no era necesariamente el caso, ya que la experiencia mexicana puede ser utilizada como un contraejemplo, no obstante lo que mucha gente sigue repitiendo. Cómo era posible que un México, país que tenía amplios grupos de clase media, fuera un país autoritario. No solo eso, qué explicaba que un país en donde esos grupos indiscutiblemente juegan un papel importante en la formación de opinión y son modelos de comportamiento social fuera un país en donde la distribución del ingreso era la más o de las más desiguales en toda América Latina. Estoy convencida de que las clases medias no son necesariamente agentes de democracia, y su existencia en una sociedad no son para nada un seguro de que va a haber democracia.

Analizando la información, me di cuenta de que a mediados de los años setenta había la idea de que las clases medias, sobre todo en México, eran revolucionarias. Y yo no lo creo. Creo que en todo caso son grupos que estabilizan la situación política, un orden político no necesariamente democrático. Pueden ser liberales frente a los poderosos, pero tienden a ser antidemocráticas frente a los grupos

populares, y en una actitud antidemocrática porque son antiigualitarias. Son grupos de estatus y el principal adversario del estatus es la igualdad. En una sociedad igualitaria desaparecen los símbolos externos del estatus, que son los que finalmente definen a estos grupos. También, encontré que algunas de mis observaciones, que me parecían más interesantes a propósito de las clases medias mexicanas, recogían mucho la visión que tenía Tocqueville de estos grupos. Tocqueville no habla de clases medias, de clan, Tocqueville tiene una enorme desconfianza frente a estos grupos, desde el punto de vista marxista, Tocqueville les tiene mucha desconfianza, no los ve necesariamente como los agentes de la democracia, sino que los ve como un freno al cambio. Él tiene una frase extraordinaria en su libro de los recuerdos de la Revolución de 1848, dice: “Las clases medias en alianza con la aristocracia o con las clases bajas pueden hacer maravillas, pero clases medias solas, cuando las clases medias gobiernan solas harán gobiernos sin virtud y sin grandeza”. Creo que ese es el caso, y la experiencia mexicana demuestra que ese es el caso. Usted me preguntaba al inicio de la entrevista cómo empiezo a adquirir mi visión, mi noción de la democracia, pues me parece a mí que es una noción que de entrada parte de una visión crítica de la situación mexicana. Pero crítica desde una perspectiva diferente a la que adoptaba la izquierda que prevalecía en esos años. Diría en términos de instituciones políticas, desde un punto de vista liberal, siempre he creído que las instituciones son muy importantes y siempre he tenido una enorme desconfianza a los liderazgos personalizados, y ese es uno de los rasgos de la historia política mexicana. En ese sentido, no comparto la idea de que el populismo es democrático. Creo que la experiencia populista en México y en toda América Latina en el siglo XX ha demostrado ser pobre un sustituto de la democracia.

**OG: ¿No cree que el populismo puede ser un momento anterior, en algunos casos, a la democracia, en el sentido de que incorpora las masas al estado de alguna manera, aunque manipulándolas?**

SL: Claro, el problema es cuáles son los costos. Justamente, el populismo es una forma de ejercicio del poder muy cortoplacista. Entonces, el problema son los costos de mediano y largo plazo de las experiencias populistas. También creo en la existencia del Estado y creo firmemente en la necesidad que en una sociedad tan desigual como la mexicana el intervencionismo estatal es importantísimo, absolutamente indispensable, y sí creo en una fórmula política en la que la democracia está garantizada por un Estado autónomo, pero también por un Estado intervencionista. Entonces, tengo una visión más socialdemócrata, si usted quiere.

**OG: O sea, habría reformular el Estado mexicano.**

SL: Reformular el estado mexicano, reformular la Constitución. Yo creo que el primer documento que fundamenta el autoritarismo mexicano del siglo XX es la Constitución de 1917, que a pesar de que enuncia una organización de poder de corte liberal y representativa y de división de poderes y bipartidista, por otro lado es una constitución profundamente autoritaria.

**OG: Con respecto a lo que usted dice, que es necesario reformular el Estado y sus instituciones, y que las clases medias no son garantes de democracia, ¿por dónde podría constituirse la democracia mexicana?**

SL: Creo que hemos llegado a un punto en el que los partidos políticos juegan un papel muy importante. Tengo una idea muy histórica del desarrollo de México, creo que el Estado jugó un papel muy importante. Hubo episodios populistas, pero el estado mexicano ha sido una institución central en el desarrollo y la posición del siglo XX mexicano. Indiscutiblemente, creo que estaríamos en una situación infinitamente peor de no haber tenido un Estado poderoso, un estado intervencionista, incluso un Estado autoritario. Pero también me parece, en primer lugar, que hay que reconocer que esa fórmula ya se agotó. Hay que reconocer que se agotó porque la sociedad mexicana es otra, porque ese estado revolucionario permitió e indujo una transformación social que ahora demanda nuevas instituciones. Eso me parece absolutamente indiscutible. Nada me parecería más desastroso que un regreso al pasado, creo que es imposible.

Creo que ha habido dos grandes momentos en el siglo XX mexicano. El primero de ellos es un momento que se extiende desde los años 20 hasta los años 80, un momento en el que el Estado es un protagonista central tanto de la vida económica como de la vida política mexicana. Y que a partir de los años 80 se inicia un segundo gran momento de modernización en el que el Estado ya no es ese protagonista central. Es un referente, tiene un papel muy importante que cumplir, pero ya no es el protagonista central de la vida política, sino que tiene que ser sustituido y está siendo sustituido por los partidos. Y estos partidos sí son por primera vez en buena medida agentes de la sociedad y no como en el pasado, agentes del estado para organizar a la sociedad. Creo que sí ha habido un cambio muy importante en la relación entre Estado y sociedad, y de ahí se deriva la necesidad de cambios políticos.

**OG: Quisiera retornar a lo biográfico preguntándole si militó alguna vez y en qué partido, o es que no tuvo experiencia política.**

SL: No, nunca he militado en ningún partido político. Tengo una enorme incapacidad para creer en los absolutos universales en política. Creo que todo actor político tiene una intención de poder. No la condeno, pero me resulta muy difícil compartirla. Quizás mi capacidad para pertenecer o para ejercer una militancia política tenga que ver menos con mi desconfianza frente a los ideales y tiene mucho que ver con mi absoluta falta de ambición de poder.

**OG: ¿Eso no revelará un rasgo, siempre tan complicado de entender, de la relación del intelectual con la política? Usted es una intelectual y es una académica, ¿y eso le impide también relacionarse con esa política?**

SL: Yo quisiera establecer una diferencia entre el intelectual y el académico. Si a mí se me pregunta, se me pide una autodefinición, prefiero autodefinirme como universitaria, como académica, no como intelectual. Creo que sobre todo en países como los nuestros el intelectual tiene una vocación política, de poder, que en otros países no necesariamente tiene. Yo no tengo esa vocación de poder. Mucha gente me la ha atribuido a lo largo de mi trayectoria. La verdad me sorprende cómo a pesar que de mi trayectoria siempre se me están descubriendo ambiciones políticas que no tengo. Yo he tenido la fortuna de hacer lo que me gusta, y lo que me gusta es investigar. En cierta forma he tenido la curiosidad, mantengo la curiosidad si se quiere, un poco adolescente, por descubrir la trama de la conspiración o por armar el rompecabezas que para mí es toda investigación. Me apasiona enormemente armar una explicación política y ese ejercicio no lo cambio por ningún otro. El entusiasmo, el placer

que me da, que me inspira reconstruir un momento político, tratar de entender, de interpretar al actor político realmente no lo cambio por nada. Entonces, no me considero una intelectual porque no creo que tenga yo ninguna ambición de poder. Claro, es muy ambicioso el querer interpretar la realidad, explicarla sobre todo, creo que no hay mayor ambición que querer influir en la manera cómo los demás ven la realidad, en tratar de hacer de mi explicación una explicación compartida por muchos, creo que esa es la ambición mayor a la que puedo aspirar. Pero el ejercicio mismo del poder no me interesa. Manipular el comportamiento de otros, la verdad es que no.

En América Latina la relación del intelectual con la política está muy confundida, y lo vemos ahora, en los intelectuales o quienes se autodenominan intelectuales, pues es una categoría bastante heterogénea. El intelectual tiene mucho de improvisado, no le interesa el conocimiento, le interesan otras cosas. Le interesa pensar las grandes ideas, las intuiciones, las inspiraciones, la creatividad, le interesa probablemente la capacidad de influir sobre el poderoso para una decisión concreta o la construcción de grandes diseños arquitectónicos intelectuales, piruetas, pirotecnias, a mí eso no me interesa.

### **OG: La pasión por el conocimiento es lo que la lleva a abordar temas tan distintos**

SL: Pues no son tan distintos, pues finalmente todos tienen un denominador común, qué son las clases medias, qué es la derecha, las actitudes más conservadoras dentro de la sociedad y en la vida política. Me muevo casi siempre en ese mismo universo político. Pero desde diferentes aspectos, pero eso me divierte. Y además creo que hay un gran campo inexplorado en ese tema.

## OG: ¿El algún tiempo se sintió cercana al marxismo?

SL: No, nunca fui marxista, en un tiempo de marxistas, yo tuve la suerte de caer en El Colegio de México, provengo de una familia un poco política, mi padre sí tuvo militancia política, fue un militante político de Acción Nacional. Curiosamente, no pertenecía a la militancia católica, no proviene de una militancia católica sino que es más bien una militancia universitaria. Fue militante universitario anticallista.

*Acotación: luego la doctora Loeza me enseña una vieja foto de su padre, recortada de un periódico de hace muchos años. Le señalo que hay una equivocación en el pie de foto, pues se indica el apellido como Loaiza.*

SL: Hay una equivocación, exactamente. Pero esa es una foto que me encontré en el periódico *Excelsior* en 1929 a la hora de hacer una investigación. Yo no conocía esa fotografía. Efectivamente, a mi padre le dieron un balazo en el pulmón en 1929 en la lucha por la autonomía universitaria. Nadie pensó que sobreviviría y proharía una familia de ocho. Pero en fin, él solo tuvo esa militancia política y fue como universitario que entró a la fundación del Partido Acción Nacional, pero para cuando yo nací, que fue mucho después, ya no tenía ninguna militancia política. El medio en el que crecí no era muy político.

Cuando llegué a El Colegio de México mi idea era estudiar una licenciatura en relaciones internacionales, quizás dedicarme al servicio diplomático, pero aquí me encontré con Rafael Segovia que era en esos momentos de los pocos profesores universitarios que mantenían una tradición liberal y que se mantenían atentos a las lecturas y a los autores liberales. Yo leí muy pronto a Lipset, a Huntington, también leí a los dependentistas, también había profesores de la tradición marxista en el Colegio que nos hacían leer a Cardoso, a Faletto, Gunther Frank, pero la verdad es que nunca les entendí, confieso que me parecieron tremendamente oscuros. En cambio, me parecían mu-

chísimo más claros los textos de Lipset o de Max Weber. Entonces, es quizás por mi propia incapacidad intelectual que me fui mucho más por el pensamiento y los autores liberales. Otro maestro que tuve aquí en El Colegio de México fue, y él sí tenía una militancia comunista, había sido miembro del Partido Comunista Inglés, pero ya estaba en otro momento mucho más crítico, a principios de los años setenta. Él me hizo leer a los liberales, a Tocqueville. Había una hegemonía marxista también dentro del Colegio, Ruy Mauro Marini fue maestro de El Colegio de México, y tuvo su propio grupo de estudiantes que lo siguieron, pero nunca perteneció a ese grupo. Hubo ciertas afinidades que se fueron definiendo.

Fue, básicamente, con Rafael Segovia que yo me formé dentro y me inscribí, por así decirlo, dentro de la corriente más liberal. Cossío Villegas ya era muy grande cuando yo llegué al Colegio de México, pero soy muy consciente de que él fue quien impulsó ese tipo de escuela de pensamiento aquí en El Colegio de México. En la época en la que yo llegué sí había profesores marxistas aquí en el Colegio y hubo grupos de estudiantes que los seguían. Leímos toda la teoría de la dependencia tres y cuatro veces. Había una insistencia muy grande de algunos profesores. Rosario Green, curiosamente, insistía mucho en ese tipo de bibliografía, pero yo le confieso que a mí en lo personal, quizás por mi origen familiar, no lo sé, la verdad es que para mí fue una literatura que me resultaba tremendamente difícil de entender. Comparar un texto de Raymond Aron con un texto de Nikos Poulantzas, hacía que yo me fuera por lo que me parecía más fácil que era el texto de Aron. No estaba dispuesta a meterme a las honduras de Poulantzas que me parecía tremendamente complejo, terminó suicidándose, Althusser ahorcó a su mujer, no sé si es porque también sufrían de las confusiones estas. Pero yo encontraba más claro a Aron o Robert Dahl, que a los textos de los marxistas de la época. Y eso tuvo un costo.

## **OG: ¿La marginación, quizás?**

SL: Absolutamente. Durante muchos años la hegemonía y las capillas marxistas, las tribus en la UNAM, en la facultad de ciencias políticas concretamente, incluso en FLACSO, llevaron a una marginación de quienes no nos dedicábamos al análisis de clase o de quienes no tomábamos una visión marxista crítica. Hay siempre unas quejas muy desmesuradas por parte de universitarios en contra de la hegemonía y de la dominación de la burguesía, pero eso no se vivía en el medio universitario. En el medio universitario lo que vivíamos era la hegemonía de los marxistas y la hegemonía de la teoría de la dependencia. Quienes no estábamos inscritos en esas escuelas de pensamiento no participábamos en congresos, no se nos invitaba a reuniones internacionales, nuestros textos no eran publicados o eran severamente criticados, descartados. Recuerdo un análisis que hice sobre las elecciones en México a principios de los ochenta, fue calificado por uno de los grandes sociólogos mexicanos como la visión reaccionaria de la democracia. Había realmente una enorme hostilidad a quienes nos dedicábamos a estudiar partidos, elecciones, a quienes teníamos una visión liberal de la democracia.

## **OG: Se puede saber quién fue ese líder intelectual.**

SL: Cómo no, Pablo González Casanova.

## **OG: Que para algunos es una especie de Pope.**

SL: Exactamente. Ahora hay un intento por un regreso, por una restauración de esa hegemonía a través del estudio de los movimien-

tos sociales, donde se busca una recuperación de estos enfoques marxistas de clase.

### **OG: Regresar al proletariado por el movimiento social.**

SL: Exactamente. Y la sociedad civil, regresar por el pueblo, por el proletariado, etc. Eso lo miro con terror. Lo miro con terror porque fue una hegemonía bastante inmisericorde, fueron tremendamente... antidemocráticos. Hubo una concentración del poder intelectual muy similar a lo que ocurrió en la universidad francesa, bajo la hegemonía de Jean Paul Sartre. O sea, mucho de lo que pasó en la vida intelectual, en un sector importante de la vida universitaria francesa, como el marginamiento de Aron, se reprodujo en México, y lo reprodujeron gentes que habían estudiado en Francia y que habían aprendido estos hábitos. Fue en su momento González Casanova, pero todavía encontramos vestigios de este discurso entre gentes como Víctor Flores Olea o Enrique González Pedrero quienes tuvieron una experiencia política que los llevó por otros senderos, pero que en términos de planteamientos analíticos o de discurso de análisis sociológico era un discurso totalmente intolerante frente a otros esquemas de pensamiento. Y el criterio que se utilizaba era un criterio que tenía una carga moral muy fuerte: “son unos reaccionarios”. Se habla poco de esta hegemonía.

### **OG: La reproducción del Estado en la universidad.**

SL: Absolutamente, como acá estaba fortalecido con el discurso revolucionario...

La hegemonía del discurso revolucionario en entonces era todavía más poderosa, era más influyente y era absolutamente restrictivo.

En Francia estudié en el Instituto de Estudios Políticos de París, yo no me fui a La Sorbona. Incluso, al término de mi posgrado yo no fui a lo que eran las escuelas, no pertenezco al grupo de Alain Touraine, que es otro Pope en América del Sur. Y son tremendamente autoritarios y concentradores de los recursos universitarios.

**OG: Hablábamos hace un rato del intelectual como un dirigente.**

SL: Pero además con un reproche moral muy fuerte hacia quienes no compartíamos esa visión. La carrera de uno en la universidad podía ser muy limitada, porque en un auditorio donde hay, qué sé yo, ochenta personas, una autoridad como es González Casanova después de escuchar la ponencia descalifica a un investigador joven diciendo: “hemos escuchado la visión reaccionaria de la democracia. Pues es bastante devastador”. Había una intolerancia muy grande hacia cualquier enfoque no marxista.

**OG: Y que no se dedicara a las clases populares.**

SL: Exacto. Cualquier idea de que las clases medias no eran democráticas era absolutamente inadmisibles en México. Yo me acuerdo otra situación, nuevamente con este mismo personaje. Yo hacía una presentación sobre clases medias y en la introducción dije, bueno, vamos a escuchar una presentación sobre las clases obreras revolucionarias. Me sentí tremendamente cohibida y dije: “me apena muchísimo pero yo voy a hablar de las clases medias muy conservadoras”. Es muy difícil ir en contra. Pienso que ir contra la corriente es una de las virtudes de El Colegio de México y del Centro de Estudios In-

ternacionales. Quizá por la posición privilegiada que ostenta Rafael Segovia en la historia académica de este país, y por Cossío Villegas.

La historia intelectual de América Latina me parece absolutamente apasionante, y los jóvenes no son concientes de esto. Es decir, gente como usted no lo saben. Yo escribí mi primer artículo sobre Acción Nacional y lo publiqué en 1974, se llamó *La oposición leal*. Nadie escribía sobre el PAN. A todo el mundo le parecía una locura. Ya que no era el tema, nadie hablaba de elecciones, no eran relevantes, todo el mundo se dedicaba a sindicatos, al proletariado, al movimiento obrero, a los campesinos, nadie imaginaba que el cambio podía venir por ahí. Ese es quizás uno de los datos más sorprendentes de lo que ha ocurrido en México y en toda América Latina.

**OG: Pero, bueno, México fue un recipiendario, digamos, de los exiliados... Por ejemplo, el grupo de José Aricó y Juan Carlos Portantiero, de Flacso Chile, de Brasil, ¿usted cómo convivió intelectualmente con ellos?, ¿cómo considera o evalúa desde su exterioridad la influencia de estos actores en el descubrimiento o en la discusión sobre el tema de la democracia en México?**

SL: Cierto, ellos vinieron a nutrir y a alimentar lo que existía porque provenían además de la misma tradición marxista. En primer lugar, alimentó en términos políticos, fue muy importante para renovar la alianza entre los intelectuales y el poder. Es fuerte lo que digo pero es cierto, al menos así lo veo yo. Piense usted, eran perfectamente utilizados. Fueron funcionales para el proyecto de Echeverría. Esto que estoy diciendo puede sonar chocante pero así fue.

**OG: ¿No había una especie de chantaje moral? México los acogió, les dio una estabilidad y situación privilegiada, y a cambio una retribución de “intelectuales orgánicos”, algo así. ¿Cuáles fueron las consecuencias de esto?**

SL: Yo no creo que haya sido un chantaje ni mucho menos, sería tremendamente injusto plantearlo en esos términos. Sí me puedo imaginar que para gentes que venían huyendo de una dictadura militar, cuyas vidas habían estado en peligro, desde luego entiendo que estuvieran profundamente agradecidos con Echeverría. Y para ellos el contexto mexicano fue adecuado, pues había una enorme libertad para que hicieran lo que quisieran, no solo libertad, ellos recibieron incluso un tratamiento privilegiado en las universidades. Sin quererlo fueron funcionales al proyecto de Echeverría de reconciliación del estado mexicano con las universidades. Yo no creo que lo hayan hecho concientemente, así pasó.

Fueron las consecuencias perversas, y para Echeverría, que es un animal político increíble, fue un regalo del cielo. Entonces Echeverría tuvo la oportunidad de jugar a ser Lázaro Cárdenas y de redimir la experiencia que permitía hacer de México un país democrático porque recibía a los refugiados de golpes militares. Es por default que México se ha definido como una democracia. Echeverría era “democrático”, todo el mundo habla de cómo Echeverría acogió a los chilenos muy bien, a los argentinos perfecto, a los brasileños desde luego, pero no se habla de su guerra sucia en contra de los guerrilleros mexicanos. La izquierda mexicana tiene enormes silencios en relación con los presidentes, sea con Echeverría o con López Portillo, que apoyaron al movimiento de izquierda en el exterior. Léase usted la política de López Portillo hacia el Frente Sandinista o hacia la guerrilla salvadoreña. La relación con los socialistas españoles, la relación con el PC. Entonces, estos gobiernos, tanto el de Echeverría como el de López Portillo renuevan sus blasones revolucionarios, de izquierda avanzada, progresistas, recurriendo a estos agentes exteriores que les vienen

como del cielo. Esto hay que plantearlo de una manera muy clara porque si no puede aparecer como una denuncia que no es. Yo no quiero decir que ellos eran agentes del autoritarismo mexicanos. Que sí fueron funcionales, sí fueron. Es muy fuerte pero piénselo.

**OG: Fueron las consecuencias, porque ellos se fueron y el Estado mexicano permaneció.**

SL: Claro. Ahora, para ser justos, hay que pensar que ellos no contribuyeron a la reflexión acerca del echeverrismo. Ellos no contribuyeron a la reflexión acerca del lópezportillismo, y no contribuyeron a la reflexión acerca del autoritarismo mexicano, porque Echeverría y López Portillo también son presidentes del estado autoritario y también son presidentes autoritarios. Ellos contribuyeron a una reflexión general acerca de la democracia. Creo que su contribución tiene que ver mucho más con el mediano y el largo plazo. Y desde luego a lo que sí contribuyen, y eso me parece indiscutible, es a afianzar la desconfianza en México hacia los militares, a afianzar la desconfianza en México hacia la extrema derecha, eso desde luego. En eso sí juegan un papel muy importante. En cierta forma, su experiencia contribuye a alimentar esa convicción de que lo que nosotros queremos en México son gobiernos civiles. Quizás nos harían un favor ahora si ellos insistieran en el costo que tuvo la violencia guerrillera en sus propios países para ellos mismos.

Eso nos ayudaría mucho a los mexicanos, nos ayudaría que ellos dijeran: bueno, qué le pasó a la izquierda latinoamericana, quizá lo que le pasó a la izquierda latinoamericana tiene que ver con los años de la violencia guerrillera, quizá para explicar a las dictaduras militares hay que irse a la violencia y a la radicalización de la izquierda latinoamericana. Esa es una reflexión que no se ha hecho y que es absolutamente indispensable. Es decir, las dictaduras militares no surgieron de un día para otro a raíz de la maldad intrínseca de los

militares. Las dictaduras militares son respuestas militares a situaciones de violencia armada. Que es muy claro en el caso de Uruguay, de Argentina. No es el caso de Chile. El caso de Chile es otra cosa brutal, devastadora, terrible e inexplicable. Estaban en la legalidad, eran un gobierno constituido, todo eso es cierto, y eso es lo que la hace la dictadura más monstruosa.

No quiero ni muchísimo menos minimizar la contribución de estos intelectuales. Creo que tuvieron una contribución importante, aunque no necesariamente contribuyeron a la reflexión a propósito del autoritarismo, contribuyeron a otras cosas. Por otro lado, también hubo quienes reflexionaron sobre la vía revolucionaria en su momento. Todavía a mediados de los setenta había chilenos, que promovían la vía revolucionaria aquí en México. Creo que es algo que hay que mirar con cuidado. Yo recuerdo con mucho agradecimiento la participación de gente como Luis Maira, por ejemplo. Mis colegas, como Francisco Zapata y María Luisa Tarrés, desde luego, son gente que viene a enriquecer la vida académica mexicana, pero desde otro punto de vista, desde la vida académica. Y más adelante yo sí creo que en la reflexión en términos de la democracia quizá como una noción general y abstracta, pero no tanto en términos de la experiencia propiamente mexicana. No sé si esté muy clara en la diferenciación.

Es decir, en términos de historia intelectual, del mundo de las ideas, sí contribuyó. Ahora, era difícil, ellos no podían intervenir en política, eso era muy complicado. En términos políticos, fueron funcionales a la reconciliación inmediata. Quizás su contribución intelectual se deba ver en su influencia pero en determinada gente. En términos de mi información y de mi visión de la política lo que sí ha sido y fue determinante es mi participación con el grupo de la revista *Nexos*.

## OG: ¿Desde qué año?

SL: Yo ingresé al consejo editorial de *Nexos* aproximadamente en 1983 o 1984. Para mí fue muy importante porque era básicamente un grupo que provenía de la izquierda. A mi manera de ver, cuando me invitó Héctor Aguilar Camín a entrar al consejo editorial fue en una intención de ampliar el horizonte y de diversificar al consejo editorial de *Nexos*. Yo soy muy conciente de eso. Si algo no he pretendido nunca ha sido usurpar una tradición política que no me pertenece. Entonces, incluso el haber ingresado al consejo editorial de *Nexos*, sabiendo que la gran mayoría provenía de una militancia de izquierda, me hizo quizás más conciente de mis diferencias, por ello no busqué asimilarme. Además, curiosamente, en esa misma camada entra Roger Bartra que es bien de izquierda.

En la participación en ese grupo y en las discusiones que sostuve con Rolando Cordera, con Carlos Pereyra desde luego, con Héctor Aguilar Camín, con Julio Labastida, con José Woldenberg, con Herman Bellinghausen, realmente encontré un espacio de respeto, ahí sí encontré un espacio de respeto y una apertura muy grande. Para mí se me abrió un mundo. Al mismo tiempo, siempre respetaron mi visión y la escucharon con atención, cosa que yo les agradezco. En primer lugar, porque yo no provenía de la misma tradición política, y fue ahí la primera apertura que yo encontré para un medio distinto al que me había yo desarrollado y crecido. Y, en segundo lugar, porque era yo mujer. Que conste que no soy feminista, pero no puedo dejar de señalar que los hombres parecen todavía hoy más dispuestos a permitir que una mujer participe en política que a permitir que una mujer hable de política. Son más tolerantes frente a la participación política de la mujer que frente a la opinión política de la mujer. Sobre todo, un análisis político hecho por mujeres encuentra más dificultades. Ahí sí que me perdonen mis colegas. Pero sí quiero mencionar que para mí el grupo *Nexos*, incluso los intercambios con Carlos Monsiváis, no siempre fáciles, fueron desde luego muy importantes. O sea, en

mi desarrollo profesional la participación en la revista *Nexos* ha sido determinante y decisiva, sin lugar a dudas. Y siempre encontré buena disposición, siempre encontré buena apertura, curiosidad y respeto.

**OG: Para terminar, dos cosas. ¿En qué varió o permaneció igual su visión de la democracia? y ¿cómo evalúa la democracia en América Latina, ha progresado o está retrocediendo?**

SL: En lo que yo creo que he precisado más es en el valor y la importancia de la democracia pluralista, tanto a través de mi actividad de investigación y de docencia, como de mi experiencia cotidiana. Lo que hay que recuperar es que la noción de democracia en el siglo veinte ha evolucionado, de la democracia mayoritaria a la democracia pluralista. Y la idea de que la democracia no es el triunfo de una mayoría sobre una minoría sino que quizás es un equilibrio entre minorías que me parece es la que garantiza una vida más justa y, sobre todo, con mayor libertad. He fortalecido mi convicción en que la libertad del individuo está por encima de los actores colectivos, que los actores colectivos pueden ser la perversión más bien deseable de la democracia, y pueden ser el obstáculo más grande al desarrollo de la libertad individual, de la libertad de pensamiento. Sobre todo, el problema que veo en los actores colectivos es que siempre están amenazando en América Latina con su regreso, o sea, que estamos más amenazados por el pasado que esperanzados por el futuro. Y las amenazas del pasado que yo veo son el ejercicio populista del poder y el regreso de actores colectivos que reclaman para sí una superioridad moral frente a los otros. La moralización de la política en términos no de lucha contra la corrupción, sino de visión moralista de la política. Me parece que también es un riesgo muy grande. A veces tengo como, usted mismo lo acaba de escuchar, una visión bastante descarnada de la realidad y de la historia, pero quizás si adoptamos una visión descarnada de la política, del poder y de la historia tendremos

mayor oportunidad de defendernos que si de entrada adoptamos una visión idealista.

**OG: Muchas gracias, doctora Loeza.**

SL: Con mucho gusto.

## ENTREVISTA A JORGE LUIS BERNETTI:

---

**“En el exilio aprendimos el  
respeto activo al otro”<sup>29</sup>**

Periodista, docente, investigador, es Licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública (México, UNAM, 1982). Fue Director de la Escuela Superior de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Es profesor titular en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP, donde dirigió la Maestría en Periodismo. Es autor de numerosos trabajos en publicaciones académicas especializadas y de opinión. Entre sus libros se destacan *El Peronismo de la Victoria* (1983; nueva edición 2011) y *México: el exilio que hemos vivido* (2003), en colaboración con Mempo Giardinelli. En el año 2007 recibió el Premio “Rodolfo Walsh”.

---

<sup>29</sup> Entrevista realizada y editada por Antonio Camou en La Plata el 16 de julio de 2003.

**Antonio Camou: Comenzamos, Jorge, con un prontuario: cuándo y dónde naciste, qué hacían tus padres y cómo te dedicaste al ámbito de las ciencias sociales, a la comunicación social.**

Jorge Luis Bernetti: Yo nací en la ciudad de Buenos Aires el 24 de febrero de 1946 (tengo 57 años), el día en que Perón accedía al gobierno... Como verás, un sino histórico. Mi madre era ama de casa nacida en la Provincia de Buenos Aires, en un pequeño pueblo cerca de Bragado, mi padre se dedicó al comercio y a trabajar –desde empleado administrativo hasta gerente– en la industria privada. Tanto mi padre como mi madre provienen de familias ferroviarias. Bueno, yo nací en Buenos Aires, nací en una maternidad pública y fui al colegio público, el Instituto Bernasconi que era del gobierno nacional y fue transferido a la municipalidad de Buenos Aires, muy buen colegio, y después estudié en el Colegio Nacional de Buenos Aires.

**AC: ¿Cómo empezaste a desarrollar tu carrera profesional?**

JLB: Yo ingresé a la universidad e hice algunos intentos de estudiar Economía Política en la UBA, después me inscribí en la carrera de Historia. Pero al empezar a trabajar en el periodismo deserté de la carrera de Historia, aunque me apasiona y es mi trabajo en la universidad ahora. Me incorporé a trabajar en una agencia internacional de noticias, *Interpress Service*, una agencia tercermundista, empecé con un amigo que luego hizo una carrera muy destacada en *La Opinión*, con el que también hacíamos un pequeño programa en la radio de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), allá por el año 65. Me acuerdo que el programa se llamaba *Argentina social*. Ahí fue mi inicio en el periodismo y no completo ningún estudio académico hasta que voy al exilio en el año 74.

## **AC: En los años 70, antes del exilio, ¿dónde estabas trabajando y cuál era tu militancia política?**

JLB: Después de esa agencia de noticias trabajé en el semanario *Análisis*, en el 68. Un semanario de política y economía que se convirtió en uno de los semanarios políticos-culturales más destacados, como *Primera Plana*, *Panorama* o *Confirmado*, en la época en que se desarrollan estos semanarios. Después en el 71 pasé a *Panorama*, de la editorial Abril, siempre trabajando en la sección política hasta el año 74. En paralelo a todo esto yo tengo una militancia sindical en el gremio de prensa. Antes de eso hay una militancia juvenil en la política estudiantil del Colegio Nacional de Buenos Aires en los movimientos de los centros de estudiantes. Participaba de un movimiento que se llamaba la “Lista de estudiantes independientes” que tomaba distancia de los sectores más conservadores y de la izquierda, y militaba al mismo tiempo en la *Acción Católica*. La juventud estudiantil católica es una de las ramas, o una de las subramas de lo que se llamaba la 5° rama de la Acción Católica. Había hombres, mujeres, jóvenes (los jóvenes y las jóvenes), todo eso tenía una clara adscripción territorial, y los profesionales, que habían surgido en los años 60. Estaba la juventud universitaria católica y la juventud estudiantil, la de los estudiantes secundarios. Teníamos un centro, obviamente aparte del centro de estudiantes, se llamaba el Centro “Catedral” de la juventud estudiantil católica, y esta militancia, en este centro de acción católica, fue muy definitoria porque ese centro pasó a ser asesorado, tenía un asesor espiritual, como todos los centros, por el padre Carlos Mujica. Yo lo conocí ahí, y entonces, todos nosotros hicimos un “click” hacia él, y naturalmente hacia el Concilio Vaticano II, que fue decisivo. Ya la convocatoria al Pre-Concilio del año 62 nos movilizó hacia lo social e influyó muchísimo en nuestra militancia, tanto en el espacio específico donde estábamos como por la necesidad de vincularnos con los procesos sociales y con la problemática social más general. También estuvimos muy influidos en la Acción Católica por

las teorías más avanzadas del catolicismo francés. Desde el punto de vista del compromiso social y de la justicia social nos influyó el padre Lebrez, y también los ecos que llegaban a la Argentina del personalismo francés de Emmanuel Mounier, que tuvo una enorme influencia. Esta militancia a mí me lleva, en el año 66, a participar de la primer etapa de la revista *Cristianismo y Revolución* que dirigía Juan García Elorrio, y yo fui secretario de redacción de los primeros números. Como es sabido *Cristianismo y Revolución* fue uno de los núcleos, el núcleo porteño más decisivos del origen de los Montoneros. Cuando ya Montoneros se perfila con línea propia yo ya no estoy. Cuando se corporiza esa línea, y al estar en el gremio de prensa, empiezo a militar allí desde una perspectiva más peronista, un proceso que se había estado produciendo en toda nuestra generación; es decir, un cristianismo revolucionario que adscribe al peronismo cosa que hacíamos desde la revista. Yo había conocido a John William Cook en la casa de Carlos Mujica, eso para mí era como conocer a Mahoma, era el profeta que aparecía entre nosotros, un impacto muy impresionante. Cook fue como un puente para mucha gente como yo, porque corporizaba el peronismo en su historia más auténtica –él había sido delegado de Perón– con la revolución cubana. Entonces, durante un tiempo, paralelamente a *Cristianismo y Revolución*, yo militaba en la Acción Revolucionaria Peronista que era el grupo de Cook. Ni bien él volvió de Cuba, comenzó a pelearse contra lo que él llamaba la “burocracia peronista”, tomando la noción trotskista de la burocracia en contra de Stalin para adscribirla a la lucha interna del peronismo, y planteaba el retorno de Perón. Y nosotros nos hicimos peronistas del retorno de Perón en contra de la burocracia, evitistas, partidarios de la revolución cubana, en contra de la burocracia comunista, y en todo eso apareció también vinculada la figura de Camilo Torres, que fue una figura muy levantada por *Cristianismo y Revolución*. En toda esa etapa yo tengo un corte y una salida. En el gremio periodístico sigo con una militancia sindical importante en la Asociación de Periodista de Buenos Aires, que era uno de los dos sindicatos, el otro era el Sindica-

to de Prensa de Buenos Aires, que tenía una mayor historia peronista, junto con los comunistas; en cambio la Asociación de Periodistas era vista más como un sindicato más “amarillo”. Pero después del golpe del 66 se produce un trasvasamiento hacia la Asociación de Periodista y toda la generación de periodistas jóvenes comenzó a militar sindicalmente en esto que llamamos la nacionalización de las capas medias, la sindicalización de los periodistas y de los profesionales y trabajamos mucho en la sindicalización, en la formación de comisiones internas. En esta etapa hasta finales del 74, yo trabajé mucho en la sindicalización, soy uno de los fundadores de una agrupación que llamamos la “26 de enero”, ese es el día de la clausura de *La Prensa*, y nosotros reivindicábamos el ataque a la prensa del sistema, la prensa oligárquica, como uno de los elementos a reivindicar del peronismo; nos interesaba reivindicar ese hecho, bastante insólito en América Latina, de expropiación del diario por una Ley del Congreso. Y después, con otra agrupación peronista –la “26 de Julio”– formamos el Bloque Peronista de Prensa que va a ser la agrupación sindical que se integrará a la Juventud Trabajadora Peronista, que ya está orgánicamente incorporada a Montoneros.

**AC: ¿Quiénes eran otros compañeros y compañeras de tu generación que estaban junto con vos en este trasvasamiento desde la militancia social cristiana a la militancia política peronista?**

JLB: Hubo militantes de la juventud estudiantil católica que no pasaron a la militancia de *Cristianismo y Revolución*, sino que fueron a otras experiencias más tibias. Sí encuentro vínculos, por ejemplo, había gente que militaba en la juventud estudiantil católica y después fue muy militante en el origen, en la conformación del núcleo original de la vieja JP antes de formar Montoneros. Había una persona que todavía hoy no sé si puedo nombrarla pero sí puedo nombrar a otro, que era amigo, Gustavo Daleo, actual rector de la UNMDP, y

hermano de Graciela Daleo. Graciela Daleo establece una relación con esta tercera persona que después culmina, y Graciela forma parte del grupo que estaba en torno a *Cristianismo y Revolución*, aunque ella no era alumna del Nacional Buenos Aires. Por otro lado, entre la gente que estaba en el Buenos Aires, que era católica aunque no era miembro de la juventud estudiantil católica, estaba Fernando Abel Medina, que va a ser después el fundador de Montoneros; él militaba más en la Acción Católica territorial que en la juventud estudiantil. Había tenido un perfil más nacionalista aunque después, aunque se cuentan veinte mil historias absurdas sobre todo esto, él asumió todos los valores del cristianismo revolucionario. Los que sí estaban como integrantes más jóvenes de la juventud estudiantil católica del Colegio Nacional Buenos Aires eran Mario Eduardo Firmenich y Carlos Gustavo Ramus, que eran dos años menores que yo. Yo soy de la misma generación que Fernando Abal Medina. Por esos años yo era delegado aspirante en la juventud estudiantil católica, y el presidente del centro era Álvaro Torres.

**AC: Volvamos a tu inserción profesional, me contabas que trabajabas en *Análisis* y después en *Panorama* ¿cuál era la geografía política-ideológica de estas revistas?**

JLB: *Análisis* era una revista liberal en lo económico pero bastante liberal también en lo político. El director era Fernando Douchof, un hombre de origen platense, que murió trágicamente, se suicidó. Creo que fue alumno de la Escuela de Periodismo de la UNLP, yo lo encontré sin buscarlo en uno de los viejísimos periódicos que publicaba la Escuela, allá por los años 50, y de pronto encontré una nota en ese periódico de Fernando, lamento no haberla guardado. Era una revista liberal que se había opuesto al golpe contra Illia y tenía sus diferencias con Onganía, apoyaba a Krieger Vasena pero estaba en contra del corporativismo de Onganía. En la parte de economía estaba Carlos

Ávalo, que es un economista destacado, Julio Nudler, que trabaja en *Clarín*, Pablo Kandel, que trabaja en *Clarín*; en la parte de política internacional estaba José Ricardo Eliashev, que fue quien me llevó a la revista, trabajaba también Sergio Caletti que es hoy profesor de la UBA, después trabajaba como secretario de redacción en toda la parte de arte y espectáculo Kive Staif, y el jefe de la sección de política era Jorge Lozano, un periodista muy destacado allí y en *Panorama*; y la parte cultural la hacía Horacio Salas, que es hoy el director de la Biblioteca Nacional, Juan Gelman, o sea que había un grupo de gente bastante interesante. Desde el punto de vista cultural la revista no se diferenciaba mucho de *Primera Plana* o *Confirmado*, desde el punto de vista económico tenía un pensamiento que era más o menos el de *Primera Plana*, y políticamente era una revista que quería el retorno de perspectivas democráticas, una revista que va a identificarse con los planteos que hizo Lanusse.

### **AC: ¿Cómo se va dando la relación entre tu trabajo profesional y los avatares de tu militancia?**

JLB: Cuando se va acercando el retorno de Perón, todas las agrupaciones de prensa se vinculan y se articulan con la política de Montoneros. En el Bloque Peronista de Prensa yo participo bastante en las acciones comunicacionales de la juventud peronista, yo estaba en el grupo JAEN, que es un grupo que dirigía Rodolfo Galimberti. Luego, cuando nombran a Juan Manuel Abel Medina Secretario General del Movimiento Peronista en el 72, y se produce el retorno de Perón, yo soy su secretario de prensa. Y después, en la campaña electoral del 73, yo acompaño a Cámpora como encargado de prensa de la gira, en tanto que Miguel Bonasso era el jefe de la oficina de prensa.

## **AC: ¿Formaste parte de los consejos o comandos tecnológicos?**

JLB: No, no para nada. Ese era espacio de los universitarios y de los técnicos, nosotros éramos los periodistas y militábamos en el espacio de los sindicalistas. En realidad había una escisión muy delimitada del campo; yo tenía mucha relación o bastante relación con la gente de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, en especial con el campo de las Cátedras Nacionales. Yo participé del consejo de redacción de la revista *Envido*, donde estaban José Pablo Feinmann, Horacio González, que ya tenía el estilo que tiene ahora, y otros. Hay un hermoso artículo de Feinmann, publicado hace un año en una contratapa creo de *Página/12* en donde él recuerda la publicación de *Envido*, la sacamos 9 o 10 números. Era una revista que “competía” con *Antropología Tercer Mundo*, más o menos por ese rubro. Yo formaba parte del consejo de redacción, y como a la vez trabajaba en *Análisis*, firmaba con el seudónimo de Claudio Ramírez, yo hacía la nota de coyuntura. La revista tenía una cierta influencia en los campos de cultura revolucionaria, y uno de los mayores orgullos de la publicación, contado por su propio director, que era Arturo Armada, era que una vez, en un procedimiento policial en su propia casa, la policía le había dicho que “encontraban mucho la revista en los procedimientos que hacían”. Ese era nuestro orgullo...

## **AC: ¿Trabajaste en el gobierno de Cámpora?**

JLB: No, no, ahí pasó algo que quedó un poco en el misterio. Hubo una cantidad de listas que fueron elevadas por los Montoneros de funcionarios para el nuevo gobierno, y esa fue una de las mayores irritaciones de Perón. Se elevaron listas, “tenemos estos cuadros”, “queremos nombrarlos en tales lugares”, y obviamente hubo un rechazo violento, cuando Perón ya empezaba a pelearse. En algunos

lados hubo funcionarios que ingresaron, y en el área de prensa se suponía que se podía tener un lugar, se pensaba que Miguel Bonasso podía ser el secretario de prensa. Se habló que se habían elevados nombres para esa área. Cuando Juan Carlos Gené fue nombrado director de *Canal 7*, me llamó y me ofreció ser el director del noticiero, pero yo finalmente preferí reservar el lugar sindical porque implicaba no salir del espacio que integraba la comisión interna de la editorial *Abril*, que era una empresa fuerte. Yo fui en el 72 candidato a secretario general adjunto por la Lista Marrón que se oponía a la Lista Azul y Blanca que era del PC en la APA. En el 74 fui candidato secretario general contra la lista del PC por la Lista Naranja, que era una alianza de Montoneros con los sectores clasistas. Teníamos un peso muy, muy fuerte en los gremios porque controlábamos comisiones internas de la empresas más grandes. Teníamos una experiencia sindical muy importante, participábamos en las discusiones, en las pujas internas, teníamos delegados, estábamos acostumbrados a discutir y a trabajar en asambleas, a trabajar en la vida interna del sindicato, a hacer asambleas de base, hacer petitorios, era un trabajo gremial muy real. No es como algunos casos que eran agrupaciones que en esa época solo tenía un rótulo exclusivamente partidistas. Nosotros hacíamos un trabajo muy sindicalista en esto, bien reformistas, y si bien creíamos que había que ponerle a esa lucha otros componentes políticos, creíamos que había que ensanchar el espacio sindical, que había que articular el espacio político con un buen desarrollo sindical, y el desarrollo sindical era trabajar con la mayoría y recolectar las reivindicaciones específicas y avanzar con victorias a partir de eso.

### **AC: ¿En qué condiciones decidís o deciden el exilio?**

JLB: El tema fue, después de la muerte de Perón, el pase a la clandestinidad de los Montoneros. Ya había toda una serie de discusiones políticas muy fuertes, por las formas en que se procesaban las dife-

rencias con Perón, donde oscilábamos con críticas que hoy diríamos que estaban a la derecha y a la izquierda. La decisión de Montoneros de ubicarse en ese plano llevó a varios, el caso de los sectores de prensa, a decir “nos vamos porque esta estrategia nos va a llevar a la derrota”. Además, cuando se planteó el retorno a las formar del accionar armado en medio de un gobierno constitucional que recién comenzaba, el de Isabel, aunque se preveía hacia donde marchaba, algunos creíamos que el regreso a la lucha armada era absolutamente contrapuesto a una vocación mayoritaria, no era la vía adecuada. Unos años después, en el exilio, decíamos: hicieron exactamente lo mismo que los comunistas alemanes con los socialdemócratas, en lugar de juntarse con los socialdemócratas se pelearon y dijeron “son todos fascistas”, “son todos igual a López Rega”. Es ahí donde comenzaron las fuertes operaciones de la “Triple A” y nosotros decidimos, con mi compañera de entonces, que también era periodista, Silvia Rudni, que no solo nos íbamos de la Argentina sino que nos íbamos de Montoneros, nos íbamos de esa militancia porque acá las condiciones era que empezaba una cacería impiadosa, cosa que desgraciadamente se comprobó. Y entonces nos fuimos a México.

### **AC: ¿Cómo fueron tus primeros tiempos en el exilio?**

JLB: Silvia tenía una buena relación con los sectores periodísticos y culturales de Cuba, entonces estuvimos viviendo en Cuba alrededor de nueve meses, y después nos fuimos porque teníamos la convicción de que no se podía volver a la Argentina en el corto plazo y queríamos desarrollar una vida normal, trabajar. En Cuba no podíamos porque no había una política de recepción de exiliados, decidimos ir a México porque la hermana de Silvia, Susana, y su esposo, Ricardo Halac, estaban en México por razones análogas a las nuestras. Entonces nos fuimos a México y empezamos a conectarnos con gente, con amigos y compañeros que nos dieran una entrada al país. Así fue

como Carlos Ullanosky nos contactó con un hombre de los medios mexicanos que me abrió las puertas de un diario muy importante de México, con bastante significación, *El Universal*. Ahí mi compañera murió imprevistamente (no estábamos casados porque yo tenía un matrimonio anterior), y bueno, yo trabajé, tuve una muy buena experiencia en el diario *Universal* porque en esos momentos en México, estamos hablando de los años 75 y 76, comenzaba la apertura política. El gobierno de López Portillo –que no pudo competir con ningún rival porque el partido de Acción Nacional había decidido abstenerse– inició el proceso de reforma política que culmina con la apertura democrática que tiene México hoy. Pero esto de hoy empezó en aquella época. Entonces el gran acontecimiento era la apertura de la prensa, que estaba férreamente controlada por el gobierno mexicano. La tendencia era darle mayor capacidad de expresión a los sectores en líneas políticas e ideológicas, especialmente en las páginas editoriales. Las páginas editoriales son un lugar sagrado para el periodismo mexicano, entonces empieza a darse una gran apertura y para mí fue una experiencia extraordinaria porque a mí me asignan ese trabajo, y yo no sabía ni dónde estaba parado: tuve que correr a comprar una guía, la maravillosa *Guía Roji*, porque no sabía ni dónde estaban las calles. Entro entonces a trabajar allí impulsado por este hombre, Luis Javier Solana, que funcionaba como director modernizador del diario, él no era el propietario del *Universal*; lo llaman para que haga esta modernización y esta apertura, y entonces yo quedo como coordinador de página editorial. Solo, en un diario que no tenía ni un solo extranjero, con ese conocimiento que yo tenía de México y de la ciudad, y en medio de ese proceso de reforma que llevaba, por ejemplo, a que el Secretario del Partido de Acción Nacional (de derecha) y el Secretario del Partido Comunista escribieran en el diario, para mí fue un acontecimiento extraordinario, que me obligó a un proceso aceleradísimo de comprensión de la realidad mexicana. Y naturalmente yo no entendía muchas cosas y necesitaba que me las “tradujeran”. Porque yo tenía que medir equilibradamente lo que se

decía, tanto a derecha como a izquierda, que no ofendiera demasiado al gobierno, que hubiera equilibrios, tratando de descifrar los complicados códigos de la política mexicana. Y no solo había que tener un ojo sobre lo que se escribía, sino también sobre lo que dibujaba. Había caricaturistas muy reconocidos en México, como Elio Flores y Naranjo, que traían sus cartones, y que en muchos casos eran más revulsivos que los artículos publicados porque a veces obligaban a buscar un tercer caricaturista para cubrir algún dibujo que no podía salir porque el gobierno no lo iba a dejar pasar. Pese a esto vivíamos los inicios de una apertura extraordinaria, la presencia de artículos feministas, durante un tiempo escribió Carlos Monsiváis, escribían veteranos vasconcelistas que seguían reclamando las elecciones del año 29, en fin, había un gran movimiento modernizador. Por otro lado, con la política exterior mexicana, de autonomía, y con la política del gobierno del PRI (Partido Revolucionario Institucional) de respaldar a los exiliados chilenos, luego pasó a respaldar a todos los exiliados del Conosur, y entonces el diario –como línea editorial– pasa a enfrentarse con las dictaduras del Conosur. Ese fue un espacio maravilloso de conocimiento y de prácticas. Al mismo tiempo yo decidí estudiar en México. Ingresé en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en la Facultad de Ciencias Políticas y decidí estudiar Ciencias Políticas, no comunicación. Cuando ingresé a estudiar vivía en el centro, en la Colonia Cuauhtemoc, que es una zona con calles de nombres de ríos; yo vivía en río Lerma y después me mudé hacia el sur, a las Torres de Mixcoac, y desde ahí me iba todos las mañanas a la universidad, de 7 a 13, y volvía con mi “vocho” –mi Volkswagen– para el centro, y me metía en el diario y estaba hasta la noche. Esa fue mi vida durante 3 o 4 años, de un gran trabajo periodístico y de sumergirme también en la vida de la Facultad de Ciencias Políticas, que era un universo del exilio latinoamericano. Cruzabas el patio y te encontrabas con Ruy Mauro Marini, con Quijano, todos los dependentistas, mucha gente que hoy está en el PT brasileño, gente también muy avanzada del pensamiento mexicano. Y por supuesto

también toda esa magnífica disposición de las instituciones mexicanas hacia lo académico, la producción editorial, la baratura de los libros, la multiplicidad de conferencias, de eventos; realmente era un gozo, una etapa absolutamente gozosa. Allí pues terminé mi carrera de Ciencias Políticas.

### **AC: ¿Cómo era tu relación con el resto de la comunidad del exilio o las comunidades del exilio?**

JLB: En el comienzo del exilio hubo un proceso de ordenamiento, de reagrupamiento; con eje en lo que Montoneros motorizaba se había formado un Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA). Después del 76, con el golpe, todo lo que implicó la ratificación de la política de Montoneros hizo también estallar el exilio. Entonces los que nos fuimos del COSPA, pasamos a integrarnos en otro espacio, la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS), que había sido el elenco original de los primeros exilados argentinos, y que Esteban Righi (Ministro del Interior de Cámpoa) y sobre todo Noé Jitrik y su esposa habían mantenido como una organización minoritaria pero preservada. Luego, con gente como yo que veníamos del COSPA, y con otra gente que nunca se había acercado, comenzamos a engrosar este movimiento que se llamó el “movimiento de apertura” de la Comisión Argentina de Solidaridad. Lo que implicó que a la comisión directiva de la CAS ingresamos –juntos– Juan Carlos Portantiero, Elvio Vitali, el dueño de la librería Gandhi, yo, y estaban ahí también Noé Jitrik, Ricardo Nudelman, editor del Fondo de Cultura Económica, y obviamente Esteban Righi. Trabajamos mucho en hacer una organismo p-l-u-r-a-l; ahí llegó, como debe de haber llegado en paralelo a la Argentina el tema de descubrir lo democrático: “pluralidad”, “acá opinamos de manera diferente pero tenemos que discutir”, “hay que discutir nuestro pasado”, “hay una derrota, hay que discutir la derrota”, “hay que apoyar a los que realmente luchan en la

Argentina de manera correcta, y no a los que están aislados de las masas, a los que están completamente colifatos”, “Tenemos que respetar eso, pensar en esos términos, no confundirnos, y efectuar acciones de denuncias y de solidaridad con cierta sensatez, hacer actividades de solidaridad con la gente”. Esto fue muy importante. La CAS después de estos años incluso avanzó en esta perspectiva y llegamos a hacer elecciones, ya no en asambleas sino elecciones por lista con representación proporcional. Había una corriente que era el origen de lo que después terminó siendo la pata mexicana del Club de Cultura Socialista. Se reunían todos los meses en una comida, la así llamada “mesa socialista”, en la sede de la CAS. Un poco como réplica, imitando esto, se armó la “mesa peronista”. Los peronistas sueltos nos juntábamos una vez por mes, con múltiples fracciones con era lógico...

### **AC: ¿Quiénes estaban en una mesa y quiénes en la otra?**

JLB: De los que me acuerdo, entre los socialistas estaban Juan Carlos Portantiero, Aricó, el gran inspirador era Pancho, Emilio de Ipola, Goyo Kaminsky, Oscar González, que es diputado nacional del Partido Socialista Democrático por la provincia de Buenos Aires, y que habíamos participado juntos en el gremio de prensa. Del lado de los peronistas, en esa mesa, que era muy amplia y que implicaba solo ir a comer, estaban desde el “Bebe” Righi, Alcira Argumedo, Mempo Giardinelli, bueno yo ahí es donde conozco a la que hoy es mi mujer, Adriana Puiggrós, y empezamos a vivir juntos desde entonces, estaba Miguel Talento, que había sido líder de la JUP, Juan Carlos Añón, Jorge Todesca, todos dirigentes de la Juventud Peronista. Después, un grupo de nosotros armó un espacio de reunión semanal, un grupo muy pequeño de gente, ex integrantes de Montoneros, y que decíamos que teníamos que discutir críticamente la realidad argentina, por eso nos llamaron “los reflexivos” y nosotros adoptamos gustosamente ese nombre. Ahí estaban Nicolás Casullo,

Sergio Caletti, el Toto Schumukler, Juan Carlos Añon, Pancho Talento, Todesca, y Adriana. Todos estábamos ahí, nos juntábamos una vez por semana, hablábamos, medio catártico y analítico, discutíamos cómo había sido nuestra experiencia, la relación entre Montoneros y el peronismo, el peronismo y la democracia, etc. Todo con mucha fragmentación y parcialidades: casi todos íbamos a la mesa peronista, la mayoría iba a la mesa peronista pero no era necesariamente asociado del CAS, no actuaban sindicalmente en la CAS de la manera como trabajábamos nosotros, entonces había diversos tipos; yo por supuesto cubría “mesa peronista”, “reflexivos”, y estaba en la CAS, la completa... Fue realmente bastante dinámico, se hicieron debates, se discutía, por ejemplo, si había habido guerra o no en la Argentina. Entonces los sectores más militaristas de Montoneros decían que había habido una guerra y que se había librado en tales y cuales condiciones adversas, y nosotros discutíamos que no había habido una guerra, y creo que la discusión en ese sentido era muy importante porque implicaba la desmilitarización de la política, independientemente de la discusión histórica más profunda, y como eso se discutieron muchísimas cosas. Cuando Cámpora murió se lo veló en la sede de la CAS, cuando él llegó a México, ni bien salió de la Embajada, el primer lugar que tuvo contactos con argentinos fue en la CAS, y eso nos llenaba de mucha alegría porque esto implicaba un golpe duro hacia los montoneros. (Si vos mirás el libro de Bonasso, *El presidente que no fue*, hay algunas referencias a esto).

### **AC: ¿Quiénes quedaban en el COSPA? ¿Quiénes eran los líderes de Montoneros en el exilio?**

JLB: En el COSPA quedaban los montoneros y el PRT orgánico, y en cuanto a figuras, en realidad no había grandes figuras; en el origen del COSPA la figura consular había sido Rodolfo Puiggrós, después que murió Rodolfo en el exilio la figura política que quedó era Obre-

gón Cano, el ex Gobernador de Córdoba, que después se va a integrar al Movimiento Peronista Montoneros, que va a ser un gran fracaso...

### **AC: Y había un tercer sector del exilio argentino...**

JLB: Frente a la “mesa socialista” y la “mesa peronista” estaba el movimiento independiente, que lideraba Noé Jitrik, y donde había varios platenses, estaba Alfredo Pucciarelli, nuestro común amigo que falleció hace poco, Oscar Colman. Oscar era uno de los miembros importantes de la mesa, cuando hicimos las elecciones, Oscar Colman iba de candidato por la lista independiente de Jitrik, los socialistas llevaban a Portantiero, y nosotros teníamos una lista que encabezaba yo. Eso debe haber sido en el año 1981, antes de Malvinas. Ganó por muy pocos votos la lista independiente, y segundo salimos nosotros. Todo ejemplar, hicimos padrón y votaron como más de 300 personas, estábamos encantadísimos de eso. (Los nombres no me los acuerdo de memoria pero estamos por sacar un libro con Mempo Giardinelli, *El exilio que vivimos*, y ahí están todos los nombres de los candidatos, también hicimos una lista de la gente del exilio que después se “mejoró” por las trayectorias de la gentes).

### **AC: ¿Cómo recordás la discusión en torno a la democracia y al pluralismo? ¿De qué lecturas teóricas fue acompañada? ¿Cómo se dio ese debate?**

JLB: Yo publiqué un libro que salió en la Argentina en el año 83, *El peronismo de la victoria*, que es mi tesis de la licenciatura, donde aparecen un poco estas cosas. La tesis la hice bajo la supervisión de un profesor chileno que dirigía un seminario muy interesante, Pío García, aunque en realidad él me sugirió que buscara un asesor ar-

gentino, y yo los busqué a Juan Carlos Portantiero y a Atilio Borón. Yo destacaría un par de cuestiones muy importantes. En primer lugar, nosotros, los peronistas de izquierda, decidimos parar la bocha y pensar. Pensamos, discutimos, leímos, trabajábamos mucho el tema de tercermundismo revolucionario pero también lo vimos en crisis. Nos empezó a entusiasmar mucho la problemática del eurocomunismo, el renacimiento de la socialdemocracia. Ahí fue muy importante la gran voluntad de pluralismo de Noé Jitrik, y su convocatoria amplia a la discusión, fortaleció un clima intelectual muy importante, y también el espíritu del “Bebe” Righi que apoyaba mucho esto en el marco de la CAS. También en el exilio fue muy importante para mí el clima que generaba el espíritu fantástico de indagación, de discusión y de crítica de Pancho Aricó. Pancho y el Negro Portantiero dirigían una maravillosa colección, “Pasado y Presente”, donde se publicó toda la historia del movimiento comunista internacional. Entonces se discutía mucho eso, la izquierda y la socialdemocracia, discutíamos y leíamos mucho, el Trotsky de Deutscher, debates de todo tipo, la historia del movimiento comunista internacional, la historia y la crisis del movimiento tercermundista, etc. Y un poco desde allí nos empezamos a meter en la discusión sobre democracia en la Argentina. Pero por otra parte, y esta me parece que es otra línea convergente, también el proceso de la propia izquierda mexicana y latinoamericana formaba parte de nuestros debates cotidiano. El proceso de la izquierda mexicana era muy curioso, porque había estado fuera del campo electoral, y quería participar, había sido un partido comunista muy stalinista, pero a su vez muy enemigo del Partido Comunista argentino, sobre todo de la figura de Codovilla. Entonces esta gente se incluía en la democracia política mexicana, aceptaba las nuevas corrientes de la izquierda, el feminismo, por ejemplo, formaba parte del partido de izquierda, y nosotros no podíamos creerlo. La modernización política de estos sectores de la izquierda mexicana, frente a la vieja izquierda de México, y frente a la pretendida “nueva” izquierda argentina, por lo menos a mí, me impresionaba mucho. Al mismo

tiempo esa izquierda tenía, por ejemplo frente a la cuestión cubana, su propia posición, y sus diferencias: se empezaba a ver como una vía agotada para América Latina. Entonces esto me daba a mí una visión democrática latinoamericana muy significativa, no era la reproducción de la vía cubana y su respaldo a las organizaciones guerrilleras, porque ese camino, en la propia experiencia argentina, había terminado muy mal. Y frente a las dictaduras lo que se abría eran las perspectivas de un recambio democrático; había que buscar patrones para ese cambio, y todo el exilio latinoamericano estaba metido en esa discusión: los chilenos discutían, los brasileños, los uruguayos. Se veía la necesidad de discutir el problema democrático. Se discutía por cierto el tema del apoyo o la buena relación planteada por la Unión Soviética con los militares, y naturalmente se criticaban y escribimos contra esos vínculos nefastos. Discutíamos mucho: peronismo-anti-peronismo, qué tipo de democracia, la necesidad de una democracia avanzada (y no lo que vino después), etc. “Tiene que haber un cambio democrático avanzado en América Latina” decíamos, “en Europa hay una socialdemocracia que rescata sus sentidos”, “los comunistas giran hacia el eurocomunismo”, “el comunismo debe democratizarse”, y “la lucha en América Latina debe ser hacia una democracia avanzada”. Y también había un rescate de las particularidades del peronismo, con críticas por supuesto a las posiciones reaccionarias del peronismo histórico, pero recuperando su fortaleza como movimiento social, y la necesidad de superar la crítica “fácil” de cierta izquierda en términos de “burocracia sindical”, etc. En esa línea, para mí fue muy importante la lectura o seguimiento de los debates de la democratización mexicana y de los debates de los cientistas sociales mexicanos de la época que surgía desde la propia universidad; uno recorría la Torre 1 y la Torre 2 de Humanidades de la UNAM, y cada despacho de investigador era el título de un libro o de varios libros. Estaba Pablo González Casanova, Sergio Zermeño, la crítica cultural de Carlos Monsiváis, por nombrarte algunos. Y mucha lectura y conocimiento de América Latina, mucho examen de América Latina.

Y también el seguimiento de la Conferencia de Partidos Políticos de América Latina (COPPAL).

**AC: ¿Cómo se produce, en ese contexto, el surgimiento de la Revista Controversia? ¿Y cómo fue esa experiencia?**

JLB: Si bien yo no participé en el Consejo de Redacción de *Controversia*, yo escribí en la revista. Eso surgió a partir de un vínculo entre dos sectores. Por un lado, emergió por una iniciativa de un sector de la “mesa socialista”, con un gran impulso –creo– de Ricardo Nudelman, que como editor conseguía el papel y esas cosas, el trabajo de Aricó, el Negro Portantiero, de Ipola, y del otro lado un sector del peronismo con Casullo, Caletti y otros; este era el núcleo central. Con la idea –desde dos campos diferentes– de discutir la Argentina pero no solo criticando la dictadura sino colocándonos a nosotros mismos en un campo de discusión polémica. Yo trabajé ahí, hice entrevistas a Righi, a Héctor Sandler, a Galimberti, que había llegado del exilio, y después escribí ensayos y notas políticas varias. Por ejemplo, allí hay un texto de Portantiero y de Ipola, sobre los populismos realmente existente, que después ellos han rescatado, donde polemizan con Alcira Argumedo, Caletti y Casullo. Obviamente el sector de Montoneros, y también la izquierda “no armada”, por ejemplo el movimiento independiente de la CAS, no tenían mucha simpatía por *Controversia*: la veían como una revista que, al meterse a cuestionar el accionar del propio campo popular, molestaba mucho; había una incapacidad de autocrítica en muchos sectores. Y eso generaba dificultades para mantener relaciones y pensamientos, yo por supuesto no estaba de acuerdo con todo lo que se publicaba, pero la idea de ese espacio me parecía fascinante, y fue sin duda la publicación más importante del exilio mexicano.

### **AC: ¿Qué otras publicaciones circulaban?**

JLB: Había algunas publicaciones pero de tono menor. Recuerdo una publicación que se llamaba *Rearme*, que impulsaba un grupo PROA, de izquierda muy radicalizado, creo que allí estuvo Oscar González y a la distancia Eduardo Luis Duhalde, pero no tuvo el tono de *Controversia*, que hasta en su diseño periodístico-político era atractiva. La revista encarnaba la idea de que había que discutir y a partir de esa polémica construir un pensamiento propio.

### **AC: ¿En qué condiciones deciden el regreso a la Argentina?**

JLB: Comenzamos a pensar la vuelta a partir de la derrota de Malvinas. En esa época en la casa de la CAS hubo reuniones memorables. Recuerdo que durante la guerra fue Vicente Leónidas Saadi, yo lo llevé con mi “vocho” a la CAS, allá en el Callejón de la Rosa, Tlacopac, San Angel, y él se sentó frente de una gran cantidad de argentinos y dijo con un lenguaje todo florido: “la dictadura”, no, “la tiranía ha terminado”; eso en medio de la guerra. Y yo tengo el recuerdo muy vivo cuando concluye el discurso de Galtieri, ese famoso que dice “la batalla en Malvinas ha terminado”, el día 14 de junio del 82. Nosotros teníamos un televisor puesto en la casa de la CAS, porque la TV mexicana transmitía en directo. Galtieri termina el discurso y yo tenía parado adelante al ingeniero Julio Villar, actual rector de la Universidad Nacional de Quilmes, que había sido rector de la Universidad Tecnológica, y Julio se da vuelta y dice “el exilio terminó”. Y a mí eso me pegó mucho. Me quedé pensando: “¿Habrá terminado?”. Y efectivamente Julio tenía razón, ese día había empezado a terminar el exilio. Entonces comenzó a volver la gente en enero del 83, uno de los primeros que volvió fue mi amigo Nicolás Casullo con su mujer, Ana María Amado, crítica de cultura y de cine. Y yo volví con mi mujer a

los 4 días que llegó Alfonsín al poder, estuvimos un mes en Buenos Aires. Ahí tomamos la decisión de volver. En junio del 84 vendimos el departamento que teníamos en México y compramos una pequeña casa en Buenos Aires, y llegamos el día de Navidad del año 1984. Yo llegué a trabajar, tuve la fortuna de empezar a trabajar inmediatamente, incluso pude elegir una buena oferta para trabajar como periodista en la editorial *Perfil*, después trabajé en otros medios, en radio Belgrano, en la revista *El Periodista*, y en el lanzamiento del diario *SUR*. Paralelamente a eso, un día llega Oscar Colman a casa y me dice “mirá, hay un concurso en la Escuela de Periodismo de la Universidad Nacional de La Plata, ¿te interesa?”. Y sí. Me acuerdo que ahí se produjo el terremoto de septiembre del 85, en México. En medio de todo eso –llamando amigos que estaban allá– yo preparé el concurso de dos materias y me presenté. Y entré a la UNLP a partir de esos concursos. La primera vez que entré a la UNLP fue para depositar las presentaciones del concurso, y bueno esa era una derivación directa del exilio, porque para mí La Plata era menos conocida que la ciudad de México, había venido un par de veces a ver a mi equipo favorito, Racing, había venido en el 73 a hacer una entrevista a Julio Troxler, cuando era Subjefe de Policía, para *Canal 7*, y a ver al Secretario de Medios de Oscar Bidegain, que era Sergio Caletti, y nada más. Yo no conocía nada de esta ciudad.

**AC: Si tuvieras que hacer un balance, un corte entre un “antes” y un “ahora”, sobre el debate en torno a la democracia en la Argentina, y cuando digo “antes”, vos marcá los hitos a partir de tu propia historia personal, ¿Qué balance harías?**

JLB: El corte es claramente antes del derrumbe y el exilio, y el después es la vuelta del exilio. Antes del derrumbe de nuestra esperanza en la revolución peronista y la patria socialista, para muchos de nosotros la democracia era un enunciado que reforzaba nuestra idea

de liberación nacional, de una revolución que no se planteaba como expresión del pluralismo o la realización de la democracia liberal, o la república devenida en democracia, eso no estaba presente. Sí estaba presente que la noción de democracia éramos o era el peronismo, y el peronismo había sido excluido del campo democrático; eso siempre estuvo presente en mí, y por eso la lucha por el regreso de Perón, eso siempre fue una bandera reivindicativa, su regreso físico era también su regreso político democrático. Pero en su desarrollo teórico la democracia estaba subsumida en las perspectivas liberacionista o nacional-popular, ligadas a las visiones marxistas, como medio hacia otra cosa, esto es, “democracia burguesa”, “democracia socialista”, etc. Pero después del proceso del exilio hay un asunción del debate sobre la democracia como tal, un enorme interés por la herencia de la Revolución Francesa, una discusión sobre cómo había funcionado la democracia en la Argentina, una problematización del peronismo, visto como un enriquecimiento en términos de democracia social, pero que necesariamente tenía que articularse con la democracia política, y también la reivindicación de la importancia de los partidos políticos, todos estos son ejes decisivos que se plantearon a partir del exilio. En este sentido los tiempos del exilio fueron para mí, y para muchos, tiempos de una gran productividad, y de cambio. En el exilio estudiábamos, discutíamos, con los profesores en la UNAM, con los mexicanos que eran amigos nuestros, con otros latinoamericanos que enseñaban, y se iban articulando otros espacios: en el café de la Gandhi, en el CAS, en la librería El Agora; eran lugares donde nos cruzábamos las novedades políticas o las discusiones teóricas o las opiniones personales. Y en todo eso hubo un gran aprendizaje de algo que era más que la palabra “tolerancia”, que es un poco inadecuada, porque tolerancia parece indicar algo pasivo, y yo diría que empezó a gestarse una especie de *respeto activo* al otro, me interesa saber qué es lo que piensa, me interesa discutir con el otro, me diferencio y te respeto. Eso que en su más alto nivel tenía Pancho Aricó, que era un hombre capaz de acercarse y exigir tu pensamiento pero con un

enorme respecto a tus propias ideas, y que te entusiasmaba y buscaba entender el matiz de tu pensamiento. Yo creo que en el exilio se gestó un espacio muy generoso, un espíritu, un *ethos* que sería interesante ver cómo podríamos reconstruirlo hoy y a partir de allí estimular la creatividad intelectual. Quizá a través de estudiar más el tema del exilio podemos avanzar en ese sentido. Porque yo creo que el hecho de que el exilio haya sido poco estudiado me parece una típica actitud argentina de negación, que considera el exilio, probablemente de manera indirecta, un lugar vergonzoso. Como si fuera la Edad Media. Un espacio de repliegue, donde no puede haber una reivindicación porque no es un lugar épico. En España, Suecia, Francia, y naturalmente México, tuvimos condiciones especiales, pudimos estar y trabajar, muchos tuvimos la posibilidad de trabajar en lo nuestro, de estudiar, de producir, de hacer cosas importantes. Creo que estudiar y reconstruir la historia del exilio nos enfrenta, y nos ayuda, a entender la historia de nuestros propios cambios.

## ENTREVISTA A FRANCISCO DELICH:

---

### “Contribuimos a instalar la cuestión de la democracia”<sup>30</sup>

Graduado en la Universidad Nacional de Córdoba y la Sorbonne de París. Fue rector de la Universidad de Buenos Aires (1983-1986) y de la Universidad Nacional de Córdoba (1989-1992; reelecto 1992-1995), y Convencional Constituyente por Córdoba (1994). Entre 1975 y 1983 se desempeñó como Secretario Ejecutivo de CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales). A finales de los setenta dirigió *Crítica y Utopía*, revista latinoamericana de ciencias sociales. En 1970 publicó *Crisis y Protesta Social*, un análisis del “Cordobazo” de 1969, que ha sido reeditado regularmente, y *Tierra y conciencia campesina en Tucumán*. En 1987 editó *Megauniversidad*, y posteriormente aparecieron, entre otras publicaciones, *Metáforas de la Sociedad Argentina* (1986), *El Desempleo de las Masas* (1988) y *La crisis en la crisis* (2002). Es profesor titular de Sociología Económica en la Facultad de Ciencias Económicas y de Sociología en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba. Fue Presidente del Consejo Superior de FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales).

---

30 Entrevista realizada y editada por Antonio Camou en Buenos Aires el 25 de agosto de 2003.

**Antonio Camou: Profesor Delich, comenzamos con un pequeño prontuario. ¿Cuándo y dónde nace? ¿Quiénes eran sus padres? ¿Cómo llega a las ciencias sociales?**

Francisco Delich: Yo nací en Córdoba hace 66 años, mis padres eran un inmigrantes que llegaron al país apenas terminó la Primera Guerra Mundial, eran de origen campesino y se instalaron en lo de un hermano mayor de mi padre que tenía una especie el almacén y estuvieron trabajando. Después mi padre durante muchos años tuvo un reparto de chacinados de un frigorífico, casi hasta que se jubiló. Yo soy el octavo hijo de la familia y el único que estudió, obviamente, no había muchas condiciones para eso. Yo estudié en la Universidad de Córdoba, me recibí de abogado, y apenas me recibí tuve una beca. Me presenté a dos becas, una para FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) que recién empezaba en Chile y a una beca francesa. Gané las dos pero opté por la beca francesa y me fui a París ni bien me recibí. Eso fue en el año 61. En París hice un Diploma de Estudios Superior en la Universidad de París. Volví y me incorporé en la Universidad de Córdoba por concurso, y también comencé a trabajar también en el CONADE (Consejo Nacional de Desarrollo) que lo dirigía un querido amigo, el ingeniero Roque Carranza y allí en el CONADE yo preparé una investigación sobre campesinos en Tucumán y esa fue mi tesis, mi primer libro en realidad, mi tesis en la Universidad de Córdoba, eso fue en el año 67 y el libro se publicó en el 70, salió un poquito antes del libro sobre el Cordobazo, salieron los dos libros casi juntos.

**AC: ¿Cómo era la formación en Sociología en Córdoba en aquella época? ¿Eso era la “otra” Sociología, era la sociología de Raúl Orgaz, de Alfredo Poviña?**

FD: Claro, Orgaz ya había muerto pero la tradición era Alfredo Poviña, era el anti-Germani, era muy complicado. Yo no tenía nada que ver con eso porque cuando volví para comenzar mi carrera académica y de investigación ya volví de Francia y me interesaban otras cosas. Si bien en esa época yo todavía no tenía tanto trato con Germani, sí tenía relación con Jorge Graciarena, que era un poco el “segundo” de Germani, y que después hiciera importantes contribuciones a la sociología del desarrollo, su trabajo en la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe). En fin, yo venía “equipado” con otras visiones a la Universidad. Además no había carrera de Sociología en Córdoba, pero era un momento interesante porque había vuelto también Juan Carlos Agulla, que se había estado formando en Alemania, y después también contrataron al Dr. Crito, que había sido alumno de Paul Lazarsfeld en Columbia, un muy buen metodólogo. Entonces en ese momento, años 65, 66 se armó un grupo bastante interesante aunque con orientaciones diferentes...

**AC: ¿Cuáles habían sido sus referentes en Francia?**

FD: En primer lugar, estudié con Touraine y con Lefebvre, los dos en paralelo. También hice cursos con Raymond Aron y con George Gurvitch porque para hacer las equivalencias del título de abogado tenía que dar unos exámenes en la Sorbona, entonces ahí hice cursos. Pero básicamente mi referencia era Touraine

**AC: ¿Qué otros compañeros de generación latinoamericana estaban estudiando con Touraine en ese momento?**

FD: Bueno había un Seminario de Investigación, allí me hice muy amigo de un mexicano, Julio Labastida, y entre los argentinos estaban Silvia Sigal, José “Pepe” Nun, “Manolo” Mora y Araujo, que venía de Chile, porque él había hecho el curso en la FLACSO y después vino a París, y naturalmente muchos franceses –como Daniel Pécaut– que en muchos casos se especializaban en América Latina. Ahí tomé un curso con Lazarsfeld, porque él casualmente se había tomado un año sabático y fue a París, así que era un momento muy excepcional de la sociología francesa y del pensamiento francés, estaba explotando Levi Strauss, también empezaba a aparecer Foucault, Roland Barthes, naturalmente era muy importante Sartre, así que era un momento muy interesante. Todo esto era antes del 68 que no me tocó porque me vine antes.

**AC: ¿Cuándo regresa a la Argentina se inserta entonces, a la vez, en la universidad y en el CONADE?**

FD: Efectivamente. Tenía unas horas en la docencia y muy poquito en la investigación, y en la CONADE para investigar. Nos contrataron porque –para variar– había una gran crisis en el azúcar en Tucumán. Durante el gobierno de Illia se habían cerrado como ocho o nueve ingenios y había una crisis muy fuerte. Entonces el CONADE decide hacer una exploración en la cual un equipo de sociólogos trabajamos juntos, pero yo tomé a mi cargo a los pequeños campesinos y con ese material armé mi tesis dos años después. Y hasta ahí llegué, porque después nos echaron. Vino el golpe del 66 y unos meses después nos cancelaron los contratos en el CONADE y también en la facultad. Yo era jefe de trabajos prácticos. Hice toda mi carrera en la

facultad de Ciencias Económicas, vinculado a la economía, yo daba Sociología Económica. Ahí nos cancelaron, yo era profesor en Córdoba y en La Rioja, era una universidad provincial en aquella época, y quedé cesante en el 67 y en Córdoba también a mediados en el 67.

### **AC: Entonces con el Golpe de Onganía se quedó sin trabajo...**

FD: Me quedé sin trabajo y allí decido recuperar mi título de abogado, abrí un estudio aunque mantenía los contactos con Germani. Ahí Germani se fue a Harvard enseguida pero más o menos me mantenía en contacto con él. Cuando salió mi libro sobre del Cordobazo a él le gustó, y volví a encontrarme con él en Buenos Aires. Y ahí volví a trabajar mucho y bien, porque en el 70 el gobierno de Lanusse llamó a concurso en las universidades: yo me presenté y gané la cátedra de Sociología Económica. Después, ahí estuve hasta el 74. A comienzos del 74 me acepté la Dirección de un Posgrado en Sociología Rural en Paraguay, que se hacía en Asunción con apoyo de la UNESCO, lo organizaba CLACSO y con financiamiento de la Fundación Ford y Naciones Unidas. Yo tenía un contrato por dos años (1974-1976) así que me fui a vivir a Asunción y pedí licencia en la Universidad de Córdoba en donde yo era full time. Era profesor titular. En diciembre del 74, las "Tres A" hicieron un operativo en la casa de mi papá, donde yo supuestamente debería haber estado y por su puesto no me encontraron, de lo contrario no estaríamos hablando tranquilamente acá y hubiera sido una lástima para este libro de memorias... En fin, para mí era muy claro que era una operación clandestina porque esa noche, yo había viajado en ómnibus a Buenos Aires y a la mañana muy tempranito me instalé en la central de la policía federal porque tenía que llenar un pasaporte, estaba en la policía. Entonces allanaron mi casa y yo estaba en la policía. Me contaron lo que había pasado y volví a Asunción, e inmediatamente salí para Perú, y una semana después allanaron mi casa en Paraguay.

### **AC: ¿Cuál era su militancia política?**

FD: Yo no tenía en ese momento militancia política, más bien era una persecución en el plano intelectual. Yo había quedado muy marcado por el libro del Cordobazo y porque además, antes del libro, yo estaba vinculado a un grupo que editaba una revista que se llamaba *Jerónimo* una revista muy linda, un semanario político-cultural (de hecho mi libro apareció primero allí), que dirigía un periodista radical, del partido radical, que ya murió, Miguel Angel Picato, él se exilió en México y murió. Quedamos muy marcados, muy antionganía, era muy fuerte. La actividad era muy fuerte, estábamos vinculados a un grupo de curas también, uno curas cordobeses muy combatidos ligados al movimiento obrero. Estoy hablando de los años 70, 71, en el tramo final de la dictadura...

### **AC: ¿Cuál era su vinculación con el grupo de Pasado y Presente?**

FD: Yo había sido miembro del comité de *Pasado y Presente* durante la primera época, en la segunda época de *Pasado y presente* ya no estaba, se incorporaron nuevas gentes, me salí pero al principio había estado, hasta antes del Cordobazo. Entonces yo tenía una visibilidad político-intelectual bastante fuerte.

### **AC: Y ahí es donde decide ir a Perú. ¿Por qué Perú?**

FD: Yo había tenido un ofrecimiento Darcy Ribeiro que estaba exiliado en Perú. Él era el Director de un proyecto de Naciones Unidas, en ese momento era la Revolución Peruana, estaba Velasco Alvarado. Darcy tenía ahí un proyecto y yo le había comentado este episodio que me había sucedido, lo había llamado a él y a varios amigos

más. Allí también estaba Oscar Varsavsky, que se había exiliado en el 66, éramos un grupo de profesores que estábamos dando vueltas por América Latina. Entonces Darcy me llamó enseguida y me fui para allá porque el segundo allanamiento había sido oficial, era la policía paraguaya dirigida por un policía cordobés (!), un tal García Rey, que dicho sea de paso después se recicló y terminó como Jefe de Policía de Menem en La Rioja... En fin, lo cierto es que hacia el año 75 yo estaba en Perú.

**AC: ¿Cómo se produce su acceso a la Secretaría Ejecutiva del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)?**

FD: A fin del 75 se retiraba Enrique Oteiza, que había asumido la Secretaría de CLACSO después de Aldo Ferrer. Oteiza se retiraba y pasó por Lima, conversó conmigo, hablamos bastante de lo que se podía hacer, y a mí lo que más me interesaba era la posibilidad de volver a Buenos Aires, a pesar que tenía peores condiciones económicas porque en Naciones Unidas ganaba muy bien y CLACSO era una institución bastante austera. Pero me importaba mucho volver a la Argentina. Así que me eligieron en octubre del 75 y volví, estaba por supuesto la señora Isabel Perón, y entre preparar el traslado, el cambio institucional, la mudanza, resulta que volví a Buenos Aires en marzo del 76...

**AC: Con un enorme sentido de la oportunidad...**

FD: Sí, con una gran visión, con mucha lucidez. Vine a parar acá unos días antes del Golpe... Naturalmente yo era un funcionario internacional y se podía pensar que había una mayor protección. Así y todo nos allanaron la Oficina un par de veces pero nunca pasó nada.

Era todo oficial, era la Policía Federal. La Policía hacía un control de los organismos internacionales, era bastante legal.

**AC: ¿Con qué panorama se encuentra cuando toma esta función en CLACSO tanto en lo que son las Ciencias Sociales en la Argentina como en América Latina? ¿Qué plan se fija?**

FD: En realidad, no fue tanto una decisión que tomamos como una imposición de las circunstancias, porque ya había habido el Golpe de Chile y había cantidad de exiliados chileno acá, y también estaba la dictadura en Brasil, había dictadura por todas partes. En Bolivia, ni hablar, en Paraguay lo mismo, en Uruguay. Entonces nosotros tuvimos rápidamente que comenzar a canalizar fondos para, en algunos casos, permitir la salida de gente que se iba a exilar, y en otros casos, para gente que quería y podía quedarse en el país que se quedara en el país; entonces reorganizamos el programa tanto para los dos casos, gente que se iba y gente que se quedaba.

**AC: ¿Esos fondos de donde provenían? ¿Qué fundaciones apoyaban?**

FD: Eso lo apoyaban los suecos, Naciones Unidas, la Fundación Ford, Fundación Thinker, todas las fundaciones americanas. Algunos de esos fondos ya estaban en CLACSO cuando yo llegué, y otros los generamos nosotros, como el caso de los suecos (SAREC). Pero la Fundación Ford ya venía colaborando, Naciones Unidas tenía una programa de becas...

**AC: Cuando dice “nosotros” se refiere a cierta red intelectual, al equipo de trabajo de la Oficina, ¿quiénes eran?**

FD: CLACSO era una oficina muy pequeña, había una secretaria, un asistente y tenía un colaborador que luego fue muy conocido, un tal Ricardo Lagos..., actual Presidente de Chile, él era el jefe del programa de ayuda para los chilenos. Ricardo estaba exiliado en Buenos Aires. Había sido Secretario General de FLACSO, y después se vino para acá (y en la Secretaría de FLACSO lo reemplazó Arturo O’Connell).

**AC: ¿Cuándo es que comienzan a generarse programas de estudios sobre la democracia?**

FD: Bueno, en aquellos primeros años todavía no, el 76, 77 fueron años muy duros de represión, y CLACSO era una red muy defensiva, con estrategias de protección. Nosotros básicamente tratábamos de proteger lo que se podía proteger: personas e instituciones. Había una vigilancia muy rigurosa y todos los centros afiliados a CLACSO, que en la Argentina eran siete u ocho, estaban en situaciones muy precarias, de subsistencia, era muy difícil y nosotros estábamos moralmente obligados a decir lo que había que decir. Cada declaración era un acto que uno sentía que podía tener consecuencias dramáticas. En agosto del 76 hice la primera declaración pública como Secretario de CLACSO. Ahí la discusión más importante en el ámbito de las ciencias sociales, en la intelectualidad institucionalizada, entre los profesionales de la ciencias sociales, la cuestión era si el esfuerzo se ponía en defender las ciencias sociales y los científicos que estaban fuera de sus países o privilegiar a los que estaban dentro del país; fue una discusión muy importante y que tuvo consecuencias intelectuales y teóricas igualmente importantes. Porque yo como vivía acá defendía

mucho la idea de privilegiar a los que se quedaban, era una cosa muy obvia: por un lado ayudar a los que se querían ir y debían irse por cuestiones de seguridad, pero simultáneamente proteger las comunidades locales. La diferencia es que las discusiones del exilio no eran las mismas que teníamos las que nosotros teníamos acá, no podían ser las mismas: mirábamos lo que pasaba desde distintos puntos de vista. Mucha gente se fue y pensó no volver nunca más, y otros no sabían cuándo, ni cómo podían llegar a volver; en cambio los que nos quedamos no solo pensábamos en tratar de sobrevivir, sino también en trabajar, en la necesidad de abrir espacios y perspectivas. Entonces a fines del 77, cuando nosotros vislumbramos que podíamos pensar en una estrategia más positiva, ahí comenzamos a planificar una gran conferencia sobre lo que llamamos *Las condiciones sociales de la Argentina*. En esa conferencia decidimos, por primera vez, que íbamos a hacer una conferencia de científicos sociales y dirigentes políticos, y entonces fueron Lagos, que en ese entonces no era todavía un dirigente político importante, ni mucho menos, o en todo caso no era importante para el exilio chileno, pero sí tenía contacto con los focos intelectuales y políticos que habían quedado en Chile, en donde había grandes nombres como Enzo Faletto, además estaba la gente de la CEPAL, y nosotros acá también teníamos grupos sólidos de investigación que habían quedado: CENEP, Centro de Estudios Urbano Regional, el Di Tella, en fin... De acá fueron Alfonsín, Roque Carranza, Raúl Prebisch, aunque él estaba afuera, fue naturalmente Gino Germani, donde presentó su último texto, es un texto muy breve, un muy buen texto. Por ese entonces yo lo veía bastante a Gino, él se jubiló en Harvard, y yo lo veía también en Roma o en Nápoles.

**AC: ¿Esta conferencia fue una iniciativa específica de CLACSO, un diálogo con las fundaciones? ¿El tema de la democracia era parte de las agendas de las fundaciones internacionales?**

FD: El tema de la democracia empezó como una respuesta nuestra a la situación política. Después de muchas discusiones entre nosotros sobre qué hacer en esa hora. Teníamos un gran intercambio con Chile, allí estaban Norbert Lechner, un gran interlocutor nuestro, Tomás Moulián, Manuel Antonio Garretón, Angel Flisfisch, estaba Foxley, que armó un centro de economía de primerísimo nivel (CIEPLAN). Es toda gente que ya para el año 80 eso era una cosa sólida...

**AC: ¿Esa conferencia ustedes se la “venden” a las fundaciones? ¿Las fundaciones los apoyan?**

FD: El primer interlocutor importante fue Don Gabriel Valdés, que estaba en Naciones Unidas, él era muy amigo mío y de Prebisch, y yo tenía contacto con ambos. Con los primeros que hablamos fueron con ellos, y cuando sumamos a Prebisch y a Gabriel ahí fue mucho más fácil. Esa fue una conferencia muy grande, doscientos cincuenta personas, muy costosa para la época que hicimos en San José de Costa Rica. Algunos de los principales textos luego se publicaron en los primeros números de la revista *Crítica & Utopía* (¡me acuerdo que Alfonsín presentó un trabajo sobre Max Weber!). Fue una movilización muy importante y provocó una ruptura en el grupo del exilio: los grupos más radicalizados reaccionaron muy fuerte a la introducción de la temática de la democracia, imaginaron que era una traición a la lucha del pueblo, tuvieron una reacción muy negativa. Era obvio que había gente que se iba a comprometer con la lucha por la democracia, y esa no era su perspectiva que era de carácter revolucionaria, estaba Nicaragua, los Montoneros preparaban su con-

traofensiva estratégica, seguía el Frente Manuel Rodríguez en Chile, etc. Esto no tenía el visto bueno ni de los cubanos ni de estos grupos. Cuando en 1979 salió *Crítica y Utopía* estos grupos –que todavía eran muy fuertes– salieron a condenar la aparición de la revista, firmaron manifiestos en contra, porque decían que todo lo que se publicaba en Buenos Aires tenía que ser aprobado por la dictadura, lo cual era un disparate. Por eso te decía que había diferencias de perspectivas entre los que estaban adentro y los que estaban afuera...

**AC: ¿Cómo era la vinculación con los partidos políticos en el caso argentino? ¿Eran vínculos personales? ¿Se contactaron con alguien del Partido Justicialista, del Partido Socialista?**

FD: Sí, fueron algunos. Recuerdo a Augusto Conte, demócrata-cristiano, que le negaron el pasaporte y no pudo ir. Él era abogado del Di Tella y había sido abogado de CLACSO, tenía un hijo desaparecido... Un intelectual ligado al peronismo era Mario Dos Santos, que era Secretario Adjunto de CLACSO. También había algún que otro dirigente sindical. Pero el dirigente político más importante era Alfonsín porque en el 78 era la opción más importante del radicalismo. Yo tenía mucho contacto con él. En mi caso era el regreso al partido, porque yo me había afiliado cuando era joven y había salido, entonces tenía una impronta radical muy fuerte. También estuvo en la Conferencia Jorge Roulet, él venía del frondizismo, y también volvía al partido, estaba Dante Caputo, que dirigía un centro de investigaciones y ya estaba bastante cerca de Alfonsín. Había entonces un grupo que establecimos una relación bastante estrecha con Alfonsín, yo diría una relación personal más fuerte con él que con el radicalismo como partido.

**AC: ¿Tenían vinculación con la académica norteamericana? Tiempo después comenzará el proyecto de O'Donnell, Schmitter y Whitehead sobre las transiciones...**

FD: Claro pero eso sale mucho después, cuando ya estábamos en plena democracia, pero en esa época no. En la época de la dictadura esa Conferencia fue el único emprendimiento importante, y aun así yo creo que CLACSO fue la única institución que lo impulsó.

**AC: En ese contexto otra iniciativa intelectual fue *Crítica & Utopía*, ¿qué relación tenía con CLACSO?**

FD: Eso lo hicimos como una actividad paralela: yo asumía la responsabilidad personal de la edición de la revista, mientras era Secretario Ejecutivo de CLACSO, pero no estaba comprometida una responsabilidad institucional. Porque si había un problema, como lo hubo, el primer número fue prohibido por los militares y el segundo también, eso no afectaba a la institución. Nos prohibieron los números pero nosotros no les hicimos caso, lo sacamos igual. Parece mentira, salió un decreto que prohibía una lista de revistas pornográficas y entre esas revistas estaba *Crítica & Utopía*. Pero ya habíamos empezado a no hacerle caso. Ya en el año 80, 81 las condiciones de vida académica-intelectual habían mejorado bastante, uno ya no sentía que lo estaban persiguiendo. No era tampoco nada para destacar, pero había más espacio. De todos modos, en actas o en reuniones del Concejo Directivo siempre quedó establecido que la edición de la revista no era una actividad institucional CLACSO. Por eso cuando yo termino mi mandato la revista sigue saliendo.

## **AC: ¿Cuándo termina su mandato en CLACSO?**

FD: Termine en diciembre del 83 y ahí nomás asumo el Rectorado de la UBA, estuve dos períodos de cuatro años en CLASO. Entre el 8 o el de 10 de diciembre se hizo la Asamblea de CLACSO y el 26 asumí el Rectorado como parte del proyecto en común con Alfonsín que había venido madurando en los años de la dictadura.

## **AC: En términos generales, ¿qué balance hace de su experiencia en CLACSO y de la conformación de una comunidad de científicos sociales latinoamericanos? ¿Existía antes, se potenció de alguna manera en esos años?**

FD: Yo creo que existía un antecedente muy importante, que era la generación de Germani. Entre finales de los 50 y a lo largo de los 60, hasta el golpe, ellos producen una fantástica renovación en las ciencias sociales en América Latina. En Lima estaba José Matos Mar, Julio Cotler, Quijano; en Chile estaban Fernando Enrique y Faletto, nombres muy importantes; en Brasil Francisco Weffort; Domingo Rivarola monta un gran centro en Paraguay; en México aparece la generación de Pablo González Casanova, y después la nuestra de Julio Labastida, José Luis Reyna, y entonces empezamos a tener responsabilidades institucionales claves en cada uno de los países. Y ahí se produce una gran renovación que si bien se quiebra con las dictaduras, pero la gente ya estaba lanzada en esos proyectos, y siguen los debates en el exilio. Aparece la Teoría de la Dependencia en pleno exilio de Cardoso en Chile con Faletto. Era un momento muy importante y lo que nosotros le agregamos, en todo caso, fue introducir la cuestión de la democracia dentro del marco de los que discutían el desarrollo. Porque hasta ahí la idea de los desarrollistas era que la democracia no era importante, el problema era el capital, la moderniza-

ción, estoy exagerando un poquito pero por ahí iba la cosa. Nosotros desde CLACSO lo que introducimos a la propia CEPAL (porque ellos eran un órgano oficial y eso era más complicado pero desde Naciones Unidas sí se podía), era la idea de que sin democracia el desarrollo era insostenible o bien era incompleto. Entonces cuando eso se instala, que en realidad tenía antecedentes en aquella camada modernizadora en Ciencias Sociales, de estos nombres, Aldo Solari en Uruguay, Medina Echevarría, y otros, cuando eso se instala el tema de la democracia cobra fuerza. Por eso, en los años 80 estamos en plena revisión y pleno rescate de eso, entonces el debate por la democracia es relativamente fácil porque ya hay condiciones, hay un clima más maduro. Aunque visto desde ahora me parece que personalmente era más bien excesivamente optimista. Escribí, convocando a la conferencia, que *todas* las condiciones sociales son buenas para la democracia, lo sigo creyendo solo que después de 20 años de democracia del país, en ese momento estaba bien decir eso, pensar eso, pero después de 20 años de democracia me suena bastante *naïf*. En la actualidad uno llega a cuestionar la calidad de la democracia, estas discusiones contemporáneas, pero esto de hoy no sería posible sin aquello. Además otra cosa importante que esos debates nos permitieron superar cierto “provincianismo” que tenían las ciencias sociales latinoamericanas: se intensificaron los puentes con Europa y también con Estados Unidos, que para muchos era sinónimo de “la maldad organizada”. Eso también fue bueno. Por eso me parece que el tema de la democracia cayó dentro de la propia renovación de las Ciencias Sociales, siempre lo sentí como algo muy natural, aunque otros lo sintieron como una ruptura más fuerte, depende de dónde haya estado cada uno antes...

## **AC: En aquellos debates, ¿aparecía la democracia claramente contrastada sobre la idea de la revolución?**

FD: Sí, claramente, aparecía como una opción, por eso el contexto de la ruptura ahí era muy explícito. Visto por un militante del Partido Comunista de los años 80, no ya tan staliniano pero tampoco Gorbachov, para ellos la democracia era un paso táctico, bueno juntémosnos todos por ahora contra la dictadura militar, pero después sigue la lucha del proletariado por la revolución y el socialismo. Para nosotros no, porque era la construcción de un orden político en sí mismo, que debía auto construirse y autoregularse porque no estaba pensado como una etapa a nada. Entonces ahí la discusión con la izquierda más radicalizada, sobre todo la izquierda armada, se hizo muy fuerte. Y ahí hubo una ruptura política muy fuerte. Yo lo sentí bastante, de gente que además habíamos sido amigos, que habíamos compartido momentos, experiencias; esto pasa en la política y en el mundo de las ideas. Fue un momento excepcionalmente dramático para mí y para la propia academia porque estaba lo otro, bueno la academia se subordina al proyecto revolucionarios, y en cambio nosotros decimos no se subordina nada, entonces ciertas diferencias se hicieron muy notorias, muy profundas. Yo lo tenía clarísimo, antes de asumir el Rectorado y después de asumir, que no era una revancha, no era volver al 66 o al 73, era un proyecto distinto de un país distinto con las diferencias que veníamos de la época de la dictadura. Y allí muchas diferencias se hicieron más nítidas, más fuertes, y varios terminamos peleados. Pero bueno, yo creo que si hoy a nadie se le ocurre dar un golpe, aquí en la Argentina en los alrededores, en parte es porque hicimos lo que teníamos que hacer, pensamos lo que teníamos que pensar, y gestionamos una transición en base a esas convicciones.

## ENTREVISTA A ERNESTO LACLAU:

---

### “La democracia es la expansión del espacio público sobre la base de la incorporación de los de abajo”<sup>31</sup>

Ha sido uno de los intelectuales argentinos más reconocidos en el mundo. Graduado inicialmente en historia por la Universidad de Buenos Aires, promediando los años 60 fue invitado por Eric Hobsbawm para realizar sus estudios de postgrado en Inglaterra. Desde entonces residió en Gran Bretaña donde fue profesor de teoría política en la Universidad de Essex y además dirigió un programa de investigaciones sobre ideología y análisis del discurso. Entre sus numerosas obras se destacan: *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo* (1978), *Hegemonía y estrategia socialista* (1985, en colaboración Chantal Mouffe), *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (1990), *Emancipación y diferencia* (1996), *Misticismo, retórica y política* (2002) y *La Razón Populista* (2005). Falleció en Sevilla en abril de 2014.

---

31 Entrevista realizada y editada por Antonio Camou el 11 de abril de 2006, en ocasión de su viaje a La Plata para presentar su libro *La razón populista*.

**Antonio Camou: Empezamos esta entrevista bastante informalmente, con algunos lejanos recuerdos... ¿Cuándo y dónde nace, qué hacían sus padres y cómo se va despertando su vocación por la Ciencias Sociales?**

Ernesto Laclau: Nací en Buenos Aires a fines de 1935. Mi padre era abogado, era también miembro del radicalismo, fue embajador en Dinamarca en el gobierno de Illia, o sea que vengo de una trayectoria yrigoyenista. En 1954 comencé a estudiar en la Facultad de Filosofía y Letras y me gradué como Licenciado en Historia un tiempo después. En 1966 fui designado Profesor, mi primer cargo universitario, en la Universidad de Tucumán, con tan buena suerte que a los pocos meses vino el golpe de Onganía, que aunque no fue un golpe terriblemente represivo, de todos modos intervinieron las universidades y a los pocos meses perdí mi cargo. En ese momento fui a trabajar en Buenos Aires, en el Instituto Di Tella, en un proyecto de investigación cuyo asesor era el historiador inglés Eric Hobsbawm. O sea que yo lo conocí en Buenos Aires y él propuso si quería que me consiguiera una beca de Oxford para ir allá a hacer mi Doctorado, y como yo no tenía ninguna perspectiva en ese momento en la Argentina, la acepté y así fui a Inglaterra en 1969, pensando que me iba por tres años. Pero después, aunque yo no salí formalmente como un exiliado político, me fui transformando en uno en el curso de los años 70, y entonces no pude volver durante todo el período militar, y comencé a venir regularmente a partir de 1984.

**AC: Un detalle menor: en el barrio hay alguna controversia acerca de cómo se pronuncia su apellido. ¿Se pronuncia “Laclau, a la catalana”, o “Lacló”, a la francesa?**

EL: “Lacló”, mis cuatro abuelos eran franceses.

**AC: ¿De la región del Béarn?**

EL: Del lado de mi padre del Béarn y del lado de mi madre del País Vasco francés. El apellido de mi madre es Gaztelu. “Laclau” quiere decir *la llave* y “Gaztelu” *castillo*: la llave del castillo.

**AC: Ud. me contaba que se gradúa como Licenciado en Historia. ¿Cuáles fueron los primeros temas que empieza a trabajar y los temas que lo llevan después a trabajar en la Universidad de Tucumán?**

EL: Yo fui durante varios años, mientras estaba cursando mi carrera, ayudante de investigación de José Luis Romero en el Instituto de Historia Social de la Facultad de Filosofía y Letras. Romero era el Profesor Titular, el Profesor Asociado era Tulio Halperín Donghi, trabajaban también Reina Pastor y Alberto Plá y yo era el miembro más joven del grupo. Después naturalmente cuando me gradué busqué un cargo de profesor universitario y así fue como llegué a Tucumán.

**AC: ¿Y cuáles eran los temas que inicialmente comienza a trabajar en ese período, antes de volver a Buenos Aires, antes de su viaje a Inglaterra?**

EL: Yo fui formado originariamente como historiador económico y comencé en Oxford una dura tesis sobre historia económica de la Argentina. Pero, en el período que estuve en Oxford, mis intereses comenzaron a girar hacia el campo de la Filosofía, de la Historia de las Ideas, y ya cuando obtuve mi cargo de Profesor en Inglaterra, en el

Departamento de Ciencia Política, había evolucionado hacia el campo de la Teoría Política.

**AC: ¿Su tesis para el Doctorado fue sobre Historia Económica Argentina?**

EL: Nunca terminé esa tesis, porque mis intereses habían variado. Lo que existe en Inglaterra así como en Francia, es que, cuando uno es profesor universitario, puede presentar la totalidad de sus escritos como tesis doctoral. Y eso fue lo que hice algunos años después.

**AC: ¿Y ese doctorado es de Oxford?**

EL: No, ese doctorado es de Essex.

**AC: Ese giro tuvo que ver, imagino, con lecturas, con clases, con maestros... ¿Qué autores lo llevaron a ese giro?**

EL: En primer lugar, yo siempre estuve muy interesado en la política. Tuve una actuación militante durante los años sesenta aquí en Argentina. Yo pertenecía a la Izquierda Nacional de Jorge Abelardo Ramos, yo era el director del semanario del partido, que se llamaba *Lucha Obrera*. Y ese fue un período en el que hice lecturas intensas de los textos de Althusser y Gramsci. Especialmente Gramsci fue importante para mí; eran los años de lo que se llamaba la “nacionalización de las clases medias”, que era el surgimiento y transformación peronismo en la escena política nacional. Y yo que venía de una tradición marxista, me daba perfectamente cuenta que no se podían entender los fenómenos políticos que el país estaba viviendo en términos de

una perspectiva exclusivamente clasista. Entonces me empecé a interesar en la cuestión de las identidades populares concebidas en un sentido más amplio. La influencia de Gramsci fue decisiva al respecto. Y después seguí leyendo acerca de estos temas cuando estaba en Europa. Eran los años inmediatamente posteriores a las movilizaciones del 68, tanto en Estados Unidos como en Alemania y Francia, y todas estas movilizaciones traían una perspectiva que ampliaba la naturaleza de los agentes sociales tal como el marxismo clásico los había concebido. Entonces traté de dar una fundamentación teórica a toda esta perspectiva, fue el momento en que me puse en contacto con los textos post estructuralistas, comencé a leer la obra de Derrida, comencé a leer la obra de Roland Barthes, de Lacan sobre todo. Y traté de combinar el giro político que Gramsci había representado hacia lo nacional popular, con todo este conjunto de lecturas post estructuralistas.

**AC: Y la tradición de la filosofía del lenguaje ordinario, la tradición analítica, la tradición de la historia de las ideas, tanto en el sentido más clásico, o en el sentido posterior de Skinner, Pocock, etc. ¿También fueron lecturas tuyas en el clima académico inglés o no pasaba por esos carriles?**

EL: La filosofía del lenguaje ordinario sí. Wittgenstein por ejemplo fue muy influyente para mi obra. La obra de los historiadores, Pocock, Skinner, fue menos importante desde ese punto de vista, aunque son corrientes que conozco perfectamente bien, además de conocerlos a ellos personalmente. Yo creo que se puede decir retrospectivamente que la historia intelectual del siglo XX comenzó con tres ilusiones de inmediatez, de acceso inmediato a las cosas y estas tres ilusiones fueron el referente, el fenómeno y el signo. Y las tres dieron lugar a las tres principales corrientes intelectuales del siglo que fueron la filosofía analítica, la fenomenología y el estructuralismo. Ahora, estas

tres tradiciones tienen una historia notablemente paralela, porque en cierto momento la ilusión de inmediatez se disuelve y se debe pasar a otra forma de teoría de las mediaciones discursivas. En la filosofía analítica es lo que ocurre con las investigaciones filosóficas de Wittgenstein, en la tradición fenomenológica con la analítica existencial de Heidegger y luego toda la crítica postestructuralista del signo. Estas tres corrientes fueron muy influyentes en mi trabajo, aunque ha sido sobre todo la tradición estructural la que ha sido dominante.

**AC: Estamos en Inglaterra a finales de los años sesenta, principios de los años setenta. Ud. se fue a hacer una tesis de historia económica y en algún momento se plantea lo que le pasa no digamos a los exiliados, sino a la diáspora argentina... ¿Vuelvo o me quedo allá? ¿Cómo se fue tomando esa decisión?**

EL: Bueno, esa decisión se tomó casi por casualidad. En el año 72 me ofrecieron un cargo de profesor en Chile, era el año en que yo terminaba Oxford, y yo lo acepté. Pero después me escribieron que por problemas internos de la Universidad se atrasaba el nombramiento por un año, y entonces acepté por ese año un fellowship en la Universidad de Essex y durante ese año se produjo el golpe en Chile. En el 73 cuando con Perón vino la apertura democrática, estuve por volver a la Argentina, recuerdo que comencé a recibir telegramas ofreciendo cargos de distinto tipo en la universidad, pero acababa yo de ganar mi concurso en la Universidad de Essex, y hubiera quedado muy irresponsable si hubiera renunciado a los dos meses, de modo que pensé: me quedo un año y medio y después vuelvo a la Argentina, y en un año y medio Ud. sabe lo que pasó... así que después del 73 era impensable para mí poner los pies en el país, y cuando llegó el 83, 84 yo ya había hecho toda mi carrera académica en Inglaterra.

**AC: De algún modo esa decisión se fue tomando y ya a partir del 76 empieza a vivirse como un exiliado... como alguien que ya ha dejado la posibilidad de volver, en el sentido de volver a vivir en la Argentina.**

EL: Sí, eso es así. Aunque yo de todos modos vengo un par de veces por año ahora a la Argentina. Además tuve una participación política, no política directa, sino intelectual política en Inglaterra. En esos años, en el 70 era el momento de auge del eurocomunismo, y yo estuve en contacto con muchas de las corrientes internas del eurocomunismo, tanto en Francia como en Italia, y esto se reflejó en Inglaterra en la revista mensual del Partido Comunista que era *Marxism today*, que la dirigía Martin Jacques, y que se transformó en una revista no de partido sino de un tipo muy general en que toda la izquierda con distintos matices colaboraba, y yo fui un colaborador estrecho, por momentos, en esa publicación.

**AC: Su diálogo con otros intelectuales latinoamericanos en torno a los problemas del autoritarismo, de la democracia, Ud. me decía que lo habían invitado de Chile, ¿quién lo invitó en esa ocasión?**

EL: Me había escrito Ruy Mauro Marini, recuerdo.

**AC: ¿O sea que tenía vinculación con algunos teóricos dependistas?**

EL: Sí, sí. Yo sigo muy amigo de Fernando Henrique Cardoso, que en aquel momento era un teórico de izquierda, incluso alguna vez

comenzamos a escribir un libro juntos para una colección de Oxford que se llamaba *Marxismo y Tercer Mundo*.

**AC: ¿De qué año estamos hablando?**

EL: Estamos hablando del 77 o 78.

**AC: En torno a la publicación de su libro *Política e ideología...***

EL: Inmediatamente después, pero no vinculado a esto. En ese momento nos veíamos bastante con Cardoso, yo pasé varios meses dando cursos en San Pablo, y entonces concebimos el proyecto de escribir ese libro. Pero finalmente y dentro de la vorágine política, nunca se concluyó.

**AC: Los quiebres autoritarios, ¿introdujeron algún cambio en la evolución de su propio trabajo, en su propia reflexión? ¿Identificaría algunos momentos en que hubo un giro o un impacto significativo de esas cuestiones en su trabajo?**

EL: Yo no creo que haya habido un impacto en particular como consecuencia del giro autoritario. Para alguien que venía como yo de una tradición de izquierda nacional, la posición frente al liberalismo tenía que ser necesariamente muy crítica. Yo pensaba que el liberalismo en América Latina había sido en buena medida la forma política de las oligarquías locales que se imponen a mitad del siglo diecinueve. En realidad yo creo que hay ahí una distinción importante que hacer que es la distinción entre liberalismo y democracia, que incluso en la tradición europea son tradiciones muy diferenciadas. A

principios del siglo diecinueve el liberalismo era una ideología perfectamente respetable, mientras que la democracia era un término peyorativo, se la identificaba con el gobierno de la turba o con el jacobinismo, o formas menospreciadas. Se requirió todo el largo proceso de revoluciones y reacciones del siglo diecinueve para llegar a una forma de integración estable entre liberalismo y democracia. Ahora, yo creo que esas dos tradiciones nunca se fundieron en el caso latinoamericano. Ahí nosotros tenemos un liberalismo de corte oligárquico, de base clientelística, con muy poca sensibilidad respecto a las demandas democráticas de las masas. Y por lo tanto estas demandas, en el momento que se empiezan a expresar, entre los años '20, 30, 40, lo hacen a través de muchas veces dictaduras militares, que eran formalmente antiliberales, pero que eran mucho más democráticas que los regímenes que las habían precedido. Ahora, ese hiato entre liberalismo y democracia yo creo que solamente se ha soldado en los últimos treinta años. Es decir que los regímenes militares que fueron regímenes brutales de las dictaduras de los 60 y 70 golpean tanto la tradición nacional popular como a la liberal democrática, entonces eso ha conducido a la fusión de las dos tradiciones. Hoy nadie que defienda una posición nacional popular la presentaría como opuesta a la existencia de libertades públicas, al régimen parlamentario, a la división de poderes, etc.

**AC: De algún modo los años 70 son un espacio de fusión de estas tradiciones, tanto si uno mira el carril de las prácticas políticas en América Latina, como el de ciertos debates intelectuales. Me comentaba recién su cercanía al eurocomunismo... De algún modo la “caída” del eurocomunismo, o las dificultades con las que se encontró, estuvieron también ligadas a la llamada crisis del marxismo.**

EL: Sí. Durante esos años es cuando la crisis del marxismo llega a su apogeo. Pero hay que diferenciar varios aspectos: por ejemplo, en el eurocomunismo, la expresión más acabada fue el comunismo italiano, el comunismo francés fue un eurocomunismo de los labios para afuera y el comunismo español se desintegró muy pronto. Pero el caso del eurocomunismo italiano fue una historia mucho más interesante. Ahí después de la guerra el Partido Comunista Italiano estuvo a la vanguardia de todas las tentativas de democratización radical de la sociedad italiana, y operó sobre una gran cantidad de frentes, por ejemplo, en el sur de Italia se construía la hegemonía del partido sobre la base de que los locales del Partido y del sindicato fueran los centros de concentración de una serie de luchas democráticas, la lucha contra la mafia, la lucha por el problema del agua, las cooperativas escolares, etc. Y cuando se llega, sin embargo, a fines de los años sesenta, aparecen demandas democráticas de tipo nuevo, que están asociadas a los movimientos del 68 y al desarrollo del feminismo que en Italia fue un movimiento de masas. Y ya este nuevo tipo de demanda, el PCI encuentra mucha dificultad en desplegarse y entonces es rebasado en una cantidad de direcciones. O sea, ese sería un aspecto fundamentalmente político, después está todo el aspecto de la crisis teórica del marxismo, y esto se vincula, yo creo, esencialmente al rebasamiento de la concepción clasista de los agentes sociales. En realidad en la teoría marxista clásica había dos concepciones de la historia completamente distintas. De acuerdo a una de ellas, la historia es una historia coherente porque se funda en el desarro-

llo de las fuerzas productivas y la contradicción con los distintos y sucesivos sistemas de relaciones de producción. Como lo dice Marx en el *Prefacio* a la crítica de la economía política, esta historia opera con la exactitud de una ley natural, y por consiguiente la lucha de clases tiene un lugar enteramente subordinado. Por el otro lado, la segunda concepción, que también está presente en el marxismo, es que el motor de la historia es la lucha de clases, y aquí, si esta lucha de clases no puede subsumirse enteramente en la contradicción fuerzas productivas/relaciones de producción, es la expresión de un proceso contingente que puede avanzar en muchas direcciones. O sea que yo creo que la crisis del marxismo se reveló primero en la quiebra de lo que se llamaron las leyes necesarias del desarrollo capitalista. El análisis marxista del capitalismo presenta una serie de deficiencias que todo el mundo reconoce hoy en día, pero esto evidentemente no significa que se haya avanzado hacia sociedades más igualitarias, lo que significa es que hay toda una serie de antagonismos que ya no pueden ser reducidos al antagonismo de clase. Por ejemplo un capitalismo globalizado crea desajustes entre sectores de la economía, crea crisis ecológica, crea marginalidad social, crea explotación imperialista, y todas estas dislocaciones, dan lugar a antagonismos de tipo nuevo que no pueden reducirse a una base de clase. Y esto ya era evidente en los años setenta.

**AC: Podría decirse que el libro que Ud. escribe con Chantal Mouffe *Hegemonía y Estrategia Socialista* intenta saldar cuentas tanto con esta crisis del lado de la práctica de izquierda, como con el lado de la crisis de marxismo desde otra perspectiva y ubicando muy centralmente una recreación de la noción de hegemonía. ¿Cómo empieza a jugar esta categoría en este período de su obra?**

EL: La categoría de hegemonía fue el eje alrededor del cual toda mi obra de teoría política se organiza. Es interesante ver que la categoría de hegemonía tiene una cierta tradición dentro del marxismo. Al principio en los textos de Marx mismo está casi enteramente ausente, está de alguna manera latente en algunos pasajes pero no juega ningún papel decisivo. Y es solamente en la formación del marxismo ruso, a fines del siglo XIX, comienzos del siglo XX, que la categoría es introducida. Pero allí tenía efectos muy limitados, lo que se decía era: las tareas democráticas en un país como Rusia que entra tardíamente al mercado mundial no pueden ser asumidas por su agente natural que es la burguesía, entonces pasan a otra clase social que es el proletariado. Y entonces este asumir por un sector social tareas que hubieran sido naturalmente ligadas a un sector social distinto, es exactamente lo que ellos llaman hegemonía. Ahora, lo que empieza a ocurrir es que luego esta distancia entre tareas y agentes sociales empieza a crecer, por ejemplo se hablaba en los años 20 y 30 del desarrollo desigual y combinado, porque para Lenin, la economía mundial no era solamente una realidad económica sino que era una realidad política, era una cadena imperialista, y el hecho de que hubiera una crisis en algún punto de esta cadena creaba una dislocación en la relación de fuerzas en otros eslabones de la cadena que podían dar lugar a articulaciones cada vez menos ortodoxas. Cuando Trotsky, por ejemplo, en los años 30 dice que el desarrollo desigual y combinado es el terreno de todas las luchas sociales contemporáneas, uno puede preguntarse si entonces todos los desarrollos son heterodoxos, ¿qué

es lo que significa un desarrollo normal? Y creo que el que comienza a sacar las consecuencias de esta fractura entre la relación necesaria entre tarea y agentes es Gramsci. Y él ya habla cada vez menos de clases y más de voluntades colectivas y le da un nuevo giro a toda la concepción de la hegemonía. Ya no se trata para él solamente del liderazgo político, como en el caso de Lenin, sino de lo que él llama el liderazgo intelectual y moral. O sea que las tareas cambian por el hecho de ser asumidas por una clase distinta y las clases también cambian en función de las tareas que asumen. Y cuando uno llega a la realidad de un mundo globalizado, este proceso que había vislumbrado Gramsci en sus primeras etapas, se hace cada vez más evidente, y hay una pluralidad de demandas sociales que se aglutinan de acuerdo a lógicas hegemónicas que no tienen un núcleo necesario de clase.

**AC: Este libro se publica en 1985, que coincide con el tránsito entre autoritarismo y democracia en América Latina y naturalmente hubo algunos hitos materiales y simbólicos en esa historia. El golpe de 1973 en Chile, el retorno de la democracia en 1983 en Argentina, que para los latinoamericanos, y para los argentinos en particular, significó como absorber en poco tiempo discusiones que en otros países se habían dado más paudadamente. Es decir, aquí llegó este libro en momentos en que se empezaba a discutir la transición, la crisis del marxismo y lo que empezó a aparecer en el debate era la crítica a la reducción de posiciones substancialistas, en la política, en el conflicto, en el sentido de la definición de actores preconstituidos...**

EL: Exactamente.

**AC: ¿Desde dónde Ud. empieza a discutir esa ontología y esa epistemología de raíces realistas y positivistas, y cómo lo lleva a eso a la política?**

EL: Desde el punto de vista intelectual-filosófico hubo dos corrientes que fueron importantes para este tipo de argumento. Una fue todo el discurso de la deconstrucción, porque a través de la deconstrucción lo que se daba era fundamentalmente mostrar que los vínculos que el marxismo clásico consideraba como necesarios entre distintos elementos de la realidad social en realidad eran vínculos contingentes. Esta historia a la que me he referido antes acerca de la hegemonía va exactamente en esa dirección. O sea que la deconstrucción desde este punto de vista tenía un papel crítico de primer orden. Pero en segundo lugar, el momento ya más reconstructivo es algo en lo cual la teoría lacaniana ha sido una influencia sumamente importante. En el libro sobre el populismo publicado recientemente yo he insistido en que la lógica lacaniana del objeto *petit a* y la lógica hegemónica no son simplemente homólogas, son simplemente idénticas. En los dos casos se da un objeto parcial que es investido con la significación de totalidad. Por ejemplo las conclusiones de una autora norteamericana como Joan Copjet ha extraído de la lectura del objeto del *petit a* de Lacan son muy similares a las que yo, comenzando desde el ángulo político, he intentado desarrollar. La noción de punto nodal y de significant amo en Lacan está muy cerca de los vínculos hegemónicos tal como yo los he presentado. Y esto también tiene algunas otras implicaciones, por ejemplo el momento de la retórica es decisivo para mi análisis.

**AC: Sus lecturas estructuralistas y post-estructuralistas lo preparaban para “descubrir” o “constituir” la dimensión retórica de la política en un aspecto estratégico. Pero Ud. lo va incorporando progresivamente y es en la última parte de su obra en la que la temática de la retórica emerge con mucha fuerza.**

EL: Así es. Es durante los últimos años que yo he tratado de desarrollar este tema de la dimensión ontológica de la retórica. Por ejemplo, mi último nombramiento como profesor en North Western University es como profesor de humanidades y de estudios retóricos. Pero lo que estoy intentando desarrollar es sobre todo una ontología retórica, porque para la visión clásica la ontología se fundaba en categorías sustancialistas y lo retórico era simplemente un adorno del lenguaje. Una vez que esa ontología sustancialista comienza a disolverse, el momento retórico empieza a adquirir cada vez más centralidad. Recuerdo haber discutido varias veces con Derrida acerca del estatus teórico de la catacresis como figura retórica que en realidad no es una figura sino que es el índice de la retoricidad como tal. Y yo creo que el argumento ontológico que estamos formulando se puede plantear a un nivel retórico sobre la base de la combinación metáfora metonimia, pero resaltando el momento catacrético de esta relación. El mismo argumento se puede desarrollar en psicoanálisis alrededor de lo que le mencionaba antes, el objeto A, y el mismo argumento se puede relacionar en la teoría política en términos de la teoría de la hegemonía.

**AC: Dentro de este último período su último libro La Razón Populista trata de saldar cuentas, entre otras cosas, con las búsquedas de una especie de significado esencial del populismo, y su propia mirada apunta justamente a eliminar estas fracasadas búsquedas sustanciales y más bien encontrar una especie de lógica del funcionamiento del populismo. ¿Cómo fue construyendo esa argumentación?**

EL: En primer lugar el populismo para mí no es un tipo de régimen o un tipo de movimiento. Movimientos completamente distintos pueden estar edificados sobre una lógica populista. En segundo lugar, el populismo no es una ideología particular. Ideologías muy distintas pueden tener características populistas. Por ejemplo, la larga marcha de Mao Tse Tung y la construcción de un sujeto popular en China, tuvo caracteres marcadamente populistas, pero el fascismo italiano también lo tuvo. Ahora, ¿en qué consiste exactamente esta dimensión? Aquí es preciso entender... el dominio de la lógica de la equivalencia sobre la lógica de la diferencia. Por ejemplo, si nosotros tenemos una serie de demandas, de salud, de habitación, de escolaridad, de transporte, que son satisfechas una a una y en forma separada, en ese caso predomina una lógica de la diferencia y lo que tenemos es un tipo de política esencialmente institucionalista, que es el reverso del populismo. Pero si una demanda, por ejemplo a nivel de la vivienda, no es satisfecha, y la gente que se siente frustrada en esta demanda empieza a ver que hay otras demandas a nivel de la salud, del transporte, de la seguridad, que tampoco son satisfechas, entonces empieza a crearse entre todas estas demandas una cierta solidaridad que cristaliza a través de símbolos comunes que expresan a todas ellas, y esto es lo que llamamos la lógica de la equivalencia. Cuando esta lógica de la equivalencia pasa de un cierto punto, lo que hay es una dicotomización del espacio social en dos campos opuestos y entonces en ese momento hay populismo. Pero ese populismo puede tener las orientaciones ideológicas más diversas, puede haber un

populismo de derecha como el de Le Pen hoy día en Francia, y puede haber un populismo de izquierda.

**AC: Esa escisión que sería, recordando su libro, entre nosotros pueblo y ellos poder. ¿En qué sentido se separa de la distinción schmittiana de amigo-enemigo?**

EL: Se separa en dos puntos clave. Primero en Schmitt la distinción amigo-enemigo es algo que se refiere solo a comunidades. Es decir, Schmitt negaba que tuviera que haber una dicotomización del espacio nacional. Y en segundo lugar, dentro del espacio nacional para él solo existiría lo que yo llamo la lógica de la diferencia. O sea que la equivalencia es un elemento externo en la relación entre dos comunidades, mientras que para mí el antagonismo social es algo que existe al interior de cada comunidad.

**AC: Si usted mirara retrospectivamente su obra, ¿en qué diría que cambió, si es que cambió, su noción de democracia, con la que salió de viaje y la que ahora posee?**

EL: Yo no creo que mi noción de democracia haya variado en un sentido sustancial. La perspectiva política que yo tenía en los años sesenta ciertamente era mucho más simple de la que tengo hoy día, pero yo no creo que haya variado en ningún aspecto esencial. La idea de democracia que para mí sigue siendo vigente es, no simplemente la idea de un régimen democrático liberal, que hoy acepto sin dudas, sino la idea de que la democracia es la expansión del espacio público sobre la base de la incorporación de los de abajo. En inglés hay una palabra muy gráfica para describir esto “los de abajo” que es *underdog*, que desgraciadamente no tiene equivalente al español. Para mí hay

democracia siempre que el *underdog*, que los de abajo que habían sido excluidos entran en un proceso participatorio. Si esto se puede dar a través de formas liberales tanto mejor, pero si tuviera que elegir yo entre liberalismo y democracia, optaría siempre por la democracia.

**AC: Profesor, muchísimas gracias.**

EL: A usted.

---

## Reflexiones sobre el populismo<sup>32</sup>

**- El término “populismo” está cargado en el lenguaje común de la política de una connotación negativa, ¿a qué se debe esto?**

Ernesto Laclau: Yo creo detrás de eso está el hecho de que el ataque al populismo significa un ataque a lo político como tal. Es lo que decía hace un momento, está la tendencia a pensar que la gestión de los asuntos comunitarios debe ser una cuestión de expertos y que debe excluir al máximo posible la participación de las masas. Entonces el populismo ahí establece una relación de equivalencia entre el gobierno de la turba, la demagogia, la corrupción y una serie de términos más. O sea que lo que me parece que es esencial es deslindar en el populismo aquellos rasgos que se refieren a la constitución de identidades populares de aquellos otros que son simplemente ligados a prácticas corruptas. Pero en ese discurso antipopulista lo que hay es esa tendencia unir estos dos tipos de significación.

---

32 Al finalizar la presentación de su libro, el profesor Laclau respondió una serie de preguntas en una improvisada conferencia de prensa con periodistas, académicos y estudiantes presentes en la sala. Esta es la transcripción de las preguntas y sus respuestas.

**- Usted en su trabajo enfatiza este aspecto de forma que tiene el populismo, no tanto el contenido, para resaltar y para recuperar la categoría de populismo.**

EL: Exactamente. Lo que yo he tratado de hacer en mi trabajo es mostrar que el populismo se vincula a una forma de construir lo político que pasa por la movilización, pasa por la dicotomización de los espacios sociales y pasa por lo que yo he llamado las relaciones de equivalencia. Para darles un ejemplo que he usado en uno de mis artículos: supongamos que en una cierta localidad los vecinos piden a la municipalidad que se cree una línea de ómnibus para llevarlos del lugar en que ellos viven al lugar al que la mayor parte de ellos trabaja, y supongamos que esa demanda no es satisfecha. Entonces hay ahí una frustración social, y si ellos empiezan a ver que al lado de ellos hay otras demandas en la salud, en la vivienda, en la escolaridad, en el suministro de agua, en la seguridad, que tampoco son satisfechas, entonces se empieza a crear entre todas esas demandas una cierta forma de unidad. Y en el momento en que esa forma de unidad cristaliza en símbolos más o menos estables, en ese caso empezamos a tener populismo en el sentido estricto del término.

**- Usted ha dicho que el populismo amplía las bases de la democracia. ¿En qué sentido podría ampliar las bases de la democracia una forma política populista?**

EL: Simplemente porque hay ciertos sectores que no habían participado antes del espacio público y que ahora comienzan a participar. El populismo surge siempre que esta acumulación de demandas insatisfechas coincide con una falla del sistema institucional para vehicularlas, entonces la movilización de esa masa y la exigencia de una

transformación del sistema institucional para satisfacerlas, implica siempre una mayor participación de las bases del sistema.

**- ¿Y cómo observa usted este proceso de descentralización de los poderes que se ha dado desde los noventa, o de lógicas de descentralización, de habilitación de procesos de participación ciudadana, descentralización de los niveles locales, de municipios, de determinadas tomas de decisión, con la aparición de los derechos del consumidor... todas estas características que tuvimos mucho en Argentina, incluso con rango constitucional...? ¿Cómo se involucra con esta idea categoría de análisis?**

EL: La idea tradicional del espacio público era la idea de un mundo en el cual los procesos de la sociedad civil no tenían una expresión política inmediata. Lo que se empieza a dar es una proliferación de espacios públicos a nivel de la sociedad civil, por ejemplo Hannah Arendt ha dicho que tenemos un espacio público en muchas circunstancias que antes no hubieran sido calificadas como tales, por ejemplo ella dice que un grupo de vecinos que se organiza para impedir la construcción de un aeropuerto en la zona, están de por sí constituyendo un espacio público. Y lo que entonces me parece que se da es una proliferación de centros de decisión colectiva que antes o bien no eran reconocidos o bien estaban integrados a los canales políticos más tradicionales. En Argentina desde el año 2001 hemos visto muchas de estas iniciativas de construcción de estos espacios públicos.

**- El año pasado usted dijo en una entrevista que el Presidente Kirchner podía transformarse en un líder populista real, en la medida en que lograra articular demandas que aparecían dispersas. ¿Usted cree que ha avanzado en ese sentido o que ha retrocedido a formas de políticas más tradicionales?**

EL: Hasta dónde yo puedo ver, porque yo no vivo en Argentina, se ha avanzado en un cierto sentido, por ejemplo las relaciones con el movimiento piquetero son un ejemplo de esto. Ha habido una cierta politización de las demandas del movimiento piquetero, y por el otro lado, ha habido un esfuerzo real a hacer al sistema político tradicional más sensible a las demandas de estos sectores. Yo creo que hay que avanzar todavía mucho más, pero algunos pasos en la dirección correcta se han dado.

**- Qué impresión tiene de cómo va a evolucionar el sistema político argentino, con “piqueteros” incorporándose cada vez más a iniciativas estatales, partidos políticos en metamorfosis, en la historia del peronismo, radicalismo y usted ha dicho varias veces que la forma partido es una forma decadente...**

EL: Yo no he querido decir que la forma partido sea una forma decadente. Lo que quiero decir que es una forma insuficiente, es decir, los partidos políticos van a seguir existiendo y cumpliendo su función, pero por esta misma multiplicación de los espacios públicos no van a ser la única forma de expresión comunitaria. Ahí hay que hacer una distinción entre sociedades con una sociedad civil sumamente organizada y sociedades en las cuales la sociedad civil es muy primitiva. Por ejemplo, el Partido Comunista Italiano era un partido de masas, porque la forma partido tenía que organizar muchas actividades que en otras sociedades están reguladas por la sociedad civil,

en cambio en Inglaterra, la sociedad civil es sumamente organizada y entonces el Partido Laborista, por ejemplo, es simplemente una máquina para ganar elecciones o para perderlas, a veces y cumple muchas menos funciones en relación con la estructuración comunitaria. Por ejemplo en Perú, a principios del siglo XX, el aprismo en una sociedad en el norte del Perú muy desintegrada por la integración vertical y horizontal de la hacienda azucarera, el partido tenía que organizar desde las bibliotecas populares hasta los clubes de fútbol, porque ahí había una sociedad civil sumamente débil. Pero las situaciones que ustedes estaban señalando, es una situación intermedia en la cual la sociedad civil comienza a organizarse cada vez más, pero esto significa una autonomización de esferas mucho más fuerte que en el pasado.

**- ¿Cómo inserta usted en su perspectiva al sistema de medios de masas, en relación con esto de la estructuración de la sociedad y que sabemos que son determinantes, incluso para estos conceptos que usted planteaba de significativo vacío y de la hegemonía del significado?**

EL: Yo lo que creo es que no es posible la existencia del populismo en sociedades en las cuales medios de comunicación de masas de algún tipo no sean desarrollados. Por ejemplo, nosotros no tenemos un populismo anterior a comienzos del siglo XIX. Para que empezara el populismo a existir, se necesitaba que sectores de la población que pertenecían a las zonas más diversas de un país, pudieran comunicarse los unos con los otros, o sea que en el país lo que fue decisivo es primero la aparición de la prensa diaria y en segundo lugar el desarrollo de la red ferroviaria. Después, por ejemplo en los años 20, la radio era absolutamente decisiva y después pasamos a la televisión y a la situación actual.

**- Hugo Chávez es otro líder latinoamericano que suele ser identificado como populista, haciendo una equivalencia entre populista y antidemocrático. ¿Qué reflexión tiene sobre esto?**

EL: Yo no veo que Chávez sea antidemocrático. En primer lugar ha aceptado un referéndum y lo ha ganado en buena ley; en segundo lugar la prensa es absolutamente libre en Venezuela y, en tercer lugar, si fuéramos a pensar en tendencias autoritarias y antidemocráticas en los sistemas políticos latinoamericanos, tenemos que pensar más bien en el neoliberalismo que en el populismo. Es decir, la implantación de un sistema económico neoliberal en Chile exigió la dictadura de Pinochet y en Argentina la dictadura de Videla y el señor Martínez de Hoz. De otro lado lo que se ha dado, y esto es lo que asusta a los sectores retardatarios de la sociedad venezolana, es el hecho de que se han movilizado sectores sociales que antes aparecían absolutamente aplastados o controlados vía mecanismos clientelísticos, que esos sí eran absolutamente antidemocráticos. De otro lado, yo no tengo ninguna prueba de que en Venezuela lo que se esté dando sea un proceso de movilización de cúpula. Yo creo que al contrario, se está dando una organización de base de muchos sectores que antes estaban inactivos.

**- Muchísimas gracias.**

---

### De la revolución a la democracia

POR ANTONIO CAMOU

*La realidad, como sabemos, siempre es diferente a todo.*

W. G. SEBALD, “BEYLE O EL EXTRAÑO HECHO DEL AMOR”,  
VÉRTIGO, 1990.

Deambulando por los campos donde había tenido lugar la batalla de Marengo, el joven Beyle imaginado por Sebald no consigue conciliar “las imágenes de la batalla que tenía en su cabeza” con la de la llanura “que veía... desplegada ante sí”. Con el andar de los años, el escritor que alguna vez será Stendhal intentará “recuperar las penurias de aquellos días del fondo de la memoria”, para chocar una y otra vez con todas las “dificultades de (la) evocación”.

Nada cuesta constatar que el atribulado destino del joven Beyle se asemeja a cualquier esfuerzo de comprensión histórica, sobre todo si a partir de testimonios y recuerdos personales intentamos reconstruir (¿o fabricar?) las figuras de humo del movimiento de las ideas. ¿Cómo se instala un “clima” de época (para decirlo con una rígida metáfora meteorológica)? ¿Qué experiencias, espacios, biografías y visiones se conjugan para definir un “espíritu del tiempo” (diríamos hablados por el lenguaje del idealismo romántico)? ¿Cómo empieza a sernos familiar aquello que poco antes nos era exótico o ajeno? ¿Qué dispositivos se ponen en marcha para permitir que ciertas “ideas estén en el aire”, mientras otras se pierden irremisiblemente por ríos subterráneos? Y de manera algo más perturbadora para nuestros fi-

nes: ¿hasta qué punto, con qué límites, el recuerdo de hoy nos permite reconstruir la “realidad” de ayer?

Al mirar hacia atrás, hemos aprendido a ponerle fechas, y nombres, y límites –con todas las convenciones del caso– a nuestra propia batalla de Marengo: entre el golpe militar perpetrado por el Gral. Pinochet en Chile, el 11 de septiembre de 1973, y la elección del Dr. Raúl Alfonsín como presidente constitucional de la Argentina, el 30 de octubre de 1983, se dibuja, para muchos intelectuales y militantes del llamado campo “progresista”, un vasto y heterogéneo recorrido de experiencias vitales traumáticas, entretejidas con un itinerario reflexivo, autocrítico y renovador del pensamiento político latinoamericano en torno a la democracia.

Tal vez haya sido Norbert Lechner, en un trabajo seminal de 1985, “De la revolución a la democracia”, luego recogido en *Los patios interiores de la democracia*, el primer autor que trazó un vínculo estrecho entre al cambio político y las experiencias personales bajo la égida de los gobiernos dictatoriales en nuestra región. Como señala el autor germano-chileno:

El golpe (de Estado) significa una dramática alteración de la vida cotidiana... Para muchos intelectuales la pérdida de la seguridad material y la erosión de los criterios de normalidad provocan una situación de incertidumbre (cognitiva y emocional) que favorece no sólo una revisión biográfica, sino igualmente la percepción de problemas habitualmente no considerados... La revalorización de la antes criticada “democracia formal” se inicia pues a partir de la propia experiencia personal más que de una reflexión teórica (1988: 23)

Siguiendo esta clave de interpretación, tal cual lo recuerdan nuestros entrevistados y lo han puesto de manifiesto diversos trabajos, durante aquella década convulsiva la idea de “revolución” fue perdiendo terreno para dar lugar a una renovada, y en la mayoría de los casos inédita, estimación de las virtudes institucionales de la democracia como núcleo constitutivo de reglas, principios y valores para pensar la política y para actuar en el ámbito público<sup>33</sup>.

Una esquematización simple pero útil nos lleva a leer ese derrotero enmarcado por dos coordenadas de sentido, estrechamente unidas, a través de las cuales se fue abriendo paso el nuevo ideario democrático. Por un lado, la *historia “interna”* del debate académico e intelectual en América Latina, y sus congéneres en los países centrales; por otro, la *historia “externa”* de las luchas, y las derrotas, y las persecuciones, y las nuevas búsquedas de identidades y sentidos personales, colectivos, generacionales, de un importante sector de la intelectualidad y la militancia política de izquierda bajo el imperio de las dictaduras.

En el primer caso, la (re)valorización de la democracia –particularmente en el espacio de las ciencias sociales– se fue hilvanando con los hilos de la múltiple reconsideración crítica, por parte de numerosos intelectuales latinoamericanos, tanto de la herencia del pensamiento marxista como de la profundización de los cuestionamientos al “socialismo real”, pero también se nutrió positivamente del revitalizado interés por las experiencias socialdemócratas europeas, la ruta progresista de los “Estados de Bienestar”, las búsquedas alternas de la experiencia “eurocomunista”, y el incipiente despegue de las nuevas transiciones democráticas en el viejo continente. En ese itinerario de exploraciones varias no es difícil percibir –aunque sea algo más arduo descifrar en detalle– un desplazamiento de *epistemes*, de territorios discursivos sobre el que se montaba buena parte de la construcción

---

33 Entre los trabajos que han abordado esta problemática corresponde destacar los siguientes: Barros (1986), Flisfisch (1987), Lechner (1988), Rabotnikof (1992), Lesgart (2000), Gonzales (2002), O’Donnell (2004), entre otros.

simbólica de la política latinoamericana, asentada en la lógica excluyente amigo-enemigo. Esa lógica se apoyaba en identidades rígidas (nacionales o de clase) y en colectivos sociales vistos como unidades sin fisuras: “pueblo” versus “antipueblo”, “nacional” versus “antinacional”, “clase obrera” versus “burguesía”, etc. Y es precisamente esa lógica binaria, constitutiva de los movimientismos nacional-populares, esgrimida con exaltación por las formaciones guerrilleras a izquierda, y llevada hasta el sanguinario paroxismo por los autoritarismos militares a derecha bajo la semántica del “ser nacional”, la que lentamente comenzó a erosionarse. Como contrapartida, empezará a emerger una cierta vindicación de algunos veneros del pensamiento liberal y republicano como nuevos fundamentos legitimatorios del pluralismo político, la diferenciación ciudadana, la autonomía de la sociedad civil y la institucionalidad democrática.

Por su parte, la historia *externa* fue mostrando un camino de revisión y construcción de nuevas identidades políticas, jalonado –trágicamente las más de las veces– por las experiencias personales, vitales, concretas, de aquellas luchas y de esos autoritarismos. En algunos casos, serán reflexiones desde la “derrota” de los setenta, que no solo será leída en su exterioridad bélica, como hecho militar, sino que testimoniarán, en clave autocrítica, el desacierto de una gruesa cesura política entre la estrategia militarista de la lucha armada y las orientaciones de las mayorías populares. En otros casos, la derrota –vista como la crónica anunciada de un callejón de decisiones que se encargaron de obturar sus propias salidas– abrirá un espacio esperado, y aplazado, para resignificar los sentidos de la lucha política.

Pero también hay una dimensión más cruel y descarnada de esa historia externa, o historia a secas, que no siempre se deja escribir con todas sus letras: ¿fue la represión de la izquierda armada durante los años setenta la condición de posibilidad de la democracia liberal de los años ochenta? ¿En la confrontación entre capitalismo y socialismo a escala mundial, era posible algún equilibrio institucional entre la “democracia liberal” y la llamada “democracia socialista” en

los países periféricos? ¿Cuál era el punto medio entre “la fachada democrática de la dictadura burguesa” y la “dictadura del proletariado”? ¿Qué democracia podía construirse en el marco de un conflicto sociopolítico redefinido –y potenciado– por el enfrentamiento estratégico de la Guerra Fría? Al analizar la amarga experiencia del Golpe de Pinochet, y ubicándose lejos de cualquier asomo de inevitabilidad histórica, pero cerca de comprender la dinámica espiralizada de la violencia, el politólogo trasandino Arturo Valenzuela ha señalado:

[...] el quiebre de la democracia chilena confirma el juicio de Juan Linz... la supervivencia de un régimen democrático exige la efectiva participación en el poder de un centro pragmático, y políticas de acomodo, junto con un respeto mayoritario por las reglas del juego democrático, impidiendo así que una aguda polarización política lleve a la imposición de una solución de fuerza, con el triunfo violento de uno de los extremos y la instauración de un régimen autoritario represivo (Valenzuela, 1989: 27)

El enfoque de Linz permite ver claramente el papel de los sectores moderados (y mediadores) en el mantenimiento de un régimen político democrático. Pero para no caer en una obvia petición de principio, nos obliga también a dibujar a contraluz una constatación no menos palmaria: la democracia “liberal-capitalista” –en rigor, cualquier sistema político conocido– encuentra severas dificultades para gestionar extremos políticos con fuerza significativa. Allí donde hay actores antagónicos, que ya han incorporado el lenguaje de las armas para dirimir el tipo de sociedad buscada, la posibilidad de construir consensualmente una institucionalidad común para procesar los conflictos se vuelve un horizonte lejano o fatalmente inalcanzable. De hecho, optar por la defensa de la democracia (otra vez: liberal-capita-

lista), con todos los matices más o menos progresistas que se quiera, es *ya* estar de un lado de la contienda.

De este modo, las discusiones de la época son fruto de diversas derivas e inquietudes –algunas más teóricas, otras más inmediatamente políticas– donde los antagonistas van ubicándose en un campo de fronteras móviles, en el que la redefinición de nuevos sentidos de la política y la democracia va perfilándose con caracteres originales, pero entremezclados con otros desvelos. La evocación de Ludolfo Paramio –recogida en las páginas de este libro– al recordar sus primeras intervenciones en los debates latinoamericanos, entre finales de los 70 y principios de los 80, puede ser ilustrativa:

Yo venía ya convencido de que la democracia era necesaria, la democracia sin adjetivos, como pista para hacer más cosas, también, pero la democracia en sí misma era necesaria y tenía un valor sustancial. Entonces, me cuesta trabajo reconocer quiénes desbordaban ese planteamiento hacia la posición tradicional de diferenciación entre democracia formal y democracia sustancial. No lo consigo reconstruir a esta distancia. Puede que lo haga, pero porque he leído otros textos que me dan esa interpretación... Recuerdo, en cambio, el debate sobre el socialismo real (que es una manifestación de esa discusión, pero sólo una manifestación) a partir del bombazo que supuso que Adolfo Sánchez Vázquez, en contra de todo el Seminario de Oaxaca en el '81, presentara un texto diciendo que el socialismo real no era socialismo. Entonces aquello provocó una seria tensión en el seminario, que si se hubiera planteado como una discusión entre democracia como sustancia, accidente, o como forma, probablemente no se habría provocado... Ahí vi una crispación teórico-política que me imaginaba ya innecesaria, por lo menos aque-

llo no estaba resuelto en estos años a comienzos de los ochenta... Me acuerdo de algunos debates abstractísimos, pero que tenían referencia con esto: los planteamientos de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe sobre la imposibilidad de reconducir a un sujeto o a un centro las demandas democráticas, y la imposibilidad –por lo tanto– de un sujeto revolucionario y de una vanguardia. A ese nivel que nadie podría comprender en una discusión en la calle, se estaba planteando la imposibilidad del vanguardismo y la necesidad de la democracia como mecanismo de decisiones y de cambio social<sup>34</sup>

No en vano, una renovada generación de estudios comenzó a poner el acento en el papel de las decisiones de los actores políticos, enmarcadas en contextos institucionales y de elección estratégica, frente a aquellas interpretaciones de fuerte cuño determinista que leían la posibilidad (o la imposibilidad) de la democracia como derivada de condiciones sociales, económicas o culturales. Si bien las obras de Arend Lijphart, Dankart Rustow o Robert Dahl pueden considerarse referentes analíticos significativos de esta tendencia, para el caso de América Latina uno de los trabajos más influyentes fue la obra en cuatro tomos coordinada por Juan Linz y Alfred Stepan, *Breakdown of Democratic Regimes*, originalmente aparecida en inglés en 1978, pero traducida en la segunda parte de los años ochenta. Dicha obra...

...formó parte de un esfuerzo multinacional más amplio de investigación académica que se inició en la década de 1960 en la Universidad de Columbia, cuyo objetivo era el de explicar por qué y cómo tiene lugar el derrumbe de

---

34 Los trabajos correspondientes al Seminario de Oaxaca, “Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea” (abril de 1981), se encuentran recopilados en Labastida (1986).

regímenes. Recurriendo a las percepciones explícitas en la obra monumental de Karl Dietrich Bracher respecto a la caída de la República de Weimar..., este esfuerzo tuvo como premisa la hipótesis que los quiebres democráticos no se pueden comprender fijando la atención simplistamente sobre las tensiones socioeconómicas en la sociedad, o descartando los factores políticos como epifenómenos.... La obra de Bracher... apuntaba a la consideración de los factores políticos como variables independientes fundamentales por derecho propio (Linz, 1989: 13-14)

Desde esta perspectiva, en algunos países latinoamericanos a finales de los años sesenta se habría planteado un enfrentamiento *total*, y en cuanto enfrentamiento amigo-enemigo, carente de puntos de mediación. Por cierto, es claro que había muchas posiciones reales intermedias en la sociedad, seguramente mayoritarias, pero estas posiciones lo eran al *interior* de alguno de los dos mundos en juego (posiciones de izquierda democráticas, de un lado, y posturas liberal-capitalistas que no avalaban el terrorismo de Estado, de otra). En tal sentido, un enfoque comparativo centrado en las decisiones estratégicas de los actores políticos nos permite –desde el presente– desplegar un amplio espectro de preguntas (fácticas y contrafácticas) de diferente tenor: ¿qué caminos había que tomar para no repetir la historia de la sangrienta “guerra civil” europea de 1917 a 1945? ¿En qué momentos se perdió la oportunidad de salvar la democracia en el subcontinente (sobre todo pensando en los casos de los tres países conosureños)? ¿Cuándo se cruzó el Rubicón que permitió que la lógica de la guerra entre extremos dominara el conjunto de la escena pública? Una vez que el idioma de las armas y la gramática de la muerte comenzaron a suplantar al diálogo, ¿qué lugar quedaba para la negociación y el tejido de concesiones y ganancias mutuas de la que está hecha toda política?

En este marco de consideraciones no deja de llamar la atención que buena parte de los estudios académicos sobre las transiciones a la democracia –iniciados en nuestro medio en los primeros años ochenta– hayan pasado por alto estas confrontaciones de fondo, comenzando el relato del proceso político en el momento de la crisis autoritaria, pero sin ahondar en la trama histórica que le dio origen. A la inversa, muchos estudios sobre la “historia reciente” ofrecen un enriquecedor abordaje de los años previos al quiebre autoritario, pero quizá falta ahondar más en los traslapes, las suturas, los puentes y los pasadizos que subtienden el arco temporal que va de la radicalización política a la recuperación democrática.

Pero si muchas preguntas nos atenazan al analizar el ingreso al tobogán del autoritarismo, nos esperan también otras cuestiones a la salida de los procesos de transición. En este sentido, hay que sopesar el papel que jugaron las nuevas condiciones internacionales en el cambio favorable hacia la democracia en dos niveles diferentes. Por un lado, el empuje de las nuevas democracias europeas, aunado al impulso democrático de las “viejas” sociedades civiles de Europa y USA, quienes apoyaron de diferentes maneras el tránsito democratizador, en particular salvaguardando ciertos espacios de reflexión y producción intelectual en nuestro continente. Por otro lado, los vientos democráticos también fueron alentados a partir de la nueva visión introducida por los demócratas norteamericanos y su política de defensa de los DD.HH a partir de la presidencia de James Carter. Más tardíamente, y luego de la agudización del conflicto estratégico de la *reagnomics*, el ascenso de Gorbachov y la emergencia de las luchas anticomunistas de las sociedades civiles de los países del Este, terminarían completando el círculo de apoyos externos a la democratización en América Latina.

Ahora bien, en el cruce de aquella *historia interna* y de esta *historia externa* mucho tuvieron que ver los territorios y los tiempos del *exilio*, que operaron como un espacio catalizador y liberalizador, un recodo de intercambio, de préstamos y mixturas entre los persegui-

dos políticos que cargaban en sus espaldas experiencias diversas. Esas nuevas geografías no sólo permitieron el remanso para restañar heridas, también fueron la oportunidad para cambiar de piel. En lugares lejanos, en otros lugares, se hizo un poco más fácil (sin que haya sido sencillo) volverse otro, porque de algún modo se había comenzado a ser otro. Fuera de los espacios que la historia política común había vuelto familiares, inevitablemente distantes del trajinar cotidiano por los ámbitos de la militancia compartida, lejos del recuerdo por los compromisos previamente adquiridos, se abrió una *ventana de oportunidad* para procesar esas transformaciones, para abrirse a nuevas lecturas, para perderse y reencontrarse en búsquedas –políticas e intelectuales– antaño inimaginables o recurrentemente postergadas, para rescribir identidades y asumir nuevas posturas. Algo de esto se va poner de manifiesto en muchos incomprendidos regresos, en los choques entre los que volvían y quienes esperaban, intactos, impertérritos, idénticos a sí mismos, a los que se habían ido.

Como ha señalado Juan Carlos Portantiero, en la entrevista recogida en este volumen, al referir su propio retorno a la Argentina de su exilio mexicano:

Y resulta que cuando uno vuelve con todo ese (nuevo) bagaje no hay muchas orejas para escucharlo. Entonces se produce una especie de desencuentro, nosotros más bien somos catalogados como “reformistas”. Mientras esperaban que viniéramos para traer la palabra de la Revolución veníamos a traer la palabra de la Reforma... Ahí se produce un “foso generacional”, ellos eran muchachos que entonces tenían veinticinco años y nosotros teníamos cerca de cincuenta. Entonces, esos estudiantes que volvían a las Ciencias Sociales en un momento de apertura democrática, habían congelado nuestra fotografía. Éramos los maestros de aquel momento pero resulta que esos maestros venían con otro librito.

La buena nueva, pues, adquirida en un duro aprendizaje, empieza a hablar el lenguaje de la convivencia social y política pacífica, la defensa de los valores de la libertad, la tolerancia, la seguridad personal, y de manera más elemental pero contundente, la defensa del valor de la vida humana. Era poco, quizás, para quienes aspiraban a cambiar de cuajo la sociedad, para quienes esperaban ver pasar al “hombre nuevo” por las alamedas abiertas de la historia; era más que suficiente, tal vez, para quienes volvían del terror, la oscuridad o el ostracismo. Sobre esas fisuras comenzarán a dibujarse –en los primeros años de las jóvenes democracias latinoamericanas– los nuevos contornos de las culturas y las prácticas políticas a partir de la década del ochenta. Pero ésa, claro, es otra historia.

## Bibliografía

Aricó, J. M. (1984). "Prologo". En Schmitt, C. (1984). *El concepto de lo político*. Buenos Aires.

Aricó, J. M. (1988). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Puntosur Editores.

Barros, R. (1986). "Izquierda y democracia: debates recientes en América latina". En *Zona Abierta*, 39/40.

Barros-Limez, A. (1985). *Las voces distantes. Antología de los creadores uruguayos de la diáspora*. Montevideo: Monte Sexto.

Bauman, Z. (1999). *La globalización. Consecuencias humanas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Blanck de Cerejido, F. (1999). "Los analistas argentinos en México". En Lorenzano, S. y Yankelevich, P. *El exilio argentino en la ciudad de México*. México: Babel.

Burgos, R. (2004). *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Calderón, F. (1989). *Socialismo, autoritarismo y democracia*. Lima: IEP-CLACSO.

Córdova, A. (1972). *La formación del poder político en México*. México: Ediciones Era.

Córdova, A. (1973). *La ideología de la revolución mexicana*. México: Ediciones Era.

Córdova, A. (1989). *La revolución y el Estado en México*. México: Ediciones Era.

Flisfisch, Á. (1987). *La política como compromiso democrático*. Santiago de Chile: CIS/Siglo XXI.

García Canclini, N. (1998). "Argentinos en México: una visión antropológica". En Yankelevich, P. (coord.) *En México, entre exilios. Una experiencia de sudamericanos*. México: Sre/Itam/Plaza y Valdés.

Girona, A. y Mancebo, M. F. (eds.) (1995). *El exilio valenciano en América. Obra y memoria*. Valencia: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert y Universidad de Valencia

González Casanova, P. (1977). *América Latina: historia de medio siglo*. México: Siglo XXI.

Gonzales, O. (2002). *Pensar América Latina. Hacia una sociología de los intelectuales latinoamericano en el siglo XX*. Lima: Mundo Nuevo.

Gouldner, A. W. (1980). *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la Nueva Clase*. Madrid: Alianza Editorial.

Habermas, J. (2000). *La constelación posnacional*. Barcelona: Paidós.

Labastida Martín del Campo, J. (1986). “Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea”. Seminario de Oaxaca. Abril de 1981. México: IISUNAM y Siglo XXI.

Lechner, N. (1982). *¿Qué significa hacer política?* Lima: Descó.

Lechner, N. (1984). *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. Santiago de Chile: FLACSO.

Lechner, N. (1988). *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago de Chile: FCE.

Lesgart, C. (2000). *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.

Lida, C. E. (1991). “La inmigración española en México: un modelo cualitativo”. En Hernández Chávez, A. y Miño Grijalva, M. (coord.) *Cincuenta años de historia en México. En el cincuentenario de Estudios Históricos*, vol. 1. México: El Colegio de México.

Lida, C. E. y otros (1999). *La comunidad española en la Ciudad de México*. México: Gobierno del Distrito Federal.

Linz, J. (1987). *La quiebra de las democracias* [1978]. México: CONACULTA.

Maalouf, A. (1999). *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza Editorial.

Martínez Gutiérrez, M. J. (1995). *Escritoras españolas en el exilio en México, 1939-1995*. San Diego: University of California.

- Mateo Gambarte, E. (1997). *Diccionario del exilio español en México*. Pamplona: Ediciones Eunate.
- Moscovici, S. (1996). "El exilio". En *Debate Feminista*, año 7, vol. 13.
- Neira, H. (2001). *El mal peruano*. Lima: Sidea.
- O'Donnell, G. (2004). "Ciencias sociales en América Latina. Mirando hacia el pasado y atisbando el futuro". En *El Debate Político. Revista Iberoamericana de Análisis Político* (Argentina), 1, verano. FLACSO/Di Tella/ San Andrés.
- Pease García, H. (1981). *América Latina 80: democracia y movimiento popular*. Lima: Desco.
- Rabotnikof, N. (1994). "El retorno de la filosofía política: notas sobre el clima teórico de una década". En *Revista Mexicana de Sociología*, 4.
- Said, E. (1996). *Representaciones del intelectual*. Barcelona: Paidós Studio.
- Sánchez, L. A. (1940). *Aladino. Las mil y una aventuras*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento.
- Sartori, G. (2001). *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*. España: Taurus.
- Tarrés, M. L. "Miradas de una chilena". En Yankelevich, P. (coord.) *En México, entre exilios. Una experiencia de sudamericanos*. México: SRE/Itam/Plaza y Valdés.
- Todorov, T. (1998). *El hombre desplazado*. Madrid: Taurus.
- Valenzuela, A. (1989). *El quiebre de la democracia en Chile*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Vargas Llosa, A. (1998). *El exilio indomable. Historia de la disidencia cubana en el destierro*. Madrid: Espasa Calpe.
- Wohlfarth, I. (1999). *Hombres del extranjero. Walter Benjamin y el parnaso judeoalemán*, México: Taurus.
- Yankelevich, P. (1998a). "Navegar en el exilio: a manera de introducción". En Yankelevich, P. (coord.) *En México, entre exilios. Una experiencia de sudamericanos*. México: SRE/Itam/Plaza y Valdés.

Yankelevich, P. (1998b). “*Némesis*. Mecenazgo revolucionario y propaganda apologética”. En *Boletín*, 28. México: Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando To.



Al cumplirse cuatro décadas del último y más cruento golpe militar de la historia argentina, los lectores y las lectoras encontrarán en estas páginas los fragmentos de una historia entremezclados con los cambiantes itinerarios de una búsqueda. La historia se refiere a la construcción intelectual, política e imaginaria de la democracia como horizonte de sentido para la convivencia social en América Latina. La búsqueda –conjugada en plural– nos remite al derrotero de las biografías de un conjunto de científicos sociales que participaron activamente en la elaboración polémica, compleja y siempre abierta de la cuestión democrática en nuestra región. En suma, y para decirlo con las recordadas palabras de Norbert Lechner, se trata de repensar los senderos que nos llevan hacia esa “conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado”.

**Osmar Gonzales** es investigador, profesor universitario, conferencista, autor de numerosos trabajos publicados en diferentes países y colaborador de múltiples revistas y diarios. Estudió Sociología en la Universidad Inca Garcilaso de la Vega y, posteriormente, trabajó como investigador en el Instituto Democracia y Socialismo. Es maestro en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) y doctor en Ciencia Social por El Colegio de México. Algunos de sus títulos son *La academia y el ágora* (2010), *Prensa escrita e intelectuales periodistas* (2010) e *Ideas, intelectuales y debates en el Perú* (2011).

**Antonio Camou** es Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Obtuvo una Maestría en Ciencias Sociales y el Doctorado en Ciencias Sociales con Especialización en Ciencia Política en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Sede México). Es Profesor-investigador del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) y del Departamento de Sociología (FaHCE-UNLP). Entre sus últimos libros cabe destacar *Transiciones inciertas. Debates sobre gobernabilidad democrática en México y la Argentina* (2015), y *La Gobernabilidad Populista. Ascenso, apogeo y caída del Kircherismo* (2017).